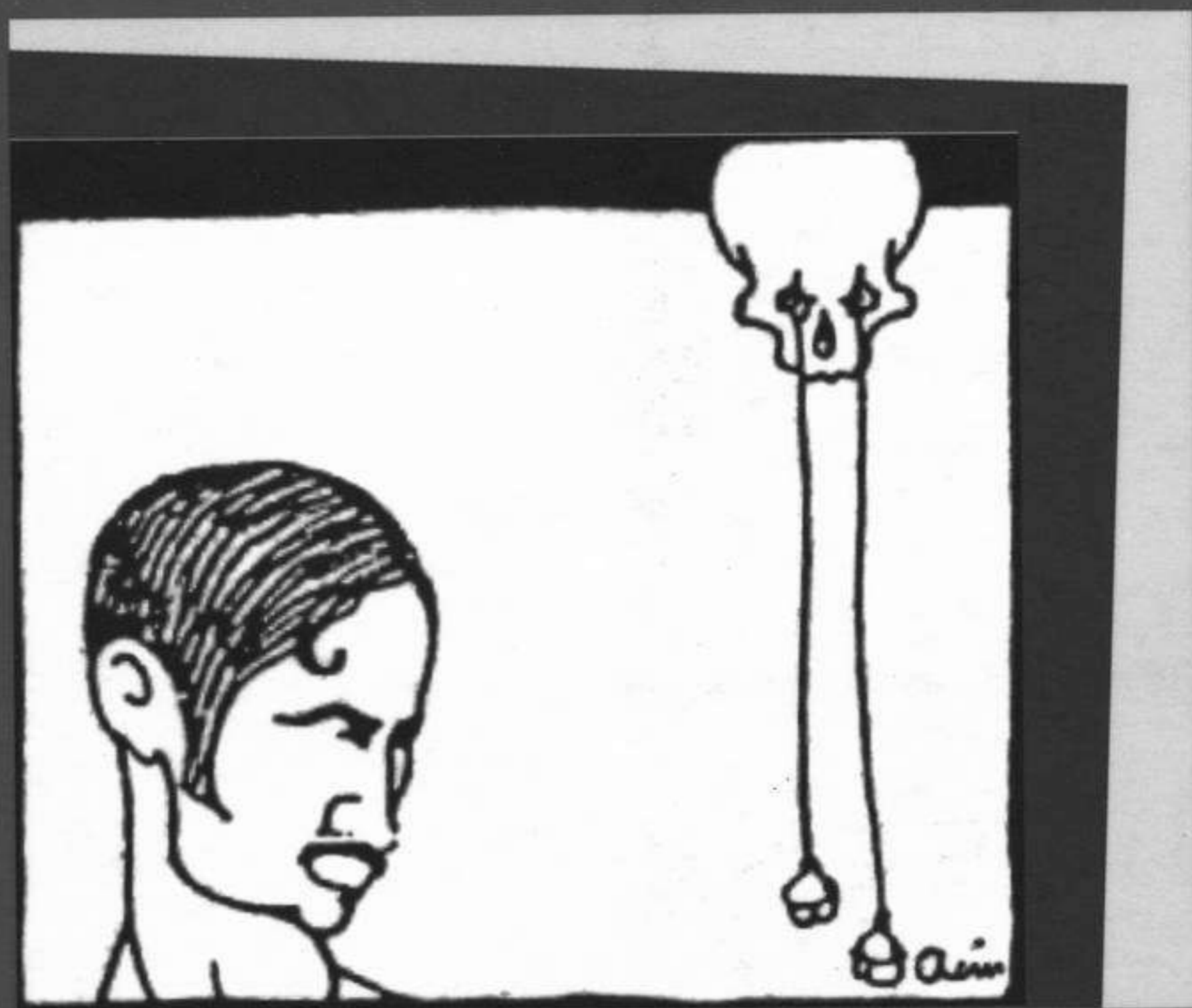


COSTISMO Y ANARQUISMO EN LAS LETRAS ARAGONESAS

EL GRUPO DE *TALIÓN*
(SAMBLANCAT, ALAIZ, ACÍN, BEL, MAURÍN)



José Domingo Dueñas Lorente

...a su ataca, en la que solicita mi opinión
al acuerdo recaído en la Sociedad de obreros
grafistas, separándose de la Federación Gráfica
de Zaragoza en el siguiente:
mi opinión acerca del acuerdo recaído en
Junta general de tipógrafos, por el cual
Zaragoza se baja en la Federación Gráfica
de Zaragoza en el siguiente:
que denomina exigencias del obrero
llega a peores condiciones que los
Zaragoza ha condenado, y otra con absoluta
de solidarizarse en sus conflictos
dicándose.
Estos son los que es llegada la

El semanario republicano *Talión*, publicado en Huesca (1914-1915) e irremediablemente perdido según todos los indicios, reunió por primera vez a una serie de jóvenes escritores –Joaquín Maurín, Ángel Samblancat, José Ayala Lorda, Salvador Goñi...– que arremetieron con inusual determinación contra el caciquismo altoaragonés, diseñado en el periodo de entresiglos con la precisión de un mecanismo de relojería por Manuel Camo, quien ha sido señalado a menudo como el cacique por antonomasia del sistema restauracionista. El atrevimiento de estos jóvenes levantó considerable revuelo en Aragón y acarreó penosas consecuencias para los más directos protagonistas.

Más tarde a este grupo de autores se sumaron otros con parecidos propósitos –Felipe Alaiz, Ramón Acín, Gil Bel– que coincidieron con los anteriores en el semanario zaragozano *Ideal de Aragón* (1915-1920) o en otras publicaciones. Todos ellos empezaron al mundo de las ideas en el republicanismo de izquierdas, el punto donde había acabado Joaquín Costa, invocado una y otra vez por sus jóvenes coterráneos. Más tarde, todos ellos llegaron en sus posiciones –no podía ser de otra forma– más allá del Maestro: el anarquismo, en la mayoría de los casos, y el marxismo, en los menos. Y en su afán transformador firmaron numerosos artículos, ensayos, relatos que merecen, sin duda, mejor fortuna de la que la posteridad les ha otorgado. No hay más que decir, a modo de ejemplo, que hacia 1918-1920, Samblancat ya era apreciado como “la pluma más buscada” del campo republicano; o Alaiz, en 1926, como el mejor de los escritores anarquistas.

R. 55.127

NTL 183.831

CB 1250415



COSTISMO Y ANARQUISMO EN LAS LETRAS ARAGONESAS

El grupo de *Talión*

(Samblancat, Alaiz, Acín, Bel, Maurín)

José Domingo Dueñas Lorente



R. 55.727



NT: 183.831

CB: 1200445

COSTISMO Y ANARQUISMO EN LAS LETRAS ARAGONESAS

A Charo Ochoa Fernández

El grupo de *Talión*
(Samblancat, Alaiz, Acín, Bel, Maurín)

José Domingo Dueñas Lorente



INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESSES
Diputación de Huesca



DE ESTUDIOS ARAGONESSES



Joaquín Costa
FUNDACIÓN

CUADERNOS DE CULTURA ARAGONESA, 33/34

Diseño de portada: Ángel Gonzalvo Vallespí
© José Domingo Dueñas Lorente
© Rolde de Estudios Aragoneses
Edita: Edizioni de l'Astral
(Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses)
Apartado de Correos nº 889. 55080-Zaragoza
Tfno. y fax: 976 37 22 50
Colaboran: Instituto de Estudios Altoaragoneses
Fundación Joaquín Costa
C/ Parque, 10 - 22003 Huesca
Tfno.: 974 29 41 20 - Fax: 974 29 41 22
Imprime: Sender Ediciones
I.S.B.N.: 84-87333-41-9
Depósito Legal: Z-2878-2000



INDICE *A Charo Ochoa Fernández*

INTRODUCCION	9
I. JOAQUIN COSTA Y EL ANARQUISMO	17
II. HUESCA (1914-1915): TALDÓN (¡OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE!)	43
Periodismo y protesta	43
<i>Taldón</i> (1914-1915) y sus secuelas	64
III. HACIA LA MADUREZ POLITICA Y LITERARIA	95
Mesianismo, anticlericalismo y revolución: <i>La Ira</i> (1913); <i>Los Miserables</i> (1913-1915)	95
IV. DEL PUEBLO AL PROLETARIADO: <i>LA IDEX, IDEAL DE ARAGÓN</i>	137
Republicanos autónomos	137
Ángel Samblancat: «Caudillo de los rebeldes»	144
La aceleración de la historia	157
De Utebo a Madrid: Gil Bel	167
V. EL COMPROMISO ACENDRADO	185
Abrazo en la encrucijada	185
<i>España Nueva</i> y el auge de la CNT	213
VI. MADUREZ Y DISPERSION	247
En la prensa aragonesa: <i>El Ebro</i>	
<i>Revista aragonesa</i>	247
Prensa obrera y republicana	255
Primeras divergencias. La dispersión	270

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
I. JOAQUÍN COSTA Y EL ANARQUISMO	17
II. HUESCA (1914-1915): <i>TALIÓN</i> (¡OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE!)	43
Periodismo y protesta	43
<i>Talión</i> (1914-1915) y sus secuelas	64
III. HACIA LA MADUREZ: POLÍTICA Y LITERATURA	95
Mesianismo, anticlericalismo y revolución: <i>La Ira</i> (1913); <i>Los Miserables</i> (1913-1915)	95
IV. DEL PUEBLO AL PROLETARIADO:	
<i>LA IDEA, IDEAL DE ARAGÓN</i>	137
Republicanos autónomos	137
Ángel Samblancat: «Caudillo de los rebeldes»	144
La aceleración de la historia	157
De Utebo a Madrid: Gil Bel	167
V. EL COMPROMISO ACENDRADO	185
Alaiz en la encrucijada	185
<i>España Nueva</i> y el auge de la CNT	213
VI. MADUREZ Y DISPERSIÓN	247
En la prensa aragonesa: <i>El Ebro</i> . <i>Revista aragonesista</i>	247
Prensa obrera y republicana	253
Primeras divergencias. La dispersión	270

VII. EL CORRER DE LOS AÑOS. LITERATURA DE EDUCACIÓN Y COMBATE	295
Hacerse un nombre	295
El correr de los años	302
BIBLIOGRAFÍA	335

INDICE

9	INTRODUCCION
17	I. JOAQUIN COSTA Y EL ANARQUISMO
43	II. HURCA (1914-1915): TALON
43	(OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE)
64	Periodismo y protesta
64	Talon (1914-1915) y sus secuelas
95	III. HACIA LA MADUREZ POLITICA Y LITERARIA
95	Mesianismo, anticlericalismo
95	y revolucion: La Ira (1913)
95	Los Misterios (1913-1915)
137	IV. DEL PUEBLO AL PROLETARIADO:
137	LA IDEA IDEAL DE ARAGON
137	Republicanos autonomos
144	Angel Samblancat - Caballero de los rebeldes
157	La aceleracion de la historia
167	De Uredo a Madrid: Gil Bel
185	V. EL COMPROMISO ACENDRADO
185	Alix en la euzcujada
213	España Nueva y el auge de la CNT
247	VI. MADUREZ Y DISPERSION
247	En la prensa aragonesa: El libro
247	Revista aragonesa
253	Prensa obrera y republicana
270	Primeras divergencias. La dispersion

INTRODUCCIÓN

Cuando hace un tiempo tuve ocasión de analizar con algún detenimiento la obra periodística de Ramón J. Sender durante los años veinte y treinta¹, pude comprobar con cierto asombro hasta qué punto el sistema de referencias del joven autor, que ejercía entonces (1924-1930) como redactor del prestigioso diario liberal *El Sol* de Madrid, se inspiraba en las propuestas regeneracionistas de Joaquín Costa, de quien aquél destacaba sobre todo su *Colectivismo agrario* y el intachable talante moral: «fuerte ejemplar cósmico de perfección» o «primera definición viva y ejemplar de la ciudadanía», eran algunas de las apreciaciones que Sender dedicaba a D. Joaquín².

Ya entonces, acudiendo a un estudio de José-Carlos Mainer, emparentábamos esta inspiración costista con la de otros autores del momento, también aragoneses; así, los anarquistas Ramón Acín y Felipe Alaiz o los jóvenes aragonesistas redactores de *El Ebro*³. Después hemos podido

1. José D. Dueñas Lorente, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1994.

2. *Ibidem*, p. 80.

3. José-Carlos Mainer, «El periodista Ramón Acín (1888-1936)», *Letras aragonesas*, Oroel, Zaragoza, 1989, pp. 161-168. El propio Mainer, «El aragonesismo político, 1868-1936», en su *Regionalismo, burguesía y cultura: Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Guara, Zaragoza, 1982, 2ª edic., p. 188, había apuntado antes lo curioso que resultaría rastrear «el arraigo del solitario altoaragonés en el mundo de los entusiasmos políticos radicales, en el mal conocido circuito de las lecturas populares (a través, tantas veces, de antologías como la muy

constatar cada vez con más datos cómo buena parte de las posiciones ideológicas y políticas de carácter reivindicativo e inconformista del Aragón anterior a la guerra civil trataron de rubricar con el nombre de Costa las propias demandas, en unos casos con estricta fidelidad al pensamiento del Grande Hombre, en otros con el mero afán de apuntalar con su halo prestigioso y ya mitificado los propios postulados.

La interpretación de Costa por parte de *El Ebro* y de la prensa aragonesista en general ha sido objeto recientemente de un exhaustivo trabajo de Carlos Serrano Lacarra, como desarrollo, en cierta medida, de importantes búsquedas anteriores de Eloy Fernández Clemente⁴. Aquí tendremos oportunidad de apreciar la devoción costista del republicanismo aragonés –en particular, de su vertiente más federalista y pimargalliana– poco después de la muerte del León de Graus, o de verificar cómo los anarquistas españoles en general y en concreto los aragoneses encontraron en Costa un firme respaldo teórico e hicieron del montisonense –trataremos de calibrar si con mucho o poco fundamento– un baluarte y un precursor de «la Idea» en España. En este sentido, el caspolino Manuel Buenacasa, que fue secretario fede-

temprana de García Mercadal y hasta de pliegos sueltos) y, por lo que hace a nuestro tema en la memoria colectiva del pueblo aragonés». De esta forma, apuntaba Mainer, se «podría desmentir, a cierto nivel, el aura de autoritarismo que ciertas interpretaciones han dado del costismo».

4. C. Serrano Lacarra, «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesista», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 13 (1996), pp. 313-559; E. Fernández Clemente, «El eco de Costa», *Estudios sobre Joaquín Costa*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1989, pp. 305-450; del mismo autor véase también la apretada síntesis, «El costismo», en su reciente y enciclopédico estudio, *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). II La sociedad*, Ibercaja, Zaragoza, 1996, pp. 387-393.

ral de la CNT y temprano historiador del movimiento obrero, señalaba hace tiempo:

No diré que don Joaquín fuese anarquista, pero sí que el anarquismo altoaragonés, que tantos hombres de valor ha dado al movimiento libertario y a la C.N.T., se inspiró en las doctrinas y en la conducta ejemplar de Costa y siempre estuvo compenetrado con los anhelos manumisores de aquel gran servidor del Pueblo⁵.

Por su parte, el historiador Graham Kelsey, al tratar de explicar el «temprano fracaso» del socialismo en Zaragoza, recordaba que si bien no cabe considerar a Costa como anarquista, lo cierto era que se había hecho merecedor de «un considerable respeto entre los militantes anarquistas» –por su individualismo, por su decidida preocupación por los problemas sociales–, mientras que «[e]n comparación con tal figura lo que ofreció el movimiento socialista local era poca cosa (...) De hecho, –continúa Kelsey– fueron los anarquistas antipolíticos quienes, desde 1911 en adelante, heredaron en cierto grado la herencia y la inspiración del gran agrónomo y filósofo aragonés»⁶.

Mucho se ha discutido ya, como es bien sabido, acerca de la recta interpretación de la obra y la figura de Costa, y hoy mismo no se puede decir que haya unanimidad entre los estudiosos ni en torno al alcance de las aportaciones del altoaragonés ni mucho menos sobre su sentido último. La complejidad, extensión y ambigüedad de la obra de nuestro autor han propiciado sin duda una recepción repleta de contradic-

5. Manuel Buenacasa, «Figuras ejemplares que conocí», *El movimiento obrero español, 1886-1926. Historia y crítica*, Júcar, Madrid-Gijón, 1977, p. 182.

6. Graham Kelsey, *Anarconsindicalismo y Estado en Aragón, 1930-1938*, Fundación 'Salvador Seguí', Madrid, 1994, p. 44.

ciones, de usos interesados de su nombre o de interpretaciones parciales. Ya en el momento de su muerte, en febrero de 1911, el pensador anarquista Ricardo Mella⁷ comprobaba con estupor como todos, monárquicos y republicanos, revoloteaban sobre los despojos del aragonés y pugnaban por emitir el mayor elogio para el Grande Hombre cuando en vida lo habían olvidado o arrinconado sin contemplaciones. Y G. Gheyne recordaba que los «usos y abusos» de Costa comenzaron en su lecho de muerte, –cuando ya inconsciente se le administró la Extrema Unción– y «se hicieron regla constante a partir del 8 de febrero [de 1911]», en que murió. Desde entonces, Costa ha sido utilizado como símbolo o bandera de muy distintos credos e intereses; una frase fuera de contexto «le convertirá –dice Cheyne– en apóstol del anarquismo o en precursor del fascismo, en republicano incondicional o en inspiración de Primo de Rivera»⁸.

En las páginas que siguen, trataremos, en la medida de nuestras posibilidades, de precisar y de situar en su contexto los términos en que tuvo lugar la percepción de D. Joaquín y de su obra por parte de una serie de autores nacidos al mundo de las letras cuando moría el Maestro, relacionados entre sí por dos cualidades particularmente determinantes a la hora de aproximarse al polígrafo: su condición de aragoneses y la de haberse desenvuelto en el terreno ideológico de la izquierda, desde un republicanismo federalista y costista hasta el anarquismo o, en algún caso, el marxismo, pasando en ocasiones por el nacionalismo aragonés. Me refiero, entre otros que como veremos su dedicación al periodismo o la literatura resultó más efímera o menos afortunada, a perso-

7. Ricardo Mella, *Ideario*, Ediciones 'CNT', Toulouse, 1975, pp. 250-251.

8. George J. G. Cheyne, *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*. Edición e introducción de Alberto Gil Novales, Fundación 'Joaquín Costa', Huesca, 1992, pp. 72 y 119.

najes como Ángel Samblancat Salanova (Graus, 1885-México D.F., 1963), Felipe Alaiz de Pablo (Belver de Cinca, 1887-París, 1959), Ramón Acín Aquilué (Huesca, 1888-1936), Gil Bel Mesonada (Utebo, 1895-Madrid, 1949) o Joaquín Maurín Juliá (Bonansa, 1896-New York, 1973).

La especie de omnipresencia de que gozó en Aragón el nombre de Costa⁹ –no tanto su obra, escasamente conocida, en realidad– durante los años inmediatamente posteriores a su muerte condicionó, a su manera, los diferentes procesos culturales que se vivieron entonces en la patria chica del Maestro. No obstante, a nuestro entender, y de acuerdo con las apreciaciones citadas arriba de Manuel Buenacasa y Graham Kelsey, el costismo y el republicanismo, abrazado por Costa en sus últimos años, constituyeron en Aragón un sustrato especialmente favorable para el anarquismo de los años diez, veinte y treinta. Aunque los términos que rezan en el título de este trabajo, «costismo» y «anarquismo» me parecen los más apropiados para designar el rastreo llevado a cabo en estas páginas, hay que entenderlos como meras demarcaciones de terrenos ideológicos más variados si bien con abundantes puntos de intersección.

Pero dejando aparte lo atractivo que pueda resultar aún hoy día adentrarse en la herencia costiana, hay otro motivo que nos ha hecho llevar adelante este trabajo. Y es que varios de los autores que aquí estudiamos padecen una postergación u olvido a todas luces inmerecidos. Practicaron el periodismo, la literatura, el arte con una pasión que para nuestros tiempos la quisiéramos; todos ellos pertenecen al bando derrotado en la guerra civil, pero sus empeños moralizadores

9. Véase Eloy Fernández Clemente, *Estudios sobre Joaquín Costa*, Universidad de Zaragoza, 1989, pp. 303-319, y Carlos Serrano Lacarra, «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesista», art. cit.

y estéticos, fracasados en primera instancia porque no condujeron, como pretendían, ni a la revolución ni a la sociedad comunista o libertaria ni siquiera a ganar la guerra del treinta y seis, siguen, a nuestro entender, arrojando luz sobre la relación entre el arte o la literatura y la Historia y, por qué no decirlo, sobre la condición humana, en general.

Seguiremos aquí básicamente la trayectoria de jóvenes que, en el friso de los veinte años, editaron un efímero semanario, *Talión* (1914-1915), con el objeto de remover —con más pena que gloria— el inmovilismo y caciquismo oscenses, o de otros que poco después coincidieron con aquéllos en proyectos colectivos de semejantes características. Con el tiempo, cada uno siguió lógicamente un proceso de maduración particular, a veces, como en el caso de Maurín, muy divergente del de sus antiguos correligionarios; sin embargo, con mayor o menor intensidad mantuvieron relaciones ideológicas, estéticas y de amistad, y prueba de ello es que en diversas ocasiones, mostraron, como veremos, conciencia de grupo.

Entre los autores citados, median sin duda diferencias importantes en cuanto a méritos, dedicación, objetivos estéticos e ideológicos e, incluso, en cuanto a su suerte póstuma. Así, de todos ellos Ramón Acín y Joaquín Maurín han merecido mayor atención por parte de los estudiosos; curiosamente, los dos que se sintieron menos tentados por el quehacer literario. Por ello, me ocuparé aquí más extensamente— ya que se trata además de reivindicar una pequeña parcela de las letras aragonesas— de los menos atendidos por la posteridad; autores todos ellos merecedores, a mi entender, de estudios monográficos que permitan en cada caso mayor profundidad que el nuestro. A pesar de la poca atención crítica que estos autores han merecido en general, tanto Alaiz como Samblancat —cuya obra narrativa ha sido objeto incluso de una valiosa tesis doctoral de Neus Samblancat— o en menor medida Gil Bel cuentan ya con estudios de impor-

tancia que citaremos en su momento, no obstante se trata de aproximaciones parciales y que resultan todavía escasas para apreciar en su verdadera medida la contribución de los mencionados.

En las páginas que siguen, podrá observar el lector paciente que se ha llevado a cabo la recopilación y revisión de una parte considerable de las obras periodísticas y literarias de los autores que nos ocupan. La dispersión consustancial a la difusión periodística, así como la escasa consideración erudita que merecieron desde un principio las numerosas colecciones de novelas cortas donde tanto se prodigaron nuestros autores, y muchos de sus contemporáneos, han traído consigo una conservación muy deficiente de este tipo de textos. No obstante, pienso que tal vez la mayor contribución de nuestro estudio sea el rescate de artículos y de trabajos dispersos firmados por Alaiz, Samblancat, Gil Bel y otros.

Hubiera sido deseable incluir en estas páginas otros nombres que lidiaron en empeños parejos a los de nuestros jóvenes autores, pero las escasas fuerzas nos han aconsejado limitar los planteamientos de la investigación. No obstante, no por ello dejaremos de invocar a escritores como Fernando Pintado, Manuel Buenacasa, Ángel Abella, Moisés Alcrudo, José Sampériz Janín, o el propio Ramón J. Sender; a pintores y artistas como Barradas —al que cabría integrar por razones de peso en el grupo aquí reunido—, González Bernal o incluso Luis Buñuel, todos ellos de ideas libertarias al menos en momentos decisivos de su vida, y cuya obra se vio a veces imbricada con la de los aquí contemplados. Se trata, por otra parte, de un elenco de nombres indirectamente implicado, como veremos, en proyectos del calibre intelectual del semanario *España* o del diario *El Sol*.

Parece evidente que, cada vez más, cualquier trabajo de investigación se acaba convirtiendo en una obra a su modo colectiva. Estas páginas, en particular, reúnen aportaciones

de numerosas personas. Así, he de mencionar en primer término, por la impagable información bibliográfica que me proporcionó y no menos por sus valiosas opiniones, a José Luis Melero Rivas, apasionado conocedor y estudioso de muchos de los nombres que aquí recogemos; también a Ernesto Tamé Bel, que me transmitió generosamente recuerdos e información de su tío, Gil Bel; a mi colega y amigo Jesús Gómez Picapeo –con quien preparo un estudio y antología de su paisano, el escritor de Utebo, G. Bel– por su desinteresada labor en la recopilación de datos y textos; a Carlos Forcadell, Eloy Fernández Clemente y Antonio Peiró, por facilitarme copias de varios periódicos de difícil acceso; a Miguel Martínez (q.e.p.d.) y a su familia por permitirme la consulta de *El Diario de Huesca*; a Valeriano G. Labara, por el conocimiento de su paisano José Sampériz Janín; agradezco así mismo las orientaciones de Francisco Carrasquer, José Luis Calvo Carilla y Enrique Serrano y la amabilidad con que me atendió como informante José Alcrudo; también he de mencionar por razones múltiples a M^a Encarnación Dueñas y Víctor Garcés, así como a Nacho López Susín.

En la larga recopilación del material bibliográfico que aquí se analiza, he requerido la colaboración de numerosas personas empleadas en bibliotecas, archivos y hemerotecas, no obstante, merecen recuerdo especial el personal del Archivo Histórico Provincial de Huesca y, muy en particular, Ana Oliva y Ester Puyol, bibliotecarias del Instituto de Estudios Altoaragoneses y amigas. Por último, he de recordar que la primera versión de este estudio, «El ideario de Joaquín Costa en el pensamiento anarquista del Altoaragón: Los casos de Ramón Acín, Felipe Alaiz, Joaquín Maurín, Ángel Samblancat y Ramón J. Sender», fue respaldada y promovida por la Fundación 'Joaquín Costa' mediante una «Ayuda de investigación» que disfruté en el curso 1995-1996.

I. JOAQUÍN COSTA Y EL ANARQUISMO

Tal vez convenga, antes de adentrarse más en estas páginas, trazar siquiera sea someramente el marco teórico en el que pudieron producirse los encuentros y desencuentros entre la doctrina y el legado de Costa y el anarquismo, el republicanismismo federalista anterior a la guerra o, de forma más tangencial, otras producciones de tendencia obrerista de la época.

Al revisar numerosas alusiones a Joaquín Costa en artículos y libros de los años inmediatamente posteriores a su muerte, en febrero de 1911, sorprende el repentino proceso de mitificación que experimentó su figura –tal y como ha delimitado Carlos Serrano Lacarra para el caso de la prensa aragonesista¹. Abundan, en efecto, en los escritos de la época calificativos como Insigne, Maestro, Sabio, Moisés, Titán, Grande Hombre, etc., para referirse al personaje; no son extrañas las visiones providencialistas o mesiánicas del político², del mismo modo que se convierten en inevitables las menciones a su calidad moral, a su talante incorruptible, a la austeridad que presidió su vida, etc. Sin duda, la figura de Costa, el personaje, predomina con mucho sobre su obra,

-
1. C. Serrano Lacarra, «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y la obra de Joaquín Costa», art. cit. No le faltaba razón a Cristóbal de Castro, «Costa o los mitos», *El Ebro*, 176 (enero de 1932), pp. 4-5, cuando tempranamente percibía el proceso de mitificación padecido por Costa como una forma de alejar su figura, de hacerla «legendaria más que histórica».
 2. Véase José Domingo Dueñas Lorente, «Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y obra de Joaquín Costa», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 14 (1997), pp. 97-121.

entonces todavía mal conocida, básicamente a través de antologías o de la «Biblioteca Costa» (1911-1924), editada por su hermano Tomás y que no sólo representó un fracaso económico sino también un cúmulo de despropósitos en la medida en que mezcla sin advertirlo textos de D. Joaquín con los del recopilador o incluso con los de otros autores, no sigue un orden cronológico ni temático, manifiesta escaso respeto a los manuscritos del autor, repite pasajes, presenta como inéditos textos que no lo eran, etc.³

No cabe duda de que –como sucede en general con los mitos– en la figura de Costa se proyectaron no pocas de las frustraciones y de los anhelos del momento; pero además la relación entre el personaje y sus admiradores reproducía sin duda el paradigma más típico de los fenómenos populistas, en los que aparece –como dice Sagrario Torres– «un líder carismático, cuya honestidad y fuerza de voluntad garantiza el cumplimiento de los deseos populares»⁴. La sociedad

3. Véase George J. G. Cheyne, «La Biblioteca Costa», *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, Guara, Zaragoza, 1981, pp. 95-122; sobre las antologías de la obra de Costa, ibídem, pp. 222-229: aunque con matices, cinco obras considera Cheyne como tales entre las publicadas sobre el autor hasta 1936; de ellas, la más difundida con mucho fue la de José García Mercadal, *Costa. Ideario español*, Biblioteca Nueva, s.a. Madrid, [1919], 336 pp., que mereció reediciones en 1932 y 1936. Pruebas evidentes del deficitario conocimiento de la obra de Costa que anotábamos arriba son el abundante corpus costiano recuperado incluso desde la recopilación bibliográfica de Cheyne (1981), o que hoy mismo, en los volúmenes más recientemente dedicados al aragonés, se siguen incorporando importantes textos firmados por Costa y desconocidos hasta el momento; véase Cristóbal Gómez Benito y Alfonso Ortí Benlloch, «Estudio introductorio», Joaquín Costa, *Escritos agrarios I. Escritos de juventud, 1864-1871*, Fundación 'Joaquín Costa', Huesca, 1998.

4. Sagrario Torres, «El populismo. Un concepto escurridizo», en José Álvarez Junco (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1987, p. 171.

española del fin de siglo –escasamente articulada, con una clase media muy reducida, una tajante división entre las minorías cultivadas y una gran masa apenas instruida– resultaba un caldo de cultivo especialmente propicio para soluciones políticas de este orden.

La actuación pública del polígrafo de Monzón –y en ello sí hay coincidencia por parte de la crítica– ha sido interpretada, en efecto, como manifestación modélica de populismo⁵. Y, como decíamos, los populismos requieren tanto de un pueblo, «menor de edad», pero a la vez receptáculo de esencias y valores ejemplares, como de guías que lo conduzcan a lo que cabría denominar el reencuentro consigo mismo⁶. En tesitura semejante, no ha de extrañar que Costa, de fidelidad inquebrantable a sus orígenes, el pequeño campesinado altoaragonés, tratara de hacerse digno de la alta misión de «redimir» al pueblo y no sorprenderá que en ocasiones proyectara de sí mismo una cierta imagen de tauma-

5. Jacques Maurice y Carlos Serrano, *J. Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Siglo XXI, Madrid, 1975, p. 183, percibían a Costa como «el máximo exponente del populismo español». Y Alfonso Ortí, «Para analizar el populismo: Movimiento, ideología y discurso populistas. (El caso de Joaquín Costa: populismo agrario y populismo españolista imaginario)», *Historia Social*, 2 (otoño de 1988), p. 88, consideraba a nuestro autor como «caso arquetípico de lo que podemos denominar un *populismo imaginario*». La cursiva es de A. Ortí. En un trabajo más reciente, Cristóbal Gómez Benito y Alfonso Ortí Benlloch, *Estudio crítico, reconstrucción y sistematización del corpus agrario de Joaquín Costa*, Fundación 'Joaquín Costa'-Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1996, pp. 35-36, apuntan que fue Rafael Altamira, en la temprana fecha de 1897, quien por primera vez calificó a Costa como «populista», al relacionar sus investigaciones y propuestas con las de los populistas rusos.

6. J. Maurice y C. Serrano, ob. cit., pp. 16-22, constataron cómo en el fin de siglo tanto pensadores imbuidos de clericalismo como institucionistas o, incluso, algunos líderes socialistas coincidían en la necesidad de «tutela» del pueblo español.

turgo o de mesías⁷. Seguidor, al fin, de los postulados de la Institución Libre de Enseñanza, procuró, como es bien sabido, conducir su vida privada y su actuación pública de acuerdo con unos estrictos principios morales y en ello cifró en buena parte su autoridad para oponerse, con la contundencia que conocemos, al sistema de la Restauración y a sus representantes. Sin duda, nuestro autor –como escribe Gabriel Jackson– «formuló su programa político y económico como si fuera un programa de salvación moral»⁸.

Con todo, hay componentes que singularizan el populismo costista y que contribuyen, a mi juicio, a dar razón de la considerable difusión de los postulados del autor, sobre todo, de sus lapidarias fórmulas de salvación nacional o incluso de que el pensamiento libertario español haya persistido a lo largo del tiempo en la reivindicación del polígrafo. Me refiero al marcado carácter moralizante, más que político, que presidió su actuación; a los parámetros básicamente agrarios en que desarrolló su obra y su acción política, o a las románticas apelaciones a la «raza» y al genio del pueblo con que envolvió muchas de sus propuestas; todo ello adobado con una retórica a menudo incendiaria, llena de imágenes religiosas fácilmente inteligibles por el público menos cultivado.

Aunque no contamos con un estudio que analice con detenimiento las relaciones entre el ideario costiano y las

7. Véase, Alfonso Ortí, «La intelligentsia liberal y socialista ante la figura y el programa de Costa: costismo y anticostismo como constantes ideológicas», en G. J. G. Cheyne (ed.), *El legado de Costa*, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1984, pp. 175-195 (especialmente p. 175); Javier Varela, «Un profeta bíblico: Joaquín Costa», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II Época, 24-25 (diciembre de 1996), pp. 79-99; José Domingo Dueñas Lorente, «Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y obra de Joaquín Costa», art. cit., pp. 106-113.

8. Gabriel Jackson, *Costa, Azaña, el Frente Popular y otros ensayos*, Turner, Madrid, 1976, p. 26.

posiciones obreristas del momento, los especialistas han subrayado el casi completo desconocimiento por parte del profesor de la Institución Libre de Enseñanza de las teorías socialistas de su época, aunque intuitivamente se aproximara en ocasiones a sus postulados⁹, y han apreciado, al mismo tiempo, notables semejanzas entre algunas de sus páginas y la construcción teórica del anarquismo. En este sentido, Pérez de la Dehesa hizo notar en un brillante libro de 1966 que nuestro autor había practicado en *El problema de la ignorancia del derecho* «su más avanzada y rotunda afirmación doctrinal del principio de *self-government*, hasta extremos que rozan el anarquismo»¹⁰. Alberto Gil Novales señalaba por las mismas fechas que «gran parte de su doctrina se aproxima al anarquismo, e incluso ve con simpatía el movimiento, [aunque] lo rechaza también preso en sus orígenes liberales»¹¹. Por su parte, Jacques Maurice y Carlos Serrano percibían en Costa, «con todo su moralismo», al «último retoño del anarquismo idealista decimonónico, que sueña con purezas y virtudes rurales, con pacifismo e idilios (en la línea de Proudhon)»¹². Y de «tradicionalista ácrata» tildaba recientemente Javier Varela a nuestro escritor por sus difíciles equilibrios entre el «casticismo» y la «anarquía» y por «su afanosa búsqueda del ideal perdido»¹³.

9. Véase A. Gil Novales, «Joaquín Costa: de la crisis finisecular al socialismo», *Annales* [Barbastro], III (1986), pp. 31-42.

10. R. Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1966, p. 161.

11. A. Gil Novales, «El pensamiento de Costa», *Bulletin Hispanique*, LXX, 3-4 (1968), reproducido en J. Maurice y C. Serrano, ob. cit., la cita en p. 233. No obstante, más tarde Gil Novales rectificó su apreciación y decía del polígrafo que «nada más lejos de su pensamiento y de su personalidad que las formas de ser y de pensar de los anarquistas, españoles o no», «Joaquín Costa: de la crisis finisecular al socialismo», art. cit., p. 32.

12. J. Maurice, C. Serrano, ob. cit., pp. 187-188.

13. Javier Varela, «Un profeta bíblico: Joaquín Costa», art. cit., pp. 84-85.

A su vez, no faltaron entre los libertarios españoles el reconocimiento y la admiración hacia el autor de *Colectivismo agrario*. Antes nos hacíamos eco del énfasis con que Manuel Buenacasa hablaba de su coterráneo; José Peirats, por su parte, catalogaba a Costa, junto a Pi y Margall, como «[g]rande entre los grandes precursores» de los escritores anarquistas en España¹⁴, lo calificaba en otros lugares de «genio» e «hijo del pueblo-pueblo»¹⁵ o lo consideraba creador de una «historia nueva»:

*Nadie como él trazó, tomándola de la vida misma la otra historia: la de los oscuros labradores y artesanos, provincianos o lugareños, sumidos en sus quehaceres prácticos, en su mundo consuetudinario. Nadie como él supo captar y fijar en su retina los grandes problemas, así los de inaplazable urgencia como los de vuelo futurista (...)»*¹⁶.

El también escritor libertario Ramón Liarte apreciaba, todavía en 1980, múltiples razones para sentirse identificado con el autor de Graus. Apuntaba, por ejemplo, que «[s]u obra monumental es nuestra: el *Colectivismo agrario en España*, manantial de conocimientos y gloria de la sabiduría», y advertía que el pensamiento del altoaragonés había orientado la «Revolución Social española». Liarte fundamentaba la grandeza de su paisano en la lucha contra «los caciques y prestamistas que chupan la sangre a los desheredados» o en que buscó «salvar al pueblo de la indigencia intelectual, del abandono económico»; además, resaltaba su «honradez franciscana», su cualidad de «[g]losador del Municipio como organismo vertebrador de las cosas», y úni-

14. José Peirats, «Para una monografía de escritores anarquistas españoles», *Ruta*, II Época, 7 (1º de enero 1972), p. 11.

15. José Peirats, «La terquedad eclesiástica y la tozudez baturra» (1953), *Anthropos. Suplemento 18*, (enero de 1990), p. 119.

16. José Peirats, «Un hombre símbolo» (1959), *ibídem*, p. 138.

camente reprochaba a Costa, y extendía la objeción al «venerable Pi», el hecho de que «a pesar de su inteligencia descomunal» no tuvieran la suficiente «audacia para declararse enemigos irreconciliables del Poder, cuando en realidad eran antiestatólatras por su amor al hombre y al pueblo. Mayor error no cabe en cerebros tan privilegiados (...)»¹⁷.

Evidentemente, durante el fin de siglo la producción ideológica de orientación popular se desarrolló dentro de una densa atmósfera doctrinal que impregnó posiciones de muy distinto signo; una herencia que procedía de la larga tradición ilustrada y liberal y que se convirtió entonces tanto en sustrato del populismo regeneracionista como del pensamiento anarquista de los primeros teóricos españoles, o en el sostén de otras elaboraciones pensadas desde la izquierda. Por ejemplo, tanto el concepto costiano de «pueblo» como la visión mitificadora del pueblo que cultivaron entonces el anarquismo, el republicanismo o el socialismo se nos manifiestan como expresiones de un mismo cuerpo ideológico, deudor todavía del *volksgeits* romántico, que había sublimado al pueblo como depositario de las mejores esencias¹⁸.

17. R. Liarte, «Joaquín Costa, maestro de maestros», prólogo a Joaquín Costa, *Crisis política de España*, Producciones Editoriales, Barcelona, 1980, pp. 5-26.

18. Véase J. Álvarez Junco, «Cultura popular y protesta política», en Jacques Maurice, Brigitte Magnien et Danièle Bussy-Genevois (eds.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint-Dennis, 1990, pp. 157-168: «No hace falta recordar —escribe ahí Álvarez Junco, p. 160— que, desde la Escolástica medieval, la teoría política atribuía al pueblo la transmisión de la soberanía y la calidad de *vox Dei*. El romanticismo social añadió la retórica del pueblo como símbolo de moral sencilla y natural, igualdad, fraternidad, capacidad de autoorganización y, para colmo, voluntad revolucionaria».

El concepto anarquista de «pueblo» procede, en opinión de Álvarez Junco¹⁹, de «una larga tradición de la izquierda europea», cuyo origen tal vez haya que localizarlo, a su juicio, en Rousseau y en la Revolución Francesa, y que, de cualquier modo, «se inserta en el contexto general de su concepción armónica y optimista de la Naturaleza: todo lo natural es bueno, y el pueblo es lo natural por excelencia, lo menos corrompido por la civilización». Por su parte, Joaquín Costa, como bien se sabe, convirtió al «pueblo» en objeto prioritario de estudio, convencido de que en lo popular habría de hallar las mejores pautas políticas o morales, modelos de actuación que no contraviniesen el desarrollo orgánico y natural de una comunidad, en el que desde posiciones biológicas creía firmemente.

No ha de extrañar, pues, que la producción global de quien escribió *Derecho consuetudinario del Alto Aragón* (1880), *Introducción a un tratado de política sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península* (1881), *El problema de la ignorancia del derecho y sus relaciones con el status individual, el referéndum y la costumbre* (1901) o *Derecho consuetudinario y economía popular en España* (1902), haya sido entendida como una reivindicación del «sentido común histórico de los labradores, tan vilipendiado por una ciencia engreída», según expresión del propio Costa. Maurice y Serrano piensan, en efecto, que toda la producción costiana emana de este planteamiento²⁰.

19. J. Álvarez Junco, «La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo», en AA. VV., *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, Madrid, 1986, p. 198.

20. J. Maurice y C. Serrano, ob. cit., p. 179. Desarrolla una tesis semejante Jordi Bonells, «'Peuple' et 'Nation' dans l'oeuvre du jeune J. Costa (1874-1884)», *Les Langues Néo-Latines*, 282 (1980), pp. 24-63.

Es cierto que D. Joaquín identificaba, en gran medida, al «pueblo» con el campesinado y ello explica que proyectara «sobre la sociedad en su conjunto el ideal del labriego: la comunidad aldeana, libre de terrateniente», un modelo de organización social definido –continúan Maurice y Serrano– «por el ‘anarquismo’ patriarcal en que el poder se resolvería en una mera actividad de control y cuya legitimidad vendría del consenso de todos, ajeno a la coacción»²¹.

En suma, el polígrafo de Graus, lo mismo que buena parte de los pensadores de inspiración popular del fin de siglo, creía en una armonía y desenvolvimiento natural que no debía ser obstaculizado por la acción política. Pérez de la Dehesa pensaba que la «creencia en un orden natural» le llegó a Costa desde el krausismo, aunque en ello coincidiera «accidentalmente» con Henry George²². Sin duda, la crisis del liberalismo y su revisión teórica en el periodo finisecular alimentaron tanto el bagaje revolucionario del anarquismo como el del radicalismo burgués²³, y «esto explica tal vez –como escriben Maurice y Serrano– ciertas similitudes

21. J. Maurice y C. Serrano, ob. cit., p. 186.

22. R. Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, ob. cit., p. 110.

23. No hay que olvidar, por otra parte, lo que Álvarez Junco, *La Ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1991 (2ª edic.), pp. 584-585, llama el «dualismo básico, en la ideología ácrata, entre los principios liberal-humanitarios y los socialistas». Como ya había formulado Rudolf Rocker, Álvarez Junco insiste en que en el pensamiento anarquista confluyen la tradición teórica del liberalismo y las elaboraciones críticas surgidas desde la clase trabajadora. También el contumaz pero documentado detractor del anarquismo, Gustavo La Iglesia, *Caracteres del anarquismo en la actualidad*, Gustavo Gili, Barcelona, 1907, p. 259, se percataba tempranamente de que el pensamiento libertario era «continuación del radicalismo burgués de la Revolución de 1879».

entre algunas de las posiciones de Costa y del anarquismo español»²⁴.

Joaquín Costa transitó desde unos parámetros tradicionalistas en su juventud al liberalismo burgués y a la tradición krausista de la Institución Libre de Enseñanza; no obstante, la fidelidad a sus orígenes, el pequeño campesinado, le situó en seguida en una tesitura evidentemente crítica con el liberalismo y la burguesía, y si bien no llegó a sobrepasar el umbral que le podía conducir a posiciones obreristas *stricto sensu*, se aproximó al final de su vida, llevado de sus pretensiones reformistas, a las filas revolucionarias. No obstante, no se trata de una trayectoria enteramente lineal, porque aunque quemó etapas y dejó buena parte de su equipaje inicial en el camino, el Costa maduro no llegó a desprenderse

24. J. Maurice y C. Serrano, ob. cit., p. 116. En un exhaustivo trabajo, Juan Carlos Ara, «Del folklore a la acción política. Tres calas en el pensamiento nacional de Joaquín Costa, a través de sus corresponsales (A. Machado, R. Salillas, P. Dorado)», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 13 (1996), pp. 13-208, considera que el «socialismo de Costa» es deudor de autores como Francesco Nitti o Novicow y lo emparenta con el de otros autores españoles coetáneos: «El socialismo de Costa es, para entendernos, análogo al 'carlismo popular' de Unamuno, al 'Municipio Libre' de Ganivet, o a la 'representación profesional', «corporativa» y tutelar de Dorado, y desde el momento en que no es un socialismo ortodoxo y está fundamentado en nostalgias preconstitucionales del tipo del populismo ruso tolstoiano, es fácil que se confunda con cierto anarquismo filosófico o estético y con una retórica de *tiempos de lucha* resabiada de ochocentismo y *gloriosas* mal digeridas» (p. 135). Los términos entrecomillados o en cursiva son de J. C. Ara. Sin negar semejanza teórica entre Costa y los autores citados, hay, en mi opinión, una diferencia fundamental, y es el deseo de Costa de pasar a la acción, de llevar a cabo su programa —mucho más desarrollado que las propuestas de la mayoría de los intelectuales reformistas de su tiempo—, véase su discurso de 1906 «Las víctimas de la República», en Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos (Antología)*. Edición y prólogo de Rafael Pérez de la Dehesa, Alianza, Madrid, 1992, pp. 233-255.

del todo de su formación anterior (especialmente una vinculación ideológica y afectiva con su lugar y clase de origen) y por ello tendió a refundir materiales dispares que han favorecido interpretaciones contradictorias y parciales²⁵.

Prueba de esta mezcolanza de postulados son, por ejemplo, los textos recogidos bajo el título de *La tierra y la cuestión social* (1912)²⁶, donde se muestra especialmente crítico con las clases adineradas («Contra el hambre en la Litera», 1896), al tiempo que alude frecuentemente al institucionalista Azcárate o pide una política «[p]ara la blusa y el calzón corto» (1903), que se resuelve meramente en una atención preferente hacia los menos favorecidos:

No es, entiéndase bien, que el partido republicano deba ser partido de clase; un partido para los obreros, para los menestrales, para los labradores y campesinos: en principio, su deber es hacer política para todos. Sólo que este principio ha de acomodarse a las circunstancias de lugar y de tiempo (...) y lo oportuno ahora (...) es que se haga política predominante para el trabajador, porque hasta ahora se ha hecho exclusivamente política para el intelectual, para el ilustrado y el capitalista²⁷.

Por las mismas fechas reclama «el turno del pueblo» («¿[p]arecerá ya hora de que le llegue su turno al pueblo?») ²⁸,

25. De síntesis «originalísima» y «necesaria» califican el pensamiento de Costa, Cristóbal Gómez Benito y Alfonso Ortí Benlloch, «Estudio introductorio», Joaquín Costa, *Escritos agrarios I. Escritos de juventud, 1864-1871*, ob. cit., 1998, p. LIII: «una síntesis (originalísima, profundamente significativa y necesaria en la España liberal contemporánea) entre el comunitarismo católico de origen, el progresismo rural y la propia secularización política».

26. Joaquín Costa, *La tierra y la cuestión social*, «Biblioteca Costa», Madrid, 1912.

27. *Ibídem*, p. 121.

28. *Ibídem*, p. 124.

pero en definitiva no traspasa en ningún momento los límites del reformismo, aunque sea a veces de tono radical y grandilocuente. No obstante, años después, en una de sus últimas intervenciones públicas, en el discurso titulado «Las víctimas de la República», pronunciado en Zaragoza en 1906, el orador, desengañado ya incluso del Partido Republicano, en el que había ingresado tres años antes, se autodefinía como «un espíritu o un sentido profundamente, enérgicamente revolucionario» y proclamaba que para él «todos son gobiernos y poderes de fuerza, todos son poderes ilegítimos, y gobiernan, o mejor dicho, imperan sobre mí y me avasallan porque no los puedo derribar»; y finalmente proponía que el Partido Republicano declarase ilegal la Restauración, lo mismo que había hecho Cánovas con este partido en 1875:

y como consecuencia –seguía Costa–, constituirse a sí propio y declarar al país en estado de revolución y no hacer otra cosa que prepararla: preparar la de arriba en la forma que he dicho, haciéndola gacetable, y preparar la de abajo, contándose los patriotas de corazón y de verdad, organizando los medios externos necesarios para derrocar el régimen en la misma forma en que se levantó, que es decir, por la fuerza²⁹.

A medida que agotaba recursos y acumulaba fracasos en sus intentos reformistas, Costa radicalizaba, como vemos, su percepción de las cosas hasta reclamar –quien había dedicado gran parte de su vida al estudio del Derecho– soluciones de fuerza, revolucionarias.

No iba tan lejos, sin embargo, en su *Colectivismo agrario en España* (1898), a pesar de haber sido leída la obra, según hemos podido comprobar, como preludeo del comunismo

29. J. Costa, «A las víctimas de la república», en J. Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario...*, ob. cit., pp. 251-253.

libertario. Carlos Serrano, en un documentado prólogo, definió hace años el contexto e intenciones del libro. La profunda crisis agraria que se vivió en la Europa occidental en los años ochenta al no poder competir con los productos que llegaban de Rusia, América o Australia; el éxito de la obra de Henry George, *Progreso y miseria* (1879), traducida en un momento (1883) de pleno debate en España sobre la propiedad de la tierra e incluso de discusión en Europa sobre el colectivismo; y las desamortizaciones civiles de tierras comunales, todavía en vigor a finales de siglo y de muy nocivas consecuencias para el pequeño campesino, fueron, según Serrano, los principales motivos que empujaron a D. Joaquín a emprender su exhaustiva recuperación de datos y formas de la tenencia colectiva de la tierra en España desde el siglo XVI³⁰.

A la hora de enjuiciar el alcance de la obra, Carlos Serrano llama la atención sobre el silencio «casi total» de Costa ante las aportaciones de los autores socialistas españoles de la segunda mitad del XIX y piensa que *Colectivismo agrario* «no pasa de ser un modesto proyecto de reforma a través de la ley, destinado a evitar una revolución social violenta que su autor presiente»³¹. De hecho, el propio Costa

30. Carlos Serrano, «Introducción», Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España*, Guara, Zaragoza, 1983, tomo I, pp. 11-77. Ana M^a Martín Uriz, «Henry George en la obra de Joaquín Costa y el impacto del georgismo en seguidores de Costa», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 11 (1994), pp. 23-29, advierte de la pobre acogida que padeció en España la famosa obra de George –tanto fue así que el editor tuvo que quedarse con casi toda la tirada–, por lo que el eco de que gozó el libro en el caso de Costa responde a «una acción individual». La segunda traducción del libro en castellano apareció en 1905. Por otra parte, Ana M^a Martín hace notar cómo Costa reduce el alcance de la colectivización propuesta por George a la «tierra», mientras que el autor norteamericano usa el término *land* para referirse a la Naturaleza, en general.

31. Carlos Serrano, «Introducción», Joaquín Costa, *Colectivismo agrario...*, ob. cit., pp. 47 y 56. En un reciente estudio, Jesús María Garayo Urruela, «Colectivismo agrario y regeneración política y social en la

parece que pretendió en seguida evitar un posible rechazo de los sectores reformistas y presentó el *colectivismo* como «una transacción y componenda entre los dos sistemas extremos, comunista e individualista en cuanto declara –dice Costa– propiedad común o social los instrumentos todos de trabajo (tierras, minas, máquinas, fábricas, ferrocarriles, buques, etcétera, toda clase de capitales), pero deja los productos bajo el régimen de propiedad individual», y consideraba el *colectivismo agrario* como «una atenuación de aquél», ya que sin «socializar el capital», con la única excepción del suelo, conseguía, a su juicio, todos los beneficios del anterior³².

No obstante, hace notar el prologuista que el libro fue reseñado únicamente, al parecer, por la prensa socialista y los sectores más avanzados de la Universidad, en concreto por el grupo de Oviedo, donde ejercía como catedrático Rafael Altamira, quien se ocupó personalmente de la obra y expresó hacia ella inequívoco aprecio. En el órgano socialista de Bilbao, *Lucha de clases*, fue Unamuno quien firmó la reseña del libro, y el entonces joven socialista invitaba a los lectores a conocer en el texto de Costa «cuáles son las tradiciones de nuestro pueblo». Curiosamente, no encontró Serrano ninguna reseña en la prensa libertaria³³.

Escasa repercusión, sin duda, para una obra de tal envergadura. Aun así, se ha de tener presente que fueron publicadas únicamente las dos primeras partes de las tres previstas: una dedicada a antecedentes doctrinales (Álvarez Estrada, Vives, el padre Mariana, Caxa de Leruela, numerosos autores del periodo ilustrado, etc.) y otra donde se daba

democracia liberal sobre bases campesinas en Joaquín Costa», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 15 (1998), pp. 141-168, inscribe también la obra de Costa dentro del «reformismo social».

32. Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España*, ob. cit., p. 81.

33. Carlos Serrano, «Introducción», Joaquín Costa, *Colectivismo agrario...*, ob. cit., pp. 62-66.

cuenta de las manifestaciones, modos de tenencia y uso colectivo de la tierra en España. No llegó a publicarse la última parte, dedicada, en principio, a «crítica». Así pues, apareció como una obra eminentemente erudita, que difícilmente podía llegar de forma inmediata al lector popular. Sí encontramos alusiones y menciones posteriores al libro (ya hemos citado algunas), unas veces como referencia cabal a su contenido, pero la mayoría como mera muestra de la intencionalidad colectivista del ilustre autor.

Sin perder de vista que las motivaciones, los objetivos o, incluso, el alcance teórico son sustancialmente distintos, pienso que cabe anotar semejanzas relevantes entre *Colectivismo agrario en España* (1898) y *El apoyo mutuo* (1902), del pensador anarquista P. Kropotkin (1842-1921), coetáneo estricto de Joaquín Costa. Como es sabido, Kropotkin intentó demostrar con su investigación que la colaboración entre los individuos de una misma especie o incluso de especies distintas era un factor hondamente enraizado no sólo en los hombres sino también en los animales, de modo que esta circunstancia había favorecido enormemente el desenvolvimiento colectivo de unos y otros. De esta manera trataba de rebatir a quienes subrayaban en las teorías de Darwin sobre todo lo que era la lucha por la vida, la rivalidad, la competencia. En su estudio, el autor ruso repasaba minuciosamente el comportamiento de las mariposas, las hormigas, los gorriones, así como usos y costumbres de tribus primitivas, de los «bárbaros», de las sociedades medievales, etc., lo que le llevaba a concluir que «el principal papel en la evolución ética de la humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua»³⁴.

34. Piotr Kropotkin, *El apoyo mutuo*. Introducción de Ángel J. Capelletti, Madre Tierra, Cali (Colombia), 1989, p. 287.

Parecido procedimiento seguía Kropotkin para demostrar en *El Estado y su papel histórico* que «los periodos más gloriosos de la humanidad fueron aquellos en que las libertades y la vida local no estaban aún destruidas por el Estado y en que las masas humanas vivían en municipalidades (*comunidades*) y en federaciones libres»³⁵. A mi juicio, es precisamente el método, el procedimiento, lo que emparenta a Costa y al Kropotkin de las obras citadas. Ambos acuden a la tradición, a lo consuetudinario, a lo popular y espontáneo como autoridad sobre la que asentar sus tesis; del mismo modo que Proudhon apelaba a las comunidades campesinas preindustriales como modelo espontáneo, no coercitivo, de organización social o que Bakunin evocaba con parecidas pretensiones las tradiciones del campesinado ruso.

En definitiva, se trataba de recuperar el paraíso perdido, de remontarse a épocas pretéritas por encontrarse ahí, en lo primitivo, lo más cercano a lo natural; es la percepción del pueblo como guía certero, en la medida en que se equipara Pueblo y Naturaleza o, cuando menos, en que se considera al pueblo como lo más natural, lo menos contaminado por la civilización. Una concepción no exenta de nostalgias ante los acelerados cambios del siglo, que mantiene a su modo la idealización de lo popular erigida por el Romanticismo como reacción o refugio ante las transformaciones industriales y el desarrollo del capitalismo, que todo lo modificaba para, en última instancia, uniformarlo y despersonalizarlo.

También Herbert Spencer (1820-1903), inspirador tanto de Costa como de Kropotkin, se situaba en coordenadas semejantes:

Spencer —escribía Kropotkin al comentar sus Principios de la Ética— trata de probar hasta qué punto es absurda la pre-

35. Pedro Kropotkin, *El Estado y su papel histórico*, Fundación 'Anselmo Lorenzo', Madrid, 1996, p. 9.

tensión de los legisladores de suprimir, mediante leyes, la variedad de los caracteres humanos; aun en nuestros tiempos, dice, se emplean, para llegar a la uniformidad medios criminales, como los que se emplearon en otra época para imponer a los hombres tal o cual fe, lo que no impide a los pueblos cristianos, con sus innumerables iglesias y su clero, ser tan bélicos y agresivos como los salvajes.

No ha de extrañar, pues, que Kropotkin juzgara a Spencer como «un crítico muy atrevido en el terreno de lo político», aunque en lo económico «su obra es indecisa y tímida; como sus amigos del campo liberal –escribe Kropotkin–, protestó tan sólo contra el monopolio de la tierra»³⁶. Reparo, pues, que probablemente el revolucionario anarquista hubiera extendido al propio Costa.

No obstante, aunque no siempre resulta fácil apreciar la delimitación entre las posiciones liberales, reformistas, y las revolucionarias, en el caso de nuestro escritor cabe acotar algo más ese terreno fronterizo. Costa, decidido impulsor del *selfgovernment* y de la libertad como principios inspiradores del Derecho, escribía en los años de entresiglos:

Aquel ideologismo científico que negaba a lo inconsciente y a lo espontáneo todo valor y toda participación en la génesis del Derecho positivo, ha caído en descrédito, y los más serios y profundos pensadores exaltan el principio fecundísimo del selfgovernment en su acepción más lata, del derecho privado libre, libre de las ligaduras con que el derecho público lo condena a una vida de artificio (...).

36. Piotr Kropotkin, *La moral anarquista*. Prólogo de Carlos Díaz, Júcar, Gijón, 1977, p. 245.

Y concluía Costa su argumentación con una defensa a ultranza de «la libertad» como sustento del Derecho: «a este principio deben obedecer y por tal motor regirse las instituciones jurídicas del código, en su relación con el derecho inmanente, personal, de los individuos y de las familias»³⁷.

Pero, como ya advirtió Pérez de la Dehesa, todavía mostró Costa más explícitamente sus afinidades teóricas con los postulados ácratas en *El problema de la ignorancia del Derecho* (1901). Aquí, tras poner en evidencia el absurdo que supone que «el bracero, el menestral, el labriego, este pobre siervo enfeudado dos veces,» tengan la «obligación de saber el derecho», cuando ni siquiera las clases ilustradas conocen «ni la vigésima parte del derecho escrito que rige en su país»³⁸, reclamaba la desaparición efectiva de la «dualidad de personas, fundiéndose en uno los dos conceptos de legislador y de legislado»³⁹, y en seguida llegaba Costa al meollo de su planteamiento cuando se preguntaba: «¿Pero, realmente ¿pueden vivir sin leyes las sociedades humanas?»:

Existen escuelas, con caracteres y proporciones de reacción, que resueltamente lo afirman (anarquismo, ácracia, etc.); y no faltan sociólogos y pensadores de autoridad, formados en las filosofías clásicas, que se inclinan asimismo a la afirmativa. Kropotkine, por ejemplo, tomando como punto de partida la nativa bondad del hombre y el sentimiento de simpatía y solidaridad que le es ingénito y que le atrae con la violencia de un fenómeno natural hacia sus semejantes, erige al individuo en

37. J. Costa, *Derecho consuetudinario y economía popular en España*, I. Introducción de Lorenzo Martín-Retortillo, Guara, Zaragoza, 1981, pp. 38-39.

38. Joaquín Costa, *El problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el status individual, el referéndum y la costumbre*, Madrid, Imprenta de San Francisco de Sales, 1901, p. 13.

39. *Ibidem* p. 22.

órgano único y exclusivo de su propio derecho (...) sin más ley que la que el individuo lleva impresa por naturaleza dentro de sí propio (...)»⁴⁰.

Acudía después el estudioso a la autoridad de «[n]uestro eminente Posada», para recordar cómo éste había apuntado que «la idea de la posibilidad del orden social sin represión» contaba con precedentes notorios «en diversas manifestaciones de la sociología evolucionista, representada en hombres tan ‘conservadores’ como Krause y Giner, Guyau, Spencer y Fouillée»⁴¹. Por último, a modo de conclusión, se apoyaba en la autoridad de Dorado Montero, quien a su juicio sostenía «una posición intermedia», surgida al abordar el problema desde un punto de vista histórico, y que «considera la ley y la autoridad como instituciones meramente tutelares, y por tanto dependientes de que la tutela sea o no necesaria»; de modo que, en opinión de Dorado, «las leyes irán desapareciendo gradualmente a medida que el Estado autoritario actual, basado en la fuerza vaya transformándose en un Estado cooperativo, basado en la libre racional voluntad de todos sus miembros»⁴².

Y a continuación el polígrafo altoaragonés, de acuerdo sin duda con esta «posición intermedia» de Dorado, descubriría significativamente las intenciones de su libro:

40. *Ibídem* pp. 25-26.

41. *Ibídem* p. 26. El entrecomillado es de Costa.

42. *Ibídem* pp. 26-27. Aunque curiosamente Federico Urales, *La evolución de la Filosofía en España*, Tomo II, Parte II, Laia, Barcelona, 1977, p. 83, no mencionaba para nada a Costa, pensaba que «la filosofía propiamente dicha evoluciona en Giner de los Ríos y en sus discípulos Alfredo Calderón y Pedro Dorado por el lado del derecho político y por el lado antropológico, hasta muy cerca del anarquismo, dentro de él por lo que al último se refiere».

Los siguientes apuntes harán ver cómo ya hoy, conforme a las diversas constituciones civiles de la Península, podrían vivir ordenadamente los hombres en sociedad sin comercio apenas con las leyes; libres, por tanto, de la necesidad de conocerlas; y sin que por ello, dicho se está, hubieran de chocarse entre sí las múltiples esferas individuales ni dejaran de formar juntas, como antes y como siempre, municipio, nación, Estado⁴³.

Comienza Costa propiamente su recorrido en la «[c]onstitución del status individual» por la legislación romana, de la que piensa que reconocía para el individuo «una esfera de acción exclusivamente suya, inviolable, donde nadie puede legítimamente inmiscuirse», con lo que se alcanzaba «la realización práctica en ese límite de un régimen de *selfgovernment* ‘molecular’ (...) tan absoluto como hayan podido soñarlo las teorías acráticas o libertarias». Y en nota apuntaba que «[l]a teoría de la persona individual considerada como Estado, y de su relación con la persona social, ha sido establecida sobre bases incommovibles por Giner de los Ríos», en su *Resumen de la Filosofía del Derecho* (1898), libro en el que el citado comparte la autoría con Alfredo Calderón, y al cual Costa remitía al lector⁴⁴.

Con ello, queda ratificada de nuevo esa confluencia de planteamientos, de la que ya hemos hablado, entre cierta teoría del Derecho defendida a finales del XIX por pensadores liberales y el anarquismo. No se ha de olvidar que, como sostiene Álvarez Junco y habían observado ya algunos ideólogos libertarios, «en cuanto a las raíces filosóficas [del anarquismo] no hay duda de que se hallan en los pensadores ilustrados y liberales», si bien cree el historiador

43. Joaquín Costa, *El problema de la ignorancia del Derecho ...*, ob. cit., p. 27.

44. *Ibidem* p. 28.

que no se puede empezar a hablar con propiedad de «anarquismo» hasta Stirner y Proudhon, ya que el anarquismo como tal surgió como una «rebelión» contra el Estado «centralizado y omnipotente» que se configura con la revolución industrial y contra la propia sociedad industrial «y la despersonalización y alienación que la acompañan»⁴⁵. Y en este terreno, según Álvarez Junco, Bakunin –como Costa, podemos añadir por nuestra cuenta– intentó una difícil síntesis entre el «tradicionalismo», en el que se incluye un «solidarismo agrícola tradicional», y el progreso, acarreado por la industrialización, que propugnaban las «elites liberales». En suma:

*negar la civilización burguesa, que a su vez había alienado y pervertido una vida primitiva más sencilla, feliz y comunitaria, y regresar a esta última, pero siempre enriquecida con los beneficios del «progreso» (elemento antitético, alienador durante la etapa histórica burguesa)*⁴⁶.

Alfonso Ortí pensaba que, a diferencia de otros reformadores de espíritu institucionista que siguieron las pautas

45. J. Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, ob. cit. pp. 583-584. Nueva prueba, y bien esclarecedora a mi entender, de esta cierta indefinición ideológica de que venimos hablando es el pensamiento de quien siempre se autoproclamó fiel discípulo de Costa, al tiempo que se manifestó como ardiente germanófilo durante la Primera Guerra Mundial, me refiero, claro está, a Manuel Bescós, *Silvio Kossti*, autor del famoso epitafio de su maestro, y que en *Las tardes del sanatorio*, Guara, Zaragoza, 1981 (1ª edic. 1909) manifiesta, en opinión de José Carlos Mainer, «Introducción», p.13, «un batiburrillo de dogmas positivistas, sociología naturalista y desplantes nietzscheanos». Ahí mismo Bescós confiesa, por ejemplo, ibídem p. 206, que los «Tolstoi, Faure, Kropotkine, Bakounine, etc., me hacen pensar y discurrir en la manera práctica de hacer menos universal el dolor (...)».

46. J. Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, ob. cit., p. 592.

de Giner, Costa se había alejado de forma ostensible del «'liberalismo abstracto' y 'formalista'» del por entonces su maestro, al sostener ya en 1880 que «la *soberanía del pueblo y del individuo* se asientan sobre un desarrollo material concreto», con lo que criticaba implícitamente –piensa Ortí– a Giner de los Ríos⁴⁷.

No obstante, dentro de este terreno fronterizo entre liberalismo y anarquismo en el que nos movemos, se puede decir que el propio Costa delineó a su modo los límites de su posición. Así, en el ya citado discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, *El problema de la ignorancia del Derecho* (1901), concluía «que no son derecho vivo, que no son derecho positivo las reglas jurídicas que el pueblo no ha elaborado y puesto en vigor por vía de costumbre, o que el pueblo no prohió en un principio por vía de aceptación, tácita o expresa o que ha dejado caer en desuso»⁴⁸. Ahora bien, téngase en cuenta que el ilustre notario advertía en un principio que esperaba mostrar cómo «podrían vivir ordenadamente los hombres en sociedad sin comercio apenas con las leyes (...) y, sin que por ello, dicho se está, hubieran de chocarse entre sí las múltiples esferas individuales ni dejaran de formar juntas, *como antes y como siempre*, municipio,

47. Alfonso Ortí, «Política hidráulica y cuestión social: orígenes, etapas y significados del regeneracionismo hidráulico de Joaquín Costa», *Agricultura y Sociedad*, 32 (julio-septiembre de 1984), p. 50. Los entrecorridos y las cursivas son de A. Ortí. Giner, a su vez, pensaba en 1899 que lo que urgía no era gritar pidiendo «revolución» sino «dar en voz baja el alma entera por contribuir a crear lo único que nos hace falta: un pueblo adulto», «Aspectos del anarquismo», *Obras Completas*, XI, Madrid, Espasa-Calpe, 1925, p. 275-276, lo que parece sin duda una alusión a Joaquín Costa, como observaba Elías Díaz, «Joaquín Costa: ¿Regeneración sin parlamento?», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II Época, 24-25 (diciembre 1996), p. 136.

48. Joaquín Costa, *El problema de la ignorancia del Derecho...*, ob. cit., p. 89.

nación, Estado»⁴⁹. Y téngase también en cuenta que llegaba a tales conclusiones tras haber rastreado numerosos cuerpos jurídicos, tras haber aludido repetidas veces a la autoridad del Código Civil entonces vigente en España o tras haberse detenido una y otra vez en los Fueros aragoneses o navarros. Lo que proponía, pues, Costa era seguir a la hora de legislar un proceso inverso, de abajo a arriba: acudir a la costumbre, a lo consuetudinario, a lo positivo y espontáneo, como fuente del Derecho sin que ello supusiera la supresión del Estado en cuanto forma máxima de organización comunitaria, «como antes y como siempre», según Costa.

Así, hemos de pensar que no sólo las pretensiones iniciales sino también el camino seguido en el citado discurso marcaban el alcance o límite de las propuestas costianas, y también, en consecuencia, las divergencias de su posición con respecto al corpus teórico del anarquismo. La propia fe de Costa en las virtualidades del Derecho o su misma confianza en el Estado emanado del mismo constituían una barrera suficientemente nítida entre sus elaboraciones y el anarquismo. Costa, como Dorado Montero, Giner, Azcárate y otros, fue un intelectual que percibió con claridad la crisis del Estado liberal, y que intentó su rectificación; un heredero por su formación de la tradición liberal-burguesa que se aproximó, no obstante, a la perspectiva del pueblo más que la mayoría de sus compañeros de promoción, empujado en parte por un empeño de cuño todavía romántico, «redimir» al pueblo, e impelido además por su propio origen social, el pequeño campesinado, entonces en profunda crisis económica ante la pujanza del capitalismo y la industrialización.

A diferencia de cualquier teórico anarquista, el montisonense no cuestionó tanto el Estado como tal, sino su funcionamiento; propugnó la transformación profunda del

49. *Ibidem* p. 27. La cursiva es mía.

sistema legislativo, pero desde la perspectiva del reformador, a modo en cierta manera de los ilustrados del XVIII que había glosado por extenso en su *Colectivismo agrario* (1898). Incluso al final de su vida, ya militante republicano, cuando sentía que todos sus intentos de reforma habían quedado en nada o que todas sus propuestas anteriores se le antojaban inoperantes y su oposición al sistema de la Restauración era frontal, desconfiaba –como vimos– de una revolución «de abajo», popular, espontánea, si no venía dirigida y compensada por otra «de arriba»⁵⁰.

No obstante, lo dicho bastará para entender que los anarquistas españoles de entresiglos pudieran considerar a Costa, no sin motivos, como un precursor, o para explicar que desde la admiración hacia el Grande Hombre algunos jóvenes republicanos nacidos a las letras cuando moría el polígrafo pudieran alcanzar fácilmente posiciones obreristas, especialmente de carácter ácrata, más cuando –como apreciaba, entre otros, Antonio Elorza– las «ideas de fondo» del anarquismo español en el fin de siglo continuaban reflejando una ideología básicamente republicana, de manera que si se cambia «la pieza de la participación política, la cosmovisión republicana encontraba un total acomodo en el anarquismo español»⁵¹.

50. J. Costa, «Las víctimas de la República», discurso pronunciado en Zaragoza en 1906, en R. Pérez de la Dehesa (ed.), J. Costa, *Oligarquía y caciquismo...*, ob. cit., p. 253.

51. A. Elorza, «Utopía y revolución en el movimiento anarquista español», en Bert Hofmann, Pere Joan i Tous y Manfred Tietz (eds.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt-Madrid, 1995, pp. 83-84. También Pere Gabriel, «Historiografía reciente sobre el anarquismo y el sindicalismo en España, 1870-1923», *Historia Social*, 1 (primavera-verano de 1988), pp. 48-49, ha insistido en el estrecho parentesco entre republicanismo y anarquismo, de modo que «durante mucho tiempo republicanos y anarquistas comparten muchas concepciones ideológicas, un mismo lenguaje».

Por algo, Pi y Margall, fundador del partido federal, presidente de la Primera República, traductor de Proudhon, es considerado desde las filas libertarias como el gran precursor del anarquismo español⁵².

Aparte de lo visto, también debió de contribuir a aproximar la figura de Costa al campo libertario la preeminencia que el polígrafo concedió al dictado de una muy estricta moral tanto en su vida pública como privada⁵³ o su confianza en la educación como factor transformador⁵⁴. Y en el caso de Aragón, en donde —como ha escrito E. Fernández Clemente— «su liderazgo cultural, político, social y moral (...) es quizá el mayor que este país ha conocido y aceptado, acaso desde tiempos del Conde de Aranda»⁵⁵, también los incipientes regionalismo y nacionalismo del primer tercio del siglo fomentaron la aproximación al Grande Hombre de quienes

52. Ya hemos aportado en este sentido los testimonios de José Peirats y Ramón Liarte, pero hay que mencionar sobre todo la detenida exposición de Federico Urales, *La evolución de la filosofía en España*, ed. cit, pp. 75-92.

53. Acerca de las rigurosas normas que imprimió Costa a su conducta véase las jugosas anécdotas que relata Pedro Martínez Baselga, sobrino de nuestro autor, en *Quién fue Costa*. Introducción de E. Fernández Clemente, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1996, edición facsímil (1ª edic. 1918).

54. Sobre la trascendencia que se concedía en los medios libertarios a la educación y a la cultura, señalaba Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español [1868-1910]*, ob. cit. p. 586, lo siguiente: «La fe en la ciencia y en la razón alcanzó límites verdaderamente ingenuos: bastaban unas hojas y folletos que extendiesen una cultura universal básica y heterogénea (Kropotkin, Marx, H. George, Tolstoi, Zola, obras de divulgación sobre historia, geografía, astronomía) y el pueblo comprendería la maldad global del mundo viejo y sabría obrar en sentido revolucionario». Sobre las premisas pedagógicas de Costa véase Gloria Medrano, *Costa educador. Antología comentada de las ideas educativas de Joaquín Costa*, Pirineo, Huesca, 1998.

55. E. Fernández Clemente, *Estudios sobre Joaquín Costa*, ob. cit., p. 20.

se movían entre el republicanismo federalista o el aragonesismo más sentimental, algunos de cuyos defensores derivaron finalmente hacia las filas anarquistas, como es el caso de Felipe Alaiz o de Gil Bel. De ello hablaremos más adelante.

II. HUESCA (1914-1915): *TALIÓN* (¡OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE!)

PERIODISMO Y PROTESTA

Poco más de veinte años después de la aventura de *Talión* (1914-1915), Felipe Alaiz recordaba la figura de su amigo Ramón Acín, entonces recientemente fusilado en Huesca, en los inicios de la guerra civil, sin duda con más sentido elegíaco y evocador que deseo de fidelidad a los hechos; pero de cualquier modo, el autor mostraba en su folleto *Vida y muerte de Ramón Acín* (1937) no sólo un hermosísimo testimonio de amistad sino también la fertilidad de la corta vida del artista y, en consecuencia, todo lo que había truncado la muerte:

Ramón Acín –escribía Alaiz– con Bel, Samblancat, Maurín y yo formamos en el Alto Aragón desde 1915 a 1920 una guerrilla con todas las características de alianza antifascista (...).

*Gil Bel, Samblancat y él [Maurín] editaron una revista en Huesca que se titulaba Talión. ¡Ojo por ojo, diente por diente! Ramón Acín y yo estábamos poco quietos. Yo andaba entonces saltando fronteras y Acín también (...)*¹.

Las páginas de Alaiz han dado pie posteriormente para referirse a *Talión* como especie de momento fundacional de los afanes políticos e ideológicos de los autores citados, en cuanto grupo de acción y de intenciones. Aunque el caso

1. Felipe Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, Umbral, (s.a), París, (1ª edic. 1937), pp. 15-16.

requiere, como veremos, de no pocas matizaciones, hay argumentos de sobra para considerarlos en conjunto: mantuvieron estrechas relaciones personales e intelectuales, demostraron notorias afinidades ideológicas, estéticas y vitales; nacieron y crecieron en medios familiares de la pequeña o mediana burguesía rural aragonesa –los padres de Samblancat eran propietarios de una fonda en Graus, tanto Bel como Maurín pertenecían a familias de agricultores acomodados, la madre de Alaiz formaba así mismo parte de una estirpe bien establecida de Albalate de Cinca, mientras que el progenitor era capitán de infantería retirado; el padre de Acín ejercía en Huesca como ingeniero agrodimensor–, etc. Por otra parte, el semanario *Talión*, de efímera y accidentada vida, parece hoy irremediabilmente perdido, por ello las posteriores alusiones a su existencia han sido necesariamente superficiales e imprecisas²; aquí, no obstante, hemos recopilado testimonios y documentos que nos permitirán reconstruir, aunque muy parcialmente, su intensa presencia en la pequeña historia oscense.

En fechas recientes, el reagrupamiento en una especie de haz generacional de la mayoría de los nombres reunidos por Alaiz ha sido básicamente consecuencia directa de los afanes del también escritor e investigador altoaragonés Francisco Carrasquer (Albalate de Cinca, 1915), heredero en buena medida de los empeños simbolizados por los escritores que nos ocupan, y del profesor de la Universidad de Zaragoza, Carlos Forcadell. Ambos siguieron en su propósito criterios

2. Por ejemplo, en un encomiable trabajo reciente, Lola Hernández Ara, María Pilar Marcos Oliva, Pilar Ortigosa Lahuerta, José María Pérez Rabinal, Ana María Pons León, *Repertorio de publicaciones periódicas zaragozanas anteriores a 1940*, Institución 'Fernando el Católico'-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1998, p. 280, se incluye ficha de *Talión* por una alusión recogida en *Combate*, 1 (31 de mayo de 1931), pero por lo mismo la edición de *Talión* se ubica en Zaragoza y se fecha sin más como «anterior a 1931».

ideológicos y sobre todo geográficos –el origen altoaragonés de los citados–, lo que les permitió no considerar a Gil Bel (Utebo, Zaragoza, 1895-Madrid, 1949), a pesar de ser mencionado por Alaiz, pero sí incluir en la misma hornada a Ramón J. Sender (Chalamera de Cinca, Huesca, 1901-San Diego, California, 1982), seis años más joven que el menor de los citados por Alaiz, es decir, Maurín, y dieciséis que el mayor, Samblancat; además también de procedencia rural –como la mayoría del grupo–, de ascendencia pequeño-burguesa, de posiciones radicales en su juventud y atraído en concreto por el anarquismo –como todos los demás– de forma explícita y militante a lo largo de un breve periodo anterior a la guerra (1929-1932)³ y como mera inclinación afectiva e intelectual en el exilio.

Sender recogió, en efecto, algunas de las referencias y motivos manejados antes por los otros autores, coincidió con alguno de ellos en circunstancias significativas –así, en octubre de 1931 fue sustituido por Gil Bel temporalmente en la columna de *Solidaridad Obrera* que había iniciado el propio Sender, «Postal política»–, pero sus cauces de difusión fueron en general otros, su trayectoria literaria siguió en seguida derroteros diferentes y aunque conoció a todos y estrechó lazos afectivos con algunos de los citados –Acín, Bel y, en el exilio, Maurín– no compartió con ellos la amistad juvenil⁴, ni participó *stricto sensu* en proyectos periodísticos o editoriales

3. Véase José Domingo Dueñas Lorente, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, ob. cit., especialmente pp. 175-270.

4. Jesús Vived Mairal, «El primer Sender», introducción a su edición de Ramón J. Sender, *Primeros escritos (1916-1924)*, Instituto de Estudios Altoaragoneses («Larumbe», 5), Huesca, 1993, p. LXV, n., dice que preguntó a Katia, hija de Ramón Acín «sobre la relación de su padre con Ramón J. Sender mientras éste vivió en Huesca y me dijo que el gran escritor no perteneció al círculo de su padre».

comunes, como tampoco aceptaba de buen grado, años después, comparaciones literarias con Alaiz y Samblancat⁵.

Francisco Carrasquer, contrapariante de Alaiz, bajo-cinqueño como Alaiz y Sender, intelectual comprometido con el movimiento libertario como en algún momento todos los autores citados, ha estudiado a lo largo de los años a varios de estos escritores de forma individual, así, a Sender, a quien le dedicó una pionera tesis doctoral, a Felipe Alaiz y, más ocasionalmente, a Ángel Samblancat⁶; luego examinó

5. Ramón J. Sender, «Carta» a Francisco Carrasquer (16 de junio de 1975), donde a modo de comentario ante el artículo de su corresponsal, «Samblancat, Alaiz y Sender: tres compromisos en uno», aparecido poco antes, escribía: «¿En mí hay parábola? En todo caso, en Samblancat no había sino galimatías y en Alaiz, mezquindad y estrechez mental. Ninguno de los dos ha dejado nada que valga la pena. Y bien que lo siento, porque cuando me encuentro un autor de talento (aunque no sea aragonés, como Arrabal o Beckett) me lleno de gozo. Y a Samblancat y a Alaiz yo los quería como personas; y me duele más que a ellos el que no hicieron (sic) nada», cit. por Francisco Carrasquer, «Sender en la cruz del 27», *Letras Peninsulares*, v6.I (Spring, 1993), p. 206. Ante la reacción de Sender, Carrasquer duda (ibídem) de que el escritor hubiera leído su artículo, en el que reconocía sin paliativos los mayores méritos literarios del de Chalamera, en relación con los otros dos escritores aragoneses.

6. La tesis doctoral aludida apareció publicada como *Imán y la novela histórica de Sender*, Tamesis Book, London, 1970 (1ª edic. 1968). Aparte de numerosos artículos y ensayos sobre el novelista, hay que mencionar dos libros más de Carrasquer, *La verdad de Sender*. Con bibliografía de Elizabeth Espadas, Cinca, Leiden, 1982 (recopilación de ensayos ya publicados), y *La integral de ambos mundos: Sender*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 1994 (sobre las referencias americanas en la obra del narrador); amén de la edición crítica de *Imán*, Instituto de Estudios Altoaragoneses («Larumbe» 4), Huesca, 1992; de la selección y estudio de los poemas del escritor, *Rimas compulsivas*, Sociedad de Cultura 'Valle-Inclán', Ferrol, 1998, o de su extensa «Introducción» a *Réquiem por un campesino español*, Destino («Clásicos contemporáneos comentados, 22»), Barcelona, 1998. Sobre Felipe Alaiz, véase «Alaiz de Pablo, Felipe», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Unali, Zaragoza, 1980, p. 85;

las relaciones ideológicas y artísticas establecidas entre los tres citados y finalmente ha congregado a los cinco altoaragoneses en un ensayo que parece definitivo dentro de esa tarea recuperadora que le ha animado. Los dos trabajos, ya veteranos, en que Carrasquer puso en relación a Samblancat, Alaiz y Sender, llevado por la vinculación de los tres con las posiciones libertarias de preguerra –«Tres ríos, una sola fuente: Sender, Alaiz y Samblancat»⁷, y el posterior y más desarrollado «Samblancat, Alaiz y Sender: tres compromisos en uno»⁸–, fueron incorporados en lo fundamental al estudio más extenso en que amplía su perspectiva y agrupa ya a cinco autores: «Cinco oscenses en la punta de lanza de la prerrevolución española: Samblancat, Alaiz, Acín, Maurín y Sender»⁹.

En principio, justifica Carrasquer su agrupamiento en virtud de los rasgos compartidos por los distintos escritores –todos ellos de clase media, con estudios medios o superiores, alejados de la tutela familiar desde edad temprana, culti-

«La eutrapelia de un aragonés irreductible: Felipe Alaiz», *Andalán*, 360 (1982), págs. I-VIII; «Felipe Alaiz: la heterodoxia radical», en Javier Barreiro (ed.), *La línea y el tránsito*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1990, pp. 287-291, y, sobre todo, *Felipe Alaiz. Estudio y antología del primer escritor anarquista español*, Júcar, Madrid-Gijón, 1981. De Samblancat se ocupó Carrasquer en «Breve recuerdo de Ángel Samblancat», *Andalán*, 14-15 (1 de abril de 1973), suplemento «Literatura aragonesa siglo XX. Una aproximación», pp. 28-30 y en «Samblancat y Salanova, Ángel», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Unali, Zaragoza, 1982, pp. 2966-2967.

7. F. Carrasquer, «Tres ríos, una sola fuente: Sender, Alaiz y Samblancat», *Andalán*, 53 (15 de noviembre de 1974), p. 16.

8. F. Carrasquer, «Samblancat, Alaiz y Sender: tres compromisos en uno», *Papeles de Son Armadans*, 228 (marzo de 1975), pp. 211-246. Recogido después en Francisco Carrasquer, *La verdad de Ramón J. Sender*, ob. cit., pp. 12-42.

9. F. Carrasquer, «Cinco oscenses en la punta de lanza de la prerrevolución española...», *Alazet. Revista de Filología*, 5 (1993), pp. 9-69.

vadores contumaces del periodismo, situados políticamente en la izquierda, si no en la «izquierda extrema»¹⁰—; sopesa después las trayectorias vitales, ideológicas y artísticas de los cinco, traza sus semblanzas psicológicas anotando frecuentes interrelaciones y a modo de conclusión apunta:

*Resumiendo, podríamos decir que el principio fue Ramón Acín y en Huesca; que los medios fueron juventud, talento, entrega generosa y lucidez en acción de cinco espíritus afines que nacen escalonados en el lapso de quince años y trabajan incansablemente por una España mejor, y los fines nos los sintetiza Sender, el más joven, con su obra compleja y rica, que supera y enarca, como la irisada diadema en un cielo fecundante de lluvia, la blanca luz de todos en pentalfa radiante (...)*¹¹.

Al considerar las meritorias aportaciones de Carrasquer, hay que recordar, y no es lo de menos, que el crítico enjuicia básicamente la labor creadora de los citados desde la óptica de un intelectual comprometido con la causa libertaria y en función sobre todo de la contribución de los autores a lo que llama la «prerrevolución española» de 1936.

Por su parte, Carlos Forcadell fue quien, según nuestros datos, agrupó por primera vez a los cinco intelectuales en cuestión. En 1986 y en las páginas de *Andalán*, en efecto, bajo el título de «Galeradas de altoaragoneses rebeldes y exiliados. Samblancat, Alaiz, Acín, Maurín y Sender»¹², apreciaba Forcadell una serie de rasgos compartidos por los cinco, a la vez que dejaba traslucir un trabado nudo de interrelaciones entre ellos a través de una serie de textos en los

10. *Ibidem*, p. 13.

11. *Ibidem*, pág 68. Los subrayados son de Francisco Carrasquer.

12. C. Forcadell, «Galeradas de altoaragoneses rebeldes y exiliados...», *Andalán*, 449-450 (15 de abril-1 de mayo de 1986), «Galeradas, 94», pp. I-VIII.

que los escritores se aludían entre sí. En la presentación, Forcadell apuntaba algunas reflexiones que nos interesan especialmente: así, que «el grupo generacional altoaragonés» había comparecido como tal en las décadas iniciales del siglo «con un talante inequívocamente rebelde y radical, y con una serie de rasgos comunes de los que no es el menos significativo esa ‘seguridad de origen’ a que se refiere uno de ellos, Ramón Sender, una vinculación afectiva tremenda al paisaje original de su infancia (...)». Añadía, además, Carlos Forcadell que en el comportamiento político de todos ellos se percibía «un indudable aroma radical siempre: republicanismo, federalismo, anarquismo, comunismo», o «un lenguaje literario característico», y registraba por último el historiador la influencia en todos ellos del movimiento libertario, «aunque para algunos (Maurín, Sender) sea una etapa hacia otros posicionamientos políticos»¹³.

Poco después, en 1988, retomaba Forcadell el mismo asunto con motivo del centenario del nacimiento de Ramón Acín. A lo ya dicho añadía algunos detalles de interés: así que, por lo general, el compromiso libertario de los autores se había resuelto en «una vinculación de carácter preferentemente intelectual, mantenida a través de la pluma o del pincel»¹⁴.

A pesar de que, a mi entender, es palpable que el compromiso sociopolítico de los jóvenes aquí agrupados, –vivido, claro está, con mayor o menor hondura–, les llevó a implicarse, como podremos comprobar, bastante más allá «de la pluma o del pincel», en congresos, conferencias, mítines, acciones políticas, actividades de organización dentro del movimiento libertario o de diversos grupos políticos,

13. *Ibidem*, p. I.

14. C. Forcadell, «Huesca era Granada», en García Guatas, M. (dir.), *Ramón Acín, 1888-1936*, Diputaciones Provinciales, Zaragoza-Huesca, 1988, pp. 45-49. La cita en p. 46.

etc., como prueba el que todos o la gran mayoría conocieran la cárcel o el exilio antes incluso de perder la guerra civil, sí estamos de acuerdo con Forcadell en que en el ejercicio de su militancia había una decantación de carácter «preferentemente intelectual» y no tanto una opción exigida por las condiciones de la propia clase social. Y ello puede explicar, a mi juicio, ciertas indefiniciones o desplazamientos en sus posiciones: por ejemplo, que Samblancat navegase, como veremos, entre federalismo, nacionalismo y anarquismo; que Alaiz transitara un tiempo por el nacionalismo o que compaginara en un periodo anarquismo y aragonesismo; que un Maurín «bastante insólito» –como dice Carlos Forcadell– ocupara en poco más de diez años cargos de máxima relevancia en CNT, PCE, Bloc Obrer y Camperol y POUM¹⁵; que Ramón Acín como militante libertario fuera sobre todo, en palabras de Forcadell, «un ciudadano querido y respetado por unos trabajadores organizados que, careciendo de líderes propios, delegaban en un profesor conocido, con relaciones en Madrid, habitual de la prensa libertaria»¹⁶; o que, finalmente, Ramón J. Sender, tras comprometerse activamente con la CNT al final de la Dictadura de Primo de Rivera se aproximara al PCE a principios de 1933 y que ya en el exilio retomara los postulados anarquistas como una inclinación más que nada afectiva.

El predominio de lo intelectual en la militancia de los escritores y periodistas mencionados nos sitúa así mismo en la pista que conduce al costismo de todos ellos. Como bien decía Forcadell, «esta juventud rebelde y radical» halló en un principio su cauce en el republicanismo, «que era donde había acabado Costa»¹⁷. Fácil resulta entender que así fuera

15. *Ibídem*, p. 48.

16. *Ibídem*.

17. *Ibídem*, p. 47.

porque la resonancia de D. Joaquín en el Altoaragón cuando estos jóvenes comienzan a descubrir intelectualmente el mundo, en los inicios del siglo XX, era sin duda difícilmente eludible, como bien lo evoca Víctor Alba para el caso de Maurín:

*En Graus vivía Joaquín Costa, que tenía cincuenta años cuando nació Maurín. La simple presencia en la comarca de una personalidad de la fuerza de Costa daba a Bonansa cierta vida política. La gente comentaba el último discurso de Costa, los periódicos de Huesca, Zaragoza y Lérida reproducían sus frases demoleadoras*¹⁸.

Ángel Samblancat (1885-1963), el mayor de todos ellos y el costista más decidido, todavía tuvo ocasión de terciar con su afilada pluma en favor del Maestro antes de que éste muriera, en un artículo titulado «El confinamiento de Costa»; y también de que su ilustre paisano se lo agradeciera en una amable carta en la que sostenía modestamente que su corresponsal había practicado en el escrito en cuestión la novela «a beneficio de un pobre protagonista histórico», de modo que llegaba a comparar a Samblancat con Galdós, «el más genial de los poetas retratistas»: «Le agradezco –continuaba– la voluntad, le envidio la pluma, le auguro grandes éxitos como cronista y como novelista»¹⁹. Los restantes autores congregados tanto por Carrasquer como por Forcadell, Felipe Alaiz (1887-1959), Ramón Acín (1888-1936), Joaquín Maurín (1896-1973), Ramón J. Sender (1901-1982),

18. Víctor Alba, *Dos revolucionarios: Joaquín Maurín, Andreu Nin*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1975, p. 15.

19. Cit. por Neus Samblancat Miranda, *Ideario y ficción en la obra novelesca de Ángel Samblancat I*. Tesis doctoral. Edición microfotográfica. Publicacions de la Universitat Autònoma de Bellaterra, 1991, p. 19, nota.

o el propio Gil Bel (1895-1949), comenzaron a escribir, por lo general, al poco de morir el entonces aludido –sobre todo en Aragón– como Grande Hombre y cuando se iniciaban –como tuvimos ocasión de señalar páginas atrás– los mecanismos de mitificación y de mixtificación del personaje.

En el presente trabajo trataré, pues, de desarrollar las intuiciones apuntadas por Carrasquer y Forcadell, a partir del testimonio inicial de Alaiz, si bien por las razones expuestas arriba no incorporo a Sender y sí a Gil Bel al grupo de *Talión*, empresa en cierto modo fundacional del empeño ideológico y estético que nos proponemos rastrear. Gil Bel, aunque no parece que estuviera involucrado directamente en la edición de *Talión* –como tampoco Alaiz– sí compartió enseguida con sus redactores las pasiones políticas y literarias juveniles y participó con ellos en proyectos posteriores. Por otra parte, los nombres reunidos por Carrasquer, Forcadell o Alaiz son únicamente los rescatados en principio de un naufragio en el que participaron otros muchos –algunos de ellos serán citados aquí con cierta frecuencia–, tal vez impulsados por una misma o incluso más recia fe en la letra impresa, aunque seguramente con menor acierto en sus aportaciones; todos en cualquier caso fueron tentados precozmente por la literatura o el periodismo y acuciados en seguida por la inquietud política.

Los abordados aquí forman parte de toda una promoción de jóvenes aragoneses y españoles, en general, que en aquellos primeros años del XX se aplicó con inusual precocidad y pasión a rellenar páginas de periódicos y de libros o a cultivar cualquiera de las bellas artes; tarea que, a pesar del entusiasmo inicial, la mayoría de las veces no pasó de una ocupación juvenil, efímera, truncada por las exigencias de la «verdadera» profesión o de la «madurez», cuando no por las propias limitaciones, como bien ha constatado para el caso

aragonés José Luis Calvo Carilla en su estudio *El modernismo literario en Aragón*²⁰.

Los jóvenes que remitieron sus inflamadas cuartillas a *Talión* se proclamaban republicanos en política al tiempo que se mostraban afectados por la fiebre estética y ética esparcida por el modernismo, y así se verá en muchas de sus comparecencias en la prensa del momento, que no eran sino cuentos o breves narraciones rezumantes de sensibilidad de época, un modernismo ya un tanto tardío. El propio Alaiz recordaba con nostalgia cómo en los años de entresiglos, el «romanticismo literario era una ráfaga de agonía lenta de vals, no exenta de belleza» que «[c]ontrastaba con el romanticismo popular, más vivo y efectivo que el escrito»²¹.

20. J. L. Calvo Carilla, *El modernismo literario en Aragón*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1989, véase especialmente las pp. 151-194. El profesor de la Universidad de Zaragoza comprobó aquí cómo numerosos jóvenes zaragozanos se embarcaron, durante la segunda década del siglo –los mismos años en que los autores que aquí estudiamos empezaron a publicar– con notable entrega en la edición de varias y sucesivas revistas literarias, marcadas por un modernismo entre estetizante y casticista, –*Lealtad* (1911-1913), *Ambiente* (1912), *Paraninfo* (1914-1916)–, siempre como tarea subsidiaria de sus estudios universitarios o de los inicios en sus correspondientes profesiones, normalmente liberales. Este fue el caso de algunos jóvenes, conocidos luego más por sus ocupaciones políticas, de talante conservador, o profesionales que por las propiamente literarias: Ricardo Horno Alcorta, Miguel Sancho Izquierdo, Alberto Marín Alcalde, Alberto Aguilar Tejera, Gil Berdejo, Diego Quílez, etc. Pero la precocidad en el cultivo de las letras no sólo fue frecuente entre la juventud conservadora. También a los órganos de expresión del Partido Republicano Autónomo de Aragón, *La Idea* (1914-1915) e *Ideal de Aragón* (1915-1920) acudieron con sus primeras cuartillas numerosos jóvenes, si no adolescentes: Avelino Casalé, José Lafuente, Saturnino Fustero, José Azcona, etc., ibídem p. 195.

21. Felipe Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit. pp. 11-12.

El llamado Modernismo de entresiglos fue, en suma, la última, o la penúltima, máscara del Romanticismo histórico y lo mismo que éste también la reacción modernista trató de salvar formas ancestrales, populares, ahora ante la expansión de la industrialización y el capitalismo que todo lo modificaba para uniformarlo, en última instancia. La consideración del pueblo como máximo exponente del romanticismo, tal y como propone Alaiz, es una expresión más de la exaltación de lo popular, que tanto cundió en el fin de siglo, como recinto de valores no contaminados por esa civilización que propugnó la internacionalización del capital y, por lo tanto, de usos y costumbres, de modo que lo «popular» sirvió a menudo como punto de apoyo desde el que poner en tela de juicio la cultura y los modos de vida burgueses, en franca expansión. El modernismo, en definitiva, entendido como actitud general de renovación, o cuando menos de reacomodo, en las formas de expresión artística y en los modos de vida, trató de responder en las sociedades occidentales al acelerado desarrollo del capitalismo de finales del XIX y en este empeño intentó aguzar la sensibilidad para percibir parcelas de la realidad en trance de desaparición y elevar la propia vida al rango de fenómeno artístico o aventura irrepetible. Y ésta es la atmósfera en la que nuestros autores trataron de abrirse camino.

Curiosamente, el movimiento modernista, a la vez que condenaba la expansión del capitalismo —con su fondo democrático incluido—, planteaba su misión en términos de renovación y de oposición sistemática a lo viejo y caduco y de exaltación apriorística de lo nuevo, lo joven, lo moderno. Y esa conjunción de aristocratismo, de sensibilidad exacerbada y pulida, y de afán renovador, vino a confluír en el inquietante y atractivo halo que insufló la época a la figura del escritor, del poeta o del artista, en general, identificada durante un tiempo con el bohemio o con el anarquista, y reconocida, en cualquier caso, como símbolo de denuncia, desvelamiento o queja contra la sociedad burguesa y filistea

y como proyecto vital lleno de promesas de plenitud. En el periodo finisecular cundieron los *anarquistas literarios* —título de un folleto de 1895 del joven J. Martínez Ruiz, entonces anarquista declarado—, aunque se tratara en la mayoría de los casos de un anarquismo meramente teórico o estético, de protesta individualizada, de malestar personal a menudo difícil de concretar, que no conducía a compromisos inmediatos, como ya percibió hace tiempo Clara E. Lida:

*Escritores cultos, a menudo de origen aristocrático o burgués, manifiestan creciente simpatía por el anarquismo, en el cual ven un movimiento rebelde, individualista e innovador. El intelectual declassé, insatisfecho con la sociedad que lo rodea, repudia como los anarquistas las instituciones estáticas y la atmósfera rancia que se respira (...)*²².

Manuel Aznar anotaba, en este sentido, que el «esteticismo modernista» arrastró claras connotaciones antibur-

22. Clara E. Lida, «Literatura anarquista y anarquismo literario», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIX (1970), p. 361. En opinión de José-Carlos Mainer, «Notas sobre lectura obrera en España», *La doma de la Quimera. (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Escola Universitaria de Traductors i Intèrprets-Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra (Barcelona), 1988, pp. 34-35, entre 1905 y 1910 se puede dar por concluido el «anarquismo literario», fechas en que los autores que ejercían como tales se integran en periódicos o acceden a posiciones más ventajosas en coincidencia con sucesivos fracasos de los empeños revolucionarios, especialmente entre 1902 y 1909. Sobre el «anarquismo literario» del fin de siglo, véase también Lily Litvat, «Estudio preliminar», a AA. VV., *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*, Taurus, Madrid, 1982, pp. 7-50. Además de la expansión de la prensa independiente que tuvo lugar hacia los años ochenta, como ya había apuntado Mainer en el artículo citado arriba, Litvat, *ibíd*, pp. 11-12, piensa que fueron básicamente el federalismo y el proceso de Monjuich (1897) los factores que hicieron coincidir durante unos años a intelectuales y anarquistas.

guestas, de modo que «[b]ohemia, anarquismo y aristocratismo artístico se conjugan en las actitudes de Sawa, Darío o Valle-Inclán»²³. Y Hans Hinterhäuser apreciaba, por su parte, que durante el periodo de entresiglos la figura del artista en la Europa Occidental había sido erigida como una especie de reacción idealista contra el materialismo que se venía instaurando²⁴.

Con todo, la imagen del artista o del escritor debió de convertirse para muchos jóvenes de finales del XIX y principios del XX que aún pudieron admirar los últimos coletazos de la bohemia modernista en una especie de modelo vital, en una suerte de héroe moderno susceptible de canalizar todo tipo de aspiraciones y rebeldías. Y esto era poco más o menos lo que con claridad y atractivo exponía a sus

23. M. Aznar Soler, «Modernismo y bohemia», Pedro M. Piñero y Rogelio Reyes (eds.), *Bohemia y literatura. De Bécquer al Modernismo*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1993, p. 77. Sobre ese *mare magnum* de actitudes apreciable en los escritores finiseculares, véase también José Esteban y Anthony N. Zahareas, «Introducción», *Los proletarios del arte. Introducción a la bohemia* (antología), Celeste «Biblioteca de la Bohemia», Madrid, 1998, pp. 9-24, y Allen W. Phillips, *En torno a la bohemia madrileña, 1890-1925. Testimonios, personajes y obras*, Celeste «Biblioteca de la Bohemia», Madrid, 1999. Phillips insiste en que el concepto de «bohemia» evoluciona desde la visión idealizada y romántica expuesta por Murger, *Scènes de la vie bohème* (1851), hasta el sentido más sórdido que expresan numerosos autores de las primeras décadas del XX, apresados y embrutecidos por la miseria y la falta de oportunidades, *ibídem*, pp. 13-23.

24. H. Hinterhäuser, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, Taurus, Madrid, 1980 (edic. original 1977), p. 136. Y lo mismo pudo corroborar M^a Pilar Celma, *La pluma ante el espejo. (Visión autocrítica del fin de siglo, 1888-1907)*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1989, p. 122, para el caso español: «El poeta era un ser superior que no se conformaba con vivir, sino que quería conocer, desentrañar todos los misterios, aunque al final le esperara el abismo. El poeta veía más allá de la realidad objetiva, sentía la vida que latía en los objetos –palpitar del alma universal–; en realidad, él era, como un dios, quien les daba esta vida».

alumnos el jovencísimo profesor de Geografía del Liceo Escolar de Lérida, un Joaquín Maurín de veinte años, en una conferencia de noviembre de 1916 titulada «El deber de la juventud»:

Tenéis que orientaros. Esto es, escoger un camino en el que haya luz, que sea recto, y, sobre todo, que esté sembrado de flores que exhale felicidad y alegría. (...) Nosotros somos los que podemos elegir libremente la dicha, el bien, la felicidad y la poesía o el mal, el abandono, el marasmo, el aburrimiento y el prosaísmo. (...) Cada hombre ha de ser un poeta y un héroe, y en la obra que se proponga llevar a cabo ha de dejar sentir esta doble influencia si quiere ennoblecerse y remontarse²⁵.

Por otra parte, no se ha de olvidar que los años de la primera guerra mundial en particular, y el primer tercio del siglo en general presenciaron una verdadera eclosión del periodismo hasta el punto de que por entonces, según los especialistas, cabe localizar el momento «más brillante» del periodismo español²⁶. Un cúmulo de factores de diverso orden –socioeconómico, cultural, técnico– hizo entonces posible la acelerada modernización del periodismo²⁷, de manera que, a juicio de Josep Lluís Gómez, en España la llamada «prensa de masas» comienza propiamente en los años

25. S. f., «El deber de la juventud. Párrafos de la conferencia de D. Joaquín Maurín», *Boletín del Liceo Escolar*, 97 (Lérida, diciembre de 1916), pp. 1-7 (la cita en pp. 2-4).

26. Pedro Gómez Aparicio, «La época más brillante del periodismo español (1898-1921)», *AEDE*, 1 (junio de 1979), pp. 40-44.

27. Véase Enric Marín, «Estabilización y novedades en la prensa diaria», en Jesús Timoteo Álvarez y otros, *Historia de los medios de comunicación en España*, Ariel, Barcelona, 1989, p. 111. Para Enric Marín, «el periodo más brillante» fue el de la II República, si bien como culminación del proceso anterior.

de la primera guerra mundial y alcanza su «consolidación» durante la II República, así que –concluye el investigador– en un «periodo de unos veinte años se gestó la prensa moderna española»²⁸.

No se ha de olvidar, por otra parte, que el publicar en los diarios no sólo se convirtió entonces en el noviciado frecuente de la literatura sino además en una fuente de ingresos más segura y sustanciosa que el libro y en la forma de llegar a un público amplio, recientemente alfabetizado, que accedía más fácilmente a la lectura de diarios o de revistas que de libros.

Hemos de decir para concluir este apartado que los autores que aquí reunimos han padecido frecuentemente las consecuencias de un doble olvido. Por una parte, el de la «opinión canónica»²⁹ que sigue atendiendo como objeto de estudio prioritario de la época a la producción de la burguesía liberal, es decir, la de la llamada Generación del 27 y adláteres, y ello no sólo por meras razones de calidad literaria –como dirán algunos– sino también por aquellas que conciernen al predominio ideológico y axiológico de una sociedad³⁰; y, por otro lado, nuestros autores han sufrido también por lo general la postergación de quienes se ocupan de la lite-

28. Josep Lluís Gómez, «¿Existió en España prensa de masas? La prensa en torno a 1900», en Jesús Timoteo Álvarez y otros, ob. cit. p. 29.

29. Como ha escrito recientemente Víctor Fuentes, «Novela y vanguardia política», en Javier Pérez Bazo (ed.), *La Vanguardia en España. Arte y literatura*, CRIC-OPHRYS, Toulouse, 1998, p. 275, a pesar de que desde hace veinticinco años no pocos críticos «han venido ocupándose de la producción de autores conocidos en su conjunto bajo los rótulos ‘la otra generación del 27’, ‘nuevo romanticismo’, ‘literatura avanzada’ o ‘la novela social’; sin embargo, la opinión canónica suele continuar relegando al olvido incluso a sus principales representantes (...)».

30. Ya al principio de los años treinta, al joven Sender se le escatimó, por escritor «político», el merecido reconocimiento en determinados círculos académicos madrileños que dictaban el «buen gusto» literario, véase Ildefonso M. Gil, «Noreste y Tomás Seral y Casas», prólogo a *Noreste* (1932-1935), edición facsímil, Torre Nueva, Zaragoza, 1981, s. p.

ratura social de la llamada Edad de Plata –salvo honrosas excepciones³¹–, puesto que se han establecido ya una serie de clichés que tienden a repetirse de forma incuestionable, por ejemplo, la elección de un corpus muy definido y poco menos que cerrado de autores y revistas, la consideración de *Post-Guerra* (1927-1928) como publicación en la que se inicia el camino hacia el compromiso que culminará en los años treinta o el aserto de que es a partir de 1930 cuando realmente se puede hablar de literatura social y de compromiso artístico,³² etc.

31. Por ejemplo, para el caso de Samblancat, véase Fulgencio Castañar, *El compromiso en la novela de la II República*, Siglo XXI, Madrid, 1992; *La novela proletaria (1932-1933)*, 2 tomos, reedición a cargo de Gonzalo Santonja, Ayuso, Madrid, 1979; Gonzalo Santonja, *La novela revolucionaria de quiosco*, Madrid, El Museo Universal, 1993; trabajo recientemente ampliado como *La insurrección literaria. La novela revolucionaria de quiosco*, Sial, Madrid, 2000; *Las novelas Rojas*, edición y estudio de Gonzalo Santonja, Ediciones de La Torre, Madrid, 1994; M^a Francisca Vilches de Frutos, *La generación del Nuevo Romanticismo. Estudio bibliográfico y crítico (1924-1939)*, Universidad Complutense, Madrid, 1984. Como reivindicación grupal de los narradores sociales, véase, Francisco Carrasquer, «Luces y sombras de la preguerra», en Marshall J. Schneider, Mary S. Vásquez (eds.), *Ramón J. Sender y sus coetáneos. Homenaje a Charles L. King*, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Davidson College, Huesca, 1998, pp. 37-62.

32. En relación con la última objeción apuntada, véase especialmente Serge Salaün, «Las vanguardias políticas: la cuestión estética», en J. Pérez Bazo (ed.), *La Vanguardia en España. Arte y literatura*, ob. cit., pp. 209-225, quien, a fuer de contundente, certifica además «[e]l patético fracaso estético del anarquismo español, en cualquier tipo de expresión literaria», de modo que «una doctrina auténticamente revolucionaria en el terreno político no fue capaz de enunciar, ni siquiera de vislumbrar, la más mínima revolución estética». Con lo cual, el crítico parece sentirse justificado para desentenderse completamente del anarquismo en cuanto posible alimento ético o ideológico –no hay estética sin ética– de las llamadas «vanguardias políticas». Por otra parte, no parece que haya que pedirle al anarquismo una estética propia sino más bien obras logradas

Sin duda, quienes cultivaron los cauces populares de difusión y trataron de aproximarse a un público obrero o pequeño-burgués radicalizado, que no contaba demasiado en los círculos de la cultura dominante, se han visto, incluso

a escritores y artistas de fe libertaria, y ello aunque se trate de creaciones que, sin contradecir —claro está— el impulso moral que las anima, incorporen ingredientes estéticos de variada raigambre, como suele suceder, por otra parte, en autores de otras convicciones políticas o en los presuntamente situados al margen de lo político. Así, no resulta en absoluto pertinente, a mi entender, aplicar las descalificaciones de Salaün a novelas como *O. P.* (1931) del entonces anarquista confeso Ramón J. Sender, ni a *Siete domingos rojos* (1932), la despedida del anarquismo del mismo autor; pero tampoco a bastantes páginas de Samblancat —los cuentos reunidos en *Jesús atado al columna* (1926), por ejemplo—, ni a la novela larga de Alaiz, *Quinet* (1924), a propósito de la cual el autor expresó reflexiones de orden estético de indudable interés, o ni siquiera a bastantes de sus relatos breves; como tampoco resulta lo más indicado menospreciar, aunque sea entre afirmaciones de carácter general, los trabajos vanguardistas de Ramón Acín, de González Bernal o de Barradas, artistas de confesiones libertarias, al menos durante un tiempo. Frente a la perspectiva de Salaün preferimos sin dudarlo la óptica adoptada por José Carlos Mainer, «Prólogo» a Neus Samblancat, *Luz, fuego y utopía revolucionaria. Análisis de la obra literaria de Ángel Samblancat*, La Llar del Llibre, Barcelona, 1993, pp. 15-16, cuando tras reclamar «el regreso de Ángel Samblancat a las páginas de la historia», escribe: «Ahora que tanto se habla de *mentalidades*, sus palabras [las de Samblancat] arrojan luz sobre todo un mundo abolido pero que alentó en el fervor de muchas gentes: la intensa vida del radicalismo libertario que recorre, como una vena oculta, los días de la España anterior a 1936, casi siempre más vivaz que la que siguió». Por otra parte, Serge Salaün en un excelente artículo anterior al citado —aunque a nuestro juicio generalizador en exceso en sus conclusiones—, «Teoría y práctica del lenguaje anarquista o la imposible redención por el verbo», en Bert Hofmann, Pere Joan i Tous y Manfred Tietz (eds.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, ob. cit., pp.323-334, admite en las filas obreristas «aportaciones realmente revolucionarias, realmente renovadoras, en el campo del lenguaje (y de la estética)» aunque de los «individuos y grupos de origen burgués que se adhieren a una concepción revolucionaria del mundo», ya fuese de corte marxista o anarquista (la cita en p. 328).

hasta la fecha, con dificultades añadidas a la hora de ser enjuiciada su obra y de analizar sus aportaciones –me refiero, en lo que concierne a nuestro trabajo, a Samblancat y, en especial, a Alaiz³³, escritores de producción considerable y escasamente estudiados–; y todo ello a pesar de que fueron autores que dejaron su lugar de origen (como muchos otros aragoneses con aspiraciones literarias desde mediados del XIX, Eusebio Blasco, Marcos Zapata, Mariano de Cavia, Benjamín Jarnés, Juan José Lorente, José García Mercadal, Sender, etc.) y publicaron desde los focos de producción cultural de mayor influencia del momento, Madrid y Barcelona.

Nos interesa aquí en mayor grado recalcar en los años de tanteos y búsquedas de los narradores y periodistas considerados³⁴; la etapa de formación, podríamos decir, momento

33. Ambos, sin embargo, autores de éxito en su tiempo entre el público obrero, véase José-Carlos Mainer, «Notas sobre lectura obrera en España», *La doma de la quimera. (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, ob. cit., pp. 23-24.

34. Por lo que respecta a los más conocidos, hay que mencionar una bibliografía no voluminosa pero sí muy digna de consideración. En lo que concierne a A. Samblancat, aparte de las mencionadas aportaciones de Francisco Carrasquer o los ya citados trabajos de Gonzalo Santonja, Fulgencio Castañar y Vilches de Frutos, véase sobre todo la también citada tesis doctoral de Neus Samblancat Miranda, de la que es un extracto el libro *Luz, fuego y utopía revolucionaria. Análisis de la obra literaria de Ángel Samblancat*, ob. cit. Una visión apasionada y de testigo directo es la que ofrece Lluís Capdevila, en particular, de la labor política y agitadora del aragonés, en *La nostra gent. Ángel Samblancat*, Llibrería Catalonia, s. a., Barcelona, [1927]; breve pero muy documentado es el artículo de José Luis Melero Rivas, «En el centenario del nacimiento de Ángel Samblancat», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 33-34 (enero-marzo de 1986), pp. 23-25; véase también Manuel Pérez-Lizano Forns, «Visillos de pasión en Ángel Samblancat», *El Bosque*, 9 (septiembre-diciembre de 1994), pp. 81-89; José Domingo Dueñas Lorente, «El 'León' y su 'cachorro'. La devoción costista de Ángel Samblancat», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 77-78 (julio-diciembre de 1996),

pp. 64-71; Neus Samblancat Miranda, «Joan Salvat-Papasseit i Angel Samblancat, perfil d'una amistat», *L'Avenç*, 80 (marzo de 1985), pp. 20-25; de la misma autora, «El arte y el pueblo. (A propósito de la poética de Ángel Samblancat)», *Scriptura*, 4 (1988), pp. 43-47, «Ángel Samblancat Salanova. Semblanza», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 77-78 (julio-diciembre de 1996), pp. 60-63 y estando ya en prensa nuestro trabajo ha aparecido "Samblancat Modernista", *Turia*, 54 (noviembre de 2000), pp. 233-241; también E. Fernández Clemente, «Ángel Samblancat», *Gente de orden*, T. 4. *La cultura*, Ibercaja, Zaragoza, 1997, pp. 218-223. Con respecto a Felipe Alaiz véase los trabajos de Carrasquer; sobre todo, el estudio ya aludido, *Felipe Alaiz. Estudio y antología del primer escritor anarquista español*, ob. cit., en donde el extenso y sustancioso prólogo se convierte más que nada en un ajuste de cuentas con el autor, de quien Carrasquer piensa que cabía esperar mucho más de lo que en definitiva aportó; véase también *Fontaura* (Vicente Galindo), «Felipe Alaiz, anarquista heterodoxo», *Ruta*, II época, 35 (1 de junio de 1978), pp. 3-23, José Peirats, *Figuras del movimiento libertario español*, Picazo, Barcelona, 1978, pp. 26-36, y el capítulo lleno de apuntes de interés, «Felipe Alaiz, un director bohemí, 1932», en Susanna Tavera, *Solidaridad Obrera. El fer-se i defer-se d'un diari anarcosindicalista (1915-1939)*, Col·legi de Periodistes de Catalunya, Barcelona, 1992, pp. 65-73; acerca de *Vida y muerte de Ramón Acín*, en concreto, véase Gemmá Mañá, Rafael García, Luis Monferrer, Luis A. Esteve, *La voz de los naufragos. La narrativa republicana entre 1936 y 1939*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1997, pp. 86-90; una breve síntesis de la aportación del escritor en E. Fernández Clemente, «Felipe Alaiz», *Gente de orden*, T. 4. *La cultura*, ob. cit., pp. 223-224. Sobre Ramón Acín, resulta imprescindible en nuestro caso, el mencionado trabajo de Felipe Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, (1937) ob. cit.; pero también M. García Guatas (ed.), *Exposición de Ramón Acín*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1982; Miguel Bandrés Nivelá, *La obra artigráfica de Ramón Acín: 1911-1936*, Diputación de Huesca, Huesca, 1987; M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín, 1888-1936*, Diputaciones Provinciales, Zaragoza-Huesca, 1988, y el reciente estudio de Sonya Torres Planells, *Ramón Acín (1888-1936). Una estética anarquista y de vanguardia*, Virus, Barcelona, 1998. La trayectoria política de Joaquín Maurín ha despertado considerable interés, así el ya antiguo de Víctor Alba (amigo y correligionario del aragonés), de quien puede verse el antes citado trabajo, *Dos revolucionarios. Andreu Nin, Joaquín Maurín*; véase también, Antoni Monreal, *El pensamiento político de Joaquín Maurín*, Península, Barce-

además de mayor relación intelectual entre sí, cuando persiste cierta conciencia de grupo, es frecuente la coincidencia en periódicos y revistas o proliferan los planteamientos comunes; después cada uno encontró su voz propia o el silencio, aunque siempre perdurase, en mayor o menor medida, el recuerdo de los orígenes.

lona, 1984; el exhaustivo trabajo de Luis Rourera Farré, *Joaquín Maurín y su tiempo*, Claret, Barcelona, 1992; o las meritorias indagaciones de Anabel Bonsón Aventín, *Joaquín Maurín (1896-1973). El impulso moral de hacer política*, Diputación Provincial, Huesca, 1994, y de Yveline Riottot, *Joaquín Maurín. De l'anarcho-syndicalisme au communisme (1919-1936)*, L'Harmattan, París-Montreal, 1997, de gran acopio de datos. Desde un punto de vista más personal, tienen interés el testimonio de Jeanne Maurín, *Cómo se salvó Joaquín Maurín. Recuerdos y testimonios*, Júcar, Madrid, 1979, donde se recogen algunos escritos del propio Maurín y de personas que lo conocieron; o la recopilación de cartas llevada a cabo por el profesor Francisco Caudet, *Correspondencia Ramón J. Sender-Joaquín Maurín (1952-1973)*, ob.cit. Por otra parte, en la minuciosa incursión en los entresijos de la Internacional Comunista en España llevada a cabo por Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999, hay abundantes menciones de interés al Maurín más puramente político. De reciente aparición es el tomito de homenaje al cumplirse el centenario de su nacimiento (1996) y el veinticinco aniversario de su muerte (1998), AA.VV., *Joaquín Maurín*, Laertes, Barcelona, 1999, y también la publicación en la colección 'Larumbe' de dos narraciones del autor hasta ahora inéditas, Joaquín Maurín, *May. Rapsodia infantil. ¡Miau! Historia del gatito misceláneo*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1999, con prefacio de su hijo, Mario. Sobre Gil Bel, véase sobre todo Manuel Pérez Lizano, «Gil Bel», *Aragoneses rasgados*, Ibercaja, Zaragoza, 1991, pp. 59-86; también Juan Domínguez Lasierra, «Gil Bel Mesonada», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 12 de octubre de 1991, p. 32; Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España, 1907-1936*, Alianza, Madrid, 1995, pp. 93-94; José Luis Melero Rivas, «Algunas notas sobre *La Novela Roja* y una novela olvidada de Gil Bel: *El último atentado*», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 79-80 (enero-junio 1997), pp. 52-57; y E. Fernández Clemente, «Gil Bel», *Gente de orden*, T 4. *La cultura*, ob. cit. pp. 224-225.

TALIÓN (1914-1915) Y SUS SECUELAS

A tenor de lo que refería Felipe Alaiz en su ya citado folleto, *Vida y muerte de Ramón Acín* (1937), el grupo que formaría más tarde «una guerrilla con todas las características de alianza antifascista»³⁵ tuvo su germen en la amistad que entablaron el propio Alaiz y Acín cuando –según el primero– ambos eran alumnos del Instituto de Huesca, «en años distraídos», muy al final del siglo XIX; tiempos en que en vez de acudir a la plaza de toros, donde «[e]l público relinchaba», preferían pasar las horas de esparcimiento en Jara, «arboleda de tupida flora romántica»³⁶. La relación se robusteció con el tiempo, más tarde compartirían además las ideas libertarias, de modo que sólo la muerte de Acín, en agosto de 1936, interrumpiría una amistad amasada ya entonces a lo largo de casi cuarenta años³⁷.

No obstante, y aunque no cabe dudar de lo sustancial de los recuerdos alaicianos, hay que precisar que los dos jovencísimos estudiantes difícilmente pudieron coincidir en las aulas del Instituto de Huesca ya que Acín, de acuerdo con los datos académicos que constan en el Archivo Histórico Provincial de Huesca³⁸, superó el examen de ingreso en septiembre de 1900 con la calificación de «aprobado» y cursó durante el primer año, 1900–1901, únicamente la asignatura de primero de Dibujo y las restantes entre 1901 y

35. Felipe Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit., p. 14.

36. *Ibíd.*, p. 4.

37. Francisco Carrasquer, «Cinco oscenses en la punta de lanza de la pre-revolución española», art. cit., pp. 34-35, que contó a Alaiz entre su familia política, como hemos dicho, habla de Acín como el «gran amigo» de Alaiz y «tentado estoy de decir único, porque Felipe Alaiz no tuvo muchos amigos y de ninguno tenemos muestras de tanto tierno apego y de tanta admiración fraternal como de Acín».

38. La documentación académica de Ramón Acín en sección Instituto, sig. 670/426; para Felipe Alaiz, sig. 669/400.

1907; mientras que Felipe Alaiz se había enfrentado al examen de ingreso en septiembre de 1898; un ejercicio, en ambos casos, que constaba de lectura, escritura, aritmética, gramática castellana y doctrina cristiana, y que en su caso mereció la calificación de «notable»³⁹. Se matriculó «en el primer grupo de los en que están divididos los estudios de segunda enseñanza» –según consta en la instancia correspondiente– y al año siguiente, en septiembre de 1899, solicitó Certificación Académica Oficial de las asignaturas aprobadas –cinco más «ingreso»– para matricularse en el Instituto de Lérida⁴⁰.

Aunque no parece que Alaiz volviera a vivir largas temporadas en Huesca sí que debió de frecuentar la ciudad, como insinúa en *Vida y muerte de Ramón Acín*, especialmente en determinados periodos, así durante la primera guerra mundial –él mismo localizaba la «guerrilla» antifascista que constituyera con sus amigos entre 1915 y 1920–, puesto que de esos años data su colaboración en *El Diario de Huesca* y en su citado escrito reseña una conversación con Acín a su vuelta de Granada⁴¹, donde el oscense amplió estudios sobre arte entre 1913 y 1915⁴².

39. Al parecer, la superación de la prueba produjo a Felipe Alaiz una satisfacción honda y duradera ya que –según confiesa Fontaura (Vicente Galindo), «Felipe Alaiz, anarquista heterodoxo», art. cit., p. 9– escribió incluso un romance, «El triunfo de Rodelica», de casi trescientos versos, donde narraba el acontecimiento junto a otros recuerdos de su estancia en Huesca.

40. Certificación Académica Oficial, nº 39, curso 1898 a 1899, en *Libro matriz de las certificaciones académicas personales y oficiales expedidas en los cursos de 1897 a 1898 y 1898 a 1899*, Archivo Histórico Provincial de Huesca, sig. I-570.

41. *Ibidem*, p. 13.

42. Miguel Bandrés Nivelá, *La obra artigráfica de Ramón Acín: 1911-1936*, ob. cit., p. 38.

Como ya hemos podido observar, al tiempo que Alaiz evocaba la figura de su amigo asesinado, congregaba una serie de nombres a los que reunía en virtud sobre todo de sus comunes fervores ideológicos: «Ramón Acín con Bel, Samblancat, Maurín y yo formamos en el Alto Aragón desde 1915 a 1920 una guerrilla con todas las características de alianza antifascista». Añadía Alaiz que Gil Bel «tenía la responsabilidad de una publicación republicana en Zaragoza —se refiere a *Ideal de Aragón*, semanario dirigido por G. Bel entre abril de 1917 y febrero de 1919— y yo le decía siempre: —Déjate de eso. Lo único es Bakunin». De Maurín recordaba que «era entonces muy joven y seguía con pasión las alternativas de la política»:

Gil Bel, Samblancat y él [continuaba Alaiz] editaron una revista en Huesca que se titulaba «Talión». ¡Ojo por ojo, diente por diente! Ramón Acín y yo estábamos poco quietos. Yo andaba entonces saltando fronteras y Acín también.

(...) Maurín saltó desde su republicanismo algo marcelinista y algo victorhuguesco a la organización confederal, de la que fue militante, como Gil Bel, desde las primeras horas que siguieron al Congreso de Sants del 18. Samblancat estaba en el Sinaí de sus truenos costistas y pegaba muchas palizas a la caciquería (...) Acín y yo éramos de Bakunin y no rebajábamos ni un ápice (...)»⁴³.

Maurín, tras pasar por el seminario de Barbastro, llegó a Huesca con 15 años, y aquí vivió durante los cuatro cursos (1910-1914) necesarios entonces para obtener el título de maestro de grado superior, tal y como relata con detalle la biógrafa del político, Anabel Bonsón, o como recordaba escuetamente bastante después, en 1953, el propio Maurín en

43. F. Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit., pp. 15-16.

carta a Ramón J. Sender⁴⁴. Por otra parte, es reseñable el hecho de que, cuando Maurín entró en contacto epistolar en diciembre de 1952 con Sender, con el fin de solicitar su colaboración para la agencia periodística ALA (American Literary Agency), fundada poco antes por el de Bonansa, buscara todavía la complicidad de su corresponsal aludiendo al común lugar de origen y a algún amigo compartido en los tiempos de juventud:

Aunque personalmente [escribía Maurín] no nos hemos encontrado nunca, nos conocemos lo suficiente para que no haya necesidad de que yo haga mi presentación (...) Y vamos al grano, como dicen en nuestra querida tierra de Huesca (...).

¿No viene Vd. nunca por Nueva York? Sería para mí una gran satisfacción saludarle personalmente y conversar de España, y dentro de España de Huesqueta, como decía nuestro común amigo Felipe Alaiz⁴⁵.

Más adelante, todavía en curso de consolidar la relación, Maurín remitía a su corresponsal un artículo de Alaiz «en el que se refiere –decía–, de paso, a mí»: «Es como una garantía de que soy un sertoriano. Yo estudié en la Normal de Maestros de Huesca en 1911-1914. Fue un gran amigo mío Ramón Acín». Sender, por su parte, contestaba en seguida: «Yo también fui muy amigo de Acín», y con respecto a Alaiz escribía:

Veo que Alaiz sigue con su azorinismo un poco provinciano. Tiene mucho talento y nunca ha encontrado su propio acento. Si algún día nos vemos por ahí también le contaré

44. Anabel Bonsón, *Joaquín Maurín (1896-1973). El impulso moral de hacer política*, ob. cit., pp. 49-62. Joaquín Maurín, carta a Sender, de 20 de marzo de 1953, en Francisco Caudet, *Correspondencia Ramón J. Sender-Joaquín Maurín*, ob. cit., p. 87.

45. Francisco Caudet, ob. cit., pp. 73-74.

cosas de hace ya treinta años. Me gusta saber que Alaiz está bien –debe ser ya viejo– y se defiende. Seguramente en París se encuentra muy a gusto, a pesar de todo⁴⁶.

Las «cosas de hace ya treinta años» que Sender prefería no referir por carta tal vez tengan relación con lo que recordaba José Peirats, quien se había iniciado como redactor de *Solidaridad Obrera* en 1934 de la mano de Alaiz y rememoraba para ilustrar el difícil acomodo de los intelectuales en las filas libertarias la época en que Sender era redactor-corresponsal del diario confederal en Madrid: «justo en el momento en que la redacción de los moderados, que encabezaba Peiró, fue barrida por la oleada de los extremistas, liderada por Felipe Alaiz, lo primero que éste hizo fue romper sus artículos [los de Sender]»⁴⁷. Alaiz, en efecto, en carta dirigida a Federica Montseny, manifestaba escaso aprecio por su paisano, a quien juzgaba como republicano y próximo al treintismo, vertiente moderada de la CNT⁴⁸. De hecho, la última «Postal política» firmada por Sender apareció en *Solidaridad Obrera* el 12 de julio de 1932 en exacta coincidencia con un nuevo nombramiento de Alaiz como director del diario⁴⁹; ya poco antes, a finales de septiembre de 1931, Sender había interrumpido sus artículos, de periodicidad casi diaria, al dimitir Juan Peiró como director del periódico y ser sustituido por Alaiz,

46. Joaquín Maurín, carta de 20 de marzo de 1953; Ramón J. Sender, carta de 24 de marzo de 1953, en Francisco Caudet, ob. cit. pp. 86-90.

47. Josep Alemany, «Entrevista con José Peirats», *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, 102 (noviembre de 1989), p. 28.

48. Cit. por Susanna Tavera, *Solidaridad Obrera...*, ob. cit. p. 63.

49. Véase Susanna Tavera, ibídem, pp. 63 y 75; José Domingo Dueñas, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, ob. cit. pp. 220-221.

como consecuencia de las agrias disputas mantenidas por entonces en el seno de la CNT entre la línea más estrictamente sindicalista –representada por Peiró, los firmantes del Manifiesto de los Treinta y sus defensores– y los partidarios de imprimir a la Confederación, como decía Peirats, mayores dosis de ideología anarquista y una estrategia más decididamente revolucionaria⁵⁰. Fue en esa primera interrupción, como veremos, cuando Sender fue sustituido como corresponsal del diario por Gil Bel, el periodista y literato de Utebo que también era recordado con afecto por sus antiguos correligionarios⁵¹.

Pero si volvemos a Alaiz y a los términos en que era evocado por Sender y Maurín, apreciaremos cómo este último precisaba en nueva carta detalles que aquí nos interesan:

Conocí a Felipe en 1916, en Lérida. Coincidíamos en gran parte y fuimos excelentes amigos. Entonces Felipe pare-

50. Véase José Domingo Dueñas, *ibídem*, p. 211.

51. Así, Maurín en carta de 1953 inquiere a su corresponsal sobre la suerte de su antiguo amigo; Sender respondía que desde el final de la guerra, cuando lo había visto en Barcelona, no había vuelto a tener noticias suyas y añadía: «Era un buen escritor (articulista) original y agudo. También me gustaría saber de él», carta a Joaquín Maurín, de 27 de agosto de 1953 (no recogidas por F. Caudet), cit. por Jesús Vived Mairal, «El primer Sender», introducción a Ramón J. Sender, *Primeros escritos (1916-1924)*, ob. cit. p. XLIII. Como bien recuerda Vived, cuando se cruzaban estas líneas los oscenses exiliados su amigo de Utebo ya había muerto en Madrid, en 1949, como consecuencia de un infarto, véase Manuel Pérez Lizano, *Aragoneses rasgados*, ob. cit., p. 85; también me informó amablemente de varios detalles de la muerte de Gil Bel su sobrino Ernesto Tamé Bel (conversación telefónica del 1 de julio de 1999), así, de que el infarto le había sorprendido en una esquina del Paseo de Recoletos al poco de salir de un espectáculo flamenco, expresión folclórica muy del gusto de Bel.

cía una promesa literaria. Escribía muy bien. Trazaba estampas de gran color. Su estilo era muy sabroso. Después no sé por qué —quizá su intervención en las luchas sociales— quedó literariamente un poco a la zaga; perdió posiciones, y no volvió a adquirir nunca la frescura que tenía en los años 1916-1920. Ahora, en París, más allá de los sesenta años, debe recordar con gran añoranza su juventud malograda.

Líneas más abajo confirmaba Maurín su directa implicación en *Talión* así como un acontecimiento de relevancia sin duda para los jóvenes republicanos oscenses, aunque no estrechamente relacionado con la desaparición de la publicación como recordaba Maurín:

Talión fue el primer semanario que yo contribuí a fundar. En Huesca. Pero no en 1917, como dice Alaiz, sino en 1914. El periódico, muy radical, muy subido de tono, nos entusiasmaba a los que lo hacíamos; pero no lo leía nadie. Después ocurrió un choque entre el grupo de Talión y los requetés, hubo sangre, un herido (nuestro), y en Huesca por poco no ocurre una revolución local. Los redactores de Talión fuimos perseguidos por la justicia, procesados, y, finalmente, Talión murió y nuestras familias recobraron la paz espiritual que habían perdido (...)⁵².

El enfrentamiento que relataba Maurín tuvo lugar, en efecto, según hemos podido constatar en el *Libro de sentencias 1914*, de la Audiencia Provincial de Huesca, el veintisiete de abril de 1913, antes, por lo tanto del nacimiento de *Talión*; provocó un considerable revuelo en la ciudad tal y como se puede comprobar en la prensa local y acabó, como bien recor-

52. Carta a Ramón J. Sender, de 1 de abril de 1953, en F. Caudet, ob. cit., pp. 91-94.

daba el Maurín maduro, con un herido entre los republicanos por arma de fuego, Gabriel Lerendegui Aresi, estudiante de magisterio como el propio Maurín, que precisó de veintiocho días de atención médica para recuperarse de la lesión en el hipocondrio izquierdo que le había ocasionado el proyectil. La refriega se produjo –según refería la sentencia– cuando «tres o cuatro individuos de una agrupación del partido jaimista de esta capital, denominada ‘Requeté’», llegaban a la ciudad, tras una jornada de esparcimiento en el campo, «en un carro y cubiertas sus cabezas con boinas rojas, circunstancia que hubo de molestar a un grupo de jóvenes de los llamados rebeldes del partido republicano, los cuales con violencia se apoderaron de las boinas que llevaban los Jaimistas (...)»⁵³.

Con siete meses y dos días de prisión correccional amén de una multa de 57 pesetas, el pago de las costas y la suspensión del derecho de sufragio durante el tiempo de condena para el procesado, Juan León Roger, resolvió el caso el tribunal de la Audiencia Provincial casi un año después de los hechos, en marzo de 1914. Sin embargo, la mayoría de los números de *Talión* debieron de salir a la calle en 1915, aunque

53. Archivo Histórico Provincial de Huesca, *Libro de sentencias 1914*, de la Audiencia Provincial de Huesca, sentencia nº 26, sig. J/2576. La versión de los hechos que transmitía *El Diario de Huesca*, Huesca, 28 de abril de 1913, p. 2, «Hazaña de los jaimistas», culpaba claramente a los carlistas de lo acaecido y ése parece que fue también el sentir mayoritario de la ciudad; hubo concentraciones de público, manifestaciones de protesta, se constituyó una comisión, formada entre otros por López Allué, aunque por ninguna de las tres personalidades del Directorio que regía entonces el partido liberal oscense (y, por ende, buena parte de los avatares ciudadanos), que visitó al gobernador civil, Sr. Ruano, con el objeto de solicitar medidas que evitaran nuevos enfrentamientos. Al día siguiente, el propio López Allué, «Jaimistas y anarquistas», *El Diario de Huesca*, Huesca, 29 de abril de 1913, p. 1, reclamaba el cierre del Círculo Tradicionalista para acabar con el «requeté».

viera la luz el semanario en los últimos meses de 1914, según cabe deducir de nuevas sentencias contra algunos de sus redactores que hemos tenido ocasión de leer. Así, el joven José Ayala Lorda, luego poeta sobre todo de temas políticos aunque también amorosos en *El Ideal de Aragón* y *La Democracia*, fue condenado el 17 de junio de 1915 por un artículo insertado en el nº 11 del periódico, correspondiente al 6 de marzo del mismo año⁵⁴. Otra sentencia, del 14 de enero de 1916, condenaba a Salvador Goñi por un artículo aparecido en el nº 13 del semanario, fechado el 27 de marzo de 1915⁵⁵.

Los recuerdos de Samblancat que conservamos al respecto nacían más próximos a los hechos que los de Maurín. El grausino también participó y mucho en la aventura de *Talión* y, aunque ya por entonces residía habitualmente en Barcelona, echó su cuarto a espadas en la «guerrilla» alai-ciana a través de escritos incendiarios y denuncias nominales. El propio Samblancat refrescaba en 1918 sus entonces todavía cercanos años mozos, en una entrevista concedida a *Pármeno* para *Heraldo de Madrid* y reproducida poco después en *Ideal de Aragón*⁵⁶. Apuntaba ahí que, hijo de un «carlista de un fanatismo terrible, que sufrió mil persecuciones y procesos», y perteneciente a una familia numerosa —dieciocho hermanos, aunque sólo vivieron cinco—, ingresó con diez años en el colegio del Corazón de María de Barbastro, donde recibió a lo largo de cuatro cursos estricta educación religiosa, luego pasó un año en el noviciado de Cervera —«el pre-

54. Archivo Histórico Provincial de Huesca, *Libro de sentencias 1915*, sentencia nº 44, sig. J/2577.

55. Archivo Histórico Provincial de Huesca, *Libro de sentencias 1916*, sentencia nº 3, sig. J/2578. Anotemos de paso que la periodicidad del «semanario» *Talión* no era estrictamente semanal.

56. *Pármeno*, «Apóstoles rojos. Las andanzas de Samblancat», *Ideal de Aragón*, 146 (25 de diciembre de 1918), pp. 1-2. Luego el propio *Pármeno* la recogió en su libro de entrevistas *En la pendiente: los que suben y los que ruedan*, Pueyo, Madrid, 1920, pp. 115-122.

sidio más espantoso que se puede imaginar»—; tras lo cual, se había dedicado al comercio durante un tiempo, primero con su familia y luego en Barcelona, lugar donde posteriormente había cursado el bachillerato, gracias a la ayuda económica de su hermano José. Eran los albores del nuevo siglo y acusaba ya Samblancat la atracción de lo literario —según era signo de su generación—, de modo que escribía por entonces los inevitables versos de la primera juventud, aunque «no eran els versos de tots els jovenets del batxillerat —según su amigo Lluís Capdevila—. Hi havia ja quelcom en ells que anunciava al rebel, al lluitador en que es convertiria després»⁵⁷. Luego comenzó la carrera de Derecho, que terminaría bastantes años más tarde, «y a poco, —decía Samblancat— el periodismo violento de sacrificios y de lucha me esclavizó». En el mismo lugar recordaba que había empezado a publicar en *El Liberal*, unas «prosas líricas» que pronto cambió —decía— por «las prosas bárbaras»⁵⁸.

57. Lluís Capdevila, *La nostra gent. Àngel Samblancat*, ob. cit., p. 35. En el Archivo Histórico Provincial de Huesca, sección Instituto, sig. 754/430, se conserva el expediente académico de Àngel Samblancat correspondiente al bachillerato y ahí puede apreciarse cómo superó en dos años, 1903-1905, y en régimen de enseñanza libre, las veintisiete asignaturas del grado —ya que no cursó las tres de religión, posiblemente por tenerlas convalidadas por sus estudios en Barbastro y Cervera—; el primer curso, 1903-1904, estuvo matriculado en el Instituto General y Técnico de Barcelona y el segundo, en el Instituto de Huesca, de modo que únicamente debió repetir examen en una asignatura «Caligrafía». Las calificaciones indican las preferencias y aptitudes de Samblancat hacia las letras —notable en Lengua francesa, Historia Universal o Preceptiva Literaria, aunque también en Álgebra y Trigonometría; sobresaliente en Elementos de Historia general de Literatura—. Se examinó de los ejercicios requeridos para la obtención del grado de Bachiller en septiembre de 1905 en Huesca, con 20 años bien cumplidos —había nacido en Graus el 1 de marzo de 1885— y obtuvo sobresaliente en letras y aprobado en ciencias.

58. *Pármeno*, art. cit, pp. 1-2.

Tras terminar el bachillerato, en 1907, Ramón Acín se trasladó a Zaragoza con el fin de estudiar Ciencias Químicas aunque, al cambiar pronto sus propósitos, pudo vivir durante unos meses de 1910 la ya crepuscular bohemia madrileña y –según recordaba tiempo después– en 1913, camino de París, había llegado por primera vez a Barcelona, donde su «amigo Ángel Samblancat» le «hizo quedar para fundar un periódico» –según explicaba el propio Acín–, *La Ira*, «Órgano de la expresión del asco y de la cólera del pueblo», del que sólo salieron dos números, el 18 y el 26 de julio de 1913⁵⁹, rebosantes de pasión y de tono subido –como constataremos más adelante–, que debió de semejarse sin duda al de su coetáneo *Talión*; del que también puede darnos idea aproximada el periódico barcelonés *Los Miserables*, en cuyas planas publicaba Samblancat por las mismas fechas⁶⁰.

Por otra parte, la participación de Ramón Acín en esa «guerrilla» oscense de los años 1915 a 1920 evocada por Alaiz requiere de ciertas matizaciones. El artista se instaló en Huesca a principios de 1916 para ocupar una plaza de profesor interino de Dibujo en la Escuela Normal de Maestros y Maestras de su ciudad natal; no obstante, en noviembre de

59. Miguel Bandrés, *La obra artigráfica de Ramón Acín, 1911-1936*, ob. cit. pp. 17.-32; Sonya Torres, ob. cit., pp. 11-46. Véase también Miguel Bandrés, «Ramón Acín. Datos para una biografía», en Manuel García Guatas (dir.), *Ramón Acín (1888-1936)*, ob. cit., pp. 17-25;

60. Lluís Capdevila, miembro de la redacción del periódico, con Samblancat, Joan Salvat-Papaseit, Emili Eroles, etc., cuenta con detalle las vicisitudes de *Los Miserables*, en *La nostra gent. Angel Samblancat*, ob. cit. pp. 37-28; véase también Ricard Salvat, «Introducción», Joan Salvat-Papaseit, *Humo de fábrica*, Galba, Barcelona, 1977, 2ª edic (1ª 1918), pp. VII-LI, y Fernando Pintado, *Perico en Las Ramblas. Casi crónica de la Barcelona tenebrosa de 1900...*, «Páginas Libres», s. a., Toulouse, pp. 20-23.

este mismo año se trasladó a Madrid en donde permaneció, en un Torreón de la calle de Velázquez (que luego ocupó Ramón Gómez de la Serna) hasta marzo al menos de 1917. Poco antes, entre 1913 y 1915, había disfrutado de una beca de la Diputación de Huesca para ampliar sus estudios de arte, lo que le permitió residir alternativamente en Huesca, Madrid, Toledo y Granada⁶¹. Con todo, no parece que Acín participara de cerca ni de lleno de las emociones, riesgos y consecuencias de *Talión*, publicado entre finales de 1914 y primeros meses de 1915.

Como es sabido, la revista parece definitivamente perdida, de modo que el conocimiento más inmediato de la misma y de lo que supuso en una ciudad como Huesca, muerto ya Manuel Camo (1841-1911), cacique paradigmático del sistema restauracionista, pero todavía bajo el férreo control de sus sucesores⁶², es el que nos llega a través de los poco conocidos testimonios de algunos de sus redactores, congregados de nuevo en buena medida en *Ideal de Aragón*, y en virtud de tales referencias habrá que deducir, por otra parte, que el periódico gozaba de mayor repercusión de lo que suponía años después Maurín.

A propósito de una circunstancia equivalente a la sucedida en Huesca poco antes, la denuncia y encarcelamiento del jovencísimo redactor de la revista republicana *Rebeldía*, de Alcañiz, Antonio Lagunas Alemany, Salvador Goñi, que había sido director de *Talión* y víctima de dos procesos judiciales por sus artículos, aconsejaba ya en 1916 un cambio de estrategia:

61. Miguel Bandrés, *La obra artigráfica de Ramón Acín: 1911-1936*, ob. cit., pp. 38-53; Sonya Torres, ob. cit., pp.20-24.

62. Carmen Frías, Miriam Trisán, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Diputación Provincial, Huesca, 1987, pp. 234-235.

Conviene no agotarnos y evitar procesos. Podemos decirles cosas gordas, descubrir sus porquerías y sus ladrocinios y exhibirlos en la picota, sin que puedan dañarnos o salpicarnos con su baba asqueante.

Le aconsejo a Lagunas que mude de táctica, pues yo desde Talión hice lo mismo que él y me resultó mal. Más positivo que hablar fuerte es obrar procediendo a minarles el terreno, laborando y cultivándolo⁶³.

El mismo Goñi recordaba poco después que, cuatro o cinco años antes, «en unión de unos cuantos muchachos irreductibles y revolucionarios», había formado una agrupación republicana:

Escribíamos en El Pueblo⁶⁴, un semanario impregnado de doctrina que fundaron Silvio Kossti, Monreal, Montestruc y otros de valía. Más tarde nos quedamos solos los chicos y publicamos Talión (ojo por ojo, diente por diente), hasta que nos metieron en la cárcel a todos⁶⁵.

En *El Pueblo*, según Calvo Carilla, habían colaborado ya Alaiz, Acín y Samblancat, bajo la «sombra tutelar» de *Silvio Kossti*, y de entonces provenían las relaciones entre los tres primeros⁶⁶. Ángel Samblancat recordaba en su artículo «Leones de Aragón», dedicado a los jóvenes republicanos aragoneses, que *El Pueblo* era «un semanario que hacían los jóvenes rebeldes de mi tierra para insultar a los caciques», en

63. S. Goñi, «Palabras de un polífero», *Ideal de Aragón*, 52 (2 de septiembre de 1916), p. 2.

64. Eloy Fernández y Carlos Forcadell, *Historia de la prensa aragonesa*, Guara, Zaragoza, 1979, p. 149, únicamente anotan de *El Pueblo* que era un «semanario republicano» y «[d]e carácter autonomista», dirigido por Roque Bescós, y en el que colaboraba *Silvio Kossti*.

65. S. Goñi, «El alma brava de la jota en las trincheras de Francia», *Ideal de Aragón*, 100 (15 de diciembre de 1917), p. 2.

66. J. L. Calvo, ob. cit., p. 195, nota.

donde él colaboraba y que dirigía Manuel Cubero⁶⁷, pero reconocía más la prehistoria de *Talión* en otro periódico oscense, *El Iconoclasta* :

en Huesca yo creé una juventud, la de Talión. Desde El Iconoclasta⁶⁸, aquella ha sido la única pedrada que ha roto la mudez y la inmovilidad de muerte del pantano. Pero los cazadores de la monarquía me entraron en la cueva y me dispersaron las crías. Sin embargo, el trabajo de aquellos chicos no ha sido inútil. El caciquismo de mi tierra clavado lleva el puñal en el corazón. No falta más que una mano enérgica que lo empuñe de nuevo y se lo hunda en el pecho hasta el mango⁶⁹.

Y poco después, ya envuelto en un proceso judicial que le llevaría a mediados de 1918 a vivir unos años en Madrid, desterrado de Barcelona y condenado a no visitar Huesca, volvía sobre lo mismo:

67. A. Samblancat, «Hombre de armas y de letras», *Ideal de Aragón*, 100 (15 de diciembre de 1917), p. 1.

68. Según E. Fernández Clemente y Carlos Forcadell, *Historia de la prensa aragonesa*, ob. cit. p. 149, era un «semanario satírico republicano», editado en Huesca en 1904 y dirigido por Ángel Aguirre Metaca, secretario particular de Alejandro Lerroux. Por mi parte, he podido ver en la Hemeroteca Municipal de Madrid el nº 47, del 30 de julio de 1905, que llevaba como significativo subtítulo «Semanario radical y anticaciquista»; al lado del nombre del director, Ángel Aguirre Metaca, figuraba como administrador, Lorenzo Bescós. El periódico reproducía la conocida carta de Joaquín Costa, «¡Resucite Ruiz Zorrilla!», donde invocaba el espíritu del ilustre republicano «para que la revolución no se demore y llegue, si todavía ha lugar, a tiempo de salvar lo poco que nos queda de patria!». También colaboraban Manuel Bescós, Joaquín Montestruc o el propio Aguirre Metaca y, por supuesto, el periódico recriminaba la conducta de Camo en varios lugares.

69. A. Samblancat, «Leones de Aragón», *Ideal de Aragón*, 49 (12 de agosto de 1916), p. 1.

En 1914 se publicaba en Huesca un semanario anticaciquista llamado Talión. Aquel terrible periodiquín daba disgustos tremendos a los caciques oscenses y éstos juraron vengarse. Todos los jóvenes que redactaban aquella hoja subvertidora lo han pasado mal. Uno, José Ayala Lorda, pagó sus hermosos y generosos crímenes con dos años de cárcel; otro, Salvador Goñi, con cuatro meses de arresto; otro, Joaquín Maurín, estuvo a punto de ir a presidio (...) El poema de vergüenza y de ira que fue Talión —perdón por el galicismo— les costó demasiado caro a sus autores. La mayor parte de ellos está sufriendo aún las consecuencias de la calaverada. Los pescadores de Huesca echaron la red y cogieron en sus mallas a casi toda la banda. Faltaba yo, el jefe de ella y padre espiritual de aquellos muchachos, y ya me tienen⁷⁰.

Poco después de aparecer estas líneas, *Ideal de Aragón* en un suelto firmado por B. (probablemente, Gil Bel, entonces director del periódico) mostraba su alarma porque «[l]os caciques del Altoaragón se han unido para matar a Samblancat, como antes mataron a Costa», y advertía de que «Samblancat no está solo (...) Y si vuestras manos de apaches no temblaron ante los rugidos del león, temblarán vuestros

70. A. Samblancat, «Monstruoso», *Ideal de Aragón*, 99 (8 de diciembre de 1917), p. 1. También citaba Samblancat a Miguel Biescas y a Antonio Lacambra, entre los colaboradores de *Talión* que habían tenido problemas con los tribunales. En «Redimir al cautivo. A D. Emilio Junoy», *Ideal de Aragón*, 42 (10 de junio de 1916), p. 1, solicitaba Samblancat la liberación de José Ayala Lorda, preso aún, después de año y medio, por un artículo publicado en *Talión*. Entre quienes habían editado *Talión* hay que incluir también a Claudio Buisán, al parecer maestro de profesión, que colaboró en alguna ocasión, desde Barcelona, en *Ideal de Aragón* y firmaba como «ex-director de *Talión*», véase Claudio Buisán, «La pedagogía y el sable», *Ideal de Aragón*, 104 (12 de enero de 1918), p. 3.

cuerpos ante los zarpazos del cachorro»⁷¹. El conflicto continuaba siete meses más tarde, momento en que Samblancat, ya inapelable e inminente su exilio, volvía a incidir en el mismo asunto: «Los latrócratas de Huesca no me perdonan los disgustos que les he dado, los hondazos y los chinarrazos que a su dura frente de filisteos estuvieron disparándoles un año seguido los jóvenes pastores de *Talión*⁷²».

En el mismo lugar culpaba de la pena con que iba a cargar al terrateniente oscense León Abadías, «el usurero que de concierto con los caciques camistas me echa», el mismo a quien meses antes Samblancat había acusado con inusual acritud de enriquecerse con malas artes, en un artículo que no era por otra parte sino paráfrasis y continuación de otro, también del grausino, aparecido antes en *Talión*⁷³.

Los procesos judiciales contra redactores de *Talión* de que tenemos noticia contribuyen a perfilar algo más la línea política del semanario. Como bien recordaba Samblancat, quienes más habían cargado con las consecuencias del atrevimiento de *Talión* habían sido dos jóvenes articulistas, José Ayala Lorda y Salvador Goñi, mientras que Joaquín Maurín, a pesar de que también uno de sus escritos había sido denunciado, no llegó a ser condenado, como recordarían después el propio Maurín o Samblancat, y de hecho no hemos encontrado ninguna sentencia de la Audiencia de Huesca que en aquellos años mencionara el asunto.

José Ayala Lorda era juzgado el 17 de junio de 1915 por delito de lesa Majestad a causa de un artículo que se consideró injurioso para Alfonso XIII⁷⁴. Ayala contaba con 18

71. B., «Samblancat y los caciques», *Ideal de Aragón*, 102, (29 de diciembre de 1917), pp. 1-2.

72. A. Samblancat, «Justicia española», *Ideal de Aragón*, 132 (27 de julio de 1918), p. 1.

73. A. Samblancat, «Monstruoso», art. cit.

74. Archivo Provincial de Huesca, sentencia nº 44, *Libro de sentencias 1915*, de la Audiencia Provincial de Huesca, sig. J/2577.

años en el momento de ser juzgado y con 17 al publicarse el escrito, el seis de marzo del mismo año, en el número 11 del semanario; era estudiante de profesión, natural y vecino de Zaragoza, se le reconocía buena conducta y estaba en prisión sin fianza a la espera del juicio. El texto en cuestión se titulaba «Palabras de un loco», iba dedicado al «celebrado autor y excelente correligionario Simeón Clemente» y en él se anunciaba, ya en la primera línea, «el retrato de un pelele, de un mamarracho». Y, en efecto, tras una prosopografía poco respetuosa se enumeraba una relación de actitudes a cual menos ventajosa:

su ilustración es nula como la de Carlos II el Hechizado y la de Pipino el Breve... No se preocupa en estudiar sino en jugar al polo. (...) =No se interesa de los acontecimientos europeos ni de la muerte de miles y miles de hombres (...).

Acusaba además Ayala al anónimo personaje de «engendrar hijos y más hijos... que en nada se parecen a él» y concluía: «¿Le parece, querido amigo, la semblanza de este imbécil?»⁷⁵.

75. El artículo se incluía completo, en la sentencia en calidad de prueba y decía así: «'Palabras de un loco' =¿...?= Para el celebrado autor y excelente correligionario Simeón Clemente= Voy hacerle (sic), querido amigo, el retrato de un pelele, de un mamarracho. Empezaré por el testuz que lo tiene recto, luego trazaré una nariz aguileña, mejor dicho, en forma de 'apaga cirios', por bigote le pintaré cuatro pelos en desorden (así está escrito -aclaraba el escribiente de la Audiencia- en el periódico y en las cuartillas) colocados encima del morro. El labio inferior lo haré más grande que el superior; orejas grandes como las de un burro, los ojos de pulga pectorra y la barbilla algo saliente. Ya está la cara, y continuaré con el cuerpo que es delgado y largo como el de un [ilegible] o el de un blenorragico. Su ilustración es nula como la de Carlos II el Hechizado y la de Pipino el Breve... No se preocupa en estudiar, sino en jugar al polo. No le apena ver los buques que tenemos, que son deshonor de la nación y le alegran las regatas en las que

Con todo, la Audiencia de Huesca consideró «probado» que el retrato esbozado era el de Alfonso XIII, con lo cual el acusado fue condenado a dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional y a una multa de trescientas setenta y cinco pesetas; se ratificaba así por completo la pena solicitada por el Ministerio Fiscal y, por supuesto, se exigía la inutilización de todos los ejemplares del periódico recogidos, ciento once, en total.

Salvador Goñi, por su parte, fue merecedor de dos procesos judiciales. El 16 de enero de 1916 era juzgado por «desacato» a propósito de un artículo publicado el veintisiete de marzo de 1915, en el número 13 de *Talión*, semanario —se dice en la sentencia— «que se imprimía en Lérida y repartía en esta ciudad» y que, por lo que se deduce, había dejado ya de editarse en la fecha de la sentencia. El texto de la discordia llevaba por título «Ayala Lorda en la cárcel» y lanzaba contra el juez del caso —según leemos en la sentencia— «graves y falsas imputaciones, suponiendo inspirados sus acuerdos judiciales en móviles bastardos y egoístas». El articulista advertía en su escrito de que «todos los colegas», es decir, *Los Miserables*, *Los Bárbaros*, *Raza Nueva* y *El Radical* de Madrid, coincidían en que el juez oscense, al obstinarse en mantener preso a Ayala, trataba de «adornar su hoja de servicios a costa de nosotros para demostrar su celo y servi-

todos los años disputa premios. = No se interesa de los acontecimientos europeos ni de la muerte de miles y miles de hombres, sino de las cacerías donde mueren miles de perdices. No se cuida de hacer una selección entre los serviles adoradores suyos, infieles servidores de la Nación, sino de engendrar hijos y más hijos... que en nada se le parecen a él. = Y así por el estilo en todo lo demás. Sólo piensa en minucias, bagatelas, juegos, en vez de dedicar su atención a cosas trascendentales y serias de vital interés para el pueblo. = ¿Le parece, querido amigo, la semblanza de este imbécil? = José Ayala Lorda = Zaragoza Marzo 1915». Los subrayados son del autor del texto.

lismo por la monarquía que considera injuriada». Como resultas del caso, Goñi, entonces de veintiún años, fue condenado a cuatro meses y un día de arresto mayor; al mismo tiempo, la Audiencia ordenaba la destrucción de los ejemplares de *Talión* recogidos con motivo del proceso⁷⁶.

Poco después, en junio de 1916, Goñi fue llevado de nuevo a los tribunales «por escarnios a los dogmas y ceremonias de la Religión Católica», aunque en esta ocasión resultó absuelto⁷⁷. El redactor de *Talión*, según las referencias recogidas en la primera sentencia de las citadas, era natural y vecino de Huesca, empleado de profesión, soltero y sin antecedentes penales. Ejerció, además como director del periódico y luego sería habitual colaborador de *El Ideal de Aragón*. Y como él mismo señalaba, la condena de Ayala Lorda y la suya propia fueron extensamente protestadas desde publicaciones afines; así, el más tarde reconocido poeta vanguardista catalán, Joan Salvat-Papasseit, dedicó en aquellos meses, artículos de *Los Miserables*, tanto a Ayala Lorda (el 26 de junio de 1915) como a Salvador Goñi (el 14 de julio de 1915):

En Huesca, este muchacho, es más que alguna cosa. Es un luchador serio que lleva preocupados a todos los caciques del lugar.

Dirigía Talión. Por ataques al dogma perseguido, se vino a Barcelona, ciudad de compañeros (...).

*Era republicano este muchacho; ahora es socialista, pero por la república en España daría su energía toda entera (...)*⁷⁸.

76. Archivo Provincial de Huesca, sentencia nº 3, *Libro de sentencias 1916*, de la Audiencia Provincial, sig. J/2578.

77. *Ibidem*, sentencia nº 59. No se daban más detalles de los hechos, porque el texto remitía al «rollo de causa» del juzgado de la misma capital.

78. Arts. recogidos en J. Salvat-Papasseit, *Humo de fábrica* (1918), ob. cit., pp. 201-202 y 216.

Con todo, parece evidente que *Talión*, llevado del ardor juvenil de sus redactores y de la inspiración de un costista sin resquicios como Samblancat, continuó a su modo la pugna que desde finales del XIX habían mantenido Costa y sus partidarios, por un lado, y Camo y los suyos, por el otro, y de la que han rastreado detalles de interés Carmen Frías y Miriam Trisán⁷⁹, o de la que daba precoz testimonio la novela de Pascual Queral, *La Ley del embudo* (1897), prologada por Joaquín Costa, y en la que Camo y los camistas aparecen retratados bajo la débil máscara de Gustito y sus adeptos⁸⁰.

El anticaciquismo, el republicanismo más combativo y la denuncia feroz marcaron, en definitiva, la trayectoria de *Talión*; lo cual, en una ciudad en la que el engranaje del caciquismo funcionaba todavía de manera implacable, nos hace entender el accidentado devenir y las conflictivas consecuencias del semanario, al tiempo que nos da pie para inscribir su tarea en la estela de lucha abierta contra el sistema político vigente del último Costa, el militante republicano que invocaba de forma encendida soluciones drásticas, revolucionarias. Así pues, con renovadas energías, las propias de su escasa edad, los jóvenes de *Talión* empezaron, en efecto, su trayectoria política –según recordaba Carlos Forcadell– en el punto en que había acabado la de Costa: el republicanismo, el anticaciquismo, la oposición frontal a los subterfugios y argucias con que se sostenía el sistema político de la Restauración.

El mismo Samblancat sugería cómo y en qué términos debió de ser continuador *Talión* del enfrentamiento entre

79. C. Frías y M. Trisán, ob. cit., pp. 225-233.

80. Pascual Queral y Formigales, *La ley del embudo*, Instituto de Estudios Altoaragoneses («Larumbe», 7), Huesca, 1994. Edición, introducción y notas de Juan Carlos Ara Torralba.

Costa y Camo, cuando comentaba un escrito de Unamuno dedicado a ambos:

Unamuno titula su artículo «Costa y Camo». Camo y Costa hay que decir, y no Costa y Camo. Porque Costa no era nadie en Aragón, no era nadie en su provincia y en su pueblo (...) Costa, en su tierra, no encontró ni pan ni lectores para sus libros, ni respeto para sus canas.

Allí era el amo Camo, el Pantorrillas regordete y rechonchete, el boticario canalla y envenenador. Él tenía las llaves de la cárcel. Él era el gobernador, el juez supremo, el obispo máximo. Si él se hubiera empeñado ni el Rey hubiera entrado en sus dominios, en su colonia político-industrial⁸¹.

Y en parecidos términos recordaba Maurín sus años oscenses, cuando ejercía ya como maestro en Lérida:

En Huesca no sale un perro a la calle sin el consentimiento del Directorio. El Directorio es la tríada formada por los lugartenientes de Camo. Ellos dictan justicia, condenando o absolviendo; ellos recargan las contribuciones, ganan los pleitos; (...); nombran diputados. En una palabra, ellos tienen jurisdicción completa (...) A Huesca, como capital, la han muerto esa banda de políticos (...)⁸².

Con todo ello, resulta evidente cuáles habían sido los objetivos de los dardos de *Talión*, lo que a su vez da idea de la osadía de sus redactores y explica la magnitud de las represiones sufridas. Como observa Anabel Bonsón, para Maurín, en particular *Talión* significó el inicio de su abundante labor periodística y los años de Huesca, los primeros

81. A. Samblancat, «Sierra Morena en Aragón», *Ideal de Aragón*, 137 (14 de septiembre de 1918), pp. 1-2.

82. J. Maurín, «Caciques y regionalistas en Aragón», *El Ideal*, Lérida, 21 de diciembre de 1917, cit. por Anabel Bonsón, ob. cit., p. 52.

pasos en el arduo camino del compromiso político. No es mucho suponer, por otra parte, que todo ello tuviese alguna relación con las visitas que el jovencísimo Joaquín, siendo estudiante de magisterio en Huesca, hizo en Graus al venerable Costa, según recordaba María Maurín, hermana del político⁸³.

Cabe pensar, con todo, que el recuerdo de *Talión* circuló en seguida un tanto mitificado, y ello puede explicar que entre las diversas empresas periodísticas en que participaron la mayoría o algunos de los cinco escritores que congregaba Alaiz en su *Vida y muerte de Ramón Acín*, —Acín, Bel, Maurín, Samblancat y él mismo— rescatara *Talión*, en cuanto una de las más emblemáticas actividades de aquella «guerrilla con todas las características de alianza antifascista», configurada en el Alto Aragón, por los años de la primera guerra mundial. *Talión* valía, sin duda, en 1937 como emblema de un talante —la rebeldía juvenil insoportable—, o de un empeño —el anticaciquismo—, con los que Alaiz, poco después de que hubiera sido fusilado en Huesca Ramón Acín, pretendía exaltar —más que referir— la labor inicial de su grupo de amigos, cuya lucha sellaba con una expresión, «alianza antifascista», altamente significativa en el momento en que escribía Alaiz, en plena guerra civil, aunque inapropiada, claro está, para veinte años antes.

83. Anabel Bonsón, entrevista con María Maurín, ob. cit., p. 56. Bien es cierto, como señala la propia Bonsón, que no debieron de ser muchas las entrevistas, si es que se realizaron en efecto cuando Maurín estudiaba ya en Huesca (1910-1914), puesto que Costa murió en febrero de 1911 y en sus últimos tiempos recibía escasas visitas. En cualquier caso, María Maurín recordaba que Joaquín comentaba en casa estos encuentros con su hermano mayor; lo que denota, de un modo o de otro, que Costa ocupaba un lugar de preferencia en las preocupaciones del joven de Bonansa.

En todo este empeño, hay que anotar una cierta y casi inevitable falsificación. Al fin y al cabo, algo no muy distinto de lo que sucede siempre que, con unas pretensiones u otras, se acuña a posteriori un grupo generacional. En principio, Alaiz olvidaba a otros jóvenes aragoneses que por entonces habían puesto su pluma y su persona al servicio de las mismas causas, pero que, a la altura de 1937, sus nombres se habían quedado ya entre los escollos del camino. Alaiz reunía únicamente a quienes veinte años después de los «gloriosos» inicios habían logrado salvaguardar su impronta del olvido prematuro. Y, además, si tenía razones para hablar, en efecto, de un grupo juvenil con aspiraciones compartidas pasaba por alto una mayor dispersión en los intereses y en los respectivos procesos que la que él sugería.

A principios de 1912, ya había empezado a colaborar Acín con sus viñetas en *El Diario de Huesca*, el periódico de Camo, dirigido entonces por Luis López Allué⁸⁴, y desde septiembre de 1913 y con profusión a lo largo de 1914 como articulista con textos que de ningún modo se pueden considerar de combate. Prueba de ello es que en estas páginas apenas aludió a Costa, tan presente todavía en la sociedad aragonesa, consciente Acín sin duda de la orientación anticostista del diario durante años, aunque sí aprovechó un cierto cambio de actitud del periódico con relación al polígrafo, que paulatinamente se hizo notorio en los años de la primera guerra mundial (al parecer, por iniciativa del entonces director, Alejandro Ber) para evocar el 8 de febrero de 1916, al «maestro» en el quinto aniversario de su muerte, no sin lamentar de paso el extendido uso interesado y poco veraz del nombre de Costa⁸⁵.

84. Mariano Río Martínez, Vicente Río Martínez, *El Diario de Huesca*. Prensa aragonesa. Colección facsímil, 4 (mayo de 1992), p. 1.

85. R. Acín, «Día tras día. El del maestro», *El Diario de Huesca*, Huesca, 8 de febrero de 1916, p. 1. Escribía Acín: «Todos derramamos lágrimas

El propio Alaiz, tal vez llevado de la mano de Acín, colaboró en *El Diario de Huesca* desde abril de 1913 con artículos de corte literario más que periodístico, rezumantes a veces de un modernismo casticista y costumbrista⁸⁶, escasamente reivindicativos y que, si en algún momento denunciaban la política vigente, mucho se cuidaba el autor de aludir exclusivamente a los políticos conservadores⁸⁷; pero, en cualquier caso son artículos que justifican la fama de «promesa literaria» de que gozaba entonces el escritor, como recordaba Maurín. Interrumpió Alaiz la colaboración con *El Diario de Huesca* entre julio de 1913 y febrero de 1915; tal vez porque fue entonces cuando recaló en París como profesor de español en la Academia Gaya, ya que Francisco Carrasquer indica que los recuerdos familiares sitúan las andanzas parisinas del joven Felipe antes de la primera guerra mundial, hacia 1913⁸⁸. Reapareció su firma en el periódico oscense en febrero de 1915, como decíamos, y de forma asidua desde diciembre del mismo año, dentro de la sección «Con cursiva del diez», en la que alternó el espacio con Acín, Alejandro Ber, *Juan del Triso* (L. López Allué), *Almogávar* (Isidro Comas), Manuel Ascaso, etc.

por ti, maestro, pero nuestras lágrimas son de cocodrilo (...) ¿Qué te importa, maestro, nuestras lágrimas de cocodrilo, si te lloran sinceros esos ríos, más humanos que nosotros, que tienden sus brazos con amor por las tierras pobres a la diestra y siniestra de sus cauces?».

86. F. Alaiz, «Carlitos», 5 de abril de 1913, p. 2; «Las dos procesiones», 24 de abril de 1913, p. 1, publicado después en *Ideal de Aragón*; «La tonadillera», 1 de mayo de 1913, p. 1; «Una sevillana», 16 de mayo de 1913; «Los poemas ingenuos», 28 de mayo de 1913, p. 1, etc.
87. F. Alaiz, «Siempre los mismos», 6 de junio de 1913, p. 1.
88. F. Carrasquer, *Felipe Alaiz. Estudio y antología del primer escritor anarquista español*, ob. cit., p. 24. Luego Alaiz evocaría esta temprana etapa parisina en su cuento «El peligro rojo», *El Día Gráfico*, Barcelona, 1 de septiembre de 1929, «Páginas extraordinarias», pp. 1-3, y en *Elisabet*, su primera novela breve, «La Novela Roja», 32 (Madrid, 1923).

Pero muestra todavía mejor la complejidad de las relaciones en la Huesca de entonces, entre los grupos dominantes y sus críticos, el que en los primeros meses de 1914 apareciera también en *El Diario de Huesca* la firma de Salvador Goñi⁸⁹, o el que en 1915 colaborase en *El Diario*, bien que ocasionalmente, Joaquín Maurín⁹⁰, quien además en el proceso sufrido por su artículo de *Talión*, había sido defendido jurídicamente por Manuel Batalla, uno de los integrantes del Directorio encargado de regir el partido liberal oscense tras la muerte de Camo⁹¹. Sin duda, los prohombres del liberalismo oscense debieron combinar, junto a otros recursos más contundentes, paternalismo y prodigalidad para amortiguar el efecto disonante de *Talión*⁹².

89. S. Goñi, «Recuerdos y consejos», *El Diario de Huesca*, Huesca, 20 de abril de 1914, p. 2.

90. J. Maurín, «Para ahora y para la historia. Cervantes I», 1 de mayo de 1915, p. 1, y 2 de mayo de 1915, p. 1, pulcra conmemoración de la publicación de la segunda parte del *Quijote* (1615) y anticipo de la celebración, condenada al fracaso, según Maurín, del tercer centenario de la muerte de Cervantes (1916); «In memoriam. Ramón V. Cambra Plana», 17 de mayo de 1915, p. 2, y 18 de mayo de 1915, p. 2, evocación sentida, pero cuidadosamente laica, de quien había sido compañero del autor en la Normal de Huesca y acababa de morir en plena juventud.

91. Joaquín Maurín, «Testimonio de una época: Con Viladrich y Baroja», *España Libre*, Nueva York, enero-febrero y marzo-abril de 1972, apud Víctor Alba, ob. cit., p. 29: «Sólo si el Directorio Liberal, así se llamaba el triunvirato sucesor de Camo, integrado por los abogados Mairal, Del Cacho y Batalla (que fue mi defensor en un proceso que en 1914 se me instruyó por la publicación de un artículo en el que el fiscal creyó que se insultaba al rey) hubiese dado el pláacet para que Baroja fuese elegido diputado por Fraga, hubiese podido triunfar».

92. En este caso, no le faltaba, pues, razón a Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit., p.16, cuando recordaba que «Samblancat estaba en el Sinaí de sus truenos costistas y pegaba muchas palizas a la caciquería, que en Aragón tenía un aire insufriblemente sonriente, pero virulento en los hechos».

A su vez, el empeño de *Talión*, en general, o las bruscas arremetidas de Samblancat, en particular, se entenderán mejor si contemplamos, aunque sea superficialmente, la situación socioeconómica y política que vivían Huesca y su provincia durante la Restauración. En primer término, se ha de tener presente la extracción rural tanto de Samblancat como de Alaiz o de Maurín y la enorme dependencia de la agricultura con que se desenvolvía, a duras penas, la ciudad de Huesca a principios de siglo, de donde era natural Acín. Tanto el Altoaragón como su capital padecieron en los años finales del XIX y principios del XX dos circunstancias especialmente penosas e imbricadas entre sí: por una parte, el estancamiento de la población, cuando no la pérdida en términos absolutos –Huesca capital pasó de 12.626 habitantes en 1900 a 12.419 en 1910–, debido en gran medida a una espectacular emigración –entre 1901 y 1920 más de 25.000 altoaragoneses salieron de Aragón– y, en estrecha relación con lo dicho, una sangrante y especialmente aguda crisis agraria en las últimas décadas del XIX⁹³.

En el Altoaragón, dada su particular estructura económica, la crisis agrícola que afectó a toda Europa a finales del XIX fue padecida con particular hondura. Por los años en que nacieron nuestros autores la situación del mundo rural oscense era sin duda alarmante, como han puesto de relieve, entre otros, las historiadoras Carmen Frías y Miriam Trisán, quienes citan como ajustado a la realidad un informe de 1887,

93. Carmen Frías, «La época de la Restauración. Estancamiento económico y estabilización política (1874-1923)», en Carlos Laliena Corberá (ed.), *Huesca. Historia de una ciudad*, Ayuntamiento de Huesca, Huesca, 1990, pp. 363-371. De acuerdo con las cifras aportadas por la autora hay que pensar que todavía en 1916 Huesca seguía perdiendo población dado que según el *Boletín de la Estadística Municipal de Huesca*, n° XXXIII (9 de junio de 1916) la capital contaba en mayo de ese año con 12.331 habitantes.

emitido por la Comisión Provincial de Agricultura, Industria y Comercio de Huesca que se expresaba en estos términos:

La miseria más espantosa se cierne sobre una gran parte de la provincia y si pronto no llega un remedio eficaz, lo más feraz de la misma será lo más inculto, y no se encuentra muy lejano el día en que lo que en tiempos fuera abundante granero quede convertido en páramo desierto, del que hayan huido los moradores que constituyeron su población activa y numerosa⁹⁴.

En una población mayoritariamente dedicada a la agricultura, no sorprenderá que una crisis de tales características conllevara, entre 1887 y 1897, por ejemplo, la pérdida en la provincia de Huesca de alrededor de un 6% de la población. Las causas últimas de tal situación se han de buscar, dejando aparte ciertas condiciones naturales —la sequía, especialmente—, el propio atraso de las explotaciones agrícolas altoaragonesas o la abundancia del pequeño campesino, en el acelerado proceso de desarrollo del capitalismo y en la configuración de un mercado mundial para los productos agrarios, que permitía la llegada masiva a Europa de cereales y de productos derivados de la ganadería procedentes de ultramar más baratos que los aquí producidos⁹⁵.

En esta tesitura, tanto Alfonso Ortí y Cristóbal Gómez Benito como Carmen Frías y Miriam Trisán destacan la luci-

94. Cit. por C. Frías, M. Trisán, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Excma. Diputación Provincial, Huesca, 1987, p. 37.

95. *Ibidem* pp. 34-35. Sobre la crisis agraria de finales de fines del XIX en Zaragoza y en Huesca, en concreto, además del trabajo citado, véase Carlos Forcadell Álvarez, «La crisis agrícola y pecuaria de finales del siglo XIX. La provincia de Huesca en la información escrita de 1887», *Argensola*, 92 (1981), pp. 279-301; Luis Germán y Carlos Forcadell, «La crisis finisecular en la agricultura interior: el caso de Aragón», en Ramón Garrabou (ed.), *La crisis agraria de fines del siglo XIX*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1988, pp. 69-93.

dez de Joaquín Costa no sólo a la hora de analizar tempranamente la situación (1880) sino también a la de aportar soluciones. El montisonense no era partidario del proteccionismo económico sino de la modernización de las explotaciones, defendía también la conveniencia de que se asentaran ciertas industrias subsidiarias de la particular agricultura del lugar e insistía, sobre todo, en la urgencia de incrementar los regadíos. Sin embargo, Costa «fracasó en su tierra», no logró ser elegido diputado en 1896 por el distrito de Barbastro y el Partido Liberal no incorporó el plan de riegos a su programa electoral hasta poco antes de la muerte del gran agrónomo, de manera que éste no pudo ver ya aprobado su proyecto en 1914⁹⁶. No obstante, C. Gómez y A. Ortí, a la vista de las conclusiones de C. Forcadell en su detenida descripción de la agricultura oscense en el periodo de entresiglos⁹⁷, observan todavía, con referencia al primer tercio del siglo XX, un panorama justamente contrario al que solicitaba Costa:

96. C. Gómez Benito, A. Ortí Benlloch, *La fundación de la Cámara Agrícola del Alto Aragón en el proyecto de desarrollo agrario nacional de Joaquín Costa*, Fundación Joaquín Costa-Cámara Agraria Provincial del Alto Aragón, Huesca, 1992, págs. 11-31; C. Frías, Miriam Trisán, ob. cit., pp. 46-47. E. Fernández Clemente, «La política hidráulica de Joaquín Costa y la crisis de fines del siglo XIX», *Estudios sobre Joaquín Costa*, ob. cit., pp. 166-215, aunque juzga de enorme trascendencia las aportaciones de Costa, le achaca su «falta de visión del mundo industrial, de las relaciones entre agricultura e industria [y] la sobrevaloración de los posibles efectos sociales de los cambios técnicos» (la cita en p. 212). Por su parte, Ramón Acín «Por fin se aprobó», *El Diario de Huesca*, Huesca, 23 de diciembre de 1914, pp. 1-2, celebraba la aprobación del Plan de Riegos del Altoaragón y subrayaba que Máximo Escuer, defensor del proyecto en el Parlamento, había aludido a la autoridad de Costa, y «citar a Costa es citar versículos del Evangelio».

97. Carlos Forcadell Álvarez, «La crisis agrícola y pecuaria de finales del siglo XIX. La provincia de Huesca...», art. cit.

*Todo un cuadro desolador de instalación en el subdesarrollo, que constituye la más completa inversión del sueño de un desarrollo agrario armónico para el Alto Aragón, que Joaquín Costa va a evocar, con toda la fuerza poética de su telúrica retórica, pero también con todo el rigor estructural de sus propuestas para una política hidráulica estatal procampesina, precisamente en sus dos grandiosos discursos de 7 de septiembre y de 29 de octubre de 1892, que abren la Primera campaña de la Cámara Agrícola del Alto Aragón*⁹⁸.

Con todo, no ha de extrañar que estos jóvenes aragoneses inquietos que aquí tratamos dieran más pronto que tarde con Costa y el costismo, al menos hasta toparse con otros sistemas de referencia capaces de aportar explicaciones de carácter más global, como el anarquismo o el marxismo. En el Altoaragón, parecía inevitable chocar con la figura de Costa en aquellos años de entresiglos, dada la fidelidad entre el discurso del Grande Hombre, ya una gloria nacional aunque desatendida cuando nuestros autores eran niños, y la problemática general que padecían por las mismas fechas las tierras oscenses:

*Comprender adecuadamente el programa de Joaquín Costa [escriben Gómez Benito y A. Ortí] y comprender los problemas estructurales del Alto Aragón de fines del XIX es uno y lo mismo (...)*⁹⁹.

Y tanto es así que Alfonso Ortí argumentaba que pronto se abre una brecha entre el costismo de origen rural y el urbano. Observaba, en efecto, que al lado de los intelectuales liberales y por extensión de algunos socialistas que han

98. C. Gómez, A. Ortí, *La fundación de la Cámara Agrícola del Alto Aragón...*, ob. cit., p. 23. Las cursivas son de los autores del texto.

99. *Ibídem*, p.21.

manifestado periódicamente a lo largo del siglo su desacuerdo con las soluciones costianas –Ortega y Gasset, Dionisio Pérez, Tierno Galván–, ha perdurado así mismo un sector minoritario decididamente procostista –M. Ciges Aparicio, L. Méndez Calzada, A. Ramos Oliveira–, y apuntaba Ortí que en última instancia cabe extrapolar el enfrentamiento entre costistas y anticostistas a la oposición entre lo rural y lo urbano, con todo lo que esta disyuntiva ha supuesto en España desde el siglo XIX:

*la primera o principal línea de demarcación ideológica entre intelectuales anticostistas y procostistas es la que separa, de modo a veces muy personalizado, a aquellos que ponen por encima de todo a los valores del liberalismo urbano individualista (que absolutizados poseen una pertenencia ideológica altoburguesa) de aquellos otros capaces de comprender (con una proclive simpatía) las peculiaridades y valores propios del populismo rural familista (que en su idealización de la autonomía y de la pequeña producción familiares tienden a quedar fijados en posiciones ideológicas pequeño-burguesas)*¹⁰⁰.

El terreno acotado por Ortí tal vez resulte el más apropiado para desentrañar las diferencias entre nuestros escritores y aquellos otros coetáneos cuyas pautas estéticas e ideológicas resultaron predominantes en su tiempo. No obstante, sobre todo en un principio, también los jóvenes aquí estudiados, muy ávidos de las últimas aportaciones, se mostraron muy sensibles ante los modelos dominantes; así, lee-

100. A. Ortí, «La intelligentsia liberal y socialista ante la figura y el programa de Costa: costismo y anticostismo como constantes ideológicas», en J. G. Cheyne (ed.), *El legado de Costa*, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1984, p. 190. Las cursivas pertenecen a A. Ortí.

rán y admirarán a Ortega, Giner, *Azorín* o Unamuno¹⁰¹, especialmente antes de encontrar su propio camino, el que conducía hacia el proletariado, aunque nunca dejaron de preocuparse por las corrientes ideológicas y estéticas imperantes en su tiempo.

101. De hecho, recordemos que por sus fechas de nacimiento los escritores y periodistas aragoneses quedan enmarcados entre Novecentismo y Generación del 27, es decir, propiamente en la promoción que, con mayor ahínco, cultivó en España las vanguardias artísticas: Samblancat, Alaiz o Acín fueron coetáneos en sentido estricto de Ortega y Gasset (1883-1955), de Pérez de Ayala (1881-1962), de Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), de Juan Ramón Jiménez (1881-1958), de Manuel Azaña (1881-1940); y los más jóvenes –Bel, Maurín, Goñi, Ayala Lorda–, de Jorge Guillén (1893-1984), Gerardo Diego (1896-1987), García Lorca (1898-1936), etc.

III. HACIA LA MADUREZ: POLÍTICA Y LITERATURA

MESIANISMO, ANTICLERICALISMO, Y REVOLUCIÓN:

LA IRA (1913); *LOS MISERABLES* (1913-1915)

Por las mismas fechas en que aparecía *Talión*, Samblancat capitaneó otras empresas periodísticas que resultan hoy el contexto más idóneo para entender el alcance del semanario oscense perdido; así, publicaciones como *La Ira* o *Los Miserables*, también de turbulenta trayectoria, y que analizaremos con cierto detenimiento en cuanto primera aproximación al marco cultural en que se desarrolló la obra de los autores que aquí nos interesan.

Como ya sabemos, Ramón Acín llegó a Barcelona en el verano de 1913, en principio, como mera escala de un viaje a París, consabida Meca de artistas, escritores y bohemios del momento, pero Samblancat animó a Acín a quedarse en la ciudad sindicalista por excelencia con el fin de ayudarle a sacar a la luz *La Ira*¹, que llevó por revelador subtítulo el de «[ó]rgano de la expresión del asco y de la cólera del pueblo» y dos insignias que secundaban su cabecera, «FORTITER IN RE», «FORTITER IN MODO», a las que se atenía, en efecto, el contenido de los dos únicos números que aparecie-

1. «El año 13, vine por primera vez a Barcelona. Venía de paso para París. Me había largado de casa con mucha melena en la cabeza y pocos cuartos en los bolsillos (...) Samblancat me hizo quedar para fundar un periódico (...)», «El Alto Aragón en Barcelona. Unas palabras de Ramón Acín», *El Diario de Huesca*, Huesca, 26 de febrero de 1926, cit. por Miguel Bandrés Nivelá, *La obra artigráfica de Ramón Acín: 1911-1936*, ob. cit. p. 30.

ron. Las ocho páginas de cada entrega alternaban los artículos de opinión con reflexiones o comentarios sin firma sobre la actualidad o acontecimientos históricos (por ejemplo, la toma de la Bastilla) y, como era entonces costumbre en las publicaciones de expresa intención ideológica, *La Ira* no reservaba espacio para la información de actualidad –reportajes, entrevistas, noticias– sino únicamente para su comentario e interpretación².

Si nos atenemos a los nombres que rubricaban los escritos, hemos de concluir que la redacción del periódico fue tarea exclusiva, o poco menos, de tres jóvenes aragoneses: Ángel Samblancat, el mentor de la empresa y autor de los artículos de portada, Ramón Acín y Fernando Pintado. En el primer número se incluía además un breve fragmento de Joaquín Costa, «El turno del pueblo» (1903), donde el Maestro reclamaba atención para «[l]os labradores y braceros del campo, los menestrales, obreros de la industria y proletarios, que son en España más de diez y siete millones y medio [y que] han pagado con ríos de sangre, de oro, en cien años de guerra la civilización que disfruta el medio millón restante (...)»³.

2. Ángel Benito, *Fundamentos de teoría general de la información*, Pirámide, Madrid, 1982, pp. 74-75, en coincidencia con otros estudiosos, diferencia tres grandes periodos en la evolución del periodismo en Occidente, desde mediados del siglo XIX: un «periodismo ideológico» hasta 1914, una implantación progresiva del «periodismo informativo» entre 1870 y 1945 y un «periodismo de explicación», desde entonces. Sin embargo, tal vez por razones de orden sociológico –la deficiente preparación del público lector– o de orden económico –el periodismo de opinión, ideológico, resulta sin duda más barato que el informativo–, o tal vez, y esto parece lo más plausible, por una mezcla de estas y otras circunstancias, se puede decir, como apunta J. L. Martínez Albertos, *Curso general de redacción periodística*, Mitre, Barcelona, 1983, p. 277, que en España «el periodismo ideológico se mantiene prácticamente hasta 1936».

3. El texto tuvo en principio la forma de carta de Costa a *El Evangelio*, luego fue incluido en el tomo II de *La fórmula de la agricultura espa-*

Líneas que se inscriben, sin duda, entre las páginas más radicales de D. Joaquín y cuya inclusión resulta muy significativa para apreciar la interpretación del polígrafo que interesaba por entonces a sus jóvenes paisanos.

El extenso artículo que servía de declaración de intenciones, «Palabras de acabar de nacer»⁴, venía firmado por Ángel Samblancat y no trataba de definir la línea ideológica del periódico, como hubiera parecido lo normal en estos casos, sino de presentar con tonos épicos y una dicción grandilocuente a las dos generaciones de republicanos que aglutinaba *La Ira*: los viejos militantes que habían sabido mantenerse incólumes a pesar de los muchas caídas de sus líderes –alusión poco encubierta a Lerroix–, y «elementos nuevos, jóvenes de una extremada osadía –según escribía Samblancat– y de un denuedo sin límites, que llegan a la palestra con las alas de sus narices rojas y palpitantes y con los ojos encandilados, como los caballos de pura raza a las arenas calientes de los hipódromos, (...)», en definitiva, jóvenes que «para combar la barriga delante de un hombre le exigirán que gane la preeminencia civil, no con discursos de elocuencia falaz, sino con actos de heroísmo en que se prodiguen el valor, la fortaleza y la sangre». Y tanto los antiguos republicanos como los menos experimentados «aspiran –según Samblancat– a que la política se haga con pasión y con fervor y con ansia y con violencia y con dureza y con crueldad, y a que España se salve a todo trance, aunque sea inmolando la paz y atropellando la piedad y sacrificando la vida».

ñola, 'Biblioteca Costa', Madrid, 1912, véase George J. G. Cheyne, *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, ob. cit. pp. 181 y 208.

4. A. Samblancat, «Palabras de acabar de nacer», *La Ira*, 1 (18 de julio de 1913), pp. 1-2.

Samblancat elevaba, pues, los acontecimientos políticos del momento al rango de sucesos épicos, presentaba a quienes engrosaban el ala más radical del republicanismo como verdaderos héroes modernos y sustituía el análisis sociopolítico propiamente dicho por un discurso resuelto en términos éticos: la moral del héroe y sus repercusiones sociales es lo que parece interesar, en definitiva, al articulista. En este sentido, cabe recordar lo que ya advertía Álvarez Junco con respecto a la prensa anarquista de principios de siglo: las escasas páginas que dedicaba al examen de los acontecimientos políticos y la enorme cantidad que ocupaba por contra con «descripciones literarias impregnadas de mensajes éticos y de sentimentalismo autocompasivo»⁵. Lo que nos lleva a colegir que la cultura política popular del momento –sin grandes diferencias entre las filas republicanas, anarquistas o socialistas⁶– tendió a aludir menos a la interpretación social de la historia que al imaginario colectivo de las clases populares, alimentado durante años de percepciones maniqueas –el Bien frente al Mal–, mitificadas –la idea de la salvación o condena eternas– o teleológicas –el triunfo final de la Justicia, por ejemplo–, y transmitidas sobre todo a través de la omnímoda educación religiosa. Evidentemente, la entonces incipiente ciencia de la sociología no había calado aún en la producción ideológica destinada al pueblo.

Y todavía resulta todo ello más evidente en el escrito que Samblancat insertó en el siguiente y último número de

5. J. Álvarez Junco, «La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo», AA.VV., *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, ob. cit., p. 201.

6. El propio Álvarez Junco, en otro lugar, «Cultura popular y protesta política», Jacques Maurice, Brigitte Magnien, Danièle Bussy Genevois, ob. cit., p. 160, observaba que en el periodo de entresiglos, al menos, socialistas, anarquistas y republicanos compartían en buena medida «valores y actitudes».

*La Ira*⁷, «La Semana Santa de la Revolución, ¡Aquellos hombres! (En el cuarto aniversario de la revolución de julio)». El escritor aludía en su artículo, como la mayor parte del número en que se incluía, a la Semana Trágica de Barcelona (25-30 de julio de 1909), días en que las protestas por el embarque de reservistas hacia Melilla, como consecuencia del aumento de la intervención militar en Marruecos decidida por el gobierno de Maura, desencadenó una huelga general convocada por la agrupación sindical Solidaridad Obrera, de tendencia libertaria, y los socialistas; y a ello siguió la declaración del estado de guerra, la intervención del ejército, una verdadera insurrección callejera y finalmente más de cien muertos, quinientos heridos, numerosos edificios religiosos quemados o el fusilamiento de Ferrer Guardia en la implacable represión posterior, juzgado como inductor intelectual de la revuelta:

Nosotros tenemos [comenzaba Samblancat su escrito] en el iris de nuestros ojos el claro y divino embeleso de los que han gozado de un espectáculo de ensueño, de pasmo y de maravilla. Nosotros tenemos las pupilas bañadas de lumbre y de ardores fosfóricos, de lumbre roja de encantos, de hecatombes y de trágicos prodigios. Nosotros tenemos aún el alma plena de fervor de aquellos días, y la frente ungida por el recuerdo de aquéllas tremendas e indelebles visiones.

En su mayor parte, el escrito de Samblancat no era otra cosa que una apología mitificadora de los protagonistas de aquellas jornadas:

7. A. Samblancat, «La Semana Santa de la Revolución...», *La Ira*, 2 (26 de julio de 1918), pp. 1-2.

¡Qué hombres aquellos! ¡qué hombres! (...) Sus frentes, llenas de delirio, de exaltación y de demencia, brillaban como yunques bruñidos, en que se ha forjado el hierro punzante de los puñales y de las utopías.

(...) ¡Qué hombres aquéllos! ¡qué hombres! Donde sentaban la planta de su pie se levantaba el empedrado y se alzaba una barricada. Donde clavaban la mirada fulguraba el relámpago, donde ponían la mano se encendía una hoguera (...).

En ningún momento se detenía el autor en mencionar los argumentos que impulsaron a aquellos rebeldes a echarse a la calle; ni siquiera pretendía narrar o actualizar los sucesos de aquella semana sangrienta, y tanto es así que incluso el elevado número de muertos en la refriega y en la represión posterior eran eludidos en su discurso, centrado en la exaltación de aquellos hombres cuya fuerza y determinación sólo admitían ser comparadas con la magnificencia de la Naturaleza, con episodios bíblicos o con el mismo Dios. A la postre, lo que intentaba Samblancat era mantener viva la llama revolucionaria de cuatro años antes, y con este objeto proponía el ejemplo épico del héroe. Así, decía que si los sublevados de julio se encontraban con un hombre «le dirigían un saludo o le pegaban un tiro», si pasaba una mujer «le echaban a los pies sus sombreros gachos o un pedazo de su camisa», si se trataba de un niño, «le daban un beso, apretando en la mano la culata del revólver o las cachas de una navaja ensangrentada».

En suma, Samblancat rodea sus propuestas éticas de un halo épico, místico incluso —si se entiende el término como contacto con lo divino— pretendidamente civil y laico, aunque impregnado de simbología y actitudes religiosas, muy frecuentes en la prensa popular del momento y que compartían sin ir más lejos sus colegas de redacción. Junto a ello, Samblancat tanto en estos artículos que comentamos

como al referirse a Costa o a otros personajes ilustres⁸ actualizaba a su manera los conocidos argumentos de Carlyle, hilvanados en plena resaca romántica, especialmente en *Los héroes* (1841): las grandes individualidades como verdadero soporte de la organización social y del devenir histórico; el héroe como cauce del que se sirve la divinidad para intervenir en la historia, etc. «La sociedad está fundada sobre el culto a los héroes –decía Carlyle y hubiera suscrito sin duda Samblancat–. Todas las dignidades y jerarquías en que descansa la asociación humana son lo que podríamos llamar una heroarquía, esto es, un gobierno de héroes»⁹.

Los años finiseculares conocieron un renacer del individualismo romántico y, de hecho, los coetáneos nos han dejado reveladores testimonios de la atmósfera romántica en que se veían todavía inmersos, como testimoniaba Alaiz en su folleto dedicado a Ramón Acín o como lo iremos percibiendo en la cosmovisión de Samblancat. Ya Pérez de la Dehesa vislumbró en la literatura de finales del XIX un individualismo anarquista, de talante «democrático y fraternal», al lado de una idea «elitista» de la sociedad, defensora de un «individualismo absoluto», que encontraba sus argumentos en Carlyle o Nietzsche y que, a su juicio, no conectó con el proletariado¹⁰. Sin embargo, parece evidente que el vitalismo irracionalista de Bergson o de Nietzsche, o la herencia intelectual de Carlyle, aparte de ser síntoma de una atmósfera cultural de numerosas ramificaciones, no sólo alimentó el individualismo

8. Véase Ángel Samblancat, «Joaquín Costa», *Siluetas*, 1 (15 de mayo de 1923), s. p.; «Francisco Layret», *Siluetas*, 8 (agosto de 1923), s. p.; *El genio monstruo de Costa, de Aragón y de España*, México D.F. s. a. [1946].

9. Thomas Carlyle, *Los héroes*, Sarpe, Madrid, 1985 (1ª edic. 1841), p. 40.

10. R. Pérez de la Dehesa, «Estudio preliminar», en Federico Urales, *La evolución de la Filosofía en España*, ob. cit., pp. 60-61.

burgués sino que a su modo sirvió también de respaldo filosófico a las corrientes individualistas de carácter ácrata. Y buena prueba de ello es el propio Samblancat.

Ya en 1898 —momento en que se reclamó hasta la saciedad la intervención de los grandes hombres para paliar la decadencia patria—, Rafael Altamira sostenía que mientras las teorías antiguas entendían que el «sujeto de la historia» era el individuo aislado, y sobre todo «las personalidades salientes (genios, hombres providenciales, talentos, etc.)», las modernas consideraban a la colectividad «como verdadero sujeto agente del movimiento histórico». Sin embargo, y esto es lo que aquí más nos interesa, observaba el catedrático de Oviedo que cuando parecía definitivamente olvidado el viejo individualismo, gracias a las tesis de Macaulay, Spencer, Kidd, Lombroso, Lamprecht y otros, «he aquí que se levanta una reacción poderosa contra ellas, y que las arrinconadas teorías de Emerson y Carlyle vuelven a florecer planteando nuevamente el problema»¹¹.

A mi juicio, el mismo Costa acusó de forma evidente este rebrote del individualismo romántico y trató de configurar héroes al estilo de Carlyle o, en general, al modo de las teorías románticas acerca del genio y las grandes individualidades, y ello tanto a través de los protagonistas de sus proyectos literarios como del controvertido «cirujano de hierro» que reclamaba para acabar con los males de la patria o mediante su propio proyecto vital¹². Y también en esto siguió al Maestro nuestro Samblancat, quien, en apuntes y reflexiones recientemente recuperados y que datan por lo que parece de los años de la primera guerra mundial, decía:

11. R. Altamira, *Cuestiones modernas de Historia*, Daniel Jorro, Madrid, 1904, pp. 55-56.

12. Esto es al menos lo que trato de demostrar en mi artículo, «Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y obra de Joaquín Costa», art. cit., pp. 97-121.

Yo aspiro a ser, si no un genio de la inteligencia, un genio de la energía y de la bondad (...) España necesita un hombre tremendo con la boca llena de verdades y el pecho de resoluciones.

Uno de esos hombres que amenaza desequilibrar la tierra cuando la golpea con los pies.

Titánica, romántica, propia de héroes, resulta también la tarea del escritor tal y como la entiende Samblancat:

Mi pluma es la aguja que cose los andrajos de los miserables, el tenedor que lleva pan a sus bocas, pan o carne de sus explotadores y enemigos (...).

Escribo siempre con el corazón en la mano y me lo han destrozado (...).

Mi pluma despide llamas porque en mi pecho arde un horno, porque en mi corazón hay fuego¹³.

Tanto Fernando Pintado como Ramón Acín, los otros dos articulistas que firmaron en *La Ira*, manifiestan un mundo de referencias semejante, aunque desde luego sin extremar tanto como Samblancat los rasgos ideológicos ni los tics retóricos. Fernando Pintado sería director meses después de *Los Miserables*, así como de una de las tantas colecciones de novelas cortas que abundaron entonces, *La Novela Roja* (1922-1923), también de la revista coetánea *Siluetas* (1923) y ya en el exilio de la editorial anarquista «Páginas Libres», establecida en Toulouse¹⁴.

13. Ángel Samblancat, «Yo y mi familia», notas incluidas en el apéndice documental que adjuntó Neus Samblancat a su tesis doctoral, *Ideario y ficción en la obra novelística de Ángel Samblancat*, II, ob. cit., pp. 12-27.

14. Neus Samblancat, ibídem, p. 48; Gonzalo Santonja (ed.), *Las Novelas Rojas*, ob. cit. pp. 9-36, y del mismo autor, *La insurrección literaria...*, ob. cit., pp. 88-90.

En su artículo «Jóvenes»¹⁵, Pintado manifiesta una sensibilidad muy de época en la medida en que deposita en la juventud todas sus ansias de renovación y de mejora:

La juventud puede construir una sociedad perfecta tan sólo desechando toda idea prostituida, todo pensamiento obscuro, pequeño, repugnante, engendrado por los inútiles, por los mercaderes, por los falsarios, por los miserables y nacido en el torbellino de las pasiones bastardas (...).

La juventud debe ser el escudo de todo lo perfecto y la muralla que impida el avance de las bajas pasiones.

No obstante, la defensa apriorística de «lo nuevo», el afán de ruptura con la tradición defendido por Pintado presentaba sus límites, ya que el escritor invocaba como modelo «la honrada y gloriosa España, guiada por nuestros antepasados, la España de Costa, de Zorrilla, de Pi y Margall, de Fermín Salvochea». Lo que intentaba, pues, Pintado era incitar políticamente a los jóvenes, aunque para ello acudiera a un tópico cultural del momento: la radical oposición entre lo viejo y lo nuevo. Su segundo artículo, «La ciudad santa»¹⁶, es un elogio a Barcelona por su actuación en la Semana Trágica y demuestra, de acuerdo con patrones que ya conocemos, una confianza ciega en el pueblo, al que juzga depositario de «una fuerza sobrenatural que puede, sin grandes esfuerzos, transformar al mundo».

La contribución de Ramón Acín a *La Ira* ha sido ya objeto de atención, sobre todo, por parte de sus dos biógrafos más importantes, Miguel Bandrés y Sonya Torres. El oscense entregó al semanario barcelonés un dibujo de intención crítica, «Hacia otros cielos», en el que una niña rica pregunta a otra recién llegada de Brasil con sus escasas pertenencias: —«¿Tam-

15. F. Pintado, «Jóvenes», *La Ira*, 1 (18 de julio de 1909), p. 3.

16. F. Pintado, «La ciudad santa», *La Ira*, 2 (26 de julio de 1909), p. 3.

bién tú vienes a veranear a Biarritz?»¹⁷. Además, Acín firmó dos artículos acordes con el tono del periódico; en el primero, manifestaba su repulsa hacia la intervención en Marruecos, adonde para mayor abundancia acudían únicamente quienes no podían pagar la dispensa del servicio militar:

Dejad en paz a los pobres, que les será muy doloroso gastar mucho dinero en disparos conociendo el sacrificio que cuesta ganarlo; que tendrán que dejar el fusil de las manos para rascarse las picaduras de los piojos (...).

*Id vosotros, soldados de cuota, a Marruecos, a la guerra; sentad plaza, jóvenes hijos de capitalistas, sportmans adinerados (...)*¹⁸.

En el siguiente escrito demostraba Acín un anticlericalismo muy de época, aunque especialmente afilado en sus conclusiones, que resultarían incluso entonces un tanto insólitas, ya que el joven periodista advertía a las órdenes religiosas de que «no siempre ese humo será de incienso; que día llegará en que de nuevo vuestras celdas, vuestras salas de rezos, vuestros comedores, vuestros salones de recibir, aparezcan culotados (sic) de humo y de llama como las pipas viejas de los viejos marinos»¹⁹.

Con todo, no sorprende que los fogosos redactores de *La Ira* se encontraran con obstáculos insalvables para sacar a la calle el tercer número, aunque al mismo tiempo resulta revelador que la denuncia gubernamental causante del cierre del periódico, según el testimonio de Katia Acín, fuera desencadenada por ciertas alusiones jocosas a la tía del rey, Isabel de Borbón, que por entonces visitó Barcelona²⁰.

17. R. Acín, «Hacia otros cielos», *La Ira*, 1 (18 de julio de 1913), p. 1.

18. R. Acín, «Id vosotros», *La Ira*, 1 (18 de julio de 1913) p.4.

19. R. Acín, «No riáis», *La Ira*, 2 (26 de julio de 1913), p. 3.

20. Miguel Bandrés, *La obra artigráfica de Ramón Acín*, ob. cit., p. 34, recoge el testimonio de Katia, la hija mayor de Ramón Acín, e identifica el artículo sin firma que pudo ocasionar la suspensión del periódico.

Desde finales de 1911 habían sido suprimidas las garantías constitucionales como respuesta a la huelga general de septiembre y suspendida la CNT; a principios de 1913 el gobierno liberal de Romanones permitió la reorganización de las actividades sindicales y concedió el indulto a quienes habían sido encarcelados con motivo de la revuelta de meses antes; no obstante, en este mismo año regresaron al poder los conservadores. Quince años después, Acín recordaba todavía detalles de interés acerca de aquellas vicisitudes:

El primer número cayó como una bomba; Francos Rodríguez, gobernador de Barcelona a la sazón, dudando si llevarnos al manicomio o la cárcel, son palabras tuyas, nos dejó en libertad. Al segundo optaron, sin dudar, por llevarnos a la cárcel; si sale el tercero, ya en prensa, ¡pum! ¡pum! nos fusilan, con trinos de dulces pajaritos, en mitad de la Rambla de las Flores, más mejor es poderlo contar²¹.

El propio Acín, en el inicio de la República, lamentaba—según recordaba Félix Carrasquer— el tono agresivo e insultante de *La Ira*, al tiempo que dejaba constancia de la alta estima que sus redactores cobijaban de sí mismos: «Equivocadamente creíamos en nuestro ‘sublime’ papel de agitadores, cuando sólo éramos pobres seres agitados por un impulso incontrolado que restaba valor informativo al mensaje y descalificaba a quienes lo emitían»²².

Por otro lado, la mezcla de cultura religiosa y anticlericalismo que confluía en *La Ira* es consecuencia de una coyuntura en que, como ha subrayado, entre otros, Álvarez

21. «El Alto Aragón en Barcelona. Unas palabras de Ramón Acín», *El Diario de Huesca*, Huesca, 26 de febrero de 1928, cit. por Miguel Banderés, *La obra artigráfica de Ramón Acín*, ob. cit., p. 34.

22. Félix Carrasquer, «Recordando a un oscense ejemplar», Manuel García Guatas (dir.), *Ramón Acín, 1888-1936*, ob. cit. p. 36.

Junco, por primera vez en España grupos de abogados, escritores, periodistas, funcionarios y elites intelectuales, en general, disputaban el público a la Iglesia católica. El proceso de pérdida de influencia por parte de la Iglesia propició que la fe cristiana fuera reemplazada por «otras doctrinas redentoristas y fraternales»²³ o que artículos y panfletos incendiarios estuvieran salpicados de vocabulario, de mitología e incluso de actitudes y valores defendidos por el cristianismo. Samblancat, por ejemplo, que había estudiado con los Misioneros Claretianos de Barbastro durante cuatro años y que había vivido incluso el periodo de noviciado en Cervera, describía el impacto anímico que conservaban los testigos de las jornadas revolucionarias de la Semana Trágica como si se tratara de una conversión religiosa:

Por fuerza, nuestro rostro tiene que resplandecer como el de Moisés, al bajar del Sinaí, después de haber visto a Jehová en la muchedumbre de su majestad y de su gloria; por fuerza, nuestro cuerpo tiene que estar circundado de un halo de esplendor y de fulminación, como el de Jesús transfigurado sobre la cumbre del monte Tabor; por fuerza, nuestras cabezas deben estar ceñidas de una aureola nítida, como las de los

23. J. Álvarez Junco, «La subcultura anarquista...», AA.VV., *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, ob. cit., pp. 197-208 (la cita en p. 200). Añade aquí Álvarez Junco (p. 204) lo siguiente: «Y no es irrelevante hacer notar de nuevo el tono, e incluso el vocabulario, abiertamente cristiano que adoptan los ‘apóstoles’ anarquistas (como los republicanos, socialistas o, antes, los liberales) en sus ataques contra el clero católico. De ahí lo encarnizado del combate –competían por la clientela, por arrebatarse al clero el puesto de impartidor de la moral social– y el éxito entre el público –que oía justamente los mensajes que estaba acostumbrado a entender». Véase también del mismo autor, «Los intelectuales: anticlericalismo y republicanismo», en J. L. García Delgado (ed.), *Los orígenes culturales de la Segunda República*, Siglo XXI, Madrid, 1993, p. 123.

*Apóstoles el día de Pentecostés, después de haber recibido los dones del Paráclito (...)*²⁴.

El mismo Acín acusaba a las órdenes religiosas –«agustinos, escolapios, agonizantes, capuchinos, trapenses, dominicos, cartujos, carmelitas, jesuitas»– de haber traicionado el mensaje originario del Evangelio: «No riáis (...) los que dejasteis la choza de Pedro el Pescador para instalaros en palacios de mampostería; los que abandonasteis el desierto de Tebaida y los montes Armenios por las grandes urbes; los que arrancasteis los dientes a la calavera de San Jerónimo para ponéroslos postizos engarzados en oro (...)»²⁵. Y Fernando Pintado solicitaba «la destrucción de la España clerical» armado de un bagaje de indudable raigambre cristiana: «Ha de formarse sin demora la legión de jóvenes locos, de una demencia de inmolación y sacrificio, ciegos de fe, ebrios de idealismo, ansiosos de instaurar en España el imperio de la razón, de la justicia social, que destruya la España clerical, la España sacristanesca, jesuítica (...)»²⁶.

No cabe duda de que las referencias religiosas –personajes y acontecimientos de la historia sagrada, lenguaje, sistema conceptual– eran las que mejor podían entender las clases populares, pero es que además los propios intelectuales que trataban de minar la influencia de la Iglesia habían sido formados en su mayoría en colegios religiosos, de modo que no extrañe que su léxico o su sistema de valores fueran ostensiblemente deudores de la tradición judeocristiana, ni que a la vez que denigraban a las jerarquías eclesiásticas apreciaran de forma expresa el componente moral del Evangelio.

No le faltaba, pues, razón a Gerald Brenan cuando, siguiendo a Díaz del Moral y su documentada *Historia de las*

24. A. Samblancat, «La Semana Santa de la Revolución...», art. cit., p. 1.

25. R. Acín, «No riáis», art. cit.

26. F. Pintado, «Jóvenes», art. cit.

agitaciones campesinas andaluzas, percibía en los anarquistas españoles la misma disposición espiritual que en los primeros protestantes, ya que tanto unos como otros se consideraban los verdaderos continuadores del cristianismo. Pensaba Brenan que el odio de los anarquistas hacia la Iglesia y su implacable persecución, sobre todo durante la guerra civil, «sólo se puede explicar como el odio de los herejes hacia la Iglesia de la que han surgido»²⁷.

El propio Samblancat se confesaba, en efecto, hacia el final de la segunda década del siglo, «discípulo del bolchevique (sic) Jesús», al tiempo que se definía como «[r]epublicano, revolucionario, autonomista, francófilo, anticlerical, anarquizante»²⁸. Y Federica Montseny, todavía en febrero de 1989, venía a ratificar plenamente la intuición de Brenan: «nosotros nos considerábamos –decía la antigua ministra de la República–, y me parece que lo éramos, los continuadores del cristianismo, del auténtico, del verdadero cristianismo, de la concepción igualitaria y libertaria del hombre que existe en el fondo del cristianismo, una vez despojado de todas las influencias clericales»²⁹.

Aparte de los citados –Díaz del Moral, Brenan–, otros autores han insistido en el fundamento religioso del movimiento anarquista, algo que, a nuestro entender, resulta irrefutable³⁰. No obstante, tampoco se ha de olvidar que la cultura popular, en general, o las ideas ácratas, en particular,

27. G. Brenan, *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Plaza-Janés, Barcelona, 1996 (1ª edic. 1943), págs. 240-150 (la cita en p. 241).

28. A. Samblancat, «Yo y mi familia», en Neus Samblancat, *Iderio y ficción en la obra novelística de Ángel Samblancat*, II, ob. cit., p. 22 y 35.

29. C. Núñez Esteban, N. Samblancat Miranda, «Federica Montseny: una visión ácrata de la literatura», *Scriptura*, 6-7 (1991), p. 183.

30. Sobre este asunto, véase el tantas veces citado J. Álvarez Junco, «La subcultura anarquista...», AA.VV., *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, ob. cit.

también se vieron sujetas a transformaciones determinadas por las circunstancias históricas de cada momento. Así, el discurso anarquista, como también el socialista, de los años treinta se fue despojando en mayor o menor medida, según ideólogos o publicistas, de lo que podríamos denominar la «metafísica revolucionaria»; si bien, también es cierto que determinados teóricos anarquistas –entre los que hay que destacar a la mencionada Federica Montseny– se mantuvieron hasta el final de la guerra fieles a una cosmovisión puramente idealista, poco menos que escatológica, del anarquismo y la revolución.

De manera acorde con lo expuesto hasta aquí, apreciamos en los artículos de *La Ira* una disposición del discurso encaminada sobre todo a remover los resortes emocionales del lector. Especialmente llamativo es el caso de Samblancat por llevar a su extremo muchos de los mecanismos retóricos de la prosa de su tiempo. Los escritos de Samblancat que aquí hemos comentado traen evidentes ecos de la sobrecargada oratoria de Ríos Rosas, Salmerón o Castelar, que había alcanzado su momento más esplendoroso durante el sexenio democrático, y que había sido puesta en cuestión a partir de los años ochenta y de forma definitiva en el fin de siglo³¹, momento en que también la prosa periodística y literaria se vio sustancialmente depurada y sustituida por la dicción más desnuda de los noventayochistas, como bien estudió Guillermo Díaz-Plaja³². Por otra parte, a tenor de periódicos como *La Ira* o *Los Miserables* no parece que el bagaje decimonónico de imágenes, símbolos o mitos colectivos fuera entonces filtrado desde las filas obreristas con criterio tan exigente como recordaba Alaiz en 1933:

31. María Cruz Seoane, *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Fundación Juan March-Castalia, Madrid, 1977, pp. 302-343.

32. G. Díaz-Plaja, «El lenguaje generacional», *Modernismo frente a 98*, Espasa-Calpe, Madrid, 1951, pp. 185-192.

Los insobornables tenían una pluma en la mano o cualquier otra herramienta de trabajo y a veces se ponían a escribir. Necesitaban, en primer lugar, arrasar los viejos estilos plañideros, las invocaciones a lo alto, heredadas del judaísmo y de la brujería católica³³.

Aunque también la prosa de Samblancat, dentro siempre de un recargamiento ostensible, modificó sus registros a lo largo de los años, hay que pensar que la volcada en *La Ira* resultaba anterior a estos procesos de depuración estilística que reseñamos. El periodista revolucionario de Graus trataba de captar la atención de un público poco instruido y para ello se servía de una prosa musical –por eso recuerda tanto a la oratoria decimonónica–, en la que las repeticiones, la recurrencia de estructuras sintácticas o léxicas creaban un ritmo que predominaba sobre el discurrir del pensamiento³⁴. En definitiva, una sintaxis basada en la amplificación y la perífrasis, un léxico poco manido, rebuscado, como para que mantuviera intacta buena parte de su fuerza significativa, y una imaginería atrevida, extraída a menudo de la naturaleza o de la historia sagrada, eran los cauces por los que Samblancat transmitía su energía revolucionaria, su deseo de agitar las conciencias. A mi juicio, la prosa nada común de nuestro autor debía de provocar algo así como un efecto hipnótico, de embeleso o de asombro entre su público y, por

33. Felipe Alaiz, «Literatura y periodismo VII», *La Revista Blanca*, 237 (1 de abril de 1933), p. 655.

34. De los «héroes» de julio de 1909 escribía, por ejemplo, que tenían «ojos agrandados y quemados por la fiebre y la locura; ojos rebosantes de fervor y de manías; ojos que escudriñaban lo infinito; ojos que apetecían lo imposible; ojos llenos de Dios y de su poderío», A. Samblancat, «La Semana Santa de la Revolución....», art. cit., p. 1. Y los ejemplos que pudiéramos alegar, en este sentido, son numerosísimos, ya que éste es el principal recurso con que organizaba su prosa el autor.

ende, un sentimiento de admiración o, en definitiva, la adhesión confiada hacia el maestro.

Tal vez por esa condición de apelar sobre todo a emociones y sentimientos, por su carga elativa, la prosa de periódicos y panfletos destinados a las capas populares sufrió un proceso de depuración más tardío; y así, Ricard Salvat podía apreciar también en los artículos de Salvat-Papasseit recopilados en *Humo de fábrica* (1918) una escritura que destilaba «subcastelarismo y subcostismo»³⁵.

Con soporte retórico menos notorio que el de Samblancat, Acín construía sus dos artículos de *La Ira* sobre la repetición de un enunciado imperativo, los títulos de los textos, «Id vosotros» y «No riáis», de forma que ambos escritos adquirirían un tono como de advertencias bíblicas, de salmos laicos:

Id vosotros, soldados de cuota, a Marruecos, a la guerra...

Id vosotros que no hacéis falta a vuestros padres...

*Id vosotros que no sentiréis dolor al gastar un dineral en cada disparo de cañón (...)*³⁶.

35. Ricard Salvat, «Introducción», Joan Salvat-Papasseit, *Humo de fábrica*, Galba, Barcelona, 1978, p. XII. Como señalaba J. Álvarez Junco, «Cultura popular y protesta política», J. Maurice; B. Magnien; D. Bussy Genevois (eds.), ob. cit., p. 165, desde «el punto de vista de la funcionalidad, hay que suponer que la vía emocional, la retórica ético-mítica, era la más directa para traducir las exigencias del cambio político modernizador y participativo a términos comprensibles por los estratos de menor nivel cultural». Y L. Litvak, «Estudio preliminar», AA. VV. *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*, ob. cit., p. 48, notó así mismo «el predominio absoluto de la función persuasivo-emotiva del discurso sobre la informativa-referencial» en los relatos anarquistas finiseculares.

36. R. Acín, «Id vosotros», art. cit.

Poco después, en noviembre del mismo año de *La Ira*, 1913, encontramos ya a Samblancat inmerso en los turbulentos avatares del semanario barcelonés –luego diario– *Los Miserables*, donde alcanzó ya la efímera gloria del periodismo; fueron meses de notable incidencia en la opinión pública, pero también de inquietud por los asaltos a la redacción de los carlistas, de encarcelamientos, de denuncias, etc., de manera que el periódico sería recordado como un hito de particular significado en la trayectoria inicial de varios escritores luego de relevancia: Samblancat, Lluís Capdevila (1895-1980) o, sobre todo, el malogrado poeta Joan Salvat-Papasseit (1894-1924), cuyo primer libro, *Humo de fábrica* (1918), prologado por Samblancat, y reeditado después con una extensa introducción de Ricard Salvat³⁷, recopila artículos aparecidos en *Los Miserables* y en el periódico socialista de Reus, *Justicia Social*.

Lluís Capdevila, amigo y biógrafo de Samblancat, reseñó ya en 1927 la accidentada vida de *Los Miserables*³⁸, calificada por él de «epopeia», y recordaba que sus redactores tenían «unes ganes boges de lluitar. No sabíem contra què ni contra qui: la qüestió era lluitar»:

Los Miserables [continuaba más adelante] *no crec que tinguin precedents en el món. No crec que mai s'hagi publicat una fulla com aquella: més generosa, més inflamada, més boja, més lírica, més ingenua, més pura. Ni les fulles de Marat, Proud'homme, Desmoulins i Hebert durant la revolució*³⁹.

37. Joan Salvat-Papasseit «el Gorkiano», *Humo de fábrica*, ob. cit. Sobre la relación entre el gran poeta y Samblancat, véase Neus Samblancat, «Joan Salvat-Papasseit i Àngel Samblancat, perfil d'una amistat», art. cit.

38. Lluís Capdevila, *La nostra gent. Àngel Samblancat*, ob. cit. pp. 37-48.

39. *Ibidem*, pp. 39 y 47.

El entusiasmo de Capdevila da cuenta, en mi opinión, más que de los objetivos del semanario de la forma en que aquellos jóvenes se veían a sí mismos, la manera en que juzgaban su tarea y la orientación de sus afanes, y en este sentido la comparación con los revolucionarios franceses muestra bien a las claras lo mucho que valoraban su misión de escritores.

Recordaba Capdevila que, por aquellos años, Samblancat ya contaba con lectores fieles, «ja començava a fer-se un públic», y observaba que quienes luego compartirían con él las páginas del nuevo periódico conocían ya sus artículos de *La Ira* o *El intransigente*, que «ens borronaven d'entusiasme»: «Després de la lectura d'aquests articles –que teniem un profètic i terrible accent de Dies Irae– ho hauríem cremat tot, ho hauríem assaltat tot»⁴⁰. La idea de fundar un periódico de extrema izquierda bajo el rótulo de *Los Misera- bles* surgió –según Capdevila– de Fernando Pintado, quien pretendió aprovechar con el título la capacidad de convocatoria alcanzada por Víctor Hugo con su obra homónima.

Pintado frecuentaba un bar de Las Ramblas barcelonesas, el bar del Centro, en el que algunos jóvenes aspirantes a escritores emborronaban cuartillas y trataban de paliar el lado más sombrío de la vida bohemia: la miseria, el hambre, el frío. Allí se conocieron casi todos los que luego integraron la redacción de *Los Misera- bles*: Salvat-Papasseit, Mateu Santos, Plató Peig, Santos Muñoz, además del propio Capdevila o, una vez decidida la aparición del semanario, Samblancat, que se incorporó al grupo a través de Fernando Pintado⁴¹. Completaban la plantilla del periódico Emili Eroles⁴², Rosendo Giménez, Joaquín Gach y Diego

40. *Ibidem*, pp. 28 y 30.

41. *Ibidem*, pp. 27-28.

42. *Ibidem*, p. 37.

Ramón⁴³; si bien la lista de colaboradores fue mucho más amplia, sin que faltaran firmas de verdadero destello: Pablo Iglesias, Miguel de Unamuno, Marcelino Domingo, Blasco Ibáñez, José Nakers, Salvador Goñi, Santiago Valentí Camp, etc⁴⁴.

De acuerdo con las evocaciones de Capdevila, el tono polémico le arrojó al diario gran difusión y tanto fue así que hasta «la Lliga intentava pactar» con *Los Miserables*, sus ejemplares se agotaban ya en las primeras horas de la mañana y la fama de Samblancat crecía con celeridad:

El nom d'Angel Samblancat creixia poderós, com una veu de tempesta. Ell sol era el diari. Nosaltres, els demás, érem el cor, la comparseria. Per Samblancat, pels seus articles carregats de pólvora i dinamita, es vendia el diari. Gràcies a aquets articles, teníem un conflicte cada dia, quam no en teníem dos o més (...).

El nom de Samblancat ens unia com una bandera. Amb aquella bandera hauríem guanyat totes les batalles⁴⁵.

De hecho, el número 43 del periódico, correspondiente al 2 de octubre de 1914, estaba dedicado al autor de Graus, condenado entonces –según se decía en la portada– por «supuestas injurias a la Nación», a dos años, cuatro meses y un día de prisión⁴⁶. También Ricard Salvat insistía en que Samblancat

43. Según reflejaba la propia publicación en algunos de sus números, cit. por Ricard Salvat, «Introducción», Joan Salvat-Papasseit, ob. cit., p. XIV. R. Salvat pudo consultar una amplia colección del periódico, al parecer privada; sin embargo, a pesar de las numerosas hemerotecas, bibliotecas y archivos que he consultado sólo he localizado dos números de *Los Miserables*, en la Hemeroteca del Arxiu Municipal de Barcelona.

44. Ibídem p. XVI.

45. Lluís Capdevila, *op. cit.*, pp. 44 y 47.

46. Cit. por Ricard Salvat, «Introducción» a Joan Salvat-Papasseit, ob. cit., p. XLIX.

era «el alma ideológica» de aquellas páginas y que como tal influyó en todos sus redactores, y apuntaba además que en el caso particular de Salvat-Papasseit había ejercido como «mentor de nuestro gran poeta proletario, amigo, y, posteriormente, colaborador»⁴⁷. Por algo, en febrero de 1918 prologó el aragonés desde la cárcel de Barcelona el primer libro de Salvat-Papasseit, el ya citado *Humo de fábrica*⁴⁸, o por algo el joven escritor dedicaba a su prologuista un sentido artículo que, por otra parte, lo desvela como partícipe de una cosmovisión semejante a la del maestro: misión romántica y moralizante del escritor, mesianismo de referencia carlyleana, religiosidad de fondo, etc.:

hoy hemos visitado en la cárcel a un joven, un compañero nuestro, que es alma de cristiano primitivo, enérgico enemigo de todo imperialismo corruptor, el santo que mentaba Condorcet: un alma noble que hace justicia hasta a aquellos mismos que se la niegan... Hoy hemos visitado a Samblancat.

*Ahora sí que creemos, con más fe que Carlyle en la palabra héroe (...)*⁴⁹.

47. *Ibidem*, pp. XV y VII-VIII. Luego, Samblancat también colaboró —aunque sólo en una ocasión, «Apunte», 2 (abril 1917), p. 1— en la revista de Salvat-Papasseit, *Un enemig del poble*, periódico que progresivamente, pero con celeridad, se fue abriendo a la vanguardia poética del momento.

48. A. Samblancat, «De profundis», J. Salvat-Papasseit, *op. cit.*, pp. 1-5.

49. J. Salvat-Papasseit, *ob. cit.*, p. 179. El subrayado es del autor del texto. Por otra parte, años después, Felipe Alaiz, «Ángel Samblancat, el evadido de Jericó» (1935), *Tipos españoles (Segunda parte)*, Umbral, París, 1965, p. 160, al recordar el tono de religiosidad civil que debía de desprender *Los Miserables*, trataba de rescatar a su paisano de aquel núcleo de «cuákeros»: «Samblancat no pertenece a la 'peña' de *Los Miserables*, sólo un criterio pazguato puede meter a Samblancat en aquel casillero de metodistas del distrito V donde había tantos presbiterianos y tantos cuákeros. Samblancat empleó tal vez con exceso el apóstrofe contundente, pero detrás de la escenografía catastrófica no había ningún anglicano: había un paisaje fuerte y no muy manso».

El 28 de noviembre de 1913 aparecía el primer número de *Los Miserables*, con el evangélico subtítulo de «[e]co de los que sufren hambre y sed de justicia»⁵⁰ y dirigido por Fernando Pintado. El escrito que hacía las veces de presentación, «Nosotros, los miserables», da ya muestras de una evidente aunque no muy perfilada conciencia de clase y expresa con clarividencia la necesidad de superar la tutela —y por lo tanto también el mesianismo— a la que se veía frecuentemente destinado el pueblo en las producciones finiseculares:

Parece que ha llegado la hora de las redenciones y las libertades. Hombres somos que no necesitamos de pastores. Estamos en época en que los pastores cayeron en bancarrota. Hemos de olvidar la política caduca para abrir paso a la verdad. Hemos de aprender en el diccionario las palabras que se merecen los caudillos para escupírselas en el rostro (...) Hermanos miserables, hemos de unirnos todos, hermanos miserables, hemos de forzar todos una falange que ha de renovar el mundo (...) Es llegada la hora de todos los sueños en que morirán los que sólo tienen panza para digerir (...).

El texto denota, por otra parte, un sistema de referencias más atento a lo social y menos dado a las imprecaciones de carácter mítico que los escritos de Samblancat, quien en el mismo número rubricaba un extenso artículo rebosante de simbología bíblica y de tono profético, en el que recuperaba y modificaba una larga serie de acontecimientos del pasado, a modo de nueva versión del mito del eterno retorno:

50. Según indica R. Salvat, «Introducción» a Joan Salvat-Papasseit, ob. cit., p. XIII, el subtítulo fue modificado con bastante frecuencia: «Diario de extrema izquierda», «[d]iario republicano de extrema izquierda» y «[p]eriódico republicano independiente».

*he aquí que Joaquín Costa se dirige de nuevo hacia Barbastro con el ímpetu de una avalancha de nieve que baja de Turbón, y he aquí que cuando ha salido al balcón de la Cámara Agrícola y ha empezado a hablar, se han roto todos los cristales de Aragón (...)*⁵¹.

Aquí nos importa subrayar antes que nada ese más que notable reconocimiento que logró el autor entre los jóvenes escritores revolucionarios de la época o el hecho de que sus artículos alcanzaran ya entonces verdadera resonancia, avallada una y otra vez por denuncias y apresamientos. En este sentido, aparte de lo dicho, resulta muy revelador el testimonio de otro redactor de *Los Miserables*, Emili Eroles:

*Era considerat per tots, i ell també s'ho creia, com el primer escriptor revolucionari d'Espanya. El seus articles aixecaven butllofes i cada escrit era marcat pel llapis del fiscal. Toda la colla l'admirava i creiem que les seves paraules eren totes lapidàries i dignes de reproduir-se en lletres d'or*⁵².

Con el inicio de la primera guerra mundial, el periódico se proclamó aliadófilo sin resquicios y asumió desde entonces la defensa de las potencias aliadas como uno de sus grandes temas; finalmente, debía de correr el verano de 1915 cuando dejó de aparecer, debido a que, como ya había sucedido con *La Ira*, todos o buena parte de sus redactores fueron detenidos⁵³.

51. A. Samblancat, «Otra vez», *Los Miserables*, 1 (28 de noviembre de 1913), p. 3. En el nº 78, del 2 de julio de 1915, el segundo número de la revista que hemos podido consultar, aparece un nuevo artículo de Samblancat, «Requete-brutos», volcado en una sonada polémica con los carlistas, sobre la que puede verse Lluís Capdevila, ob. cit., pp. 44-47.

52. E. Eroles, *Memòries d'un llibre vell*, 1971, cit. por N. Samblancat, *Ideario y ficción...I*, ob. cit., p. 23, nota.

53. Lluís Capdevila, ob. cit., pp. 47-48.

Por entonces y en los años siguientes, Samblancat esparció su abundantísima labor periodística en *Los aliados*, *El Insurgente*, *El Progreso*, *El Radical*, *La Campana de Gracia*, *El Diluvio*, *El Mercantil valenciano*⁵⁴, *L'Esquella de la Torratxa*, así como en los rotativos madrileños, *El Motín*, *El Parlamentario*, *España Nueva*, *La Voz*, *Heraldo de Madrid*, *La Libertad*⁵⁵, mientras cumplía, a partir de 1918, varios años de destierro barcelonés a causa de artículos publicados en *Talión*. Antes, ya en marzo de 1914, había formado parte, con Gabriel Alomar, Jaume Queraltó, Luis Zurdo Olivares y Josep Antich, de la candidatura de Renovación Republicana; al año siguiente firmaba el manifiesto fundacional del Bloc Republicà Autonomista y en 1916 su nombre fue incluido en la candidatura de Reivindicación Republicana Autonomista, al lado de Alomar, Francisco Layret, Jaume Brossa, etc.; en 1917 conoció al carismático líder de la CNT, Salvador Seguí, a través de Lluís Companys⁵⁶. Al mismo tiempo no descuidaba su presencia en publicaciones o actos políticos aragoneses; y así, el 19 de junio de 1915 participó en la inauguración de la nueva sede del Partido Republicano Autónomo Aragonés en Zaragoza, donde actuó como orador en un mitin que presidió junto a Chicot, Cajal, Gil y Gil y Venancio Sarría y que fue suspendido por las autoridades cuando Samblancat aludió a la guerra europea⁵⁷.

54. N. Samblancat, *Ideario y ficción...* I, ob. cit., pp. 26-28; A. Samblancat, «Yo y mi familia», en N. Samblancat, *Ideario y ficción...* II, ob. cit., p. 33.

55. Lluís Capdevila, ob. cit., pp. 49-51.

56. Neus Samblancat, *Ideario y ficción...* I, ob. cit., pp. 26-28.

57. Fernando Montero, «Orígenes del Partido Republicano Autónomo Aragonés», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, II época, 9 (junio-julio de 1980), pp. 8-9.

LOS PERFILES DEL COMPROMISO

Por su parte, Ramón Acín, poco después de su participación en *La Ira*, bien entendió que eran otros el tono y el talante que requerían los rotativos de su ciudad, tanto el republicano *El Porvenir*, a cuyas páginas remitió ya en 1913 artículos e ilustraciones, como, en especial, *El Diario de Huesca*, donde empezó a escribir en agosto de 1913 –en el año anterior había iniciado ahí la publicación de sus viñetas, animado posiblemente por el entonces director del diario, Luis López Allué– y continuó fiel a estas páginas hasta poco antes de su muerte; su último artículo, «Mi hermana Enriqueta», de carácter elegíaco ante la muerte del ser querido, data del 14 de junio de 1936. Durante años, la compleja figura de Acín se fue perfilando ante sus conciudadanos entre sus habitualmente conciliadoras y bienpensantes colaboraciones en el diario liberal oscense, su tarea como profesor atento a las nuevas corrientes pedagógicas en la Escuela Normal de Maestros y Maestras de Huesca, su labor como artista de vanguardia o su actuación como hombre comprometido socialmente a través de la militancia en la CNT.

Así, ya en diciembre de 1919 acudió al Teatro de la Comedia de Madrid para participar en el II Congreso de la CNT en representación de los sindicatos confederales del Alto Aragón, y allí se manifestó como un orador destacado, según recordaba años después Joaquín Maurín⁵⁸. Acín, junto con Antonio Amador, Armodio Garcés, José Vidal, José Marzo, Eusebio C. Carbó, José Romero y Cayetano Castriz, defendió la ponencia «Los deberes de los periodis-

58. J. Maurín, «Hombres e Historia. El II Congreso de la CNT», *España Libre*, Nueva York, 1 de abril de 1960, cit. por Víctor Alba, ob. cit., p. 44: «En el Congreso se destacaron como principales líderes Seguí, Pestaña y Eleuterio Quintanilla. A continuación venían: Evelio Boal, Manuel Buenacasa, Juan Peiró, Galo Díez, José María Martínez, Eusebio Carbó, David Rey, José Viadiu, Gallego Crespo, Andrés Nin, Ramón Acín...».

tas y el apoyo de los obreros», de modo que tras la discusión los congresistas aceptaron el dictamen de los ponentes, en el que, ente otras cosas, se acordaba «[ll]evar al periodista al mismo nivel moral en que hoy se encuentra la clase trabajadora (...) Declarar el boicot de manera decisiva a todos aquellos periodistas que se sirvan del periódico para conseguir lo que por otros medios no conseguirían», lo mismo que a los que «en asuntos que se refieren a la organización obrera engañan a sabiendas al público (...)». Y, por último, incitaban los autores del texto a declarar de forma inmediata una huelga general de periodistas, con el objeto de subsanar el origen de «los mayores peligros que acechan al periodista»: la escasez de recursos económicos⁵⁹. En definitiva, dada su intransigencia con la prensa burguesa, la ponencia contrastaba claramente con la propia práctica periodística de Acín.

Antes del Congreso de la Comedia, ya engrosaba Acín las filas cenetistas según se desprende del testimonio de Manuel Buenacasa: «Cuando alguno de sus amigos acudía a Barcelona allá por los años 1916 a 1918, siempre se me decía lo mismo: ‘Con las ganas que tiene de conocerte personalmente’». Finalmente, ambos libertarios aragoneses se encontraron en Huesca, en la primera mitad de 1919: «me percaté en seguida –recordaba Buenacasa– del influjo moral y espiritual de Ramón en Huesca y su provincia. Era el compañero querido y admirado por todo el pueblo». Entre 1919 y 1920 Acín editó un decenario, *Floreal*, hoy inencontrable, que Manuel Buenacasa incluía «entre los mejores del Movimiento Libertario Español»⁶⁰, y en el que también colaboró Alaiz, según su

59. [CNT], *Congresos anarcosindicalistas en España, 1870-1936*, Ediciones CNT, Toulouse-París, 1977, pp. 77-78.

60. M. Buencasa, ob. cit., pp. 238-239. El propio Félix Carrasquer, «Recordando a un oscense ejemplar», M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín, 1888-1936*, ob. cit., p. 34, confesaba su ignorancia sobre «dónde y cómo» había iniciado Acín su militancia anarcosindicalista.

propio testimonio: «Puede decirse que redactábamos aquella revista extremista entre los dos, como quien escribe una serie de actas de acusación contra todo y contra todos»⁶¹. Por su parte, Samblancat, exiliado en Madrid, celebraba alborozado en marzo de 1919 la aparición de *Floreal* como hojas que nacían, según el reseñista, «bajo la advocación y espiritual patrocinio de Santa Rosa Luxemburgo, madre y mártir alemana», en calidad de «órgano de la Agrupación Libre, que —precisaba el periodista— es un avance o ensayo de soviets, compuesto por intelectuales que se ha constituido en Huesca para tomar posesión, cuando la hora suene, de la tierra y demás bienes que los ladrones propietarios, que los malvados ricos detentan»⁶².

Por su parte, Miguel Bandrés, fruto de sus indagaciones en el archivo familiar del artista, reunió algunos dibujos de Acín destinados a *Floreal*, que suponían, a su juicio, «un manifiesto continuo de crítica y denuncia de los problemas sociales más urgentes de solución». Observaba además el investigador que únicamente un artículo de Acín de los insertados en el periódico oscense, «Espigas rojas», ha podido ser rescatado puesto que fue reproducido en *El Comunista*, semanario zaragozano también de tendencia anarquista, donde quedaron recogidos además dos dibujos de Acín y otro artículo sin firma aparecidos antes en *Floreal*. Y señalaba todavía Bandrés que por las fechas en que se imprimía el periódico libertario, Acín con otros jóvenes oscenses suscribió un manifiesto de talante ecléctico, aunque

61. F. Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit. p. 20. El biógrafo y estudioso del autor, Miguel Bandrés, *La obra artigráfica de Ramón Acín*, ob. cit., p. 62, señalaba que la colaboración de Alaiz debió de ser asidua en un principio pero que, en carta a Ramón Acín, daba a entender más tarde su alejamiento del proyecto, de modo que no debió de colaborar en los últimos números.

62. Ángel Samblancat, «*Floreal*», *España Nueva*, Madrid, 20 de marzo de 1919, p. 1

decididamente republicano, «Jóvenes oscenses», con el que se animaba a constituir una Agrupación Libre que llevaría por nombre Sociedad 'Nueva Bohemia'; sin duda, el «ensayo de soviet» que apuntaba más tarde Samblancat, aunque evidentemente de tendencia menos definida de lo que el grau-sino hubiera deseado.

Los firmantes pretendían constituir una sociedad abierta a cualquier persona de ideas republicanas, sin otro objeto «que luchar contra todo lo viejo y caduco, contra la injusticia y la inmoralidad, contra los políticos de la vieja escuela, contra todo aquello que no pueda redundar en beneficio de España, contra los que se opongan al avance de las nuevas corrientes democráticas que invaden el mundo y que son savia y vida para los pueblos». Concluía el manifiesto de manera harto reveladora del talante del propio Acín: «Tenemos por bandera el amor a la cultura, el culto de la fraternidad y de la libertad y así el fracaso nunca será (sic) con nosotros; podemos ser pocos, mas entonces tocaríamos (sic) a más amor»⁶³. Con todo, podemos precisar con Miguel Bandrés las coordenadas en que se desarrolló la aportación intelectual del escritor y artista oscense:

Acín es una persona celosamente preocupada por el desarrollo de su tierra y aúna sus manifestaciones a las posturas regeneracionistas de los ideólogos Joaquín Costa, Lucas Mallada, Manuel Bescós —«Silvio Kossti»—..., manteniendo con algunos de ellos una grande y estrecha amistad. Es más, dentro de ese contexto social cabría situar la figura de Ramón Acín como puente entre el modernismo, con sus iniciales ideas regeneracionistas, y el racionalismo, que finaliza en el año 1936,

63. M. Bandrés, *La obra artigráfica ...*, ob. cit., pp. 61-71; del mismo autor, «Ramón Acín, 1888-1936», *Caracola*, 1 (marzo de 1987), p. 64. Puede leerse el manifiesto completo en Sonya Torres, ob. cit., pp. 53-56, de donde extraemos los fragmentos citados.

*considerando en todo momento su actuación como la de una persona libertaria de claro compromiso anarcosindical*⁶⁴.

La obra periodística de Ramón Acín ha sido ya minuciosamente rastreada por el propio Bandrés, en varios estudios, y recientemente por Sonya Torres, en un libro, *Ramón Acín, 1888-1936. Una estética anarquista y de vanguardia*, también mencionado aquí en diversos momentos, y ha merecido además un breve trabajo monográfico de José-Carlos Mainer, «El periodista Ramón Acín», quien destacaba, en particular, el regeneracionismo de raíz costista del escritor libertario⁶⁵, de modo que no cabe por nuestra parte redundar en la por otro lado meritoria dedicación literaria del polifacético profesor oscense.

El Acín periodista se manifiesta antes que nada como «humorista» –en el sentido de creador jovial y crítico que tenía entonces el término–, aferrado a las referencias oscenses y a su propia vida como motivos literarios y preocupado sobre todo en un principio por entretener antes que por aleccionar, arrastraba tópicos y lugares comunes de la época⁶⁶

64. M. Bandrés, *La obra artigráfica...*, ob. cit., p. 57. El subrayado es de M. Bandrés.

65. J. C. Mainer, «El periodista Ramón Acín», M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín, 1888-1936*, ob. cit. pp. 51-57.

66. Véase R. Acín, «Venus y Cupido», *El Diario de Huesca*, Huesca, 19 de marzo de 1914, p. 1, donde ridiculizaba a la mujer sufragista que había atentado contra la Gioconda, diciendo que jamás Cupido había dirigido sus flechas hacia una sufragista; también «Nuestros caballos de picar», *El Diario de Huesca*, Huesca, 4 de junio de 1914, p. 1, donde recordaba con intención festiva que había actuado de picador en una novillada, o «La Pastora y el Gallo», *El Diario de Huesca*, Huesca, 20 de junio de 1914, p. 1, donde comentaba la cogida de El Gallo, alguien que, lo mismo que su mujer, Pastora, «ponen en alto» la bandera española; en definitiva, una óptica y un tono que poco tienen que ver con la acerba crítica que destilan los dibujos de su libro, *Las corridas de*

que luego iría depurando en un proceso reflexivo que se hace ostensible con los años, de modo que cada vez con mayor hondura volcaría en sus columnas bonhomía, sentido moral y ganas de vivir. Dotado de un «optimismo intransigente», como recordaba Alaiz⁶⁷, Acín parece fruto granado del mejor vitalismo de entresiglos⁶⁸, y aunque cabría decir de él que se instaló definitivamente en la «belle époque» o en los «felices veinte», resultó ser cabal encarnación del «hombre nuevo» del que tanto se habló en los años treinta, en el sentido –nieztscheano, en buena medida, pero también bakuniano– de que consiguió eliminar de su vida el componente metafísico sin hacer problema del hecho y sin que ello supusiera merma de sentido en su existencia. Un bagaje envidiable, sin duda, que le llevó a permanecer en las filas del anarcosindicalismo hasta el final de sus días, con un talante conciliador y nada estridente⁶⁹.

Por otro lado, es de justicia reconocerle autor de una prosa ágil, en escritos de original construcción, de estructura sincopada, de modo que sus veloces cambios de perspectiva nos recuerdan un tanto a sus dibujos de inspiración cubista. Como decía Alaiz, Ramón Acín, poseía «el secreto de la frase única en el escrito corto y nervioso donde el ingenio no se retuerce nunca para hacer cosquillas, sino que fluye naturalmente como un manantial»⁷⁰.

toros en 1970 (caricaturas). *Estudios para una película cómica*, Huesca, V. Campo, 1923, edic. facsímil, Diputación Provincial, Huesca, 1988.

67. F. Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit., p. 30.

68. Véase sus artículos de *El Diario de Huesca*, «Mis años de chiquillo», 17 de junio de 1914, pp. 1-2; «Somos cigarras», 25 de junio de 1914, p. 1, o «Primavera es eterna», 2 de octubre de 1914, p. 1.

69. Félix Carrasquer, «Recordando a un oscense ejemplar», en M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín, 1888-1936*, ob. cit., pp. 33-39.

70. F. Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit., p. 25.

Felipe Alaiz, cuyos años juveniles apenas se incluyen en las escasas referencias biográficas con que contamos, no resulta fácil de ubicar intelectualmente en el periodo anterior a su acomodo en el campo anarquista, pero incluso aquí se manifestó, según veremos, como un pensador original y proclive a las desavenencias con las posiciones más paradigmáticas del movimiento. Los primeros escritos de Alaiz de que tenemos noticia son sus colaboraciones en *El Diario de Huesca*, iniciadas en abril de 1913, cuando estaba a punto de cumplir el autor veintiséis años, y probablemente fruto —como decíamos arriba— de la mediación de Ramón Acín, colaborador del periódico desde poco antes. Alaiz interrumpió la serie de sus escritos a finales de julio de 1913, la reanudó en febrero de 1915, y la mantuvo con asiduidad desde diciembre de este año y a lo largo de 1916. Por lo general, se trata de textos dedicados a la reseña de libros⁷¹ o al comentario de asuntos literarios y artísticos⁷² —donde, por ejemplo

71. F. Alaiz, «Lecturas. *Tres sendas*, por Alejandro Ber», *El Diario de Huesca*, Huesca, 1 de febrero de 1916, p. 1; «El libro. Una edición ejemplar sobre las tragedias de Esquilo», 10 de marzo de 1916, p. 2, 12 de marzo de 1916, p. 3; y 14 de marzo de 1916, p. 3; «El libro. *La luna nueva*. Poemas de niños, por Rabindranath Tagore», 24 de marzo de 1916, pp. 1-2; «El libro. *Tres sendas*, por Alejandro Ber», 27 de marzo de 1916, p. 2; «La mascarada», 23 de abril de 1916, p. 3 —en un número especial dedicado a Cervantes, con motivo del tercer centenario de su muerte, en el que colaboraron también Alejandro Ber, Ricardo del Arco o *Almogávar*—; «El libro. *Tres sendas*, por Alejandro Ber», 17 de mayo de 1916, pp. 1-2, dedicado a la segunda novela de las tres incluidas en el volumen; «El libro. *Tres sendas*. Conclusión», 18 de mayo de 1916, p. 1, dedicado a la tercera y última novela; etc.

72. «Una sevillana», *El Diario de Huesca*, 16 de mayo de 1913, p. 1, en el que inserta las primeras referencias a Viladrich; «Azulejos», 30 de octubre de 1915, p. 1, sobre el renacer del arte decorativo en España con menciones muy elogiosas al pintor Viladrich; «Azulejos», 5 de diciembre de 1915, p. 2, crítica del estilo y de la parafernalia moder-

elogiaba ya en varias ocasiones al pintor catalán Miguel Viladrich, con quien compartiría años de amistad—, y que aparecieron insertados en la sección «Con cursiva del diez», donde se alternaba su firma con las de Ramón Acín, Alejandro Ber, Manuel Ascaso, Isidro Comas (*Almogávar*), etc.

Alaiz mostraba ahí preferencia por temas y cánones estéticos no sólo variados sino escasamente cohesionados entre sí, lo que da idea, como no podía ser de otro modo, de un mayor eclecticismo y mezcolanza en los planteamientos de lo que luego la posteridad ha tendido a salvar o subrayar de la época. Así, dedicaba un artículo, en el que recreaba el anochecer en un olivar altoaragonés, a Miguel de Unamuno, «*ex toto corde*»⁷³; otro donde reflexionaba de forma nada convencional sobre el Barroco, a Luis López Allué⁷⁴, de quien, por otra parte, reseñaba elogiosamente su cuento «Mosén Froilán»⁷⁵; en otro momento, calificaba a Francisco Giner de los Ríos de «maestro bueno y humilde que desapareció silenciosamente» o invocaba el ejemplo de Azorín, al tiempo que arremetía contra un tipo de literato que hoy catalogaríamos de modernista por excelencia, y al que Alaiz acusa de crear una prosa anticuada y de desenvolverse en un laberinto de imitaciones⁷⁶.

nistas; «Capricho barroco II», 7 de enero de 1916, p. 1, acerca de la popularidad de los romances en el Alto Aragón; «Miniaturas», 29 de febrero de 1916, p. 2, sobre la situación del teatro en España.

73. F. Alaiz, *El Diario de Huesca*, «Azulejos», 19 de diciembre de 1915, p. 1.

74. F. Alaiz, *El Diario de Huesca*, «Capricho barroco. A don Luis López Allué», 28 de diciembre de 1915, p. 1.

75. F. Alaiz, *El Diario de Huesca*, «El libro. Mosén Froilán, por Luis Lopez Allué», 26 de marzo de 1916, p. 2, y con el mismo título, el 30 de marzo de 1916, p. 2.

76. F. Alaiz, *El Diario de Huesca*, «Azulejos», 5 de diciembre de 1915, p. 2.

IV Pero al mismo tiempo, el joven escritor altoaragonés gustaba de crear relatos de corte costumbrista, donde demuestra sentido del diálogo y sobrada capacidad para construir con trazos precisos personajes y ambientes tradicionales –afición también del Alaiz maduro–, en los que se sumerge con lirismo aunque sin dejarse vencer por la nostalgia y en donde cae a veces en los vicios del modernismo que había denunciado:

Si en alguna de vuestras peregrinaciones sentimentales topáis con una villa infanzona [recomendaba Alaiz], aislada, rodeada de olivares, con una ermita y un molino a las afueras; si tenéis en esa villa un amigo ingenuo, ceremonioso, algo anticuado y arqueólogo; si queréis impregnar vuestra alma de casticismo y sustraeros a la inquietud, a la complejidad del vivir moderno, penetrad en la villa⁷⁷.

Lo cierto es que nuestro autor entendió pronto, a pesar de todo, que la prosa de su época debía superar los ya muy manidos recursos de la adjetivación excesiva y de la disposición grandilocuente, decimonónica, de la frase –paralelismos, amplificación de estructuras, etc–, y, en este sentido, siguió a su modo la estela de *Azorín*, como bien observaba Sender años después⁷⁸. Por otra parte, el joven escritor parecía debatirse entre la necesidad de superar la minuciosa indagación psicológica como principal motivo literario –según defendían ya por entonces las vanguardias– y la fidelidad a una tradición de raigambre romántica que se perpetuaba

77. F. Alaiz, *El Diario de Huesca*, «Las dos procesiones», 24 de abril de 1913, p. 1. Véase también en este sentido, «La tonadillera», 1 de mayo de 1913, p. 1; «Una sevillana», 16 de mayo de 1913, p. 1; «Las montañas», 24 de julio de 1913, p. 1.

78. Escribía Sender, «Carta» a Joaquín Maurín, del 24 de marzo de 1953, en Francisco Caudet, ob. cit., pp. 88-89: «Pero veo que Alaiz sigue con su azorinismo un poco provinciano. Lástima. Tiene mucho talento y nunca ha encontrado su propio acento».

incluso en espíritus tan avizor como el suyo y que quedaría bien plasmada aún en su única novela larga, *Quinet* (1924).

De los textos que se escapan a las pautas temáticas indicadas, hay que destacar «Hace una brochina que hiela», en donde Alaiz deja entrever una percepción, todavía un tanto difusa, de su propia tarea como intelectual: «El pueblo duerme y España también. Los que velan son locos o pedantes»⁷⁹. O también uno de los textos denominados «Azulejos», en el que hacía referencia a algunos homenajes a Mariano de Cavia preparados por entonces y pensaba en la conveniencia de proponer la fundación de una escuela que llevara el nombre del ilustre periodista zaragozano, en la que «[e]l libro de lectura» inicial sería «La agonía del León», de Cavia, y a continuación, a modo de contraste, algunos discursos de Vázquez de Mella:

*Los niños aprenderían a distinguir y verían que la España de pandereta, de Academia y de énfasis, es la de barrancos y desastres. Acabarían por romper el libro, pero quedándose en un bolsillo, junto al corazón, aquella página socrática de nuestro Cavia hablando de Costa agonizante, despreciativo y amenazador*⁸⁰.

79. F. Alaiz, «Hace una brochina que hiela», *El Diario de Huesca*, 14 de enero de 1916, p. 1.

80. F. Alaiz, «Azulejos», *El Diario de Huesca*, 5 de febrero de 1916, p. 2. Se refiere Alaiz al artículo de Cavia, «La agonía del León», publicado en *El Imparcial*, el 17 de enero de 1911 (recoge la referencia bibliográfica G. J. G. Gheyne, *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, ob. cit., p. 271). Por otra parte, *El Diario de Huesca*, que había silenciado durante años la labor de Costa, recuperaba entonces la figura del aloragonés como baluarte, entre otras cosas, en el que apoyar su propia posición ante la guerra, la defensa de las fuerzas aliadas; véase, en este sentido, el soneto de Juan de Jaén, «Las grandes figuras. Joaquín Costa y la ley del terrorismo», 8 de febrero de 1915, p. 1; *Almogávar*, «El veto a Costa», 30 de mayo de 1915, p. 1, réplica a *Xenius* (Eugenio d'Ors) que había atacado la figura de Costa, y *Almogávar* acudía en su cometido a la contestación —que no conocemos— de Samblancat al propio *Xenius*; y

Resulta curioso apreciar que del escritor político que será luego Alaiz, apenas puede intuirse nada en estos textos que comentamos; únicamente cabría mencionar, en este sentido, los artículos «Siempre los mismos», en donde criticaba, de forma convencional por otra parte, a los políticos conservadores⁸¹, o «Una pastoral», donde aludía a la guerra europea a propósito de unas reflexiones del cardenal Mercier⁸². Con todo, la prosa alaiciana daba ya sensación —como la del escritor maduro— de desenvolvimiento natural aunque cuidado y el autor demostraba en seguida que su aliento originario era literario más que periodístico.

Sus primeros escritos en la prensa solían resolverse en breves ensayos, en los que no era lo de menos la originalidad de sus análisis, aunque también muy frecuentemente se trataba de relatos, descripciones costumbristas, retratos bien trazados de personajes pintorescos, cuando no practicaba un género híbrido, a caballo entre periodismo y literatura, entre escrito testimonial y de ficción o entre el modernismo, incluso, y su superación.

Joaquín Maurín pasó por entonces, al terminar su carrera de magisterio, desde Huesca a Lérida, donde entre 1914 y 1918 practicó la docencia en el laico Liceo Escolar, regentado por Federico Godás, miembro, como muchos de los maestros del Liceo, de la Juventud Republicana de Lérida, de modo que allí —según escribe Anabel Bonsón, a quien seguimos en estas líneas— Maurín «se vincula decisivamente al movimiento republicano»⁸³, y en su órgano de expresión, *El Ideal*, apare-

sin firma, «Un libro de Costa. Alemania contra España», 17 de julio de 1915, p. 1, y «La conciencia perdida. Joaquín Costa, partidario de una alianza de España con Francia», 15 de septiembre de 1915, p. 1.

81. F. Alaiz, «Siempre los mismos», *El Diario de Huesca*, 6 de junio de 1913, p. 1.

82. F. Alaiz, «Una pastoral», *El Diario de Huesca*, 4 de febrero de 1915, p. 1.

83. Anabel Bonsón, ob. cit., p. 64. Para los años leridanos de Maurín, véase esta obra entre las páginas 62-92; también, Antoni Monreal, ob. cit., pp. 13-28; y Luis Rourera, ob. cit., pp. 36-138.

cieron entre 1915 y 1919 algunos de sus artículos de la época, analizados por Bonsón, y trazados desde parámetros costistas: regeneracionismo, confianza en la educación como factor principal de progreso, visión del intelectual como educador social, etc., y salpicados, en suma, de abundantes referencias al Maestro⁸⁴. Al mismo tiempo, publicaba en el *Boletín del Liceo Escolar* sus reflexiones acerca de la educación, de los rasgos que deberían definir a la nueva juventud, etc., de manera que Maurín traslucía ahí sus lecturas y preferencias intelectuales, su propio proceso de formación.

En estas páginas lo sorprendemos, con menos de veinte años, pendiente de la novela pacifista que surgía entonces, en torno a la Primera Guerra Mundial⁸⁵; a la vez que, preocupado por establecer una visión no determinista del ser humano, se mostraba escéptico hacia Rousseau y en total desacuerdo con Schopenhauer⁸⁶; en otro momento, como ya señalamos, Maurín se sumergía en la definición de un proyecto de vida para la juventud, en el que se entrecruzaban una percepción muy de época –«ser artistas de nosotros mismos» o «receptores de la poesía difundida por todos los ámbitos de la existencia», «ser héroes», etc.– con alusiones a Giner de los Ríos, Federico de Onís, Ortega y Gasset, Zulueta, etc.⁸⁷; y todavía, en otro escrito, aparece el joven maestro de Bonansa interesado en aquilatar un método adecuado para la enseñanza de la Geografía, a propósito de lo cual citaba al prestigioso autor libertario Eliseo Reclus⁸⁸.

84. *Ibidem* pp. 72-92.

85. J. Maurín, «De Berta de Suttner a Norman Angell», *Boletín del Liceo Escolar*, 82 (agosto de 1915), pp. 6-8.

86. J. Maurín, «Bondad o maldad», *Boletín del Liceo Escolar*, 83 (septiembre de 1915), pp. 7-10.

87. J. Maurín, «El deber de la juventud: párrafos de la conferencia de Joaquín Maurín», *Boletín del Liceo Escolar*, art. cit., pp. 1-7.

88. J. Maurín, «Sobre la enseñanza de la Geografía», *Boletín del Liceo Escolar*, 102 (mayo de 1917), pp. 2-4.

También parece obra de Maurín la reseña, firmada por «M.», de una conferencia del entonces profesor en Benasque, Sr. Cereza, titulada «Costa y sus doctrinas pedagógicas». El comentarista presentaba el tema como «sugestivo en extremo», hablaba de Costa como «el gran sabio aragonés» o lo calificaba, siguiendo al conferenciante, como «una de las personalidades más grandes de nuestra historia de la educación contemporánea»⁸⁹.

En suma, captamos aquí al jovencísimo Maurín entregado a su propia formación a la vez que a la de sus alumnos, con la firme convicción –dentro de una estela costista e institucionista– de que la educación y la cultura, en general, eran los principales resortes para la mejora individual y el progreso colectivo. Notemos, también, la amplitud de referencias y la actualidad de los autores mencionados como indicios de la magnitud de su empeño y como pistas del camino por el que echaba a andar intelectualmente el luego afamado líder político.

También en Lérida, Maurín entró en contacto en el invierno de 1917-1918 con el movimiento obrero organizado, a propósito de una campaña en favor de la amnistía para los encarcelados tras la huelga general de 1917; conoció a Maciá, Besteiro o a Salvador Seguí, y especialmente ante la personalidad del «Noi» quedó profundamente impresionado⁹⁰; allí también entabló relación, a través de Alaiz, con el pintor catalán afincado en Fraga, Miguel Viladrich, y por mediación de este último acompañó en 1918, al lado de Alaiz, Salvador Goñi, Rafael Sánchez Ventura, Bagaría, Ricardo Baroja, el escultor Julio Antonio o el propio Viladrich, a Pío Baroja –a pesar de su germanofilia– en su breve

89. M., «Costa y sus doctrinas pedagógicas», *Boletín del Liceo Escolar*, 89 (marzo de 1916), pp. 7-8.

90. J. Maurín, «Hombres e historia», *España Libre*, Nueva York, 19 de febrero de 1960, reproducido por Víctor Alba, ob. cit., pp. 18-22.

y fracasado intento por ser candidato republicano por el distrito de Fraga⁹¹.

Al año siguiente, cuando cumplía su servicio militar en Madrid, en el Cuartel de la Montaña, asistió como espectador al II Congreso de la CNT, celebrado en el Teatro de la Comedia y percibido por el propio Maurín como «un enorme terremoto nacional»⁹²; fue el momento en que la CNT se adhirió de manera provisional a la Tercera Internacional, constituida ese mismo año de 1919, lo que da idea del enorme embeleso que produjo entonces la por otra parte poco conocida aún revolución rusa; si bien, al mismo tiempo el Congreso acordaba que tres militantes cenetistas viajaran a Rusia con el objeto de recabar mayor información, aunque finalmente de los tres sólo Pestaña, como es sabido, pudo cumplir con el encargo. El debate de la CNT en torno a la revolución soviética parecía una premonición de la trayectoria política de Maurín, quien en seguida y durante bastantes años trató de reconducir —con poco éxito, como veremos— a la Confederación hacia el marxismo.

91. Como es sabido, el propio Baroja refería después su recorrido por el Altoaragón en un delicioso capítulo de *Las horas solitarias* (1919). También Maurín, «Testimonio de una época: Con Viladrich y Baroja», *España Libre* (enero-febrero y marzo-abril de 1972), recogido el texto completo en Víctor Alba, ob. cit., pp. 23-39 (la cita en p. 39), en sus incompletas memorias, daba detenida cuenta de la aventura política con Baroja y concluía: «Después de todo, quizá fue mejor que las cosas se hubiesen desarrollado tal como ocurrió (sic). El capítulo que consagró a su infructuosa tentativa electoral, en *Horas solitarias* (1919), es uno de los mejores relatos que salieron de su pluma de hombre humilde y errante. Se lee con interés al cabo de más de medio siglo, y seguirá leyéndose dentro de un siglo. ¿Quién se acuerda, en cambio, de las cortes elegidas el 24 de febrero de 1918?».

92. J. Maurín, «Hombres e Historia. El II Congreso de la CNT», *España Libre*, 1 de abril de 1960, reproducido por Víctor Alba, ob. cit., pp. 42-46 (la cita en p.43).

De cualquier modo, poco después del Congreso de la Comedia, Maurín ya era secretario provincial de la organización en Lérida y director del semanario *Lucha Social* al que volveremos después-, y ya en 1920, según recordaba el propio Maurín, participó con Andrés Nin –a quien había conocido en el Congreso de la CNT– Ramón Acín y otros, en una intensa campaña de propaganda y organización sindical por los pueblos leridanos y oscenses⁹³.

En suma, Maurín se descubre, en seguida, como agudo analista de las ideas, como el joven pendiente siempre de las grandes corrientes del pensamiento político, por algo quien fue correligionario del aragonés, Víctor Alba, escribía poco después de la muerte su antiguo amigo:

Los compañeros de lucha lo quieren –con calor fraterno–, porque fue Maurín quien les ayudó (...) a superar los prejuicios ideológicos que eran un lastre en el movimiento obrero español; el liberaloide reformismo socialista, el frenesí apolítico anarquista, el sumiso dogmatismo comunista. Fuimos muchos los que debemos a Maurín el habernos librado de la estrechez de ambiciones de la clase media, o de las fantasías apocalípticas de una clase obrera marginada⁹⁴.

A lo largo de 1916, también Alaiz enseñó francés –según él⁹⁵– o literatura –según Maurín⁹⁶ – en el mismo

93. J. Maurín, «Testimonio de una época: Con Viladrich y Baroja», art. cit., reproducido en Víctor Alba, ob. cit. pp. 22- 39.

94. Víctor Alba, ob. cit., ed. ,cit, p. 14.

95. F. Alaiz, «Joaquín Maurín», *El Ideal de Aragón*, 140 (15 de octubre de 1918), p. 2: «Maurín y yo vivíamos en un Liceo. Él enseñaba geografía. Yo enseñaba francés. Aprendíamos también. Ganábamos el pan. Por las noches en la celda de Maurín, los libros eminentes nos hacían olvidar la noche del teatro, la noche del café. Después de una lectura provechosa, comentábamos nuestras opiniones y surgían esos diálogos amigos que nunca se olvidan, los diálogos de esperanza y de optimismo».

96. J. Maurín, «Testimonio de una época: Con Viladrich y Baroja», art. cit., reproducido en Víctor Alba, ob. cit., p. 24.

Liceo ilerdense en que trabajaba su paisano y como él colaboró en el *Boletín* del centro escolar. Los escritos de Alaiz publicados ahí —únicamente dos— resultan, por sus propósitos, muy propicios para intuir su mundo intelectual y, a mi juicio, denotan referencias menos actuales que las que apreciábamos en Maurín, al tiempo que dan idea de que su orientación era más decididamente literaria, mientras que Maurín se movía ya entonces en el campo específico de las ideas. En el primero de los textos, «El esfuerzo puro», de talante literario y moralizante, un joven de la gran ciudad, Riveiro, cuenta en carta a un amigo sus avatares durante la estancia en un pueblo. Y por su percepción del mundo y su talante anímico recuerda, en una versión algo menos abúlica, a los protagonistas de la novela de Baroja, *Camino de perfección* (1902), o de la de Azorín, *La voluntad* (1901). Riveiro desecha todas las visitas que le había concertado su tía —al deán, a una prima abadesa, al registrador— y prefiere entrevistarse con el profesor de filosofía del instituto, Zabaleta, y asistir con los discípulos de éste a una lectura de *Apología de Sócrates*. Luego, al hablar del deber de la juventud, citaba Riveiro a Emerson y, finalmente, se emocionaba ante la presencia del «buen labrador» que intentaba «soslayar mis abrazos por no mancharme con la santa tierra de sus bancales». La moraleja, muy finisecular y noventayochista, incluso, quedaba explícita tras la carta de Riveiro:

¿Quién merecerá el honor de solidarizar a Zabaleta con el labrador?

Tal es el problema de España. Necesita la filosofía del hombre de la guadaña, y el labrador necesita también saber que hay llamaradas de esfuerzo puro en los laboratorios⁹⁷.

97. F. Alaiz, «El esfuerzo puro», *Boletín del Liceo Escolar*, 90 (abril de 1916), pp. 5-9.

En «Fiesta cervantina», insertado en las mismas páginas, reseñaba Alaiz la celebración organizada en el Liceo con motivo del centenario de la muerte de Cervantes y también ahora traslucía un léxico y un horizonte ideológico algo más anquilosados que los exhibidos entonces por Maurín:

El Quijote es una llamarada de idealidad. Los jóvenes representan una posibilidad dichosa probada en actos como el que acabamos de reseñar.

Toda continuidad en el fervor cervantino significará una nueva luminosidad y un intento ejemplar de adhesión a los supremos valores humanos⁹⁸.

98. F. Alaiz, «Fiesta cervantina», *Boletín del Liceo Escolar*, 91 (mayo de 1916), pp. 12-13.

IV. DEL PUEBLO AL PROLETARIADO:

LA IDEA, IDEAL DE ARAGÓN

REPUBLICANOS AUTÓNOMOS

El 24 de junio de 1914 se fundó el Partido Republicano Autónomo Aragonés como confluencia de la Unión Republicana y del Partido Republicano Democrático Federal, aunque no por ello se logró la completa unidad de los republicanos aragoneses y ni siquiera una considerable implantación fuera de Zaragoza¹. Pocos meses después, apareció el primer órgano de expresión de la nueva agrupación, *La Idea* (1914-1915), al que sucedió pronto *Ideal de Aragón* (1915-1920), donde se congregaron de nuevo las firmas de Sam-

1. Véase Fernando Montero, «Orígenes del Partido Republicano Autónomo Aragonés», art. cit.; B. Pinilla Navarro, «Hacia el Partido Republicano Autónomo de Aragón (PRA). I.- 1918: Las alianzas coyunturales», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, II época, 10 (diciembre de 1980-enero de 1981), pp. 8-9 y «Hacia el Partido Republicano Autónomo de Aragón (PRA). II.- 1919 y 1920: Unión, unión, unión», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, II época, 11 (marzo-abril de 1981), pp. 8-9; Antonio Peiró, Bizén Pinilla, *Nacionalismo y regionalismo en Aragón (1868-1942)*, Unali, Zaragoza, 1981, pp. 51-59; E. Fernández Clemente, C. Forcadell Álvarez, «El republicanismo aragonés (1890-1920)», *Estudios de Historia contemporánea de Aragón*, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Zaragoza, 1978, pp. 225-231; Luis Germán Zubero, «El comportamiento político en Aragón durante la Restauración», en su libro *Aragón durante el siglo XX. Estudios urgentes*; Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 1998, pp. 23-80 (recopilación de artículos publicados en los años ochenta en *Andalán*); Antonio Peiró, «Las organizaciones republicanas aragonesas», en su importante trabajo *Orígenes del nacionalismo aragonés (1908-1923)*, Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 1996, pp. 93-97.

blancat, Maurín, Salvador Goñi, Ayala Lorda, etc., todos ellos seguros colaboradores de *Talión*, al lado de las de Alaiz, Acín, Gil Bel, Venancio Sarría, conocido político y periodista, incansable difusor del credo republicano² y primer director de *Ideal de Aragón*; José Chueca, de tendencia libertaria; Manuel Albar, que en el inicio de la República llegaría a ser secretario general del PSOE; el dibujante y pintor uruguayo afincado entonces en Zaragoza, Rafael Pérez Barradas; Pascual Martín Triep, que iniciaba en aquellos años su larga carrera periodística; Ángel Abella, más tarde periodista y escritor anarquista, que entregaba por entonces sus primicias, como los dos anteriores, en la zaragozana revista literaria y estudiantil *Paraninfo* (1914-1916), cuyo principal animador Augusto M. Alcrudo («Dr. Rick»)³ firmaba también frecuentemente en *Ideal de Aragón*, y que como su hermano Miguel José, ambos médicos de profesión, emigraría más tarde desde el republicanismo al anarcosindicalismo de la CNT, siguiendo un camino bastante frecuentado por entonces; los dos, por otra parte, fueron fusilados, como Venancio Sarría o José Ayala Lorda, en los inicios de la guerra civil⁴. Además, *Ideal de Aragón* contaba con cierta asi-

2. Véase Luis Germán Zubero, *Gran Enciclopedia aragonesa*, XI, Unali, Zaragoza, 1982, pp. 3005-3006. En 1912 Sarría había fundado ya el primer *Ideal* (1912-1913).

3. Sobre la vida literaria zaragozana de los primeros años del siglo, resulta imprescindible la consulta de José Luis Calvo Carilla, *El modernismo literario en Aragón*, ob. cit.; sobre *Paraninfo*, ibídem, pp. 162-166, y sobre *La Idea* e *Ideal de Aragón*, pp. 189-196, las únicas dedicadas hasta la fecha desde la perspectiva de las letras a estas publicaciones. En la Hemeroteca Municipal de Zaragoza, de *La Idea* pueden consultarse los números 17 (2 de enero de 1915), 18, 20, 21, 22, 23, 24, 26 y 27 (12 de marzo de 1915) y una colección bastante completa de *Ideal de Aragón*.

4. Conversación con José Alcrudo (24 de febrero de 1999). Acerca de los hermanos Alcrudo, especialmente sobre el más joven, Moisés, que cola-

duidad con artículos de figuras políticas de reconocido prestigio, especialmente de Eduardo Barriobero y Julio Senador o, recogía los trabajos de jóvenes republicanos como Pedro Forns, Augusto Lagunas Alemany o Pedro Rubio, redactor del periódico lo mismo que *Arniano*. También hay que destacar el hecho de que el semanario –decenario desde octubre de 1918– contara habitualmente con varias colaboradoras, como María Domínguez, *Almina* o *Imperia*, algo poco usual entonces.

Entre los republicanos aragoneses convivían tendencias bien diferentes, desde el lerrouxismo centralista hasta el autonomismo de raigambre federalista y pimargalliana. En cualquier caso, los órganos de expresión del Partido Republicano Autónomo Aragonés aparecieron bajo la advocación explícita «de los dos pináculos de los fastos republicanos: Costa y Pi y Margall, cuyo programa –se decía– es el del PRAA»⁵. Antes, *La Idea* había dedicado su número 22 de manera casi monográfica a conmemorar el cuarto aniversario

boró abundantemente en la prensa anarquista de la época, véase Graham Kelsey, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón, 1930-1938*, ob. cit., passim. Miguel José fue miembro del Partido Republicano Autónomo Aragonés y como tal participó en 1918, como vicepresidente de un Directorio local de la Federación Republicana que decía representar a todas las tendencias republicanas de la ciudad, B. Pinilla Navarro, «Hacia el Partido Republicano Autónomo de Aragón (PRA). I.- 1918: Las alianzas coyunturales», art. cit., p. 8. De la muerte de José Ayala en los comienzos de la guerra daba noticia Joaquín Maurín al narrar el episodio de su detención, recogido en Jeanne Maurín, *Cómo se salvó Joaquín Maurín*, ob. cit., pp. 62-63.

5. *Ideal de Aragón*, 2 (16 de octubre de 1915), p. 2. Sobre la importancia de la figura de Costa y sobre la lectura de su doctrina por parte de *La Idea* e *Ideal de Aragón*, véase, C. Serrano Lacarra, «Los republicanos autónomos: democratización de la vida política y apropiación electoral», en su «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y la obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesista (1911-1936)», art. cit., pp. 437-443.

de la muerte del polígrafo, para lo cual reunía colaboraciones de J. Ortega y Gasset, Eduardo Barriobero, Cristóbal de Castro, Marceliano Isábal, Ricardo Royo Villanova, Juan José Lorente, etc.

El tono general de los escritos se definía por el diti-rambo y la evocación anecdótica y magnificadora de Costa. Sólo Ortega desentonaba un tanto cuando apuntaba que «[s]eguir a Costa es, más bien, avanzar hacia nuevos puntos de vista que sólo en germen yacen en sus palabras. Deseo para el pensamiento de Costa –añadía–, no un ardor místico que lo hieratice, sino una crítica que lo haga fecundo ilimitadamente»⁶. La mayoría de los textos que rodeaban estas declaraciones se orientaba, no obstante, como decíamos, hacia ese «ardor místico» que fomentaba, según Ortega, el «hieratismo» de la obra costiana. Así, el escrito de Eduardo Barriobero, «¡Habéis impuesto a Costa!», redundaba en el apóstrofe grandilocuente y en la retórica convencional, habitual por otra parte en este tipo de conmemoraciones:

Mi enhorabuena, jóvenes de Ideal, jóvenes de LA IDEA, vuestra devoción por el maestro, vuestra firmeza en la profesión de sus santas doctrinas, os han dado el triunfo de imponerlo. Ya lo habéis impuesto. Ya figura en el menguado catálogo de sabios que nuestra nación ha producido.

(...) Lo habéis impuesto, jóvenes⁷.

Éste era significativamente el único artículo de colaboración adelantado a primera página, donde aparecía al lado de un amplio escrito de Costa titulado «Locos, burros y cobardes»; dura denuncia, tras el Desastre, del turno de partidos, de la «grosera farsa» de las elecciones, de la pasividad

6. J. Ortega y Gasset, «El recuerdo de Costa», *La Idea*, 22 (6 de febrero de 1915), s. p.

7. E. Barriobero, «¡Habéis impuesto a Costa!», *La Idea*, 22 (6 de febrero de 1915), p. 1.

de «las clases medias», rematada con la solicitud urgente de europeización y con la propuesta final de dos únicas salidas:

Dos caminos se brindan al país en trances tan desesperados como éstos: uno, la REVOLUCIÓN, dogma de derecho público en el pensamiento colectivo español; otro, como recurso intermedio entre la pasividad y la revolución, consiste en NO ACEPTAR, ni, por consiguiente, cumplir «las leyes» emanadas del poder público, entre ellas las tributarias.

Ideal de Aragón reemplazaba a *La Idea* el 9 de octubre de 1915 y, como su antecesor, se presentaba como «Órgano del Partido Republicano Autónomo», subtítulo que en diciembre de 1917 devino en «[ó]rgano del Partido Republicano», reflejo de la unidad de acción de los republicanos zaragozanos tras la crítica coyuntura del verano de 1917. En su primer número exponía, según era de rigor, sus pretensiones políticas, que venían a constituir una versión algo edulcorada de los análisis y lamentaciones costistas que acabamos de citar:

Combatir a los de arriba, ser agentes de la cultura de los de abajo; luchar contra la tiranía económica de caciques y monopolizadores; contrarrestar esta fiebre flamenquista que devora las energías ciudadanas: he ahí nuestros propósitos.

(...) Perdónesenos que seamos tan parcos en punto a promesas; que el verbo prometer se ha hecho dinástico-alfonsino. Cuarenta años de Restauración equivalen a ocho lustros de vanas palabras. Mientras, España agoniza, cada día más pobre, más diezmada⁸.

8. S. f., «Presentación», *Ideal de Aragón*, 1 (9 de octubre de 1915), p. 1. Sobre el programa del nuevo partido (de inspiración pimargalliana, costista, municipalista...) véase Fernando Montero, art. cit.; a este respecto, Antonio Peiró, *Orígenes del nacionalismo aragonés...*, ob. cit., p. 181, recordaba que «[g]eorgista es el Prólogo de las Bases del PRAA, firmadas en julio de 1814 por Emilio Gastón, Gil Gil y Gil y Manuel Marraco, entre otros, y buena parte de su programa económico». A su

Así pues, lo mismo que *Talión*, *La Idea* e *Ideal de Aragón* se proponían afilar los argumentos contra el caduco sistema restauracionista y monárquico y para ello qué mejor emblema y símbolo que Costa, que había muerto republicano, radicalizado y en oposición frontal a la política vigente.

Ya el primer número de *Ideal* recogía un artículo de Ángel Samblancat, uno de los más asiduos colaboradores del semanario y leal seguidor, como es bien sabido, del autor de *Oligarquía y caciquismo*. El escritor de Graus dejaba asentado ahí, con calculada solemnidad y con la contundencia propia de un momento fundacional, que el «ideal aragonés» debía ser en aquellas circunstancias el de la «autonomía»:

Yo lanzo desde estas columnas el primer grito de autonomía sincero que se oye en esta tierra. Yo sostengo que Aragón no debe vivir sometido a Castilla ni Zaragoza a Madrid, sino ser de igual condición que ellas. Yo pregonó que Aragón debe ser libre, debe gobernarse a sí mismo y debe tener un Parlamento de diputados aragoneses en Zaragoza. Yo afirmo que todos los funcionarios de Aragón deben ser aragoneses. Yo me proclamo desde aquí republicano nacionalista aragonés⁹.

No encontró demasiado eco, sin embargo, en los sucesivos números de *Ideal de Aragón*, la declaración de Samblancat. El periódico, aunque recogió ocasionales reflexiones

vez, Ana M^a Martín Uriz, art. cit., p. 28, también observaba que el Partido Republicano Autónomo de Aragón incorporó a su programa, gracias sobre todo a la intervención de Manuel Marraco, las propuestas de Henry George. Ya nos detuvimos anteriormente en ciertas significativas semejanzas entre las ideas de George y las de Costa.

9. A. Samblancat, «IDEAL DE ARAGÓN y el ideal aragonés», *Ideal de Aragón*, 1 (9 de octubre de 1915), p. 1. Más de sesenta artículos firmó Samblancat en *Ideal de Aragón*, no obstante, bastantes de ellos habían aparecido antes en otras publicaciones, *España Nueva* y *El Diluvio*, sobre todo.

de carácter autonomista firmadas por Sarría, Gil Bel, Calvo Alfaro y otros, fundamentó su labor difusora en el republicanismo —a menudo crítico con sus máximos exponentes en España—, en la denuncia del sistema restauracionista y en la regeneración moral de la política española, de modo que incluso Samblancat, aunque no dejó de insistir en sus posiciones autonomistas, diferenciándolas del regionalismo baturrista y conservador¹⁰, envió en adelante sus declaraciones más específicamente aragonesistas a otras publicaciones más receptivas en este sentido, como *El Ebro*.

Poco después, en noviembre de 1915, Joaquín Maurín mostraba su entusiasmo ante el camino emprendido por los republicanos aragoneses al confluir, en buena medida al menos, en un partido autónomo¹¹. Para Maurín, los Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez, Rodrigo Soriano, Giner de los Ríos, es decir, los prohombres del republicanismo español, habían refrenado ostensiblemente su empuje y sus ideas al integrarse en la vida parlamentaria; es más, habían sido «completamente cambiados» por ese «ambiente de burguesía y placidez» que «logra desmoronar por completo el castillo que debía haber sido fortaleza en donde refugiadas las ideas trabaran batalla con las pestilencias de la cloaca». Por ello, la solución adoptada por el partido republicano aragonés, al «apartarse del tablado y de los comediantes», le parecía a Maurín mucho más prometedora: «Forzosamente —escribía— tenían que ser los hijos del país de Costa los primeros que tomaran la piqueta para destruir los cimientos viejos que impiden la elevación de una obra grandiosa y robusta».

10. Véase, Ángel Samblancat, «Leones de Aragón», 49 (12 de agosto de 1916), p. 1; «Un aplauso», 54 (23 de septiembre de 1916), pp. 1-2; «El aragonesismo de pandereta», 138 (5 de octubre de 1918), p. 1.

11. J. Maurín, «Las ansias de vivir», *Ideal de Aragón*, 5 (6 de noviembre de 1915), p. 3.

El joven republicano encontraba, por otra parte, explicación para la iniciativa de los correligionarios aragoneses lo mismo en razones históricas que, todavía, en un determinismo étnico algo difuso, muy finisecular. Y además, en sus párrafos hay evidentes resonancias de los parámetros, las fórmulas e, incluso, de la retórica regeneracionista: la perspectiva moral –y no económica o social– desde la que enjuiciaba el fracaso político de los jefes republicanos; la autonomía que proponía como remedio ante el «Madrid centralista y monárquico»; la calificación de la vida parlamentaria como «pestilencias de la cloaca», o, finalmente, la alusión a la figura de Costa como lema de la mejor orientación política, no dejaban lugar a dudas.

ÁNGEL SAMBLANCAT: «CAUDILLO DE LOS REBELDES»

El 20 de noviembre de 1915 reproducía *Ideal de Aragón* el manifiesto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón en defensa de los imperios centrales en la guerra europea¹². En el número siguiente, Venancio Sarría, director del periódico y aliadófilo sin paliativos, rebatía por extenso la declaración de la Cámara altoaragonesa en favor de Alemania y uno de sus más graves motivos de desacuerdo era el que se sirviera en su argumentación del «venerando nombre de Joaquín Costa»: «Allá los pseudocostistas con la suya (...) Mas, por favor, no tomen el nombre del Insigne para exponer sus ideas (...)»¹³.

12. Mariano Naval, presidente de la Cámara, Nicolás S. de Otto, vicepresidente, Vicente Baselga, Cosme Mairal, Julio Martínez de la Fuente, Rafael Molera, Pablo Chapulle, Pedro Arregui, Victorián Coarasa, Manuel Almudévar, José Pérez y Manuel Bescós (*Silvio Kossti*), «Un manifiesto germanófilo», *Ideal de Aragón*, 7 (20 de noviembre de 1915), p. 3.

13. V. Sarría, «Germanofilia pseudo-costista», *Ideal de Aragón*, 5 (27 de noviembre de 1913), p. 1.

En otro lugar me he ocupado de la enconada polémica periodística que mantuvieron por este motivo *Silvio Kossti* y Ángel Samblancat («La pluma del ganso culterano –leemos en *Ideal*– va a ser devorada por el buril de fuego del auténtico cachorro del León»)¹⁴, en pugna por llevarse cada uno a su trinchera ideológica –la germanófila o la aliadófila, respectivamente– al buen Costa¹⁵. Aquí me limitaré, pues, a dar

14. S. f., «Para Silvio Caricaturicosti», *Ideal de Aragón*, 16 (22 de enero de 1916), p. 1.

15. Véase J. D. Dueñas Lorente, «Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y obra de Joaquín Costa», art. cit., pp. 103-106; la discusión de los conspicuos costistas ha sido también revisada recientemente por C. Serrano Lacarra, «La dudosa germanofilia de Costa», en su exhaustivo trabajo «Tratamiento, interpretación y mitificación de la figura y la obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesista (1911-1936)», art. cit., pp. 444-449, y del mismo autor «Manipulando a Costa. Aliadófilos y germanófilos aragoneses», *Trébede*, 15 (junio de 1998), pp. 45-51. En el cruce de artículos participó *Kossti* con los siguientes textos: «Para Ángel Samblancat», *La Crónica de Aragón*, Zaragoza, 17 de enero de 1916, p. 4; al día siguiente, apareció con el mismo título la segunda y última parte del escrito (p. 4); casi dos meses después, salió a la luz otro artículo de *Kossti* en torno al mismo asunto, «De Silvio Kossti a Samblancat», *La Crónica de Aragón*, Zaragoza, 8 de marzo de 1916, p. 4, en el que pretendía zanjar ya la polémica, si bien aprovechaba la circunstancia para defender un «programa» de dos puntos, «[i]mpuesto sobre el suelo» y «[l]ibre cambio mundial», al tiempo que descalificaba como poco acorde con los tiempos el republicanismo de Samblancat y de *Ideal de Aragón*. No obstante, en octubre del mismo año reiniciaron el intercambio de acusaciones, aunque con menor acritud, y quedando ya muy en segundo plano la figura de Costa: *Silvio Kossti*, «Al señor don Ángel Samblancat», *La Crónica de Aragón*, Zaragoza, 1 de octubre de 1916, p. 1, y con el mismo título, el 2 de octubre de 1916, p. 4. A su vez, Samblancat remitió sus escritos siempre a *Ideal de Aragón*: «Carta a Silvio Kossti», 13 (1 de enero de 1916, p. 1), «Contrarréplica. Para Silvio Kossti», 18 (5 de febrero de 1916, p. 1), «Cuarta contra Catilina», 19 (12 de febrero de 1916, p. 1), «A. S. suo Silvio Kossti, salutem», 56 (7 de octubre de 1916, p. 1) y «Filípica a Silvio Kossti», 57 (14 de octubre de 1916, p. 1).

cuenta de cómo Samblancat desarrolló entonces un periodismo de combate, que adquirió enorme resonancia, como veremos, siempre con la inevitable referencia de Costa al fondo, con quien era emparentado una y otra vez.

Decíamos antes que el joven periodista creyó, como D. Joaquín –y como la mayoría de quienes vivieron el llamado Desastre del 98–, en los hombres providenciales desde una posición romántica e insuflada de mesianismo¹⁶. Así, al margen ya de la controversia citada, pero todavía en el mismo contexto y en el marco de las campañas anticlericales con que bastantes intelectuales intentaron entonces –como decíamos anteriormente– arrebatarse su público tradicional a la Iglesia Católica, escribía Samblancat en un artículo de 1916, titulado «Nuestra herencia», estos párrafos:

Costa es una hostia con la que no pueden comulgar todas las bocas (...) Los conservadores y los curas no deben invocar el nombre –santo, santo, santo– de Costa, para tomarles la trenza a los muchos chinos que hay por ahí (...) Los elogios que le tributan al Moisés de Graus, son el incienso con que el sacerdote intenta, más que obsequiar al ídolo, cegar los ojos de los creyentes (...).

Y tras semejante exhibición de lenguaje religioso, Samblancat, que por entonces pertenecía a una logia masónica como no era, por otra parte, infrecuente entre los republicanos del momento, precisaba:

Costa era republicano e incrédulo; era revolucionario y ateo. Costa murió sin confesión, sin comunión y sin extremaunción, murió insacramentado, como había vivido. El que aspire, pues, al título de discípulo o de partidario de Costa

16. Véase J. D. Dueñas Lorente, «El 'León' y su 'cachoro'. La devoción costista de Angel Samblancat», art. cit.

habrá de renegar de toda religión y de toda realeza, habrá de jurar la Constitución, como dicen en mi pueblo¹⁷.

Al mismo tiempo, el «cachorro del León» participó de la creencia en la psicología de los pueblos o de las nacionalidades¹⁸, ingrediente –como es sabido– muy característico del

-
17. A. Samblancat, «Nuestra herencia», *Ideal de Aragón*, 16 (22 de enero de 1916), p. 1. Dentro del proceso secularizador que señalábamos arriba, hay que recordar que Samblancat perteneció durante 1915 a la logia masónica de Zaragoza, *Constancia*, en la que también se encontraba el primer director de *Ideal de Aragón*, Venancio Sarría, o el colaborador del semanario Miguel J. Alcrudo, véase J. A. Ferrer Benimeli, *La masonería en Aragón II*, Zaragoza, Librería General, 1985, (2ª edic.), pp. 175-189. *Silvio Kossti*, «Para Ángel Samblancat», art. cit., en su ya mencionado contencioso sobre el Maestro y la Guerra Mundial con Samblancat, alegaba entre otras razones de mayor peso, el hecho de que tanto Samblancat como otros redactores de *Ideal* no actuaban en este caso con completa libertad, en cuanto que pertenecían a la masonería, en donde habían de seguir «el rito escocés, cuyo gran consejo o autoridad suprema reside, si no me engaño, en Inglaterra». A lo cual, Samblancat respondía, «Contrarréplica. Para *Silvio Kossti*», art. cit.: «Por otra parte, yo no he de negar de ningún modo que pertenezco a la gran familia Masónica (sic). Ese es uno de mis mayores orgullos. La Masonería no es una sociedad tenebrosa, de conspiraciones siniestras, una especie de Camorra o de Mafia. Si la consideramos como una religión, la Masonería es la religión de la luz. Ella ha cooperado como ninguna otra institución al mejoramiento de la especie, y a ella se le debe la mitad del progreso humano (...) La Masonería es una hermandad universal y en su seno hay hombres de todas las opiniones. No se puede sostener, pues, que nosotros defendemos a Inglaterra y a Francia, porque así lo mandan las autoridades superiores de la Orden». Al lado del artículo de Samblancat, se incluía otro de Eduardo Barriobero, «Hablemos de Masonería», *Ideal de Aragón*, 18 (5 de febrero de 1916) p. 1, en el que se confesaba también «miembro activo de la Masonería».
18. Y así, Samblancat se refería a Costa como un portento de la Naturaleza, como un ser totalmente excepcional dentro de su pueblo, destinado, por lo tanto, a ser guía o modelo: véase «Leones de Aragón», *Ideal de Aragón*, 49 (12 de agosto de 1916), p. 1; «Joaquín Costa. Semblanza y psicografía», *Siluetas. Revista política, literaria y de actualidad*, cit.; *El genio monstruo de Costa, de Aragón y de España*, ob. cit.

bagaje de la intelectualidad europea y española de finales del XIX, piénsese en el caso paradigmático de Ganivet, pero también en algunos párrafos del propio Costa¹⁹. El progresivo abandono de tal percepción estuvo vinculado, entre otras cosas, con un paulatino predominio de lo social sobre lo biológico y natural a la hora de explicar la realidad, o lo que es lo mismo, con la implantación de las ideologías revolucionarias que se fueron abriendo paso entre el bagaje finisecular, como nuevas respuestas ante el proceso industrializador y el ascendente protagonismo de los obreros urbanos: el anarcosindicalismo (sobre todo a partir de 1910, en que se constituyó la CNT), y el marxismo (de enorme difusión en los años republicanos).

No deja de ser relevante, al tratar de perfilar la aportación intelectual de Samblancat, que los propios redactores de *Ideal de Aragón*, todos, en general, de manifiesta fe costista, anotasen indefectiblemente su estrecha vinculación con la tarea del Grande Hombre. Así, en diciembre de 1917 desde las páginas de *Ideal*, se advertía a los «caciques» oscenses de que «si vuestras manos de apaches no temblaron ante los rugidos del león, temblarán vuestros cuerpos ante los zarpazos del cachorro»²⁰. Rara era la etopeya del grausino que no incluyera, cuando menos, esa cualidad de «cachorro» dilecto del León de Graus; así, cuando en 1918 no resultó elegido diputado por Barcelona, *Ideal de Aragón* achacaba el fracaso

19. En el prólogo al libro de R. Sánchez Díaz, *Juan Corazón* (1906), escribía: «Yo me inclino a pensar que la causa de nuestra inferioridad y de nuestra decadencia es étnica y tiene su raíz en los más hondos estratos de la corteza del cerebro», Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros ensayos*, R. Pérez de la Dehesa (ed.), ob. cit., p. 164.

20. B., «Samblancat y los caciques», art. cit.; véase también Gil Bel, «Hacia el porvenir», *Ideal de Aragón*, 17 (29 de enero de 1916), p. 1, escrito con motivo de haber sido designado Samblancat como candidato a diputado en Barcelona.

no al «pueblo» sino a los «mangoneadores», Lerroux o Marcelino Domingo; ya que otra cosa era impensable:

Cada vez que hablamos con el caudillo de los rebeldes, acrecentamos más y más nuestro cariño a su persona y nuestra admiración a sus incomparables condiciones.

En Samblancat se ha juntado el talento, el bien y la fuerza.

Un corazón infantil y un espíritu de fiera (...)

Este es nuestro compañero y nuestro Maestro.

Samblancat para nosotros es único. Creemos en él como en nosotros mismos. Es tan grande como nuestra admiración, por eso le seguimos.

Y continuaba todavía el anónimo redactor: «¿Pero qué diputado de la izquierda puede ostentar una historia como la del cachorro, ni quién nos regala una vida del valor de la suya?»²¹. Poco después, con motivo de una nueva detención del de Graus, escribía, en otro suelto sin firma, alguno de los redactores del semanario republicano:

Samblancat demuestra una vez más que es el caudillo de los rebeldes. Donde hay tumultos, allí donde se grita está el gran revolucionario al frente de las masas. Así es como se predica. Por eso, al Cachorro de Costa muy pronto lo veremos ídolo del pueblo²².

Sin duda, lo que más contribuyó a identificarle como continuador del montisonense fue su empeñada denuncia del caciquismo en general, y de los caciques –a menudo con nombres y apellidos– en particular. Si Costa había puesto de manifiesto, desde un plano teórico, la inmoralidad del sistema, Samblancat apuntaba ya sus dardos a objetivos más

21. S. f., «Ángel Samblancat», *Ideal de Aragón*, 129 (6 de julio de 1918), p. 2.

22. S. f., «Samblancat, detenido», *Ideal de Aragón*, 148 (15 de noviembre de 1918), p. 5.

definidos, de modo que no resultaron extrañas en sus escritos denuncias de situaciones concretas y acusaciones nominales, por lo que su implicación en procesos judiciales fue durante unos años casi ininterrumpida:

Juro [escribía tras haber pasado por la cárcel de Huesca] que de mi último viaje a Aragón se han de acordar los caciques de allá. Ellos me han hecho comer el pan de la cárcel, pero yo les voy a hacer tragar mina, agua de Rubinat y aceite de hígado de bacalao hasta que revienten. En la balija (sic) me traigo datos para escribir un libro que levantará ampollas. En Zaragoza, en Huesca, en Barbastro, en Graus me han contado cosas increíbles.

Adelantaba a continuación, con nombres y apellidos, algunos detalles del capítulo dedicado a su pueblo natal, Graus; así, el desvío con fines particulares de las inversiones del Estado, arreglos electorales, intercambio de favores, etc.²³ Más sangrantes aún resultaban los hechos denunciados en «El derecho de pernada»: el uso del poder económico y político encaminado a «disponer para su placer de las mujeres y de las hijas de aquellos infelices»; de modo que el articulista se proponía combatir frontalmente «el bestial caciquismo aragonés»:

Nos hemos propuesto hostigar sin descanso a esas alimañas, perseguirlas hasta dentro de sus guaridas, aventarles la camada, (...) Si no puedo exterminarlos, los deshonoraré. Los presentaré en estas páginas desnudos y con todas las vergüenzas al aire (...) Contaré las infinitas afrentas de que hacen víctimas a los hombres y a las mujeres (...) Ya sé que perderé la batalla o que no la ganaré más que a medias. Esos criminales son tan poderosos que han logrado ya hacerme desterrar, no sólo de Aragón, sino hasta de Cataluña (...) Cuando vaya a

23. A. Samblancat, «Pesca de tiburones», *Ideal de Aragón*, 104 (12 de enero de 1918), p. 1.

*mi tierra me asesinarán. Me han amenazado hasta con venir a pegarme a Barcelona. Que vengan. Así concluiremos de una vez. Ellos y yo no cabemos en el mundo*²⁴.

Las intensas campañas de Samblancat en estos años, que le proporcionaron incontables detenciones y varios destierros, le otorgaron por otro lado excepcional ascendencia, según ya hemos podido comprobar, entre los jóvenes más inquietos, y así lo pudimos ya constatar antes entre los redactores de *Los Miserables*. Gil Bel, por ejemplo, que le dedicó en *Ideal de Aragón* varias columnas encomiásticas, no dudaba en afirmar que su pluma era entonces «la más buscada en nuestro campo», o que «jamás tuvo escritor alguno tantos y tan leales admiradores»; y pensaba además que el de Graus «había creado una juventud en esta tierra, al parecer muerta, que algún día se alzaría para redimirla». Samblancat era para Bel, en definitiva, «el parto de toda una santa revolución como la de julio», es decir, hijo político de la Semana Trágica de 1909²⁵.

-
24. A. Samblancat, «El derecho de pernada», *Ideal de Aragón*, 105 (19 de enero de 1918), p. 1. Cuando, dentro de esta misma cruzada contra el caciquismo, se ocupaba Samblancat, «Sierra Morena en Aragón», art. cit., de Camo y de sus adeptos, reconocía a Costa como antecesor de su misma labor, si bien todavía con menos posibilidades de horadar el engranaje caciquil que él mismo: «Costa no era nadie en su tierra. Si hubiera ido a un Juzgado a pedir Justicia, se le habrían reído en las venerables barbas. Si hubiera ido a un Ayuntamiento a exigir igualdad en el reparto de los tributos, lo habrían echado a alpargatazos. Si hubiera protestado del despotismo brutal y bestial de los omnipotentes oligarcas, lo habrían metido en la cárcel o lo hubiesen desterrado como a mí (...) Allí era el amo Camo (...)».
25. Gil Bel, «Ángel Samblancat», *Ideal de Aragón*, 56 (7 de octubre de 1916), p. 2. Véase también, del mismo autor, «Hombre y diputado», *Ideal de Aragón*, 102 (29 de diciembre de 1917), p. 2; «Siluetas. Hombre serio y diputado macho», *Ideal de Aragón*, 139 (15 de octubre de 1918), p. 1; Salvador Goñi, «El Macho de Fuego», *Ideal de Aragón*, 64 (2 de diciembre de 1916), p. 2.

Es evidente, por otra parte, que en los pocos años transcurridos desde la muerte de Costa habían sucedido muchas cosas, los nuevos tiempos traían nuevos retos y Samblancat, hombre de vastísima cultura, supo armarse de recursos y situarse a la altura de las circunstancias. En este sentido, el joven escritor que había empezado donde terminó Costa, llegó, como no podía ser de otro modo, donde no lo había hecho su maestro. Si el ilustre vecino de Graus intuyó en sus últimos años el enfrentamiento radical entre trabajadores y clases privilegiadas, y reconoció sin subterfugios la situación de injusticia manifiesta que padecían los primeros²⁶; Samblancat consiguió ya identificarse plenamente con los desfavorecidos y contarse entre sus filas. Dentro del proceso de adquisición de protagonismo del proletariado en España, que conoció su primer momento culminante en 1917 (preludio importante había sido el verano de 1909), Samblancat e *Ideal de Aragón* recorrieron con decisión este camino hasta incluirse —especialmente en el caso de Samblancat— en las filas obreristas.

Ya a finales de 1915 escribía: «Lo que yo pido no son puertos francos sino revoluciones sociales. Yo no reclamo reformas económicas epidérmicas, sino expropiaciones en masa, tomas de posesión colectivas, *Communes* (...)»²⁷. Meses después, citaba a Bakunin y a Ferrer Guardia para aludir a la combativa tarea del republicano alcañizano Augusto Lagunas Alemany, colaborador habitual de *Ideal*²⁸. Por las mismas fechas, el escritor se declaraba «una costilla del pecho del pueblo, un pedazo de carne y de barro de su anca», al

26. Véase por ejemplo «El turno del pueblo», en Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, edición de R. Pérez de la Dehesa, ob. cit., pp. 198-199.

27. A. Samblancat, «Me importa un pito», *Ideal de Aragón*, 9 (4 de diciembre de 1915), p. 1.

28. A. Samblancat, «Augusto Lagunas Alemany», *Ideal de Aragón*, 52 (2 de septiembre de 1916), p. 2.

tiempo que reconocía que los republicanos españoles iban, en general, «bastante atrasados de ideas», o que apostillaba que «[l]a riqueza es enemiga de la libertad»: «En el mundo hay ricos porque hay esclavos. El día (sic) que éstos se acaben, se concluirán aquéllos. ¡Ójala ese día fuera mañana mismo!»²⁹.

Además, si Costa y otros intelectuales de entresiglos habían defendido desde su óptica los intereses del «pueblo», Samblancat adoptaba ya plenamente la perspectiva de quienes más sentían la escasez de recursos o el hambre; «Dadnos pan o matarnos» titulaba un artículo en el que escribía: «Queremos pan solamente» o «[el] hambre nos asesina». Y también: «Iremos a la conquista del pan bajo las banderas de San Pedro Kropotkine, anarquista. Si no se puede vivir trabajando y penando, hay que robar. Antes que los ladrones robaron los propietarios (...) Ahora empieza la nuestra»³⁰.

En semejante tesitura, Samblancat acudió en varias ocasiones a Kropotkin, a menudo, tildándole de «santo»³¹; en una ocasión a Bakunin³², en otra, a Lenin³³ y nunca, a Marx.

29. A. Samblancat, «A. S. suo Silvio Kossti, salutem», art. cit. En coherencia con todo ello, y desde una óptica que no había podido asumir el Costa africanista ni el analista del Desastre, Samblancat, «Filípica a *Silvio Kossti*», art. cit., se proclamaba partidario de las colonias en sus guerras con la metrópoli: «Yo, así como ahora estoy de parte de los marroquíes, hubiera estado en el 98 con los antillanos y con el Kati-punán. Yo habría sido, como Pi y Margall, filibustero. Yo no habría podido dar la vida por la presa de nuestra burocracia de Cuba y por la de nuestros dominicos de Filipinas».

30. A. Samblancat, «Dadnos pan o matarnos», *Ideal de Aragón*, 110 (22 de febrero de 1918), p. 1.

31. A. Samblancat, *ibídem*, también en «La gloriosa chusma», *Ideal de Aragón*, 116 (30 de marzo de 1918), p. 2, en donde animaba a poner en práctica el famoso libro de Kropotkin, *La conquista del pan*.

32. A. Samblancat, «Augusto Lagunas Alemany», *Ideal de Aragón*, 52 (2 de septiembre de 1916), p. 2.

33. A. Samblancat, «Hermanos en Cristo», *Ideal de Aragón*, 172 (20 de noviembre de 1919), p. 1.

Para Samblancat, Kropotkin era, sobre todo, el autor de *La conquista del pan* (1888), y con ello nuestro escritor no hacía sino reflejar la difusión espectacular que alcanzó el mencionado volumen en la España de entresiglos. Pedro Ribas ha recordado que la editorial Sempere de Valencia lanzó a la calle 50.000 ejemplares de *La conquista del pan*, entre 1900 y 1909, después de que el libro hubiera sido reproducido numerosas veces en periódicos o revistas, o tras ser publicado por tres editoriales catalanas. Con todo, pensaba Ribas que fue la gran implantación del anarquismo la mayor dificultad con que se encontró el marxismo a la hora de extenderse en España, de modo que no dudaba el historiador en afirmar que «el anarquismo constituye en la España contemporánea un hecho cultural de dimensiones colosales»³⁴. Y en fechas muy tempranas (1907), Gustavo La Iglesia ya observaba, en su caso con pesar, el mismo fenómeno: «La inconcebible difusión del libro de Kropotkin, *La conquista del pan*, en todos los países, incluso en España, ha contribuido por sí sola a reclutar millares y millares de adeptos»³⁵.

Por otra parte, según resultó común en un primer momento en las posiciones obreristas españolas, incluida la CNT, la revolución rusa fue acogida de manera muy favorable y esperanzadora por el grausino³⁶, lo mismo que por *Ideal de Aragón*, en general; y ya desde que llegaron las primicias sobre los sucesos rusos el periódico acusó el triunfo bolchevique como un nuevo y sustancial empujón en su

34. P. Ribas, «Análisis de la difusión de Marx en España», AA. VV., «Marx en España, 100 años después», *Anthropos. Boletín de información y documentación*, 33-34 (enero-febrero de 1984), pp. 58-61. Pérez de la Dehesa, «Estudio preliminar», Federico Urales, *La evolución de la filosofía en España*, ob. cit., p. 32, pensaba que *La conquista del pan* «posiblemente ha sido la obra teórica moderna que ha tenido más lectores en España».

35. G. La Iglesia, ob. cit., p. 85.

36. Véase A. Samblancat, «Santa Rusia», *Ideal de Aragón*, 86 (19 de mayo de 1917), p. 1, y «El bolchevique errante», *Ideal de Aragón*, 147 (5 de enero de 1919), p. 1.

aproximación al proletariado³⁷. Así, el 1º de Mayo de 1918, el rotativo aragonés dedicaba buena parte de su espacio a la «Fiesta del Trabajo», e incluía en su primera página un breve texto de Pablo Iglesias, escrito expresamente para *Ideal de Aragón*. En el número siguiente, se insertaba un muy significativo artículo de Samblancat, «La sansculotida del trabajo», referido también a la celebración obrera:

Primero de Mayo. He aquí el gran domingo socialista y obrero. He aquí llegada nuestra fiesta. Tejedor, deja tu telar. Abandona el arado sobre el surco, labrador. Pero no os alegréis demasiado. Como si en el mundo no hubiera ya esclavitud, como si no hubiera gendarmería y Guardia Civil.

(...) Tejedor, deja tu telar. Cierra tus libros, estudiante. Y sustraigámonos a este ambiente de borrachera, de alcabuería y de lujuria que nos rodea en la ciudad. Vayámonos lejos³⁸.

De los textos de Samblancat incluidos en *Ideal*, éste constituye la más acabada muestra de la perspectiva proletaria del autor, en cuanto que no se limita a la defensa de la clase obrera sino que esboza ya, desde la óptica de los asalariados, una visión completa del mundo, basada en la subversión de los valores burgueses³⁹.

37. S. f., «La revolución rusa», *Ideal de Aragón*, 78 (24 de marzo de 1917), p. 3; s. f., «¡Salud, obreros!», *Ideal de Aragón*, 86 (19 de mayo de 1917), p. 1.

38. A. Samblancat, «La sansculotida del trabajo», *Ideal de Aragón*, 122 (11 de mayo de 1918), p. 2.

39. Hay todavía otro asunto en el que Samblancat fue más allá no sólo de Costa, sino también de su propio tiempo, me refiero a la defensa de la dignidad de la mujer. Algo de ello quedaba ya apuntado, por ejemplo, en el artículo «A unas damitas», *Ideal de Aragón*, 125 (1 de junio de 1918), p. 1, y que se confirmaba, después, ya de manera desarrollada, en los borradores de que se servía el autor durante la República para impartir conferencias acerca de la situación de la mujer, véase Neus Samblancat Miranda, *Ideario y ficción en la obra novelística de Ángel Samblancat*. (Manuscritos inéditos) vol. II, ob. cit. pp. 237-263.

El discurso evidentemente crítico, pero bastante idealista aún, que apreciábamos en *La Ira* o en *Los Miserables* adquiere, pues, concreción y mayor dimensión sociopolítica hacia 1915-1917 —en la huelga de agosto de este último año había participado Samblancat activamente—⁴⁰. Es evidente que el progresivo ascenso del proletariado conllevó alteraciones de relevancia en las posiciones de escritores y periodistas. En lo que a nosotros interesa, hay que señalar que también la percepción de la herencia costiana resultó alterada en estas fechas. En la medida en que se configuraba una nueva realidad social y se articulaban paralelamente nuevos conceptos para su interpretación, el regeneracionismo finisecular y el costismo pasaban a un segundo plano teórico. También, en los años de la Primera Guerra Mundial vivieron un proceso de radicalización y de búsqueda de nuevos horizontes tanto Maurín como Alaiz o Gil Bel y, por entonces así mismo, debió de iniciar su militancia anarcosindicalista Ramón Acín, como ya vimos.

También los intelectuales de la burguesía liberal modificaron por la misma época, como bien observó Alfonso Ortí, su actitud ante Costa, a modo de repliegue ante el empuje de las masas. Según el citado historiador tuvo lugar, a revueltas de «las transformaciones y conflictos de 1914-1917», una «degradante reducción estética a una simple figura simbólica de todo lo que la obra y el pensamiento vivo de Costa entrañan (...)»⁴¹. Con todo, cabe pensar que la herencia de Costa quedó por entonces en tierra de nadie; más tarde, con la Dictadura de Primo de Rivera adquiriría un nuevo sentido. Por uno y otro lado, el legado del León perdía adictos, como si

40. Véase Á. Samblancat, «La gloriosa chusma», *Ideal de Aragón*, 116 (30 de marzo de 1918), p. 2.

41. A. Ortí, «La intelligentsia liberal y socialista ante la figura y el programa de Costa: costismo y anticostismo como constantes ideológicas», en G. J. G. Cheyne (ed.), *El legado de Costa*, ob. cit. p. 167.

los nuevos acontecimientos –Guerra Mundial, Revolución Rusa, los sucesos revolucionarios del verano de 1917 en España– mermaran el sentido o la actualidad de su obra.

LA ACELERACIÓN DE LA HISTORIA

Joaquín Maurín, por su parte, demostraba también en *Ideal de Aragón*, lo mismo que antes en el *Boletín del Liceo Escolar* o en *El Ideal* de Lérida, la temprana fascinación que le producía el mundo de las ideas políticas, y sus artículos del periódico zaragozano constituyen una interesante mezcla de perspectivas y registros. Así, en una entrega de marzo de 1917, «Los hombres y las ideas», defendía la campaña de Marcelino Domingo contra la intervención española en Marruecos, al tiempo que exponía la necesidad de mejorar la situación material y espiritual del «proletariado» o reclamaba, en el más puro estilo costista, «hombres» excepcionales:

Hombres que sientan la vergüenza de la raza y que se impongan la obligación de despertar las amodorradas energías que todavía existen en el fondo del alma nacional: he aquí los cirujanos que han de salvar España (...) Es la política de calzón corto que predicaba Costa, la que hay que llevar a cabo. Extenderse por los pueblos para capacitarlos mentalmente después de haberles dado orientaciones para el mejoramiento de la vida material⁴².

Si aquí parecía caer en el mesianismo finisecular, en un escrito algo posterior, dirigido contra Maura, «¿Otra vez Júpiter?», Maurín optaba por la solución opuesta, prueba del periodo de tanteos que todavía atravesaba: tras mencionar a Ortega y a Maeztu, apuntaba –siguiendo al primero de los

42. J. Maurín, «Los hombres y las ideas», *Ideal de Aragón*, 78 (24 de marzo de 1917), p. 3.

citados— que «[l]a idolatría es siempre manifestación de un nivel intelectual bajísimo» y que «[l]os seres como las colectividades que no pueden admirar las manifestaciones de la actividad mental se convierten en adoradores de ídolos»⁴³. Como ya dijimos, en octubre de 1918, Felipe Alaiz esbozaba el retrato moral de quien había sido dos años antes su compañero de trabajo y de inquietudes en el Liceo Escolar de Lérida, y presentaba ya a un Maurín plenamente predisposto en favor de los más débiles de la sociedad:

Por ellos siente la llama roja de justicia que abrasa el corazón. Por ellos sigue la estrella amiga. Por ellos estudia y va consolidando a los veintidós años una competencia ascendente en la pedagogía científica (...).

*Maurín estará en la más alta de nuestras cumbres espirituales*⁴⁴.

Al año siguiente, en diciembre de 1919, Maurín asistió como observador al II Congreso de la CNT y en 1920 tanto

43. J. Maurín, «¿Otra vez Júpiter?», *Ideal de Aragón*, 83 (28 de abril de 1917), p. 3. Por otra parte, en «El principio republicano», 98 (1 de diciembre de 1917), p. 3, revisaba el autor las consecuencias de la guerra en la articulación política de diferentes países, Grecia, Rusia, Portugal, o España, donde el conflicto bélico -decía- había significado un resurgimiento del «principio republicano». En «Los crímenes de la vejez», 140 (15 de octubre de 1918), p. 3, interpretaba la actualidad política desde el prisma de la oposición —tan manida entonces— entre lo viejo y lo nuevo, y ya el título indica bien a las claras en qué lado se situaba Maurín. Otro talante ofrecían los dos artículos que publicó también en *Ideal de Aragón*: «La oración de Caín», 92 (3 de noviembre de 1917), p. 2, y «Rezoes de paganismo. La oración de Luzbel», 106 (26 de enero de 1918), p. 2, ambos constituyen una lectura de los personajes bíblicos mencionados contraria a la habitual; con tono paradójico y aliento ensayístico, Maurín intentaba desmontar dos mitos fundamentales de la cultura judeocristiana.

44. F. Alaiz, «Joaquín Maurín», *Ideal de Aragón*, 140 (15 de octubre de 1918), p. 2.

Maurín como Alaiz formaban ya parte de los órganos dirigentes de la organización anarcosindicalista.

De las colaboraciones de Ramón Acín a *Ideal de Aragón*, nos interesan especialmente dos: «La lápida», exaltación de la figura de Costa, en el séptimo aniversario de su muerte, y «Cristos-Judas. Para Demócrito», en torno al federalismo y a la torcida interpretación de Pi y Margall que, al entender del articulista, predominaba entonces en Cataluña⁴⁵. En el dedicado a Costa, abundaba Acín en la percepción mesiánica y populista del eminente jurista, a quien comparaba con Savonarola, Danton, el David bíblico, los profetas Daniel, Ezequiel, Nahúm, Malaquías, Moisés, etc.; todo ello a modo de oráculo puesto en boca del pueblo: «Este es nuestro cirujano-carnicero y nuestra enfermera amorosa, dijo el pueblo. Este es nuestro Dantón y nuestra Isabel de Hungría. Este trae en las manos los rayos de Júpiter soberbio y las llagas de Francisco el humilde».

Por su parte, el Costa de Acín respondía: «Yo soy vuestro Moisés, le dijo al pueblo. Seguidme y vuestra será la Tierra de Promisión». Pero finalmente, al pueblo «fallóle valor para cruzar el Mar Rojo de la Revolución, y temblando desbandóse como comadreja y abandonó el pueblo a su Moisés»⁴⁶. Mayor textura de artículo político o doctrinal ofrecía «Cristos-Judas. Para Demócrito», en donde atacaba Acín el

45. R. Acín, «La lápida», *Ideal de Aragón*, 108 (9 de febrero de 1918), p. 4; «Cristos-Judas», 23 de febrero de 1918), pp. 1-2.

46. A propósito de los escritos periodísticos de Acín, José-Carlos Mainer, «Ramón Acín, periodista», M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín (1888-1936)*, ob. cit., p. 57, esbozaba una esclarecedora caracterización: «El acendrado costismo de Ramón Acín engarza con la tradición agrarista, hidráulica e individualista del mejor progresismo regional (...) Agua en los embalses y canales de riego, pequeños propietarios y respeto por las tradiciones: ese es un programa nada revolucionario, el que se hubiera apuntado el activo profesor de dibujo de la Normal de Huesca».

catalanismo de Cambó y se instalaba en las proximidades del federalismo pimargalliano⁴⁷.

Felipe Alaiz, a su vez, oscilaba, en los textos remitidos a *Ideal*, entre efluvios literarios de corte casticista y costumbrista, más moralizantes que reivindicativos, y artículos de corte ideológico y de resonancias libertarias. Entre los primeros, hay que incluir «El esfuerzo puro», «Las dos procesiones», ambos publicados antes en otros lugares, y «Fuenclara»⁴⁸, todos ellos de ambientación rural, de pautas costumbristas, aunque volcadas en una prosa ligera y moderna, y resueltos con intención moralizante. «Fuen-

47. Por otra parte, en «Cubero, el rezagado», *Ideal de Aragón*, 100 (15 de diciembre de 1917), pp. 1-2, Acín evocaba a Manuel Cubero, muerto en Francia, en donde combatía como voluntario, y antiguo amigo y compañero de redacción de Acín, Samblancat, Goñi o *Kossti* -quienes también se referían a Cubero en el mismo número- de los años oscenses de *El Pueblo* (1912). Con motivo de este artículo, Samblancat había remitido a *Ideal de Aragón* una breve nota «Tarjeta postal», 101 (22 de diciembre de 1917), p. 2, en la que elogiaba el escrito de Acín y animaba a éste a escribir o pintar. Acín respondió a Samblancat también a través de *Ideal* y con la misma clave irónica y humorística que apuntaba su corresponsal: «Tarjeta postal. Para Ángel Samblancat», 103 (5 de enero de 1918), p. 1. «8-8-8. A Luis Bonafoux», 120 (1 de mayo de 1918), p. 1, era la aportación personal de Acín -acompañada de dos dibujos, «Autorretrato del humorista Ramón Acín» y «Lamentaciones de un cráneo socialista»- a la celebración del 1º de Mayo de *Ideal de Aragón*. «8-8-8», aludía con ironía a la división del día en tres tercios, dedicados al trabajo, al ocio y al descanso. Por último, «Flores de trapo», 125 (1 de junio de 1918), p. 1, suponía un ataque -al lado de los de Alaiz, Samblancat y Gil Bel, en escritos publicados en la misma página- contra la Fiesta de la Flor, venta de flores en beneficio de las personas tuberculosas, por considerar que suponía un gesto hipócrita y poco efectivo.

48. F. Alaiz, «El esfuerzo puro», *Ideal de Aragón*, 83 (18 de abril de 1917), p. 2; «Las dos procesiones», 84 (5 de mayo de 1917), p. 3, «Fuenclara», 82 (21 de abril de 1917), p. 3, apareció después en *El Ebro*, 3 (febrero de 1918), pp. 4-5, bajo el título de «Azulejo de Fuenclara».

clara», además, constituía una exaltación de la vida campesina, una visión idílica de quienes vivían en contacto directo con la tierra y mantenían, por ello, privilegiada comunicación con la naturaleza. El texto, que anticipa por el tono y el planteamiento la novela larga del autor, *Quinet* (1924), adopta forma de carta en la que el narrador cuenta a un amigo su visita a Fuenclara, lugar paradisíaco adonde llega desde la ciudad con el fin de cobrar, aunque con escasa convicción, las rentas anuales que le proporciona un extenso olivar de su propiedad. Allí se encuentra con Salvador, «un labrador modelo», y su familia, la encargada de regentar la explotación. Todo, personas y paisaje, resulta idealizado ante los ojos del forastero, pero de forma muy especial, Juana María, la mujer de Salvador:

Juana María me habló del campo y, sin ella quererlo, fue mi tentación. Esta Ceres de treinta y cinco años tiene todas las tentaciones de la fruta, y me tentó con su gracia irresistible, tan irresistible como la misma tierra.

Estoy en una de esas penumbras que nos reserva «el mal amor». Una luz serena es Juana María. Lo más seductor de ella es la honradez; que nada atrae con tanta fuerza como la inefable tentación de la virtud invencible.

Finalmente, el narrador decide marcharse de Fuenclara convencido de que es un «intruso» en «aquel ambiente pastoril, con mi ridícula indumentaria urbana, vanidad de terrateniente sin ideas de justicia, sed de vampiro y sensualidad hecha a lograr que no a merecer».

En suma, nos proporciona Alaiz un relato de cuidadísimo trazado, de pulquérrima prosa, que denota todavía ese afán modernista por recrear interiormente un mundo aprehendido vorazmente, a través de unos sentidos que se aguzaban hasta la exacerbación. Y desde los mismos parámetros estéticos se ha de entender la idealización sin resquicios de la vida rural, paraíso donde refugiarse la atormentada concien-

cia modernista. No obstante, en las propias dudas del narrador sobre su función de rentista, parecen colarse las nuevas preocupaciones del autor y con ellas, en alguna medida, una nueva visión de la realidad. Curiosamente, a la semana siguiente de aparecer «Fuenclara» publicaba *Ideal de Aragón* un artículo de Alaiz sobre Kropotkin.

Como decíamos, tanto «Las dos procesiones» como «El esfuerzo puro» habían sido publicados ya en otros lugares⁴⁹. «Las dos procesiones», tres años antes en *El Diario de Huesca*, aunque presentaba ahora variantes bien significativas. Eliminaba el autor las expresiones más develadoras de los gustos finiseculares y sobre todo modificaba por completo el final y, con él, el sentido global del texto: en cuanto indagador de la religiosidad popular Alaiz en 1913 extraía consecuencias de la comparación entre dos procesiones, la del Santo Entierro y la constituida por una primera comunión que había presenciado de forma casi simultánea en una «villa infanzona».

Pero esta procesión blanca de gracia, no santificaría las calles de la villa si unos días antes el repiqueteo triunfal de todas las campanas no anunciara con ráfagas de oro espiritual y sonoro la gloria de la resurrección.

En 1917, D. Zoel, el personaje del que se servía ahora Alaiz para dar significado moral y político a lo narrado, decía al final: «La devoción de estos hombres primitivos (...) no pasa del Santo Entierro. Acaso para algunos de ellos no se ha consumado la redención, porque nacen y mueren esclavos». Sustancial diferencia, por lo tanto, con la solución anterior, que sugiere la distancia recorrida por el autor en los tres años que median entre ambas versiones.

49. F. Alaiz, «Las dos procesiones», *El Diario de Huesca*, Huesca, 24 de abril de 1913, p. 1; «El esfuerzo puro», *Boletín del Liceo Escolar*, 90 (abril de 1916), pp. 5-9.

También «El esfuerzo puro», carta de Riveiro a su amigo, de nuevo sobre la estancia temporal en un pueblo, presentaba algunas modificaciones, aunque de menor calado. Aparte de correcciones de estilo con las que, como en el caso anterior, trataba el autor de pulir el escrito de las servidumbres estéticas de la época, las modernistas, ahora era suprimida, con buen criterio, la moraleja final en la que se instaba a unir los intereses del filósofo con los del labrador; lo que denota, sin duda, que Alaiz avanzaba hacia la madurez narrativa.

De talante muy diferente, ensayístico y sentencioso, es la columna titulada «Aspectos»⁵⁰, dividida en tres apartados: «Seamos breves», «Seamos intensos», «Seamos frecuentes»; otras tantas recomendaciones para el escritor y periodista, y primera incursión de Alaiz en un terreno que gustó frecuentar: la teoría del periodismo⁵¹. Exhibía aquí el autor una idea moderna de la prosa periodística y de la disposición del periodista en cuanto autor:

La redundancia, el abuso de sinónimos, la adjetivación, las frases hechas son insoportables ya para mucha gente. El periodista trata de convencer. Para ello, ninguna norma como ésta de Pero Grullo: estar convencido. Y el convencimiento mana como desarrollo matemático: recto y conciso, sin ampullosidades.

Una semana después de que *Ideal* publicara «Fuenclara», aparecía –como señalábamos– el artículo «Kropotkin», firmado con el pseudónimo más usado por Alaiz,

50. F. Alaiz, «Aspectos», *Ideal de Aragón*, 78 (24 de marzo de 1917), p. 2.

51. Véase F. Alaiz, «Literatura y periodismo», *La Revista Blanca* (12 entregas), 220, 225, 228, 231, 233, 235, 237, 239, 242, 245, 248 y 253 (1932-1933), y el folleto que no conozco, *Cómo se hace un diario* (1933), citado y glosado por Susanna Tavera, *Solidaridad Obrera...*, ob. cit., pp. 72-73, y donde debió de aprovechar el autor sus artículos de *La Revista Blanca*.

Rodela. No era ésta, sin embargo, la primera muestra de la nueva orientación política del autor, aunque sí la más manifiesta. Poco antes, en enero de este mismo año, 1917, nada menos que la *España* de Ortega, Araquistain, Azaña y la intelectualidad liberal más brillante del momento, había elegido el joven de Belver para dar a la prensa su primer escrito —que sepamos— de claro regusto anarcosindicalista, «El regionalismo. Aragón no puede vivir». Con tono firme e inapelable soporte erudito, Alaiz mostraba una visión política y económica en Aragón mucho más pesimista que la que traslucían los dos artículos de García Mecalá entre los que se insertaba el suyo, y proponía la «acción sindical» independiente de servidumbres políticas como única salida posible.

Nos ocuparemos de todo ello más adelante, por ahora baste observar que entre finales de 1916 y principios de 1917 el escritor fue incubando un giro importante en sus posiciones. Así, al hablar en abril de 1917 de Kropotkin, tiraba por tierra el sistema representativo y apostaba con énfasis por la autonomía del individuo, si bien en última instancia entendía la doctrina del pensador anarquista más en términos de ética personal que de teoría política:

*Dediquemos nuestra predilección a estudiar a Kropotkin. Un mundo insólito y desconocido vive en él. Es, además, un poeta en el sentido humano de la palabra. Que el esfuerzo social sea nuestra solidaridad y nuestra vida toda. Que en el plano de las posibilidades concretas podamos honrarle y honrarnos*⁵².

52. F. Alaiz, «Kropotkin», *Ideal de Aragón*, 83 (28 de abril de 1917), p. 1. Al revisar los semanarios *España* e *Ideal de Aragón* da la impresión de que el primero servía como fuente de inspiración para el segundo, aparte de la confesada admiración que expresaban los aragoneses hacia el periódico madrileño, (véase s. f., «Bibliografía. *España* », 48, 22 de julio de 1916, p. 3), de cuyos contenidos daban cuenta con frecuencia. Así, pocas semanas antes de que apareciera el artículo de *Rodela* sobre Kropotkin, Luis Araquistain, director entonces del prestigioso semanario, había publicado otro titulado «Un gran revolucionario ruso. Pedro Kropotkin», *España*, 115 (5 de abril de 1917), pp. 11-12.

Como Acín, también Alaiz contribuyó al homenaje que *Ideal de Aragón* organizó a Costa en el séptimo aniversario de su muerte. El de Belver preparó para la ocasión un texto breve en el que recreaba la intervención del montisonense en la fundación del Ateneo oscense, en 1866. Sin apenas juicios de valor, Alaiz presentaba a un prometedor y comedido joven, tras cuyo discurso los asistentes se preguntaban: «¿Quién es?». También compartió página con Acín, y ahora además con Samblancat y Gil Bel con motivo de la llamada Fiesta de la Flor, venta de flores a beneficio de los tuberculosos. Coincidió Alaiz con todos los redactores de *Ideal* en la hipocresía y nula eficacia de la celebración, cuya primera intención parecía ser la de tranquilizar algunas conciencias⁵³.

Aparte del ya citado sobre Maurín, todavía firmó Alaiz otro escrito en el periódico republicano de Zaragoza, «Viva Albalate de Cinca», (marzo de 1919), consumado ya, al parecer, su proceso de radicalización política. De hecho, aquí⁵⁴ expresaba, sin subterfugios, sus predilecciones por formas colectivistas, autonomistas y libertarias. De Albalate elogiaba, sobre todo, la Casa del Pueblo construida por los obreros «cooperativamente» y el talante de sus habitantes,

53. F. Alaiz, «Azulejo de Costa», *Ideal de Aragón*, 108 (9 de febrero de 1918), p. 1; «La fiesta de la flor y la flor de la fiesta», 125 (1 de junio de 1918), p. 1: Lo noble -decía Alaiz- es ir contra el alcoholismo con la educación, no con el amoníaco, y contra la tuberculosis, con la justicia social. (...) Lo otro ... fiesta de la flor, señoritismo, españolería de tómbola».

54. F. Alaiz, *Ideal de Aragón*, 156 (25 de marzo de 1919), p. 1. Alaiz conocía bien este pueblo de la ribera del Cinca, a escasos kilómetros de donde había nacido, Belver de Cinca, porque era el lugar natal de su madre, donde se estableció la familia y donde Alaiz pasó largas temporadas (véase Francisco Carrasquer, *Felipe Alaiz. Estudio y antología del primer escritor anarquista español*, ed. cit, p. 11).

que hablaban de «cooperativa de consumo», «cooperativa de producción, de explotación mancomunada de la tierra», etc.:

Albalate es hoy en Aragón y en España entera un claro ejemplo de ciudadanía constructiva –escribía Alaiz–, una prueba de que el estado llano está capacitado para gobernarse autónómicamente, de que el sentido de libre acuerdo y de libre cooperación social ha de reemplazar a los viejos sistemas de oligarquía y autoridad.

Parece bien expresiva esta modificación de la conocida frase de Costa con que concluía Alaiz el párrafo; en cierto modo, el autor revelaba así, en dos palabras, el punto de donde venía y al que se estaba encaminando: ya no se trataba sólo de reemplazar los «viejos sistemas» de *caciquismo* –como quería Costa–, sino también los de «autoridad», en general. Después Alaiz eludía el reproche al Maestro por el uso de un concepto que el polígrafo había recogido de Maura y manejado abundantemente, el de *la revolución de arriba*: «Albalate es un honor para Aragón, por la firmeza de sus hombres fuertes, que han impuesto desde abajo, no desde arriba como quería el inepto Maura, la revolución social y política en el mejor sentido de la palabra».

Con lo dicho, no sorprende que el escritor calificase al pueblo de la ribera del Cinca como «oasis de libertad» o que se sirviera de sus logros, según decía, para estudiar «un concepto de Ciudad-Estado». De hecho, la autonomía de los municipios –principio fundamental, como es sabido, de los programas regeneracionistas de Costa o de institucionistas como Azcárate– se convirtió, por entonces, en tema recurrente en los escritos de Alaiz. Así pues, hacia 1917, con treinta años, había emprendido Alaiz un camino ideológico en el que se reafirmó progresivamente, y en el que se mantuvo hasta su muerte en 1959.

De la fe de Costa en el pueblo, de su consideración de lo popular como pauta moral y como fuente de sabiduría, de

su visión del pueblo como educador y educando, no había demasiada distancia hasta los términos de que se servía Alaiz para encomiar la organización espontánea de los albalateños. Así pues, presenciamos, en definitiva, en las páginas de *Ideal de Aragón*, algunos hitos del camino que condujo desde la idea de «pueblo», apreciado en los años finiseculares, como referencia cultural y política –pero también como objeto de tutela–, hasta la de «proletariado», entendido ya, especialmente en la España republicana de los años treinta, como sujeto de la historia, como protagonista de su propia emancipación.

DE UTEBO A MADRID: GIL BEL

Mención aparte merece la contribución de Gil Bel a *Ideal de Aragón*, donde firmó colaboraciones desde poco después de la fundación del semanario –su primer artículo, «Al requeté», apareció ya en el número 4, del 30 de octubre de 1915– y a lo largo de más de tres años; es decir, durante la mayor parte de la trayectoria del periódico, que se extendió entre octubre de 1915 y julio de 1920. Sustituyó, además, a Venancio Sarría en la dirección del semanario a principios de abril de 1917 y desempeñó el cargo hasta finales de enero de 1919, cuando, al trasladarse a Madrid, fue relevado por Ángel Abella.

Más de noventa comparecencias del autor hemos localizado en las páginas de *Ideal*, bien sea rubricadas por su nombre y primer apellido, sólo por el apellido, por las iniciales o por dos pseudónimos que ofrecen pocas dudas, *Luzbel* y el escasamente utilizado, *G. Bellini*; de ambos se sirvió, sobre todo, durante el periodo en que fue director para evitar –según podemos inferir– demasiadas apariciones, aunque también con el pseudónimo de *Luzbel* llevó adelante determinadas secciones –como la de «Siluetas», firmada en alguna ocasión como «Gil Bel»–, abordó asuntos especialmente

espinosos⁵⁵, controversias políticas⁵⁶, o firmó —como veremos— varios cuentos y narraciones, al tiempo que reservaba nombre y primer apellido para rubricar las columnas de carácter más político. Por otra parte, los dos pseudónimos mencionados dejaron de aparecer en el periódico cuando concluyó la colaboración de Bel y en algún caso, siendo ya público que el periodista se había trasladado a Madrid, el artículo firmado por *Luzbel*⁵⁷ venía fechado en la misma capital. Además, como tendremos ocasión de comprobar, la temática, el estilo, los guiños del autor, dan idea de unidad a los escritos firmados de una u otra forma.

Casi la mitad de las aportaciones de Bel a *Ideal de Aragón* son artículos puramente políticos, sujetos a las circunstancias del momento: ataques a la monarquía y a los monárquicos, defensa de las ideas y, en tiempo de elecciones, de las candidaturas republicanas, descalificaciones de los republicanos agrupados bajo otras siglas, incursiones a favor de los aliados en la guerra que se estaba librando en Europa, palabras de ánimo a determinados correligionarios, llamadas

55. Véase *Luzbel*, «La señora farsa», *Ideal de Aragón*, 58 (21 de octubre de 1916), p. 1, donde mostraba el desagrado que le causaba ver cómo acudían los zaragozanos, llenando calles y plazas, a las corridas de toros; también «Semana Santa», 116 (30 de marzo de 1918), p. 1, donde alegaba en contra de los católicos que la «Semana Santa» había perdido su sentido religioso y era aprovechada, sobre todo, —decía— por las mujeres, para lucir sus mejores galas, etc.

56. *Luzbel*, «La candidatura republicana», *Ideal de Aragón*, 27 (29 de marzo de 1916), p. 1, contra el candidato rival, Tomás Castellano; «García», 29 (1 de abril de 1916), p. 1, donde descalificaba a José García Sánchez, candidato liberal; «García. Castellano. Arlanza», 34 (15 de abril de 1916), p. 1, en el que achaca la derrota republicana a las malas artes de los candidatos rivales, etc. Algunos comentarios firmados por «B.» también parecen suyos, aunque en estos casos la atribución resulta menos segura.

57. *Luzbel*, «Siluetas. Tres hermanos modelo», *Ideal de Aragón*, 156 (5 de marzo de 1919), pp. 1-2.

a incrementar la afiliación de su partido, reflexiones sobre la inminencia y la fatalidad de la revolución, etc.⁵⁸ No obstante, en ocasiones, Bel trataba de elevarse por encima de los afanes de cada día y se ocupaba de delimitar las propias convicciones a la vez que dejaba entrever sus deudas ideológicas:

España es hoy un enfermo que se muere por momentos y no se puede abandonar por unos años. España necesita una regeneración enérgica, que sólo puede salvarla una política viril, honrada y hombruna (...).

*¡Hay que hacer política y política masculina! (como decía Costa) (...)*⁵⁹.

Terminología, metáforas y referencias expresamente finiseculares las que maneja aquí, como vemos, el redactor de *Ideal*; el clima ideológico construido tras el Desastre perdura todavía y anima aún el quehacer político del joven periodista en octubre de 1916, pocos meses antes del triunfo bolchevique o de las jornadas revolucionarias del verano de 1917 en España. Sin embargo, poco después, la textura conceptual de Bel demuestra una notable modificación; así, en los inicios de 1918 anunciaba que «esta revolución es común y no tiene

58. Véase Gil Bel, «Los traidores de la restauración», *Ideal de Aragón*, 5 (6 de noviembre de 1915), p. 2; «La paz de los muertos», 6 (13 de noviembre de 1915), p. 3; «Vencidos y vencedores», 7 (20 de noviembre de 1915), p. 1; «Llegó la hora», 8 (27 de noviembre de 1915), p. 2; «Republicanos de circo», 9 (4 de diciembre de 1915), p. 1; «España impasible», 10 (11 de diciembre de 1915), p. 1; «¡Adelante...!», 12 (25 de diciembre de 1915), p. 2; «El voluntariado en Inglaterra», 15 (15 de enero de 1916), p. 1; «Nuevas Cortes», 33 (8 de abril de 1916), p. 1; «Aragón despierta», 40 (27 de mayo de 1916), p. 2; «Honrando los fuertes», 46 (8 de julio de 1916), pp. 1-2; «Romanones», 53 (9 de septiembre de 1916), p. 2; «Hermanos todos», 57 (14 de octubre de 1916), p. 2; «El comienzo de la tragedia», 105 (19 de enero de 1918), p. 1; «Ahora o nunca», 110 (22 de febrero de 1918), p. 1, etc.

59. G. Bel, «Hermanos todos», art. cit.

arreglo más que con sangre. No parará –continuaba– hasta llegar al fin, hasta tocar el triunfo»; y precisaba: «En Agosto [de 1917] comenzaron la obra los hijos del trabajo»⁶⁰. Meses después, a propósito del 1º de mayo de 1918, volvía sobre lo mismo en su artículo «Política y socialismo»:

El republicano y el socialista caminan cogidos del brazo. Su idea de redención es la misma. Los dos quieren el triunfo del pueblo por el pueblo (...).

*Puede haber repúblicas burguesas. Pero esas repúblicas son falsas. Como puede haber falsos socialistas. De aquí la supremacía popular sobre toda institución. Y de aquí nuestro anarquismo espiritual (...)*⁶¹.

En definitiva, Gil Bel manifiesta también –lo mismo que Samblancat o Alaiz– un momento de aceleración ideológica en torno a 1917, meses en que se remodela la terminología política al uso y se intuyen nuevos horizontes; era el comienzo de lo que luego los historiadores han catalogado como «trienio bolchevique», y ya al final del periodo, en 1920, Díaz del Moral intuía con clarividencia el alcance de los cambios acaecidos:

El año 1917, pareció iniciar en España uno de esos periodos convulsivos que de tarde en tarde interrumpen los profundos habituales letargos de la vida nacional. El Manifiesto de las Juntas Militares, la asamblea de los Parlamentarios en Barcelona y los motines del mes de agosto pusieron de manifiesto el hondo malestar que los reflejos de la Gran Guerra habían producido en el país. El problema político se planteó en términos perentorios. (...) Se agrietaron los viejos partidos, se desmoro-

60. G. Bel, «El comienzo de la tragedia», *Ideal de Aragón*, 105 (19 de enero de 1918), p. 1.

61. G. Bel, «República y socialismo», *Ideal de Aragón*, 120 (1 de mayo de 1918), p. 2.

naron algunos edificios caciquiles y en todas partes se notaba la intensa inquietud precursora de las tormentas sociales⁶².

Gil Bel, que había nacido en Utebo el 1 de septiembre de 1895, remitió sus primeras colaboraciones al periódico republicano con veinte años recién cumplidos y llevó las riendas de la publicación desde los veintiuno a los veintitrés. Todavía en junio de 1916 se incluía entre quienes viven «en el campo»⁶³ y poco después firmaba un breve suelto de emotiva alabanza del lugar natal, descrito como «pueblo anticlerical, antirreligioso, ateo y algo más»⁶⁴. En Utebo persistía, en efecto, un núcleo republicano consolidado y activo si hacemos caso de las informaciones de *Ideal de Aragón*. De hecho, *Luzbel* –el propio Bel como decíamos, y he aquí una nueva prueba de ello– inauguró con Utebo una serie de reportajes geográfico-políticos en forma de visitas a varias localidades de los alrededores de Zaragoza. Se trataba de un pueblo –decía el periodista– donde «cada jornalero va al trabajo con dos o tres periódicos en el bolsillo», donde se dedican calles y plazas a Costa, a la Libertad, a la República, donde «hay tantos matrimonios y entierros por lo civil como por la iglesia», etc. Allí, Hilario Muniesa era –por lo que se deduce del reportaje– el alma del republicanismo, «mi buen amigo y nunca bastante querido», escribía *Luzbel*⁶⁵; mien-

62. Juan Díaz del Moral, «Prólogo» (1920), *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza, 1967 (1ª edic.1928), p. 11.

63. Gil Bel, «¿En qué quedamos?», *Ideal de Aragón*, 44 (24 de junio de 1916), pp. 1-2.

64. Gil Bel, «Utebo», *Ideal de Aragón*, 47 (15 de julio de 1916), p. 2: «Con orgullo os digo soy de Utebo -escribía Bel-. En ese pueblo nací, allí tengo mis padres y allí marchó todos los días no laborables. Utebo es un pueblo anticlerical, antirreligioso, ateo, librepensador y algo más.

En Utebo hay muchos y buenos republicanos. También hay alguna iglesia y centros de cultura».

65. *Luzbel*, «Unas horas en Utebo», *Ideal de Aragón*, 35 (22 de abril de 1916), p. 1. Hemos localizado dos reportajes más dentro de esta sec-

tras que Teodoro Muniesa hacía las veces de corresponsal de *Ideal de Aragón* a efectos de suscripciones o de difusión del periódico⁶⁶. Así pues, todo parece indicar que sería en su propia localidad natal donde despertó la conciencia política de Gil Bel, quien, en otro momento, confesaba haber oído desde pequeño pronunciar el nombre de Venancio Sarría, también de Utebo —«infinidad de hombres habíanme ensalzando su talento»—, aunque hasta hacía poco no había tenido ocasión de tratarlo, según decía⁶⁷.

No sólo trasluce Gil Bel en sus artículos un proceso de maduración política acorde con su época, sino también su propio aprendizaje como escritor. A partir de los primeros artículos, farragosos en la expresión de las ideas, vacilantes en la sintaxis, salpicados de dialectalismos propios de su lugar de origen⁶⁸, logra progresivamente utilizar en su provecho las características y servidumbres de la columna perio-

ción denominada «Un pueblo»: *Luzbel*, «Un pueblo. Unas horas en Mozalbarba», 38 (15 de mayo de 1916), p. 2; «Nuestras visitas a los pueblos. Sobradiel y su señor municipal», 72 (10 de febrero de 1917), p. 2. Otro excelente reportaje de Bel, «En la cárcel. Visitando nuestros presos», 114 (16 de marzo de 1918), p. 2, donde se entrevistaba el periodista con Zenón Canudo, escritor libertario, luego redactor de *El Comunista*, o con otro preso, Manrique, panadero de oficio, es digno de mención por su hondura humana, aparte de sus implicaciones políticas.

66. S. f., «Buzón de IDEAL», *Ideal de Aragón*, 89 (16 de junio de 1917), p. 2, y 109 (16 de febrero de 1918), p. 3. En marzo de 1919 el presidente del Centro republicano de Utebo era Francisco Aznar y formaban parte, además de los ya citados, de la organización republicana Martín Pérez, Gabriel Cebrián, Valero Latas, Mariano Lata, Manuel Uriel; entre otros, véase s. f. «El Directorio republicano en Zaragoza. Los republicanos rurales», *Ideal de Aragón*, 155 (15 de marzo de 1919), p. 1.

67. G. Bel, «Venancio Sarría», *Ideal de Aragón*, 36 (29 de abril de 1916), p. 2.

68. Véase G. Bel, «Vencidos y vencedores», art. cit.; «Republicanos de circo», art. cit.; «Al León», *Ideal de Aragón*, 18 (5 de febrero de 1916), p. 2; «La paz de los muertos», art. cit., etc.

dística –la selección adecuada de la información, la frase corta, el planteamiento fácil de las ideas, a menudo mediante polarizaciones o dicotomías, la expresión o el vocablo llamativos, etc., fueron entonces sus mejores armas– como dejó patente en muchos de los retratos que publicó en *Ideal*, la mayoría dentro de la serie «Siluetas». Se trata de caracterizaciones físicas y morales –a menudo con injerencias muy decimonónicas entre prosopografía y etopeya– de personajes a veces anónimos que, por lo general, eran propuestos a los lectores como ejemplos políticos o morales o como muestras de vida plena a través normalmente de la práctica del arte.

Bel dedicó varias «Siluetas» a sus correligionarios: a Samblancat (cuatro), Sarría, Salvador Goñi, Miguel Biescas, Julio Senador Gómez –a propósito de la publicación de su libro de inspiración georgista, *La tierra libre*–⁶⁹, y otros a artistas de distinto registro⁷⁰, con lo que apuntaba ya una de las facetas más ricas de su compleja personalidad, la afición hacia las artes plásticas, su relación personal con no pocos pintores y escultores, sobre todo, o su condición de

69. G. Bel, «Hacia el porvenir», art. cit. (referido a Samblancat); «Venancio Sarría», art. cit.; «Ángel Samblancat», art. cit.; «Hombre y diputado», art. cit., sobre Samblancat; «Salvador Goñi», *Ideal de Aragón*, 42 (10 de junio de 1916), p. 2; «Ferrer» 107 (2 de febrero de 1918), p. 2; «Biescas, el inquieto», 136 (7 de septiembre de 1918), p. 2; «Julio Senador Gómez», 119 (20 de abril de 1918), p. 1; véase también «Al espíritu de Cubero» 100 (15 de diciembre de 1917), p. 1, el joven republicano y periodista oscense que acababa de morir en las trincheras francesas. En el mismo número, escribían de él Ramón Acín, Ángel Samblancat, Salvador Goñi y *Silvio Kossti*, quienes, a diferencia de Bel, sí lo habían conocido personalmente, ya que Manuel Cubero había formado parte –como ya sabemos– de *El Pueblo* y más tarde, de *Talió*.

70. G. Bellini, «Souan», *Ideal de Aragón*, 90 (23 de junio de 1917), p. 3; G. Bel, «Siluetas. Un escultor. Un dibujante. Un pintor», 155 (15 de marzo de 1919), p. 2.

crítico de arte en periódicos y revistas⁷¹. Mención especial merece la «Silueta» con la que comenzó la serie, referida a él mismo –«No cree en dioses, ni en Dios, ni cree en el amor, ni hace caso a María Santísima»–⁷² o la destinada a un tal Riveiro, nombre con el que encubría a Felipe Alaiz, quien había designado con este apelativo al protagonista de algunos de sus escritos. Riveiro es «un mozo bajo y fornido», decía *Luzbel*, amigo del pintor Viladrich, apasionado «por la Rusia de los espléndidos destinos», que adora la Naturaleza o que dice: «Nadie piensa. Y porque nadie piensa, nadie se rebela. El mundo es manso. La sociedad es la farsa, el egoísmo»⁷³.

De cualquier modo, el mejor Bel se manifestaba ya en sus cuentos y narraciones, donde se mostraba poseedor de variados registros, ecléctico en sus planteamientos estéticos, original en los argumentos, de prosa fácil, periodística, sintaxis ligera y sin preocuparse demasiado de la moraleja o de la enseñanza inmediata que se pudiera desprender de sus textos. Varios de estos relatos breves los catalogó el propio autor como «cuentos» y solían incluirse en la sección «Cuento de la semana», donde normalmente firmó como

71. Éste es el aspecto del escritor en que más se detiene, M. Pérez Lizano, «Gil Bel», *Aragoneses rasgados*, ob. cit., pp. 62-76. Recuerda Pérez-Lizano, ibídem, p. 74, que en el terreno de las artes Gil Bel cultivó la amistad de José Luis González Bernal, Martín Durbán, Honorio García Condoy, Federico Comps, Gutiérrez Solana, *Florián Rey*, Jesús Olasagasti, Juan Manuel Díaz-Caneja, Arniches y sus hijos, José María Ucelay Uriarte o Godofredo Ortega Muñoz, aparte, por su puesto, de su honda relación con Barradas.

72. *Luzbel*, «Siluetas», *Ideal de Aragón*, 121 (5 de mayo de 1918), p. 2.

73. *Luzbel*, «Siluetas. Riveiro», *Ideal de Aragón*, 133 (3 de agosto de 1918), p. 1. Poco después, como veremos, publicó con ligeros cambios la misma columna en *España Nueva*, aunque ahora ya titulada «Alaiz».

Luzbel, aunque en una ocasión aparecía nombre y primer apellido del autor⁷⁴.

El amor, el disfrute de la vida, el arte, la crítica social envuelta en humor e ironía son los temas que aborda Gil Bel como cuentista. No se percibe en sus relatos ni el oficio de Alaiz ni el trasfondo literario que actúa como palimpsesto en los escritos del autor de Belver, sino, antes que nada, el propio trajín vital de un joven que busca todavía situarse ante el mundo y cuyo escenario, la gran ciudad, resulta consustancial de su forma de vivir:

Es de noche –escribe en la primera entrega de «Salomé»–, mas las vías populares rebosan de una luz clara, producida por una lluvia de focos eléctricos. Por el centro de la calle cruzan un sin fin (sic) de vehículos: coches, automóviles, tranvías... Esta misma animación es la que otras veces me ha hecho pensar tanto. Ahora en cambio la veo sin fijarme.

«El señorito héroe», el primer cuento en ser publicado, viene protagonizado por un joven rentista y holgazán, preocupado, como sus amigos, por gozar desenfrenadamente de la vida, en particular de sus noches, y cuyos temas de conversación, aparte del recuerdo de la última salida nocturna

74. *Luzbel*, «Cuento. El señorito héroe», *Ideal de Aragón*, 24 (18 de marzo de 1916), p. 2; *Luzbel*, «Cuento de la semana. La Peña núm. 13», 44 (24 de junio de 1916), p. 2; Gil Bel, «Cuento de la semana. La fiesta de los muertos», 50 (19 de agosto de 1916), p. 2; *Luzbel*, «Cuento de la semana. De la vida de un bohemio», 103 (5 de enero de 1918), p. 2, y 104 (12 de enero de 1918), p. 3; *Luzbel*, «Cuento de la semana. Un alma», 106 (26 de enero de 1918), p. 3; *Luzbel*, «Cuento de la semana. Salomé» [cuatro entregas], 107 (2 de febrero de 1918), p. 3; 108 (9 de febrero de 1918), p. 3; 109 (16 de febrero de 1918), p. 3 y 112 (2 de marzo de 1918), p. 3; *Luzbel*, «Cuento de la semana. César el Corcovado» [tres entregas], 114 (16 de marzo de 1918), p. 3; 115 (23 de marzo de 1918), p. 2 y 117 (6 de abril de 1918), p. 3.

donde se había sentido «héroe», son los toros, la política maurista defensora de la Monarquía o la propia persona de Antonio Maura, venerado como astuto e incluso como «sabio» —lo que el narrador considera «un insulto» al personaje—. Desde un principio el narrador aparece implicado en el relato y enjuicia sin reparos a sus personajes —un poco al modo de Baroja— ya sea directamente o, sobre todo, a través de la ironía:

Las doce han sonado ya cuando el señorito da su primera pisadita del día en el umbral de la calle. Acostóse tarde la noche anterior y acaba a esa hora de levantarse con el ánimo de regalar a su cuerpecito endeble el cotidiano paseíto.

No cabe esperar en una narración tan breve y de intención satírica como ésta sino personajes tipificados, pero incluso en ello manifiesta Bel habilidad para seleccionar el detalle significativo y demuestra sentido del equilibrio en su crítica. Tendremos ocasión de apreciar más adelante, por ejemplo en algunos relatos de Samblancat, cómo la depravación moral de los señoritos fue tema muy manido de la literatura popular escrita desde la izquierda, y veremos que a menudo los personajes carecían de consistencia, se convertían en mero soporte ideológico, pero no es éste el caso de *Luzbel* en «El señorito héroe». Sobre parecido asunto vuelve en «La Peña núm. 13», una suerte de estampa costumbrista de un grupo de jóvenes en plena diversión bulliciosa donde no falta la bebida ni el juego. En este caso, el narrador se presenta como partícipe no iniciado, fácil presa por lo tanto del estupor y el escándalo, aunque no aprovechaba el autor tal circunstancia para imprimir un componente crítico al relato como sucedía en el anterior; por el contrario, ahora manifiesta incluso complicidad y simpatía hacia sus personajes.

El amor apasionado, turbulento, desazonador o imposible es el núcleo motivador de los cuentos más extensos que hemos localizado: «Salomé» y «César el corcovado». En el

primero el narrador refiere la historia de un amigo preso de una pasión amorosa que lo enajena, una historia en la que no falta la mujer aureolada de misterio y encantos irresistibles ni el enamorado que disfruta en la introspección dolorosa de sus sentimientos, como venía exigido por los gustos literarios finiseculares; sin embargo, la plena y pronta recuperación del amigo al conocer a otra mujer con quien en seguida se casa le lleva a concluir al narrador: «De todo esto vine a sacar la consecuencia de lo que antes estaba convencido; y es que el último amor es el primero». Con lo cual, el descreído testigo y transmisor de la historia se convierte al mismo tiempo en ocasional crítico literario que pone en cuestión ese modo de amor sublime y tirano que solía pintarse en los textos de la generación anterior.

«César el corcovado» manifiesta dos formas bien diferentes de situarse ante la realidad. César, filósofo y poeta, cuya obra le ha asegurado ya, al parecer, la perduración de su nombre, pugna sin éxito por lograr el amor de una mujer, Raquel, que «[m]ás que una mujer parece su esfinge un sueño», dada su excepcional belleza, y que se ve atraída sobre todo por lo mucho que el presente parece ofrecerle. César, enclenque, menudo y corcovado, pretende que Raquel aprecie sobre todo los frutos de su pensamiento, al tiempo que desespera por lograr los favores puramente carnales de la mujer que adora. En el calor del diálogo se juntan ambos en un profundo beso, pero al tocar involuntariamente la corcova de César regresa Raquel a la realidad y, víctima de sus insuperables contradicciones, padece un trastorno y se suicida. Tras ello, *Luzbel* se empeña en dar continuidad al relato, que parece en principio naturalmente concluido y en la tercera entrega la historia pierde coherencia y se convierte en un amasijo de ideas y circunstancias, hasta el punto de que el autor cambia por dos veces el nombre del protagonista. Las dos primeras partes, sin embargo, encierran ingredientes de mérito: el trazo fresco y festivo de los diálogos, la con-

sistente construcción de los personajes, que modifican incluso sustancialmente en el transcurso del relato sus opiniones o que, a los ojos del lector, desmienten, al manifestarse, lo que de ellos opina el interlocutor, etc.

También una relación amorosa, imbuida de bohemia y de pasión por el arte, es el eje vertebrador en «De la vida bohemia», cuento en el que no falta ni la desazón vital ni la morfina, según era de rigor entre los bohemios más redomados de la época, y donde el protagonista, Miguel, parece inspirado en el contumaz viajero y bohemio que fue Miguel Biescas, redactor de *Talión* y colaborador de *Ideal*; más cuando el personaje no dista mucho del joven republicano oscense tal y como había sido perfilado por el propio Bel en una de sus «siluetas»⁷⁵. En «Un alma» trazaba Gil Bel una alegoría resuelta en medidos diálogos en los que Voluntad y Fuerza se alían y cruzan la tierra para encarnarse finalmente en un «niño prodigio» destinado a «[v]ivir para morir por el Arte». «—¡Quién como él!», sentencia al final el narrador.

Todavía resulta más sorprendente el planteamiento de «La Fiesta de los muertos», donde se cuenta cómo la vida en un cementerio presenta no pocas similitudes con la de los vivos: persisten los odios, las diferencias de clase o de barriada, las fiestas molestas para los vecinos, etc. Tanto es así que el protagonista, que había muerto feliz hace diez años, cansado de los vivos, decide finalmente, acompañado de un esqueleto amigo, buscar mejores horizontes: «Nuestro esqueleto, que en vida había sido un librepensador (...) [pensó en] huir de aquella otra ralea, que igual que los vivos daban cabida al mal, y en su esqueleto sólo se veía un egoísmo salvaje y una envidia feroz...». La muerte no iguala, pues, a unos y otros como pretendían las *Danzas* medievales o cómo concluían las coplas manriqueñas; por el contrario,

75. *Luzbel*, «Siluetas. Biescas el inquieto», art. cit.

ni la misma muerte –parece decir con desenfado Bel– acaba con determinados estigmas de la condición humana.

Otros escritos del autor adoptaron propiamente la forma de narraciones, a pesar de no ser presentados como tales. Así, «Entre flores» o «Desde un lugar de Aragón», evocaciones líricas del paisaje a revueltas con la expresión intimista de los propios recuerdos⁷⁶; o «Al León» y «Neutralidad y toros», alegorías políticas acerca de la herencia intelectual de Costa y de la guerra europea del momento, respectivamente⁷⁷, o, por último, «Fedora», apasionada historia amorosa contada en primera persona semejante en el planteamiento a «De la vida de un bohemio» y que se desenvuelve alrededor de una mujer misteriosa y poco convencional en cuya figura cabe apreciar todavía más el estereotipo literario de la mujer modernista que la recreada por las vanguardias⁷⁸.

Con todo, el primer Gil Bel parece acudir, en su tarea de narrador, más a los avatares y circunstancias de su propia generación que a la tradición libresca heredada, y ello tanto a la hora de seleccionar los asuntos de sus relatos como a la de imprimirles una determinada óptica. No quiere esto decir, sin embargo, que no se advierta detrás un bagaje lector que incide en los propios textos. De hecho, *Luzbel* recomendaba vivamente en una de sus comparecencias en *Ideal* la lectura de *El otro* (1910), de Eduardo Zamacois, y confesaba que éste era sin lugar a dudas su «autor predilecto»⁷⁹.

76. *Luzbel*, «Entre flores», *Ideal de Aragón*, 50 (19 de agosto de 1916), p. 2; *Luzbel*, «Desde un lugar de Aragón», 82 (21 de abril de 1917), p. 2.

77. Gil Bel, «Al León», *Ideal de Aragón*, 5 de febrero de 1916), p. 2; Gil Bel, «Neutralidad y toros», 84 (5 de mayo de 1917), p. 1.

78. *Luzbel*, «Rápida. Fedora», *Ideal de Aragón*, 141 (25 de octubre de 1918), pág. 2 y 142 (5 de noviembre de 1918), p. 1.

79. *Luzbel*, «Zamacois», *Ideal de Aragón*, 47 (15 de julio de 1916), p. 1: «Eduardo Zamacois –decía Bel– es un escritor que coloca los pelos de punta. Hace sentir la emoción y el terror como ningún otro escritor».

No hay que insistir en la popularidad de Zamacois y de los autores que se prodigaron en «El Cuento Semanal» (1907-1912) o en las restantes colecciones de novela breve que vinieron después, verdadera eclosión de literatura destinada al gran público cuya enorme incidencia en el mercado y en los gustos literarios hasta 1936 está todavía en proceso de estudio⁸⁰. También González Ruano, ocho años más joven que Bel, confesaba que sus primeras lecturas no habían sido desde luego los clásicos «sino Zamacois, Insúa, Hoyos y Vinent y Felipe Trigo. Era el furor de 'La Novela Corta'»⁸¹. Zamacois introdujo en España el naturalismo francés, sobre todo en su vertiente erótica, y fue el creador en 1907, de la primera colección de novela corta, «El Cuento Semanal» y uno de los «maestros» de la promoción homónima, según Federico Carlos Sáinz de Robles⁸².

80. Véase Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, *Bibliografía e Historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*, Madrid, 1996; José Antonio Pérez Bowie, *La Novela Teatral*. Colección Literatura Breve -1, CSIC, Madrid, 1996; Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, M^a Carmen Santamaría Barceló, *La Novela Mundial*. Colección Literatura Breve -2, CSIC, Madrid, 1997; M^a Teresa García-Abad García, *La Novela Cómica*. Colección Literatura Breve -3, CSIC, Madrid, 1997. Sobre colecciones de talante político, véase Marisa Siguan Boehmer, *Literatura popular libertaria. Trece años de La Novela Ideal (1925-1938)*, Península, Barcelona, 1981; Gonzalo Santonja (ed.), *La Novela Proletaria (1932-1933)*, ob. cit., dos tomos; del mismo autor, *La novela revolucionaria de quiosco, 1905-1939*, ob. cit., *Las Novelas Rojas. Estudio y antología*, ob. cit.; *La insurrección literaria...*, ob. cit.; Carlos Serrano, «Relato breve y literatura militante: En torno a *La Novela Ideal*», AA. VV., *Formas breves del relato*, Casa de Velázquez-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1986, pp. 221-241; José Luis Melero Rivas, «Algunas notas sobre *La Novela Roja* y una novela olvidada de Gil Bel: *El último atentado*», art. cit.

81. César González Ruano, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Tebas, Madrid, 1979, p. 66 (y en la p. 125 insiste en lo mismo).

82. F. C. Sáinz de Robles, *La promoción de 'El Cuento Semanal', 1907-1925*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975, véase también José-Carlos Mainer,

A partir, pues, de un sustrato literario que tal vez podríamos calificar de aluvión, lo que importa es que el jovencísimo Bel se manifiesta como un cuentista de aliento original y de sobrada intuición –prestada probablemente por el periodismo– para llevar adelante una historia con atractivo para el lector.

Ocioso es redundar, con todo, en que *Ideal de Aragón* fue «un gran semanario», como dice José Luis Calvo, quien lo considera cabal manifestación del «modernismo germinalista» y «anarquizante»⁸³. El republicanismo de inclinación federalista, la impronta de Costa, el brotar del proletariado organizado, los primeros ecos de la revolución rusa, la aliafilia apasionada ante la Gran Guerra, la tendencia libertaria, el modernismo y los indicios de su agotamiento, la colaboración femenina, fueron, a mi entender, los componentes más definatorios de *Ideal de Aragón*. Y a pesar de su carácter eminentemente político, el periódico dio cabida, a través sobre todo de sus artículos de opinión, a la pedagogía, el arte, las ideas o la literatura de su tiempo; además, reservó un hueco para las poesías, en general de carácter político-social, de Ayala Lorda, de *Juan de Jaén*, Avelino Casalé, Ángel R. Lacasa, Rafael Romero Flores, etc., o para narraciones como las que acabamos de comentar de Gil Bel o Felipe Alaiz, normalmente incluidas en la sección «El cuento de la semana», donde además de *Luzbel* firmaban *Bertois*, *Arnaldo de Brescia*, *La Tosca*, etc. En suma, pienso que el periódico zaragozano merece un lugar en ese camino de las letras hacia el pueblo que encontró su culminación en

«El Cuento Semanal (1907-1912). Texto y contexto», AA. VV., *Formas breves del relato*, ob. cit., pp. 207-220; B. Magnien et al., *Ideología y texto en 'El Cuento Semanal' (1907-1912)*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1986.

83. J. L. Calvo Carilla, *El modernismo literario en Aragón*, ob. cit., pp. 194-195

los años republicanos, y que tan bien estudió hace años Víctor Fuentes⁸⁴.

Ideal de Aragón acusó en enero de 1920 las consecuencias de la sublevación del Cuartel del Carmen y la posterior represión, pero todavía logró confeccionar varios números hasta julio de 1920 en que dejó de salir definitivamente. Poco antes, en marzo del mismo año, el Partido Republicano Autónomo Aragonés había confluido con otras fuerzas republicanas en el Partido Republicano Autónomo de Aragón, que asumió como suyo el programa federal, pimargalliano, de 1894; la nueva organización, a causa de sus enfrentamientos internos, propició la pronta y paradójica desaparición —como advertía Antonio Peiró— de la publicación⁸⁵.

Finalmente, si volvemos sobre los párrafos de Alaiz, en 1937, en que congregaba los nombres —Acín, Bel, Maurín, Samblancat y el suyo mismo—, que a su juicio habían formado «en el Alto Aragón desde 1915 a 1920 una guerrilla con todas las características de alianza antifascista»⁸⁶, habremos de insistir en que evidentemente no animaba al escritor un afán de exactitud histórica; es decir, no pretendía recuperar los datos, las fechas y los nombres precisos de aquella época sino su clima afectivo y así, desde esta perspectiva, reunía a los principales protagonistas de aquella coyuntura o, cuando menos, a quienes, de todos aquellos jóvenes luchadores, habían conseguido veinte años después mantener vivo su nombre en el mundo de las artes o de la política. Por ello, inmediatamente después de incluir a Bel en la «alianza anti-

84. V. Fuentes, *La marcha al pueblo en las letras españolas, 1917-1936*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1980.

85. Antonio Peiró, «Prensa aragonesista en el primer tercio del siglo XX», J. A. Dueñas Labarias, A. Serrano Dolader (eds.), *Historia del periodismo en Aragón*, Diputaciones Provinciales de Huesca, Teruel y Zaragoza-Asociación de la Prensa, Zaragoza, 1990, p. 83.

86. F. Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit., p. 14.

fascista» del Alto Aragón puede decir que éste por entonces «tenía la responsabilidad de una publicación republicana en Zaragoza», adonde él mismo remitía «artículos bakunianos cien por cien»⁸⁷. Es decir, Alaiz incorporaba implícitamente la trayectoria de *Ideal de Aragón* a esa «guerrilla» altoaragonesa de 1915 a 1920 —lo cierto es que todos los agrupados menos Bel eran altoaragoneses— y, de hecho, en *Ideal*, sí colaboraron los cinco rescatados por Alaiz, algo que no había sucedido, como vimos, en *Talión*.

Para ser más exacto, Alaiz hubiera debido mencionar además los nombres de Goñi, Ayala Lorda, Miguel Biescas, Pedro Rubio, Venancio Sarría, Ángel Abella, María Domínguez, Moisés Alcrudo, José Chueca, Claudio Buisán, etc., pero no cabe duda de que los cinco reunidos por el autor anarquista —dejando incluso aparte su proximidad afectiva con los mismos— merecían sin duda, veinte años después, ser recordados entre lo más granado de aquellos afanes de juventud.

Y de todos, Samblancat, poco mayor que los demás, se había revelado pronto como «caudillo de los rebeldes», como «la pluma más buscada» del campo republicano —según pudimos apreciar—, como verdadero guía, en fin, de muchos jóvenes que comenzaban por entonces su militancia política en la izquierda y, tal vez, también su andadura como periodistas o escritores; por ello, se nos antoja todavía menos justificable el olvido que ha padecido y que todavía arrastra el escritor de Graus. Por otra parte, hemos podido percibir que tempranamente presentaron nuestros autores talentos y orientaciones distintas, luego acentuadas en su madurez, pero todos compartieron en aquellos años un bagaje ideológico y cultural, una herencia política presidida por Pi y Margall y Costa, y en mayor o menor medida el afán de incidir en su entorno, en cierto modo deslumbrados por el brillo de

87. *Ibidem*

la nueva figura del «intelectual», que tan bien se concretaba entonces en quienes confeccionaban *España*, «el periódico político más importante de nuestra Edad de Plata», según José-Carlos Mainer⁸⁸. Los jóvenes de *Ideal* daban cuenta a menudo del contenido de las diferentes entregas del semanario madrileño sin ahorrar elogios ni omitir sus deudas intelectuales:

Esta hermosa publicación, alrededor de la que se han agrupado los intelectuales de más valía de nuestra patria, cuenta en esta casa con todos nuestros entusiasmos, con todas nuestras simpatías.

*España es una hermana nuestra. Mucho más grande, mucho más elevada, pero hermana al fin. Por esto, sin que nadie nos requiera, espontáneamente, no cejaremos en nuestra labor de contribuir con nuestros humildes medios a que una publicación tan digna, tan bien escrita, tan excelentemente orientada como España, se divulgue todo lo posible. A esta patria por hacer contribuiremos con nuestro granito de arena (...)*⁸⁹.

88. J. C. Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939)*, Cátedra, Madrid, 1981 (2ª edic.), p. 147. *España*, «Semanao de la vida nacional» había sido fundado por Ortega en 1915, quien fue su director además en un principio. Y el atractivo de *España* en los jóvenes de *Ideal* no se cifrará únicamente en la valía de los colaboradores –Unamuno, Corpus Barga, Pérez de Ayala, E. Díez-Canedo, Fabián Vidal, Gabriel Alomar, Marcelino Domingo, J. Moreno Villa, Pío Baroja, Salvador de Madariaga, etc.– sino además en su aliadofilia, en sus inclinaciones republicanas, en su atención hacia las nuevas corrientes del pensamiento o de la política, etc. De hecho, como ya señalaba antes, en la aparición y en el enfoque de los asuntos tratados en *Ideal* se puede apreciar cierto mimetismo con respecto a *España*.

89. S. f., «Bibliografía. *España*», *Ideal de Aragón*, 47 (15 de julio de 1916), p. 3.

V. EL COMPROMISO ACENDRADO

ALAIZ EN LA ENCRUCIJADA

A lo largo de 1916 encontrábamos a Alaiz en Lérida, con Joaquín Maurín, como profesor de francés en el republicano Liceo Escolar Laico, al tiempo que, quien entonces era apreciado como gran escritor en ciernes –según recordaba Maurín–, remitía con frecuencia sus textos, siempre muy cuidados, a *El Diario de Huesca*. Después, aunque su participación en *Ideal de Aragón* fue escasa, los años finales de la segunda década del siglo, cumplidos ya sus treinta, resultaron para él de intensísima actividad periodística y de resituación política.

Muy a principios de 1917, remitía «[d]esde un lugar de Aragón» –probablemente Albalate, donde pasaba temporadas en la casa familiar– unas cuartillas a *España* (1915-1924), en las que por primera vez intuimos su posterior y definitiva inclinación ideológica, el anarcosindicalismo. Dirigía entonces *España* Luis Araquistáin; poco antes, en 1915, había fundado y dirigido el periódico Ortega y Gasset, y desde 1922 sería Azaña quien llevara las riendas del semanario. El liberalismo de *España* parecía anunciar hacia 1917 –como antes apreciábamos en Giner, Dorado Montero o Costa– las posiciones obreristas abrazadas después, en los años treinta, por buena parte de la intelectualidad burguesa, y así, en sus páginas tenían cabida los sucesos de Rusia, el auge de los movimientos obreros, una aliadofilia inquebrantable, la confesión republicana, el seguimiento apasionado de los hechos revolucionarios de julio y agosto –lo que le supuso una sus-

pensión de casi tres meses y el encarcelamiento de su director— o, de acuerdo con lo que era preocupación personal del propio Ortega, la vida de las provincias, donde vivían al fin —decía el filósofo— la mayoría de los españoles, y que resultaba, por lo tanto, pieza clave en la necesaria articulación de la sociedad española.

Esta última circunstancia es la que explica la presencia ocasional de Alaiz en el periódico o también el que poco después colaborara asiduamente en *El Sol*. Por entonces, las densas páginas de *España* daban cuenta de los diferentes fenómenos regionalistas, y para el caso aragonés J. García Mercadal hacía de complaciente cronista en dos artículos, donde señalaba que el «porvenir de Aragón no puede ser más halagüeño»¹. Por su parte, Alaiz, que respondía expresamente al primero de los escritos de Mercadal, aportaba el contrapunto crítico y pesimista². Su extenso artículo tiene interés además porque ofrece algo así como una radiografía de su pensamiento en aquella coyuntura: asuntos en germen que luego desarrollará mucho más, ideas recurrentes que ya conocemos; en suma, la herencia intelectual y los nuevos horizontes que apercibía.

La tierra aragonesa [decía Alaiz] no es del productor aragonés, sino de los caciques (...) la doctrina de Montesquieu está desterrada de los laboratorios científicos. En su lugar se inicia una actuación del elemento productor orientada hacia el sindicalismo. Todo lo que germina y vive del esfuerzo puro tiende a dirigir bajo su responsabilidad las resultantes de ese mismo esfuerzo. Sólo así puede disminuir la acción gubernativa

1. J. García Mercadal, «Aragón quiere vivir», *España*, 101 (28 de diciembre de 1916), pp. 8-9, y «Regiones que despiertan. La situación económica de Aragón y su porvenir», 124, ibídem, (7 de junio de 1917), pp. 14-15.

2. F. Alaiz, «El regionalismo. Aragón no puede vivir», *España*, 104 (18 de enero de 1917), pp. 10-11.

tiva y sus odiosas derivaciones. La misma ley dejaría de ser una imposición y una coacción y respondería a un acuerdo libre, producto de elaboraciones espontáneas (...).

Anotemos el parecido de la última reflexión de Alaiz con la tesis defendida por Costa en su discurso, ya comentado, *El problema de la ignorancia del Derecho...* (1901), que era a su vez buen exponente –decíamos– de una sensibilidad extendida entonces entre intelectuales liberales e institucionistas –Giner, Dorado Montero, Alfredo Calderón, Azcárate– ante la crisis del liberalismo decimonónico. Salvo, tal vez, la «acción sindical» al margen de «pandillas políticas oficiales u oficiosas», defendida por Alaiz en su artículo, lo demás podría haberlo suscrito el mismo Costa, a quien expresamente el joven discípulo aludía como «una voz sincera y encendida» que «[e]n vano habló en el Alto Aragón de georgismo».

No hay duda, pues, de que la obra costiana actuaba como soporte de primera importancia en las elaboraciones de Alaiz, quien progresivamente también llegaba a cotas ideológicas –como antes apreciábamos en Samblancat– no alcanzadas por el Maestro: en este caso, el anarquismo, y con él, la asunción de la voz y la perspectiva del proletariado³. No obstante, la militancia anarcosindicalista de Alaiz, condicionada por una muy decidida vocación intelectual y una clara propensión a interpretar el anarquismo, antes que nada, como ética individual⁴, fue entendida incluso entre las filas

3. La mayoría de los comentaristas de la obra alaiziana han señalado la ascendencia de Costa en el autor; así, José Peirats, «Prólogo» a Felipe Alaiz, *Quinet*, París, Ediciones 'Solidaridad Obrera', 1961, pp. 14-15; Ramón Liarte, «Joaquín Costa, maestro de maestros», prólogo a Joaquín Costa, *Crisis política de España*, ob. cit., p. 7; Francisco Carrasquer, *Felipe Alaiz...*, ob. cit., p. 16; Fontaura, «Felipe Alaiz, anarquista heterodoxo», art. cit., p. 13.

4. Fontaura (Vicente Galindo), art. cit., p. 22, quien durante mucho tiempo cobijó el anhelo –nunca realizado, que yo sepa– de escribir un estudio

de la CNT como peculiar cuando menos por lo que mereció no pocos reproches⁵. De hecho, su aproximación al anarquismo no resultó ni mucho menos, como vamos a comprobar en seguida, lineal ni repentina.

Así, desde los últimos meses de 1917 y hasta mediados del año siguiente dirigió la revista *Aragón*, que atravesaba entonces su tercera y última etapa y que hacía las veces de portavoz de la Unión Regionalista Aragonesa (URA), «grupo de presión» más que partido político propiamente, según Antonio Peiró, que congregaba «en su seno a gentes de variada procedencia e ideología políticas»⁶. El semanario *Aragón* había sido fundado en enero de 1912 por José García Mercadal como una más de sus variadas empresas editoriales de talante regionalista, y se extendió en su primera

exhaustivo sobre Alaiz y que tuvo ocasión de tratar abundantemente con el escritor altoaragonés, pensaba que podría servir de «colofón» del pensamiento de su correligionario la reflexión que éste le dirigía en una de sus cartas: «Hay que disolver concienzudamente la Anarquía en la cultura. Atenerse a hechos: conciencias ganadas, cooperativas de instrucción; aprovechamiento racional de las mejoras materiales en mejorarse moralmente, etc. Es el programa juicioso».

5. Así, Juan García Oliver, *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978, p. 42, hablaba de él como «periodista liberal radicalizado» que nunca había querido proclamarse anarquista. Especialmente crítico con Alaiz, en el sentido que comentamos, es Francisco Carrasquer, *Felipe Alaiz. Estudio y antología ...*, ob. cit., pp. 27-30, quien achacaba a su coterráneo y viejo conocido el que viviera al margen de lo que era la acción sindicalista y social de la CNT: no acudía a asambleas ni reuniones, no participaba, por tanto, en las discusiones ideológicas internas ni en acciones concretas, etc., «pero lo más grave —dice Carrasquer— es que, a la hora de actuar, nadie se acordaba de F.A.». Por su parte, el declarado discípulo de Alaiz, José Peirats, «Para una monografía de escritores anarquistas españoles», art. cit., p. 17, señalaba: «No fue un anarquista de fila porque abominaba de todo lo oficial. Abominaba lo doctrinado (sic) cerrado tanto como lo orgánico estrecho».
6. Antonio Peiró, *Orígenes del nacionalismo aragonés*, ob. cit., pp. 161, 173 y passim.

etapa hasta septiembre de este año; luego, conoció un segundo momento, en 1914, y ahora, instalado ya García Mercadal en Madrid⁷, la URA había acordado concurrir a las próximas elecciones municipales, convocadas para noviembre de 1917, y había decidido la reaparición de *Aragón* como «órgano del partido», para lo que se contaba con la generosa disponibilidad económica de José María Sánchez Ventura —luego director de *El Noticiero*, diputado por la CEDA y alcalde de Zaragoza en la primera posguerra— y con la contribución periodística de Felipe Alaiz⁸.

En el periodo que nos interesa, la colección conservada de la publicación se reduce a seis números, entre el 14 (3 de noviembre de 1917) y el 49 (27 de julio de 1918)⁹, en los que encontramos una copiosa concurrencia de Alaiz al lado de las firmas de José García Mercadal, José María Sánchez Ventura, Ricardo del Arco, Julio Calvo Alfaro, Salvador Goñi, José Mur Aínsa, Luis Mur, etc.¹⁰ Por lo que conocemos, en *Aragón* predominó el empeño cultural sobre el político y, en este último aspecto, resulta ilustrativo el que reprodujera textos publicados antes en *España*, o que «el Pobrecito hablador» —comentarista político del periódico— se adhiriera a la Asamblea de Parlamentarios del verano de 1917 como «el acto más serio, más patriota y más democrático que regis-

7. Véase Eloy Fernández Clemente, Carlos Forcadell, *Historia de la prensa aragonesa*, ob. cit., pp. 129-131.

8. Antonio Peiró, *Orígenes del nacionalismo aragonés*, ob. cit., pp. 65-68 y 137-138. Sobre J. M. Sánchez Ventura, véase, Luis Germán Zubero, «Sánchez Ventura, José María», *Gran Enciclopedia Aragonesa XI*, Unali, Zaragoza, 1982, p. 2983.

9. *Aragón* en sus tres etapas puede consultarse en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza.

10. En el número 29 (27 de abril de 1918), p. 9, se advertía además que se reservaban para la próxima entrega originales de, entre otros, Ricardo del Arco y del «entusiasta aragonesista de Barcelona don Gaspar Torrente».

tra la historia moderna de España», si bien ya por entonces otros como Samblancat comenzaban a expresar abiertamente su decepción ante el talante escasamente combativo de los parlamentarios congregados en Barcelona¹¹.

Firmados por Alaiz o *Rodela* hemos localizado siete artículos –tres de ellos destinados a glosar con entusiasmo la obra de Manuel Abizanda, *Documentos para la historia artística y literaria de Aragón*, Zaragoza, 1915¹²– y tres escritos de corte literario. En *Aragón* nos reencontramos con un Alaiz que ya nos resulta familiar en cuanto a su ámbito de preocupaciones, aunque aparezca expresado ahora con nuevos matices, los que imprimía su confesión regionalista. El periodista declaraba, por ejemplo, apoyo incondicional a la Asamblea de Parlamentarios, –justo en el mismo día en que Samblancat, más conectado ya con las fuerzas obreras, manifestaba, como decíamos, su desilusión al respecto–. A juicio de Alaiz, la reunión de diputados había congregado el espíritu de los mejores hombres del ochocientos, Pi, Costa y Giner, y de ahí, pensaba, cabía esperar también soluciones de carácter autonómico¹³. Su por entonces ya recurrente defensa de la autonomía individual como primer fundamento de la ética personal y de la construcción social, atra-

11. S. f., «Aleluyas del Pobrecito Hablador», *Aragón*, 14 (3 de noviembre de 1917), p. 3. Ángel Samblancat, «Anales de unos días», *El Diluvio*, Barcelona, 3 de noviembre de 1917, pp. 11-12. Sobre las enormes expectativas despertadas por la Asamblea de Parlamentarios celebrada en Barcelona en julio de 1917, incluso entre el campo obrero, así como sobre la pronta decepción ocasionada, véase Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886-1926*, ob. cit., p. 48.

12. Felipe Alaiz, «Libros. Manuel Abizanda, *Documentos para la historia artística y literaria de Aragón. Tomo I. S. XVI*, Zaragoza, 1915», *Aragón*, 38 (20 de abril de 1918), pp. 7-9; «Libros», 39 (27 de abril de 1918), p. 9, y 41 (11 de mayo de 1918), pp. 3-4.

13. Felipe Alaiz, «Hacia una España despierta», *Aragón*, 14 (3 de noviembre de 1917), p. 2.

vesaba ahora también el concepto de regionalismo, que «sólo puede ser municipalismo, localismo», aunque al mismo tiempo refrendaba el autor la iniciativa de algunos regionalistas aragoneses que pretendían incorporar a su pensamiento «las esencias georgistas»¹⁴. Particular interés ofrece el escrito titulado «Vencer y convencer», donde enumeraba una nutrida relación de «jóvenes en plena edad heroica» como verdaderas «posibilidades aragonesas» no en el arte de «vencer» o imponerse a los demás sino en el de «convencer», en el de persuadir y atraer:

De vez en cuando se estrechan las manos una buena tarde estival en las aceras cortesananas o en el Ateneo, y también en el olivar, en el yermo, en la redacción y en el laboratorio. Algunos han pasado la frontera y han vuelto con frutos y flores de otras culturas. (...) Hay entre ellos pocos poetas porque creen más urgente tejer bien que inscribir tejedores en un poema. Si se preocupan por Aragón es por el deseo humano de que España sea región del mundo y, dentro de España, Aragón un solar donde la jota no se cante como himno de hambrientos, ni de histéricos, ni de siervos.

*Luchan contra el peso muerto de la política vieja; leen a Costa, a Zurita y a George*¹⁵.

Como ejemplos de lo dicho aludía a Viladrich, «el fuerte y sereno pintor», a Maurín, «el pedagogo de la experiencia y de la emoción», a Samblancat, J. M. Sánchez Ventura, J. García Mercadal, Manuel Abizanda, Ángel Lacort, Manuel Marraco, Giménez Soler, Juan José Lorente, Manuel Bescós, Ricardo del Arco, José Llampayas, Isidro Comas (*Almogá-*

14. Felipe Alaiz, «Temas aragoneses. Municipalismo», *Aragón*, 38 (20 de abril de 1918), pp. 4-5.

15. Felipe Alaiz, «Temas aragoneses. Vencer y convencer», *Aragón*, 49 (27 de julio de 1918), pp. 2-3. Este artículo y el anterior habían aparecido antes en *El Sol*, según se precisaba al ser reproducidos de nuevo.

var), López Allué, etc. Algunos ya no tan jóvenes, como vemos, y en general representantes de empeños bastante dispares. Alaiz los unía como «nombres fuertemente aragoneses de un Renacimiento constante y enardecido», porque, como cabe deducir de éste y de otros artículos,¹⁶ lo aragonés parecía dilucidarse para él, antes que nada, en la creación artística, en la obra de cultura y de pensamiento, aunque también en la recuperación del arte y de las formas de vida del pueblo.

Entre los textos de intención literaria rubricados por Alaiz en *Aragón*, hallamos dos semblanzas de personajes populares, descritos con la curiosidad y la emoción del entomólogo, todavía dentro de la órbita de aquel modernismo que tendía a apreciar en lo popular lo genuino y lo puro. Pero hay además un tercer texto, dialogado en su mayor parte, que apunta tempranamente hacia otro orden de preocupaciones, la protesta ante la guerra de Marruecos¹⁷. En «La guerra del moro», en efecto, Alaiz logra transmitir con muy escasos recursos la desazón inefable que genera el desconuelo de una madre al recibir el cuerpo sin vida de su hijo, muerto en África. Aquí el autor se instalaba ya en la sensibilidad reavivada en España sobre todo a partir de 1909, cuando el nuevo episodio de la guerra con Marruecos hacía aguas en el Barranco del Lobo o merecía una masiva puesta en cuestión en la Semana Trágica de Barcelona. Desde entonces se puede decir que raro fue el intelectual que no terciara en la llamada «cuestión marroquí», el conflicto que motivaría en última instancia —con el objeto de encubrir responsa-

16. Véase F. Alaiz, «Arte», *Aragón*, 14 (3 de noviembre de 1918), p. 5, o los dedicados a la obra de Manuel Abizanda, ya citados.

17. *Rodela*, «Azulejo del carnavalero», *Aragón*, 39 (27 de abril de 1918), p. 8; *Rodela*, «Azulejo de Níobe», 49 (27 de julio de 1918), p. 6 (ambos publicados después en *El Sol*, como Felipe Alaiz, «Níobe zaragozana», 24 de mayo de 1919, p. 5; «El carnavalero», 2 de junio de 1919, p. 5) y Felipe Alaiz, «Diálogos a la intemperie. La guerra del moro», 49 (27 de julio de 1918), p. 7.

bilidades— el golpe de Primo de Rivera y de resultas la caída de la Monarquía¹⁸, o que, por otra parte, generó una veta narrativa de evidente interés, en cierta medida como la versión española de la novela pacifista nacida en Europa en los años de la Gran Guerra¹⁹.

Un día de principios de 1918, Alaiz y Rafael Sánchez Ventura esperaban en la estación de Zaragoza a Pío Baroja para conducirlo, en un inhóspito viaje, por el distrito electoral de Fraga —visitaron varias localidades monegrinas y la propia ciudad de Fraga—, donde iba a intentar D. Pío, sin lograr finalmente remover el engranaje caciquil, ser proclamado candidato republicano con vistas a las elecciones a Cortes de febrero de aquel año. Según el testimonio del propio Baroja, la idea había surgido de Miguel Viladrich, que ya por entonces pasaba largas temporadas en un castillo de Fraga denominado por él —con evidente resonancia entre sus amigos—, el Castillo de Urganda la Desconocida. Viladrich

18. Con razón observaba Paul Aubert, «Los intelectuales y la cuestión marroquí (1914-1918)», *Bulletin du Département de Recherches Hispaniques* (diciembre de 1984), p. 28, que el conflicto de Marruecos fue «el punto neurálgico del régimen» de la Restauración.

19. Así, *Notas marruecas de un soldado* (1923), de Ernesto Giménez Caballero; *La barbarie organizada*, de Fermín Galán (escrita en 1926, aunque publicada en 1931); los relatos reunidos en *El blocao* (1928), de Díaz Fernández, o *Imán* (1930), la excelente primera novela larga de Sender. Víctor Fuentes, *La marcha al pueblo...*, ob. cit., p. 51, pensaba que el desastre de Annual (julio de 1921) había sido el factor determinante en la configuración del grupo de narradores que desde los últimos años de la Dictadura nutrirían la llamada literatura de avanzada: Sender, Díaz Fernández, Balbontín, Arderius, etc. Cuando escribía Alaiz el relato aludido acababa de arrancar, por otra parte, la novela pacifista surgida con la primera guerra mundial: piénsese en *El fuego* (1916), de Henri Barbusse; o más tarde en *Los que teníamos doce años* (1928), de Ernest Glaeser; *El sargento Grischa* (1928), de Arnold Zweig o la popularísima *Sin novedad en el frente* (1929), de Eric Maria Remarque.

llegó un día a la redacción de *España* en compañía de Julio Antonio y expresó su deseo de encontrar un candidato para Fraga; Baroja aceptó y emprendió su recorrido²⁰, que serviría, sobre todo –tal y como pensaba Maurín tiempo después²¹– para dar pie a un espléndido y minucioso relato de viaje por tierras aragonesas²². Lo cierto es que Alaiz, aunque luego dijera que había acompañado al novelista para «hacerle fracasar», mantuvo un buen concepto de Baroja al menos hasta la guerra civil, como demuestra el retrato que le dedicó en 1934 en su serie «Tipos españoles»²³, algo frecuente por otra parte entre los libertarios de la época.

No sin provocar cierta sorpresa entre quienes lo conocían bien, Alaiz inició en noviembre de 1918 una colaboración periódica con *Heraldo de Aragón*, que se prolongó hasta febrero de 1919; y fruto de la misma son varios escritos de corte ensayístico –«Ensayos» los titulaba, de hecho– de considerable variedad temática. Cultivó aquí un casticismo de talante reivindicativo, en el que combinaba el comentario de distintos ingredientes de lo aragonés con apuntes de tono político que en nada cuadraban con la línea editorial del diario, por ello no ha de extrañar que la colaboración resultara efímera. La referida mezcla de planteamientos se hacía ya patente en el primero de los textos, «La risalleta»²⁴, donde tras definir la «risalleta» como «risa de

20. Pío Baroja, «Viladrich», en *Las horas solitarias*, Caro Raggio, Madrid, 1920 (2ª edic.). pp. 111-117.

21. J. Maurín, «Testimonio de una época: Con Viladrich y Baroja», *España Libre* (enero-febrero y marzo-abril de 1972), reproducido en Víctor Alba, ob. cit., pp. 23-39.

22. Véase Pío Baroja, «Una excursión electoral», *Las horas solitarias*, ob. cit., pp. 111-167.

23. F. Alaiz, «Pío Baroja, chapelaundi», *Tipos españoles (segunda parte)*, ob. cit. pp. 17-36. La declaración de Alaiz sobre el viaje con Baroja, en José Peirats, «Prólogo», F. Alaiz, *Quinet*, ob. cit., p. 9.

24. F. Alaiz, «La risalleta», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 29 de noviembre de 1918, p. 2.

pronóstico» y de apreciarla como muy común entre los aragoneses, apuntaba: «Si la risalleta pudiera organizarse y pudiera organizarse también el descontento y solidarizarse ambos bajo un común denominador de cultura ¡qué intensa renovación de valores podríamos presentar en el solar aragonés! (...)». En otro momento, citaba a Ortega y Gasset para concluir que su concepto del barroco coincidía plenamente con el expresado por un «herrero aldeano» al que Alaiz había encargado varios floreros de hierro²⁵, con lo que no trataba de trivializar a Ortega sino de redundar en la sublimación del pueblo y de lo popular que ya conocemos²⁶.

A propósito del tercer artículo del escritor, el diario presentaba brevemente a sus lectores al «nuevo colaborador», a quien valoraba como depositario «de una simpática orientación aragonesa, muy en armonía con el carácter y tradición del *HERALDO*»²⁷. Y ello da idea de la desorientación del periódico, que contaba por entonces como plumas habituales con las de Juan José Lorente o Alberto Casañal, quienes sí se acomodaban bien en el impreciso regionalismo conservador que destilaba entonces el diario, pero muestra también la ambigüedad de la trayectoria de Alaiz en aquellos meses. De cualquier modo, quien insertaba en ocasiones sugerencias como que «[l]o natural sería que sólo tuviera derecho al voto el que vive de un trabajo útil para la colectividad»²⁸, no tardó en colisionar con la línea ideológica del

25. F. Alaiz, «Ensayos. La música popular», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 4 de diciembre de 1918, pp. 1-2.

26. Sobre la misma idea vuelve Alaiz en varios escritos publicados también en *Heraldo de Aragón*: «Ensayos. Naturalismo y naturalidad», Zaragoza, 30 de diciembre de 1918, p. 1, o en «Ensayos. Latidos de vida de todos los siglos», 2 de enero de 1919, p. 2.

27. S. f., texto que precede a F. Alaiz, «Ensayos. La sensibilidad», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 8 de diciembre de 1918, p. 1.

28. F. Alaiz, «Ensayos. Cartas a María Victoria», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 8 de febrero de 1919, p. 2.

periódico, algo que al decir de los redactores de *Ideal de Aragón* era esperable desde un principio:

Los que conocemos la integridad de Alaiz preveíamos el próximo fin de la colaboración. Y, en efecto, el Heraldo ha venido una vez más a robustecer la idea, nada halagüeña, que del mismo teníamos formada.

Unos artículos de Alaiz cuyas ideas no acoplaban con los números de la administración, han obligado a su autor a suspender la colaboración²⁹.

Ya desde abril de 1918 y hasta finales de junio de 1920 tenemos constancia de la firma de Alaiz en *El Sol* de Madrid, siempre suscribiendo crónicas de corte ensayístico tituladas genéricamente «Temas aragoneses». Al parecer, fue el propio Ortega —a cuyo patrocinio intelectual había encomendado Nicolás M^a de Urgoiti el diario desde su nacimiento, el 1º de diciembre de 1917— quien invitó al aragonés a colaborar en el prestigioso rotativo³⁰. La página titulada «Información general de provincias» recogía los telegramas procedentes de diferentes puntos de España y, con periodicidad irregular, crónicas y comentarios remitidos desde cualquiera de las regiones españolas. Blas Infante firmaba las concernientes a Andalucía; José Sánchez Rojas se ocupaba de las que aludían a Castilla; Antonio Valcárcel, de las de Galicia; Joaquín Montaner firmaba las referentes a Cataluña; Fernando G. Vela —luego inseparable colaborador de

29. S. f., «El cretinismo de *Heraldo de Aragón*», *Ideal de Aragón*, 155 (15 de marzo de 1919), p. 2.

30. Así lo recordaba cuando menos el estudioso y amigo del autor, José Peirats, «Prólogo» a F. Alaiz, *Quinet*, ob. cit., p. 9: «José Ortega y Gasset estaba entonces en busca de valores nuevos, preferentemente provincianos. Lo descubrió y le abrió las puertas de *El Sol*, de Madrid. Gratitud eterna de Alaiz a Ortega. ¡Que nadie le tocara a su Ortega! Sólo él, Alaiz, podía zarandear a placer al Júpiter de la *Revista de Occidente*».

Ortega— era el autor de las alusivas a Asturias y Alaiz firmaba las que versaban sobre Aragón. Más tarde, en esta misma página dedicada a las provincias, los propios redactores de plantilla de *El Sol* escribirían breves editoriales, llamados «Notas de la redacción», donde comentaban cualquier asunto de actualidad relacionado con el territorio en cuestión y, curiosamente, el espacio que entre 1918 y 1920 llenó Alaiz con sus escritos fue ocupado por Sender con los suyos desde 1925 a 1930, como redactor de plantilla del reconocido diario³¹.

Sin duda, los artículos firmados por Alaiz en *El Sol* —más de cincuenta— han de ser incluidos entre el mejor periodismo del autor. El aragonés supo estar a la altura de esas circunstancias que convirtieron al rotativo madrileño, al poco de aparecer, en el más prestigioso de España. Variedad temática, sólida documentación, originalidad y frescura en los enfoques, soltura en la prosa, etc., son los principales rasgos de los textos alaicianos. Y todo ello ya se tratase de trazar la etopeya del bioquímico aragonés Rocasolano —presidente además de la URA—; como de apuntar, con intención reivindicativa, los principales hitos históricos por que había atravesado el municipalismo en Aragón; de comentar la obra de Gracián; esbozar la situación política —caciquismo incluido— de Huesca y de su provincia; de glosar las principales obras de arte congregadas en la exposición hispanofrancesa o de retratar con pulso costumbrista, en la línea de su admi-

31. Las «Notas de la redacción» aparecían sin firma, como suscritas por el propio periódico en cuanto tal, pero por múltiples indicios que he considerado en otro lugar, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, ob. cit., pp. 62-68, no hay duda de que fue Sender, redactor entonces de *El Sol*, el encargado de los asuntos aragoneses en la página de provincias. José Llampayas, por su parte, sustituyó de manera progresiva a Alaiz en esta sección.

rado López Allué, varias «figuras de la siega»³². Aunque evidentemente es ostensible la acomodación temática y de enfoque del periodista a *El Sol*, diario de ferviente antibolchevismo y frontalmente opuesto a una eventual revolución social en España, el autor de Belver no abandonó sus asuntos y reivindicaciones más queridos, entre ellos, varios de marcada impronta costista. Así, se ocupó, por ejemplo, de la colectivización en la producción agrícola³³; de la literatura del momento³⁴; del apego a la propia tierra³⁵; de la lucha contra el caciquismo³⁶; de la descentralización política y de

-
32. Véase sus artículos «Rocasolano», *El Sol*, Madrid, 6 de marzo de 1919, p. 4; «Rocasolano II», 27 de marzo de 1919, p. 4; «Poética del movimiento», 31 de marzo de 1919, p. 4; «Municipalismo retrospectivo», 5 de abril de 1919, p. 4; «Consejo de Gracián: No ser sol, que se pone», 14 de abril de 1919, p. 6; «Miniaturas de Zaragoza», 20 de abril de 1919, pág. 5; «Más sobre la casa altoaragonesa», 26 de abril de 1919, p. 6; «Huesca, MCMXIX», 27 de abril de 1919, p. 6; «Municipalismo retrospectivo II», 8 de mayo de 1919, p. 5; «Zaragoza. Las termópilas», 10 de mayo de 1919, p. 5; «El buen mercader», 13 de mayo de 1919, p. 5; «Aragón ante las elecciones», 14 de mayo de 1919, p. 3; «Don Daniel Zuloaga», 1 de junio de 1919, p. 5; «Meyer-Lubke», 3 de junio de 1919, p. 5; «Los vascos», 8 de junio de 1919, p. 5; «La casa altoaragonesa», 11 de junio de 1919, p. 5; «Figuras de la siega. (Para Blas Infante)», 9 de julio de 1919, p. 6; «Figuras de la siega. (Para José Sánchez Rojas)», 25 de julio de 1919, p. 5; «Figuras de la siega. (Para Ramón Acín)», 10 de agosto de 1919, p. 5, etc.
33. «Temas aragoneses. Un caso nuevo de socialización», *El Sol*, Madrid, 16 de abril de 1919, p. 5. «Un caso nuevo de socialización. Atardecer en Pedrola», 30 de abril de 1919, p. 5.
34. «Temas aragoneses. Una sentencia», *El Sol*, Madrid, 17 de abril de 1919, p. 4.
35. F. Alaiz, «Temas aragoneses. Tierra de estar y tierra de volver», *El Sol*, Madrid, 22 de abril de 1919, p. 5; «Albalate, villa de segundones», 14 de noviembre de 1919, p. 5.
36. F. Alaiz, «Aragón. Hambre de tierra. El señor y los campesinos», *El Sol*, Madrid, 5 de junio de 1920, p. 6; «Aragón. Cada año se pierde un millón», 30 de junio de 1920, p. 5.

la autonomía territorial³⁷ o expresamente de la obra y la figura de Costa³⁸.

37. F. Alaiz, «Aragón. Hacia la autonomía concreta», *El Sol*, Madrid, 4 de septiembre de 1919, p. 5.

38. Dejando aparte las alusiones al Grande Hombre, ya fuese como estudioso ejemplar de las tradiciones aragonesas o como referencia inexcusable en la lucha contra el caciquismo, nos interesan aquí cuatro artículos en los que bajo el título común de «Trabajos inéditos de Costa» daba cuenta Alaiz de dos manuscritos, «Catecismo oscense» y «Carta a Mosén Anatolio», atribuibles con toda certeza, según el periodista, a D. Joaquín: «Empieza el catecismo oscense», 25 de noviembre de 1919, p. 6; «Termina el catecismo oscense», 13 de diciembre de 1919, p. 5; «Empieza la epístola a mosén Anatolio», 27 de diciembre de 1919, p. 5; «Sigue la epístola a mosén Anatolio», 3 de enero de 1920, p. 5. Lo cierto es que no hay entradas con los títulos que aporta Alaiz en el exhaustivo *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, ob. cit., de G. J. G. Cheyne, pero ahí queda la duda al respecto. Decía Alaiz que los escritos costianos le habían llegado a través de uno de los herederos de Bernardo Monreal, en cuya casa había vivido el joven Costa durante su primera estancia en Huesca, y señalaba, además, que «los trazos del propio Costa lo atestiguan». Y añadía: «Suya es la virilidad, la integridad y el áspero humor crítico de mocedad predestinada». Poco después, en la postdata de uno de sus crónicas, «Aragón. Victoria de la geografía», 4 de febrero de 1920, p. 6, anotaba que se proponía «en fecha próxima, vista la rectificación de D. Manuel Bescós, probar la autenticidad de los trabajos inéditos de Costa, a que me he referido en artículos anteriores». Sin embargo, no hemos localizado el texto de Manuel Bescós a que hacía referencia Alaiz y, además, de acuerdo con nuestras pesquisas, el colaborador de *El Sol* ya no volvió a ocuparse de lo prometido. Incluso, años después, «Joaquín Costa, Epicteto en la feria», *Tipos españoles*, ob. cit., mencionaba de nuevo la «Carta a Mosén Anatolio» como «curiosa obra inédita que tuve la fortuna de hallar en manuscrito rebuscando archivos familiares en 1918 y que se publicó comentada por mí en *El Sol*, de Madrid». De modo que ya no recordaba para nada las objeciones de Bescós, al respecto. En cualquier caso, si no parecen demasiado consistentes los argumentos alegados por Alaiz para sostener la autoría de Costa de los mismos, dan cuenta, de nuevo de la devoción intelectual del joven periodista por el maestro, así como de su permanente inclinación hacia la erudición.

Al tiempo que colaboraba en *El Sol*, Alaiz escribía en *Tierra Aragonesa* (1919), una revista hoy escasamente conservada, muestra de un «regionalismo francamente político», según Blasco Ijazo, que fue editada por la Juventud Regionalista y donde escribieron Gaspar Torrente, Manuel Sánchez Sarto, General Forniés, Luis Sancho Seral, Juan Moneva Puyol, Miguel Labordeta, Julio Calvo Alfaro, *Almogávar* o Mariano García Colás⁴⁰. Desde *El Ebro* catalogaban «la nueva publicación aragonesista» como «revista de juventud y de juventud aragonesa», y nombraban entre sus redactores, aparte de algunos ya citados, a Domingo Miral, Manuel Bescós (*Silvio Kossti*) o José María Sánchez Ventura.⁴¹ De cualquier modo, a tenor de la nómina de colaboradores, debió de defender necesariamente un regionalismo de carácter muy ecléctico.

Dos importantes escritos conocemos de Alaiz en *Tierra Aragonesa* y en ambos manifiesta un trabajado acendramiento de posiciones anteriores. Así, en «El destierro»⁴² arremetía contra los «aragoneses de corbata, que por serlo y vivir en Aragón, se creen desterrados de una patria ideal, que generalmente se reduce a la Puerta del Sol». Al fin, ellos eran los culpables, pensaba Alaiz, por «su incapacidad para la insurrección», del estado de cosas que les hacía sentirse ajenos a su tierra:

40. J. Blasco Ijazo, *Historia de la prensa zaragozana (1863-1947)*, Talleres de *El Noticiero*, Zaragoza, 1947, p. 161.

41. Más tarde, G. Torrente, «Ocho años de lucha», *El Ebro*, 100 (junio de 1925), p. 7, al hacer recuento de la prensa aragonesista de los últimos años, decía a propósito de *Tierra Aragonesa*, que «se necesita orden, fe y consecuencia, y, al faltarles, todo eso, *La Tierra* tuvo que desaparecer». Véase también Antonio Peiró, «Prensa aragonesista ...», J. A. Dueñas Labarias, A. Serrano Dolader (eds.), *Historia del periodismo en Aragón*, ob. cit., pp. 82-83.

42. F. Alaiz, «El destierro», *Tierra Aragonesa*, 2 (1 de julio de 1919), p. 2.

¿Desterrados en nuestra tierra? ¿Desterrados en nuestros maravillosos paisajes, en nuestra realidad repleta de escondidas bellezas? ¿Desterrados arando donde hay tanta labor en nuestra inmediación, tanta potencialidad de riqueza, tantos destinos honrosos, tantos traidores que lynchar (sic), tantos vagos y tantos reblandecidos?

No; desterrados, no. Y el que se crea desterrado que no se le tenga por aragonés, porque es un ciudadano de las Batuecas.

«La nueva literatura aragonesa»⁴³, extensa disertación dedicada a José Camón, es una muestra de cómo la defensa de un arte comprometido fue una veta un tanto soterrada pero presente desde muy temprano en determinados círculos literarios⁴⁴. Si el auge de la literatura social de los años treinta vino empujado, en última instancia, por la nueva literatura soviética y alemana; en la declaración de Alaiz, intelectual de procedencia pequeño-burquesa al fin, era una mezcolanza de anarquismo y autonomismo lo que le empujaba ya a principios de 1920 a parecidas conclusiones:

Los holandeses han tenido que ganar su tierra al mar en una batalla constante. Aragón ha de ganar su tierra esclava a las potencias tan irresponsables como la fuerza ciega del mar. En esta lucha yo no comprendo que el escritor aragonés pueda ser neutral para hacerse cronista de princesas, de crepúsculos, de fatalismo o de chistecicos de calendario (...).

43. F. Alaiz, «La nueva literatura aragonesa», *Tierra Aragonesa*, 16 (22 de febrero de 1920), p. 2.

44. Es por otra parte, la época, muy presente ya la revolución rusa, en que A. Machado, en su prólogo a *Soledades, galerías y otros poemas* (1919), manifestaba su fe hacia la poesía que ha de surgir «cuando una tarea común apasione las almas», o en que Valle-Inclán, en *Luces de bohemia* (1920), fundía en un abrazo a Max Extrella, el intelectual bohemio que se considera parte del pueblo, con Mateo, el obrero catalán preso.

El escritor que no se sienta capaz de dar a sus trabajos un contenido social, de ser determinista y de oponerse a la injusticia legal ¿para qué sirve?

Por la misma época, fundó el escritor *Revista de Aragón* (1919-1920), hoy inencontrable, aunque las referencias nos hacen pensar en páginas muy cuidadas en forma y contenidos. *El Ebro* la acogía como «la publicación que nos hacía falta. Un caso de dignificación del arte periodístico aragonés»⁴⁵; e *Ideal de Aragón*, como «vibrante manifestación de que en Aragón hay una juventud que por su optimismo –flor de las almas fuertes– merece algo más que pensar: gobernar». El semanario republicano aludía además a los colaboradores de la revista como «antiguos camaradas» y elogiaba al «fundador», Alaiz, por la orientación infligida a la publicación y por el elenco de firmas que había reunido⁴⁶. Desde *España Nueva*, de Madrid, Gil Bel recibía exultante la nueva publicación como «máquina redentora» que «ha debido causar el efecto de una bomba en aquella tierra de los Camos»:

*¡Bravo [continuaba] por el santo aragonés San Felipe Alaiz! ¡Bravo por esos mocetes que se llaman Monsó, Condoy, Del Río, Chueca, Acín! ¡Bravo por todos aquellos que desde 'mi' revista, Revista de Aragón, contribuyen a ahuyentar de su madriguera a los caciques (...)*⁴⁷.

Escribían en este primer número Sánchez Sarto, Alaiz, *Almogávar*, Albar, Del Río, Camón, Calvo Alfaro, Sancho Seral, Manuel Marraco, Temple, Blas Infante, *Silvio Kossti*,

45. *El Ebro*, 14 (20 de agosto de 1919), p. 3.

46. S. f., «*Revista de Aragón*», *Ideal de Aragón*, 163 (20 de agosto de 1919), p. 3.

47. Gil Bel, «Renacimiento aragonés», *España Nueva*, Madrid, 11 de agosto de 1919, p. 1. Bendecía, además, Bel «laica y bolcheviqueamente» a los redactores de la revista, en bien de Aragón, de España y de la Humanidad.

Acín, Chueca⁴⁸, etc. Más adelante, también *El Ebro* se hacía eco de la aparición de la segunda entrega, y al parecer última, en la que participaban Alaiz, Calvo Alfaro, *Rodela* (el propio Alaiz, como dijimos), *Almogávar*, etc.⁴⁹

El 22 de marzo de 1919, en los locales de la Agrupación Libre de Huesca –en cuya reciente fundación, había intervenido decisivamente como sabemos Ramón Acín–, Alaiz disertó acerca de «Autonomía territorial y autonomía personal coordinadas en la Ciudad-Estado», referencia obsesiva, como vamos viendo, en quien se adentraba progresivamente en el anarquismo desde convicciones federalistas⁵⁰. Sostenía Alaiz en su disertación –según la reseña incluida en *El Ebro*– que «todas las nobles concepciones ideológicas responden a un fin de autonomía». Y «[p]regúntase el conferenciante –proseguía el reseñista– si (...) cabe existir una clase proletaria libre en una tierra esclava. La autonomía en este sentido representa un movimiento de ascensión espiritual (...)». En busca de argumentos, acudía Alaiz a Blas Infante, «como precursor del presente sentimiento regionalista»; a Julio

48. *El Ebro*, 14 (20 de agosto de 1919), p. 3.

49. *El Ebro*, 23 (5 de febrero de 1920), p. 3. En 1925, Gaspar Torrente, «Ocho años de lucha», art. cit., p. 7, incluía *Revista de Aragón* entre las publicaciones aragonesistas ya desaparecidas y decía de ella «que atendía a exhibir nuestra intelectualidad», aunque le había faltado «seriedad, firmeza y otras cosas por el estilo». El propio Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit. p. 30, incluía *Revista de Aragón* entre otras «publicaciones primerizas», promovidas por él o por Acín que murieron al poco de nacer, así *Floreal*, *Aragón* o *Claridad*.

50. Todavía en julio de 1935, al trazar la semblanza de Eduardo Barriobero, insertada más tarde en sus *Tipos españoles (segunda parte)*, ob. cit., p. 173, decía Alaiz: «El concepto de federación es el más bello de los conceptos humanos porque es equidad y desinterés, porque empieza preconizando el pacto que no es más que la vieja teoría anarquista del libre acuerdo, tan respetuosa con la personalidad humana como despreciadora de ésta se muestra cualquier sistema de los llamados totalitarios».

Senador –georgista confeso, como sabemos– por ser «acaso más concreto que Costa» en la resolución de los problemas agrarios y a Pi y Margall «en lo que afecta a la autonomía territorial»⁵¹.

Por aquel entonces, Felipe Alaiz figuraba ya como presidente del Centro Autonomista constituido en Zaragoza a principios de marzo de este mismo año, 1919, y que desarrolló al parecer sus actividades a lo largo sólo de escasos meses. En cualquier caso, poco conocemos de sus objetivos y funcionamiento por cuanto que la única actuación de que tenemos noticia fue la organización de una conferencia, en marzo de 1919, a cargo del entonces republicano radical Marcelino Domingo. Como hace notar Antonio Peiró, en la junta directiva del Centro Autonomista figuraban catalanes, vascos y aragoneses y la institución se proclamaba, en efecto, abierta a «cuantas personas sientan simpatías por las ideas del nacionalismo catalán, vasco y aragonés»⁵².

Meses después, respondía Alaiz a una carta abierta que le había dirigido desde las páginas de *El Ebro* Mariano García-Colás, en la que éste percibía a su interlocutor como «espíritu conspirador», claramente «descentrado» entre los nacionalistas aragoneses, por lo que, convencido de que «llegará a más en su rebeldía», le proponía la creación de una «Escuela de Conspiradores»⁵³. Al contestar, Alaiz se mostraba, en efecto, básicamente de acuerdo con García-Colás y, desde luego, conforme con su nada habitual sugerencia, aunque matizaba:

51. S. f. «Conferencia en Huesca», *El Ebro*, 5 (5 de abril de 1919), p. 5. Se daba escueta noticia de la conferencia en *Ideal de Aragón*, 156 (25 de marzo de 1919), p. 1.

52. Antonio Peiró, *Orígenes del nacionalismo aragonés (1908-1923)*, ob. cit., pp. 98-99; véase también Antonio Peiró y Bizén Pinilla, *Nacionalismo y regionalismo en Aragón...*, ob. cit., pp. 58-59.

53. Mariano García-Colás, «Hacia la escuela de conspiradores. El nacionalismo aragonés. Felipe Alaiz y yo», *El Ebro*, 18 (20 de octubre de 1919), p. 4.

*Descentrado precisamente no. Aburrido. Confieso que me aburren los discursos encaminados a sostener que fuimos grandes y libres y que Inglaterra copió nuestras instituciones democráticas. Creo que todo eso de la democracia es una farsa y que no fuimos grandes ni libres (...) Lo único grande que ha habido en Aragón ha sido la masa (...) Aragón es una tierra esclava sostenida por esclavos y nada más (...) Por consiguiente, todo nacionalismo que no organice el descontento de los que viven de precario me parece un tanto cómico (...)*⁵⁴.

Por otra parte, si seguimos a Juan García Oliver habremos de concluir que el periodo que acabamos de glosar fue «la gran época creadora de Alaiz», cuando en Zaragoza «se dedicó a enseñar literatura revolucionaria a estudiantes», entre ellos, el luego poeta y periodista anarquista José Torres Tribó⁵⁵, director poco después de la publicación anarquista zaragozana, *Voluntad* (1922)⁵⁶, o antes, en 1921, colaborador con el pseudónimo de *Sol de la Vida*, de *Los galeotes*, hojas libertarias de Tarragona que dirigió durante un tiempo Alaiz. No hemos encontrado ninguna confirmación del testimonio de García Oliver acerca de la peculiar dedicación docente del escritor; no obstante le aporta credibilidad la circunstancia de que el activo anarquista conociera al aragonés inmediatamente después de la etapa que acabamos de reseñar, ya en Tarragona, o la de que García Oliver viviera en Zaragoza hacia 1922, al poco de trasladarse Alaiz de la ciudad⁵⁷. Tal vez entre las actividades del Centro Autonomista incluyera su presidente, Alaiz, la de impartir sesiones sobre «literatura revolucionaria» del mismo modo que un centro homólogo,

54. F. Alaiz, «La escuela de conspiradores. Carta abierta a don Mariano García-Colás», *El Ebro*, 19 (20 de noviembre de 1919), p. 7.

55. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., p. 64.

56. M. Buenacasa, *El movimiento obrero...*, ob. cit., p. 118.

57. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., pp. 42-43 y 66.

el Casal Catalá de Zaragoza, había dado cabida poco antes a clases nocturnas de francés, según ha podido constatar Antonio Peiró⁵⁸. Todavía en noviembre de 1921, la esmerada publicación zaragozana *Vida aragonesa*, dirigida por el agrónomo de inspiración costista Bonifacio García Menéndez y donde firmaban autores tan poco sospechosos de cualquier radicalidad como Juan José Lorente, T. Royo Barandiarán, Ricardo del Arco o el propio García Menéndez, recogía un escrito del autor, «Españoletas», que se ha de insertar en la veta de estudio del folclor y de lo popular cultivada por Alaiz especialmente en los años que reseñamos. La «españoleta», según el escritor es «lo contrario de españolada»; «un aire de danza» recogido en un tratado de guitarra del siglo XVIII, y cuyos supuestos motivos de inspiración le sirven al escritor para redundar en su concepto del buen gusto, inextricablemente vinculado para Alaiz con las manifestaciones genuinas del pueblo⁵⁹.

Desde Zaragoza, el activo periodista debió de trasladarse a Tarragona, ya como miembro de la Confederación dado que en seguida lo veremos desempeñar labores de representación dentro de la organización obrera. Así, de acuerdo con las evocaciones de Maurín, Alaiz ya formaba parte a finales de 1920 del Comité Regional catalán de la CNT, cuando fueron reconstruidos los comités regional y nacional tras las primeras detenciones generalizadas de los

58. A. Peiró, *Orígenes del nacionalismo aragonés ...*, ob. cit., p. 99.

59. F. Alaiz, «Españoletas», *Vida aragonesa. Revista de arte*, 5 (12 de noviembre de 1921), p. 4. En el mismo número (p. 13) aparecía el nombre de Alaiz entre quienes habían remitido su adhesión al II Congreso de Juventudes Aragonesistas, celebrado en Barcelona entre el 24 y el 30 de octubre. Junto al escritor, y por el mismo motivo, eran mencionados Domingo Miral, Andrés Giménez Soler, Miguel Sancho Izquierdo, José Camón, Manuel Sánchez Sarto, Miguel Labordeta, Ricardo del Arco, Genaro Poza, etc.

cuadros sindicalistas (noviembre de 1920), al poco de que los generales Martínez Anido y Miguel Arlegui, como gobernador civil y jefe de policía, respectivamente, iniciaran la represión sistemática del movimiento obrero barcelonés. Alaiz, en representación de Tarragona, compartía en el Comité Regional responsabilidades con Ramón Archs (enlace con el comité nacional), Joaquín Ferrer (Barcelona), Francisco Isgleas (Gerona) o el propio Maurín, quien representaba a Lérida⁶⁰. Por su parte, García Oliver recordaba haber transmitido en 1921 la consigna de «huelga general revolucionaria», dictada por el entonces secretario del comité Nacional de la CNT, Evelio Boal, hasta «lo que quedaba del Comité provincial» de Tarragona, es decir, a Rodríguez Salas y Alaiz, así como a Maurín, de la Federación provincial de Lérida⁶¹.

Como en seguida vamos a ver, tenemos constancia, en efecto, de que ya en 1921, como señalaba García Oliver, Alaiz se encontraba en Tarragona ejerciendo funciones dentro de la CNT. Y parece que su salida de Zaragoza acaecería también por entonces, ya que el propio escritor evocaba más tarde cómo todavía en 1921 vio tempranamente interrumpido uno más de sus proyectos editoriales, en este caso compartido con Ramón Acín: la revista zaragozana *Claridad*, donde el artista oscense había publicado algunas viñetas sobre tauromaquia y de la que hoy no tenemos más referencias⁶². De acuerdo, pues, con nuestros datos y con los testimonios de Maurín y García Oliver, Alaiz debió de incorporarse definitivamente a la lucha sindical entre finales de 1920 y principios de 1921, en Tarragona. De hecho, su firma no aparece todavía en *Fructidor*, el periódico que diri-

60. J. Maurín, «Hombres e historia. La derrota», *España Libre*, Nueva York, 3 de junio de 1960, reproducido en Víctor Alba, ob. cit. p. 69.

61. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., p. 57.

62. F. Alaiz, *Vida y muerte de Ramón Acín*, ob. cit., p. 30.

gió en esta ciudad otro destacado escritor y activo anarquista, Hermoso Plaja, y que salió a la calle entre febrero y agosto de 1920; pero sí en su continuación, *Los galeotes*, «[s]emanario de estudios sociales», cuya andadura se extendió a lo largo de casi toda la primera mitad de 1921 y donde Alaiz compartió espacio con Maurín, Andrés Nin, Antonia Maymón o Torres Tribó.

En la única colección que hemos localizado del periódico sólo se conserva un escrito firmado por Alaiz, «Egoísmo»⁶³, exaltación del concepto anticipado en el título y que en buena medida viene a justificar el apelativo de «liberal radicalizado» que le otorgaba García Oliver, como anotábamos más arriba. Alaiz argumentaba ahí en defensa del individuo como supremo valor, recelaba de «los alardes de sacrificio que ya nos cansamos de oír pregonar» o concluía: «El hombre que tiene más necesidades civiles es el hombre más civilizado. Aumentemos esta avidez, este egoísmo de cosas elevadas y nacerán nuevos deseos elevados. Exaltemos el egoísmo». En definitiva, se trataba, pues, de una nueva tentativa de Alaiz por asentar una ética basada en la autonomía del individuo o, dicho de otro modo, de una nueva evidencia de que el anarquismo significó para él, antes que nada, una suerte de ética personal. A finales de mayo, el propio semanario informaba de que Liberto Callejas había sido designado por la Organización como nuevo director de la publicación tras haber presentado su dimisión Felipe Alaiz,

63. F. Alaiz, «Egoísmo», *Los galeotes*, 4 (26 de febrero de 1921), p. 2. La colección a que aludimos de la revista puede consultarse en la Biblioteca Arús de Barcelona y consta únicamente de cinco ejemplares: el primero, n° 4, de 26 de febrero de 1921, y el último, n° 16, del 28 de mayo de 1921. Algunas referencias sobre *Fructidor* y *Los galeotes* en J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., p. 22, y en Jaume Fabre, Josep M. Huertas, «Conversa amb Hermoso Plaja. El pare de dues acràcies», *L'Avenç*, 28 (juny 1980), p. 22.

quien había declinado así mismo sus responsabilidades en la administración de la imprenta y del periódico⁶⁴. En los números conservados no se leen más explicaciones sobre la resolución de Alaiz.

De este periodo conocemos otros detalles que inciden en la vertiente de hombre de acción del escritor y que vienen, en consecuencia, a matizar un tanto el carácter intelectual, teórico y diletante que atribuían a su militancia anarquista tanto García Oliver, como sobre todo Francisco Carrasquer⁶⁵. Así, recordaba años después Maurín que en febrero de 1921, «[e]n pleno apogeo de la 'Ley de Fugas'», los miembros del Comité Regional de la CNT, por iniciativa de Archs, se reunieron «un domingo por la mañana, en una barraca de cañas, en la falda norte de la montaña de Montjuich. Llegamos allí de dos en dos como si fuéramos simples paseantes». Concluida la reunión, se dispersaron del mismo modo y en este caso Maurín y Alaiz salieron juntos, y recordaba luego el primero que su acompañante –«algo poeta y algo platoniano en su sindicalismo»– exclamó ante la visión panorámica de Barcelona: «¡Oh, sindicato de la construcción!». «Yo, –escribe Maurín– menos poético y quizá más realista, contesté: '¡Oh, sindicato de la metalurgia!', acordándome de Archs, que era metalúrgico...»⁶⁶.

También el propio Alaiz evocaba otras circunstancias no menos reveladoras en este sentido; así, en carta de agosto de 1948 dirigida a Mario Montonavi, anarquista italiano con quien había coincidido en la época de Tarragona, decía:

64. *Los galeotes*, 16 (28 de mayo de 1921), p. 3.

65. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., pp. 176 y 188; F. Carrasquer, *Felipe Alaiz. Estudio y antología...*, ob. cit., pp. 24-32, especialmente.

66. J. Maurín, «Hombres e Historia. Terror y Contraterror», *España Libre*, Nueva York, 5 de agosto de 1960, reproducido en Víctor Alba, ob. cit., pp. 71-72.

*Fuimos con García Oliver y Plaja a hacer la revolución en autos conquistados pistola en mano entre García y yo. Tú ibas en el grupo de Plaja. La policía te apartó de Tarragona para conducirte a Italia. Pero ya sabía yo que eras diestro en fugas. Si yo me salvé entonces fue por mi integración en el mundo universalista cobijado en el regazo de una gitana, de la que me separó después la cárcel*⁶⁷.

No obstante, un Alaiz algo distinto es el que se perfilaba en los recuerdos de García Oliver, quien señalaba cómo, en efecto, por entonces había conocido en Tarragona a Montovani y a Alaiz, pero a éste lo rememoraba únicamente instalado en casa de Plaja «retocando su libro *Quinet* y ayudando en la dirección y compaginación del periódico»⁶⁸. Sea como fuere, lo que interesa subrayar es que en esta breve etapa localizamos los primeros testimonios tanto de la vinculación periodística de Alaiz como de su compromiso efectivo con la organización obrera anarcosindicalista. Y no es lo de menos el hecho de que tales vicisitudes tuvieran lugar entre finales de 1920 y principios de 1921, cuando –en palabras de Maurín– «la represión de los sindicalistas adquirió proporciones de verdadera hecatombe. Luego la furia descendió porque el movimiento sindicalista empezó a contraatacar con éxito»⁶⁹.

67. Cit. por Fontaura, «Alaiz, anarquista heterodoxo», art. cit. p. 8. F. Carrasquer, *Felipe Alaiz. Estudio y antología...*, ob. cit., p. 12, confirma, en efecto, que mientras Alaiz vivía en Tarragona «se hizo célebre en círculos familiares su idilio con una gitana», aunque no parece el estudioso muy dispuesto a refrendar esa impronta de hombre de acción que recordaba Alaiz de sí mismo: «a la hora de actuar no estaba –escribe Carrasquer, ibídem, p. 31– (lo que puede no ser tan raro entre intelectuales, esos ejemplares humanos de predominio asténico y medrosa naturaleza), pero lo más grave es que a la hora de actuar nadie se acordaba de F. A.»

68. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., p. 43

69. J. Maurín, «Hombres e Historia. Terror y Contraterror», art. cit., reproducido en Víctor Alba, ob. cit., p. 69-76 (la cita en p. 71).

Aun sin contar con pruebas fehacientes al respecto, parece lógico pensar que Maurín, instalado en Lérida y comprometido ya con la CNT como secretario provincial desde los primeros meses de 1920, y Ramón Acín, que ya había destacado en diciembre de 1919 en el Congreso de la Comedia y que en el otoño de 1920 coincidió con Maurín en una campaña de propaganda de la CNT por los pueblos altoaragoneses⁷⁰, debieron de empujar a su amigo en el salto geográfico e ideológico, desde Zaragoza a Tarragona, y desde el autonomismo y el federalismo al anarquismo. Y para sorpresa de quienes le conocieron bien⁷¹, en las filas libertarias permanecería ya hasta su muerte, el 8 de abril de 1959.

En los años álgidos del llamado «terror blanco», entre 1920 y 1922, —la época del pistolero y de la represión sistemática de los sindicatos únicos— el principal órgano de expresión de la CNT, *Solidaridad Obrera*, no pudo publicarse en Barcelona y los responsables de la organización buscaron en otros lugares las mínimas condiciones para sacarlo a la luz. Así, en julio de 1920 apareció en Madrid⁷², luego en Bilbao, Sevilla —donde de acuerdo con su propio testimonio, Alaiz se ocupó hacia 1922 de la dirección⁷³— o en Valencia, desde mediados de 1922, donde también nuestro escritor ejerció como director del periódico⁷⁴; más tarde, ya en

70. J. Maurín, «Hombres e Historia. La derrota», art. cit., reproducido en Víctor Alba, ob. cit., pp. 64-69.

71. F. Carrasquer, *Felipe Alaiz...*, ob. cit., p. 24, escribe al respecto: «Nunca sabremos por qué F. A. se sumó al M. L. [movimiento libertario], pero lo que todavía es más difícil de explicarse es cómo se mantuvo en él hasta su muerte».

72. *Fructidor*, 25 (17 de julio de 1920), p. 2.

73. F. Alaiz, *Hacia una federación de autonomías ibéricas*, Ediciones Madre Tierra-Fundación Anselmo Lorenzo de Alicante, Móstoles (Madrid), 1993, p. 329. En Sevilla y en 1923 firmaba también dos de sus primeras novelas cortas, *Elisabet* y *Oro Molido*.

74. Adolfo Bueso, *Recuerdos de un cenetista*, Barcelona, 1976, pp. 162 y ss., cit. por S. Tavera, *Solidaridad Obrera...*, ob. cit., p. 42. Bueso se encargó de la impresión de *Soli* en Valencia.

marzo de 1923, reapareció en Barcelona la emblemática cabecera y Alaiz también formó parte –no sabemos si con mayores responsabilidades– de la redacción del periódico. Poco después, en marzo de 1924, *La Batalla*, el semanario crítico y marxista dentro de la CNT, portavoz del grupo de Maurín, incluía una sorprendente semblanza del aragonés, que acababa de ser encarcelado por delitos de imprenta y que colaboraba por entonces en el citado periódico:

Nosotros, aun cuando distanciados en parte del modo de pensar de Alaiz, reconocemos en el camarada todo su valor y su sinceridad.

El nombre de Alaiz evoca el triste recuerdo de la inteligencia postergada por la imposición de los mediocres.

En Valencia, cuando con Viadiu y Amador hacía Solidaridad Obrera fue arrojado del periódico porque el dictador de la huerta levantina, Carbó, no podía consentir que nadie más que él pudiese estar en contacto con la clase obrera de Valencia. La expulsión de Alaiz trajo consigo la muerte de Soli.

Trasladado más tarde a Barcelona, en horas difíciles, a redactar Solidaridad Obrera supo hacer de ella una diario interesante.

Pero la conspiración del silencio contra los que valen no podía tardar en manifestarse. Alaiz, en octubre, junto con Amador y Abella, era expulsado de Soli fulminantemente por los mismos que dieron la puntilla a los sindicatos. Los que valen son odiados por la beocia.

Recordaba también el redactor de *La Batalla* cómo Alaiz había formado parte en diciembre de 1923 de la redacción del diario *Lucha Obrera*⁷⁵, editado, como veremos, en Barcelona con los mismos objetivos que *La Batalla*, esto es, reconducir a la CNT hacia el marxismo. Pero de ello hablaremos más adelante.

75. S. f., «Felipe Alaiz», *La Batalla*, 47 (28 de marzo de 1924), p. 1.

ESPAÑA NUEVA Y EL AUGE DE LA CNT

Como es bien sabido, los años de la gran guerra se llevaron consigo, además de infinidad de vidas humanas, bastantes de las referencias en que se sustentaba la cultura occidental hasta el punto de dejar tras de sí una sensación de adanismo, es decir, la impresión de que de nuevo estaba todo por hacer en el arte, en la literatura, en la manera de vivir. Y así lo trataron de demostrar, como bien se sabe, con tanto fervor como inquina hacia el pasado las vanguardias artísticas surgidas por entonces.

Tampoco para el movimiento obrero podían seguir las cosas igual tras la guerra. En 1917, el triunfo de la revolución rusa supuso, evidentemente, una modificación radical en las expectativas obreristas; se trataba, por fin, de la plasmación real de los anhelos perseguidos durante décadas: «En las últimas semanas del 1917 –escribía poco después Díaz del Moral– llegó a España la noticia del triunfo bolchevista. Las masas obreras desconocían los detalles del hecho y no sabían tampoco con precisión la ideología de los vencedores; pero la certeza de que en una gran nación se había hundido el capitalismo y gobernaban los asalariados produjo en todos los sectores obreros un entusiasmo indescriptible»⁷⁶.

Y ello, unido a la bonanza económica que trajo consigo la neutralidad ante la guerra, a los conflictos obreros que ocasionó el reajuste económico posterior o la parlamentarización y reformismo del socialismo español en aquellas fechas hicieron que el sindicalismo confederal viviera un primer momento de auge hacia 1919, año de la renombrada

76. J. Díaz del Moral, ob. cit., p. 174. Véase también Carlos Forcadell, «La recepción de la revolución rusa en España (1917-1921)», Carantoña, A.; Puente, G. (eds.), *La Revolución Rusa 70 años después*, León, Universidad de León, 1988, y sobre todo el reciente trabajo de Juan Avilés Farré, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva-UNED, 1999.

huelga de La Canadiense en Barcelona (febrero y marzo) pero también del *lock-out* patronal a finales de año, que tanto debilitó al sindicalismo catalán⁷⁷, o del segundo congreso confederal de la CNT, celebrado en Madrid entre el 10 y el 18 de diciembre en el teatro de la Comedia. Los sindicalistas allí congregados discutieron, entre otras cosas de menor calado, acerca de la unión del proletariado, definida tras intensas jornadas de debate mediante la necesaria y urgente «absorción» de la UGT, y sobre el significado de la revolución rusa, ante la que se decidió, no sin ciertas reticencias, adherirse provisionalmente a la Internacional Comunista «mientras y tanto la CNT de España organiza y convoca el Congreso obrero universal que acuerde y determine las bases por las que deberá regirse la verdadera Internacional de los Trabajadores»⁷⁸. De acuerdo, pues, con la opinión, un tanto entusiasta, del entonces secretario del comité nacional de la CNT, M. Buenacasa, 1919 fue un momento en que el anarcosindicalismo «absorbe por completo todo el interés de la vida social y política de España (...) no se habla de otra cosa que de la Confederación, de sus luchas, de sus hombres»⁷⁹.

77. Manuel Buenacasa, ob. cit., pp. 53-58; Juan Gómez Casas, *Historia del anarcosindicalismo español*, Madrid, ZYX, 1973 (3ª edic.), pp. 114-121; Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Crítica, Barcelona, 1978, p. 296, explica el auge de la CNT sobre todo por el reformismo del PSOE en coincidencia con la radicalización del proletariado español tras 1917.

78. Sobre el Congreso de la Comedia véase Manuel Buenacasa, *op. cit.*, pp. 57-72; Juan Gómez Casas, ob. cit., pp. 121-130. Las resoluciones del Congreso fueron publicadas en el periódico zaragozano *El Comunista*, 12 (2 de enero de 1920), pp. 3-10; también *España Nueva* daba cumplida cuenta de las discusiones de los cenetistas en las mismas fechas en que tenían lugar; una historia sucinta del encuentro puede leerse en Gerald H. Meaker, *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*, Ariel, Barcelona, 1978, pp. 300-307.

79. M. Buenacasa, ob. cit., p. 53.

En tales circunstancias, suspendida *Solidaridad Obrera* y en huelga los periódicos madrileños, el propio Buenacasa se puso en contacto con el conocido republicano Rodrigo Soriano, fundador y gerente del diario madrileño *España Nueva*, para que accediera a las solicitudes de sus trabajadores de manera que su rotativo cuando menos pudiera cubrir el Congreso de la CNT. Poco debió de resistirse Soriano a las razones de Buenacasa y en seguida, además, el ejemplo de *España Nueva* fue imitado por otras publicaciones⁸⁰. Se produjo entonces –en expresión de Antonio Elorza– «un arrendamiento oficioso» del diario de modo que hasta mediados de 1921 –es decir, hasta el final de su trayectoria– fueron enviados cada día miles de ejemplares del periódico a Barcelona⁸¹, como portavoz no declarado de la CNT. Lo cierto es que ya antes de estas fechas el rotativo manifestaba evidente proclividad hacia las opciones obreristas y buena prueba de ello es que Ángel Samblancat, poco después de instalarse en Madrid, desterrado de Barcelona, comenzara a firmar en sus planas o que Gil Bel, «a poco de llegar a la corte», como escribían sus antiguos compañeros de *Ideal de Aragón*, ingresara –no sabemos si por la mediación de Samblancat– en la redacción del diario: «En *España Nueva* su amplio criterio de la política tiene cabida. Es lo justo», leemos en el periódico zaragozano⁸². Aparte de los dos aragoneses, que fueron los más asiduos colaboradores durante la etapa que tratamos, firmaban en el diario Antonio de la Villa, Rodrigo Soriano, Manuel Buenacasa, Andrés Nin, Julio Senador, Ángel Pestaña, etc.

80. *Ibídem*, p. 59.

81. Antonio Elorza, «El sindicalismo de Ángel Pestaña», prólogo a Ángel Pestaña, *Trayectoria sindicalista*, Tebas, Madrid, 1974, p. 10.

82. S. f., «De la redacción. Gil Bel», *Ideal de Aragón*, 155 (15 de marzo de 1919), p. 2.

Si hacia 1917, nuestros incipientes periodistas y escritores, Samblancat, Alaiz, Maurín o Bel, lo mismo que el artista Ramón Acín, reforzaban su radicalismo a partir del republicanismo costista y federalista inicial, 1919 parece suponer en la mayoría de los casos, la culminación del proceso iniciado dos años antes. A finales de 1919, en efecto, Acín asiste como delegado sindical al Congreso de la Comedia, al que Maurín acudió como mero espectador, pero pocos meses después desempeñaba ya el cargo de secretario provincial de la CNT en Lérida. En el otoño del mismo año, Gil Bel, impresionado por los líderes anarquistas, Pestaña, Seguí y otros, se decide, como veremos, a colaborar con la organización. Alaiz demostraba, como constatamos, un claro proceso de radicalización ideológica a lo largo de 1919 y 1920; y nueva muestra de ello es que en ya abril de 1920 presentara en Albalate de Cinca a Evelio López, propagandista –según el propio Alaiz– «de las doctrinas antipolíticas y profundamente revolucionarias del sindicalismo»⁸³; luego, a principios de 1921 se decidió ya a trabajar, como señalábamos arriba, en la prensa y en la organización confederales.

Samblancat, por su parte, seguirá su personal proceso a través de la frontera entre el republicanismo autónomo y federalista y el anarcosindicalismo; defensor acérrimo del proletariado, en cuyo seno se incluía sin resquicios, no llegó, sin embargo, a comulgar plenamente ni con el anarquismo ni con el republicanismo al uso, ni mucho menos con el socialismo de partido, de modo que se vio abocado a situarse en ocasiones en tierra de nadie, como confesaba encontrarse, en efecto, en el verano de 1917, cuando estalló la huelga revolucionaria.

83. Rodela, «Albalate de Cinca», *España Nueva*, Madrid, 29 de abril de 1920, p. 4.

Contaba Samblancat meses después que al producirse los sucesos de agosto, hacía aproximadamente un mes que no colaboraba en *La Lucha*, el periódico republicano donde Marcelino Domingo, su director, desplegaba una campaña «heroica» pero, a su juicio, suicida; además la Asamblea de Parlamentarios concentrada en julio en Barcelona le había ocasionado «un desengaño», en cuanto que había podido deducir de las conversaciones con los diputados que «todos deseaban la República, pero que ninguno o casi ninguno estaba dispuesto a jugarse un cabello para implantarla»; al mismo tiempo, de sus encuentros con sindicalistas, anarquistas y socialistas había inferido «espíritu de lucha y hasta un cúmulo de ideas aprovechables», pero total incapacidad para hacer «algo práctico»; por todo lo cual se encontraba un tanto aislado como político y como periodista y recluido en sus estudios de Derecho, según declaraba. No obstante, aun convencido de que el movimiento emergía destinado al fracaso, «en cuanto oímos –añadía– al pueblo clamar en la calle salimos a unirnos con él»⁸⁴. Y actuó, en efecto, aunque con poco éxito, como enlace entre los sindicalistas que buscaban orientación para el movimiento popular y algunos dirigentes políticos como Marcelino Domingo o Maciá, que eludieron de un modo u otro imbricarse con las protestas obreras⁸⁵.

Poco antes, el revolucionario de Graus había engrosado la candidatura de Reivindicación Republicana Autonomista en elecciones a Cortes generales, junto con G. Alomar, J. Queraltó, F. Layret y J. Brossa⁸⁶, y con este motivo había accedido por primera vez a las páginas del longevo y presti-

84. A. Samblancat, «Anales de unos días», *El Diluvio*, Barcelona, 3 de noviembre de 1917, pp. 10-11.

85. A. Samblancat, «Siguen los anales de unos días», *El Diluvio*, Barcelona, 16 de noviembre de 1917, p. 12.

86. Neus Samblancat, *Ideario y ficción...* II, ob. cit., p. 24.

gioso diario republicano barcelonés *El Diluvio*⁸⁷, al que el escritor siguió fiel a lo largo de los años veinte y treinta. En el artículo que iniciaba, a finales de octubre de 1917, su prolongada colaboración en el periódico, Samblancat enunciaba con cierta solemnidad una ilustrativa declaración de principios, que demuestra una concepción todavía romántica de la figura del escritor —muy extendida por otra parte en el fin de siglo— junto a la más reciente sensibilidad regionalista o la muy del momento atención a las reivindicaciones obreras:

*Nuestro ideal de escritores y de hombres se resume en pocas palabras. Ser generosos, ser fuertes y ser sinceros (...) No descansar hasta que a nuestros desgraciados hermanos trabajadores se les dé lo que ganan, lo que merecen. Rezar para que el káiser y su horda y su Estado Mayor vandálico sean confundidos. Brindar por que las naves de Lauria desplieguen de nuevo sus blancas velas y por que los peces del Mediterráneo vuelvan a lucir sobre sus lomos las barras de Cataluña. Ser optimistas y soñar que en el mundo un día habrá paz y fraternidad y justicia (...)*⁸⁸.

El compromiso republicano y autonomista con Cataluña, su lugar de residencia desde los primeros años del siglo, y donde fue configurando su conciencia política, le llevó a trasladar parecidas reivindicaciones a su lugar de origen y, de hecho, fueron sus andanadas contra el caciquismo altoaragonés, centradas en la persona de León Abadías y aparecidas en *Talión*⁸⁹, lo que le llevó a vivir un tiempo en Madrid, desde

87. A. Samblancat, «Pórtico», *El Diluvio*, Barcelona, 27 de octubre de 1917, pp. 10-11.

88. *Ibídem*

89. A. Samblancat, «Monstruoso», *El Diluvio*, Barcelona, 29 de noviembre de 1917, pp. 10-11, y reproducido en *Ideal de Aragón*, 99 (8 de diciembre de 1917), p. 3. Volvía sobre lo mismo en A. Samblancat, «Temas del momento. Sed de gracia y de justicia», *España Nueva*, Madrid, 1 de enero de 1919, pp. 1-2.

el verano de 1918, desterrado de Barcelona y de Huesca. A finales de noviembre de 1917, *El Diluvio* recogía la «inaudita detención de Samblancat», debida a la causa abierta en Huesca hacía justamente dos años, y se quejaba el diario de que el apresamiento se hiciera efectivo, de forma nada casual, precisamente entonces, cuando el periodista estaba a punto de viajar hacia las fronteras francesas⁹⁰. Días después, el mismo diario informaba del traslado del escritor de la cárcel de Barcelona a la de Huesca⁹¹, donde sólo estaría retenido un día, el 7 de diciembre. El propio Samblancat daba cuenta poco después del final del episodio: aunque le habían anunciado en un principio una pena de destierro a 50 km de Huesca, finalmente la sentencia dictaba el alejamiento tanto de Huesca como de Barcelona al menos a 175 km de distancia⁹². Ya en Madrid recordaba que había sido condenado al «máximo de la pena», siete años⁹³, aunque a finales de noviembre de 1920 celebraba en un artículo de *España Nueva* su regreso a Barcelona⁹⁴.

90. S. f., «La inaudita detención de Samblancat», *El Diluvio*, Barcelona, 26 de noviembre de 1917, p. 7.

91. S. f., «Samblancat, preso. De la cárcel de Barcelona a la cárcel de Huesca», *El Diluvio*, Barcelona, 6 de diciembre de 1917, p. 7. El periodista refería su traslado desde Barcelona a Huesca en «Libertad, libertad querida...», *Ideal de Aragón*, 101 (22 de diciembre de 1917), p. 1.

92. A. Samblancat, «La comedia non e finita. Una trastada», *El Diluvio*, Barcelona, 18 de diciembre de 1917, p. 10.

93. A. Samblancat, «Sed de gracia y de justicia», art. cit., p. 2; Ángel Samblancat, «Justicia española», *Ideal de Aragón*, 132 (27 de julio de 1918), p. 1.

94. A. Samblancat, «Barcelona buena», *España Nueva*, Madrid, 27 de noviembre de 1920, p. 1. Poco después de su regreso, como consecuencia de la represión que siguió al asesinato de Dato, en marzo de 1921, ingresó de nuevo en prisión, donde permaneció ocho meses, véase, Ángel Samblancat, «La muerte civil», *Lucha Social*, 92 (12 de noviembre de 1921), p. 2.

Según Neus Samblancat, que parece seguir en este caso informaciones transmitidas en el seno familiar, Samblancat escapó de su destierro madrileño para casarse civilmente con Carmen Pérez Martínez, hermana menor de la mujer de su hermano José, Luisa; de modo que en los inicios de su matrimonio vivió de forma clandestina en las afueras de la ciudad mientras firmaba artículos con pseudónimo. Y todo ello hacia 1922⁹⁵. Sin negar que lo narrado por la investigadora y pariente del escritor acaeciera así en efecto, sin duda tuvo que suceder antes de lo que ella apunta; ya que Samblancat en el artículo citado databa su vuelta oficial a Barcelona, y de nuevo al distrito V (actualmente el I), a mediados de noviembre de 1920, poco antes del asesinato de Francesc Layret, abogado, político republicano y catalanista, y fundador del diario *La Lucha*, primera víctima de los del Libre, a cuyo entierro asistió emocionado su correligionario Samblancat⁹⁶.

Por otra parte, la interrupción anticipada del destierro debió de truncar el proyecto editorial que en junio de 1920 se anunciaba en *España Nueva*, y cuya dirección se había encargado a nuestro autor. Apuntaba el periódico que algunos integrantes de *España Nueva* junto con elementos de la CNT y del Ateneo Sindicalista habían constituido en Madrid un grupo comunista denominado Antorcha Roja, que intentaría difundir su pensamiento a través de una Biblioteca confeccionada por volúmenes a 25 céntimos, que harían referencia en su mayor parte a la nueva Rusia. Ramón Rubio iba a ejercer como gerente de la empresa y Samblancat como director editorial⁹⁷; pero al parecer el empeño quedó en

95. Neus Samblancat, *Ideario y ficción...* I, ob. cit., pp. 31-32.

96. A. Samblancat, «El entierro de Layret», *España Nueva*, Madrid, 7 de diciembre de 1920, p. 1. Luego, en 1923 escribiría Samblancat un número de la revista *Siluetas* consagrado al político asesinado.

97. S. f., «Antorcha roja», *España Nueva*, 14 de junio de 1920, p. 4. Prometían títulos como *La tragedia de Odessa: el asesinato de Juana*

mero proyecto ya que no hemos localizado nuevas informaciones al respecto.

En cualquier caso, en Madrid nuestro escritor colaboró en *La Voz*, *Heraldo de Madrid* o *La Libertad* y engrosó la redacción de *El Parlamentario* en la segunda mitad de 1918⁹⁸, donde conoció a Antón del Olmet, director del periódico, al que luego mataría a tiros otro redactor de la plantilla, Vidal y Planas, popular autor de novelas cortas, muy celebrado entre los círculos radicales⁹⁹, y que más tarde firmaría un epílogo para la novela de Samblancat, *La casa pálida* (1926); también entabló relación con otros asiduos de las mismas páginas, como Eugenio Noel o Eduardo Barriobero, abogado y escritor republicano que en el inicio de la guerra organizaría en Barcelona, en colaboración con Samblancat y otros juristas, la administración de la Justicia revolucionaria¹⁰⁰.

Aunque siguió publicando en *El Parlamentario*, poco después de terminada la guerra Samblancat se incorporó al

Labourde, La Revolución húngara, Los sucesos del cuartel del Carmen, La sublevación de la escuadra del Mar Negro, La revolución espartaquista, Lenin: su vida y su obra, etc.

98. L. Capdevila, ob. cit., p. 49.

99. «La pluma de Alfonso, rebelde, denunciadora, es de esas que quitan el sueño al burgués», escribió R. Cansinos-Assens, *La novela de un literato II*, Alianza, Madrid, 1985, p. 108; sobre Vidal y Planas y su proceso judicial véase «Alfonso Vidal y Planas», ibídem, pp. 108-109, «Vidal y Planas en la cárcel», ibídem III, pp. 73-76; «Vidal y Planas en el banquillo», ibídem III, pp. 159-160 y «Vuelve Vidal y Planas», ibídem III, pp. 202-204. En las páginas de *España Nueva*, Gil Bel comentaba con entusiasmo uno de sus libros más celebrados, *Santa Isabel de Ceres*, del que señalaba: «tanta injusticia hace el efecto de una bomba», «*Santa Isabel de Ceres*», *España Nueva*, Madrid, 15 de octubre de 1919, p. 1.

100. Véase E. Barriobero y Herrán, *Memorias de un tribunal revolucionario durante la República*, Hacer, Barcelona, 1986 (edición facsímil). Prólogo de Mateo Seguí Parpal. Véase también F. Alaiz, «Barriobero, contertulio de Rabelais», *Tipos españoles II*, ob. cit., pp. 137-144.

equipo redactor de *España Nueva*, en cuyas páginas firmó regularmente durante más de dos años, hasta prácticamente la desaparición del diario, en mayo de 1921. Por otro lado, en *España Nueva* volvería a coincidir buena parte de aquella «guerrilla antifascista» de los años 1915 a 1920, que acuñara Alaiz en 1937: es decir, Samblancat y Bel, junto a Maurín y Alaiz, colaboradores ocasionales, lo mismo que el jovencísimo Ramón J. Sender, que con dieciocho años vivía su primera etapa madrileña y a quien Carlos Forcadell y Francisco Carrasquer suman, como sabemos, al grupo de autores aquí considerado¹⁰¹.

En *España Nueva* Samblancat firmó más de ciento treinta artículos, siempre con el afán de avivar las conciencias, de enervar al lector ante la injusticia o la miseria y con su ya conocido talante de libelista indomable que le llevaba a rozar en ocasiones el insulto o el disparate y que le ocasionó casi continuos procesos judiciales y abundantes encarcelamientos. Así, durante su destierro en Madrid informaba a través de *España Nueva* de tres detenciones¹⁰², dos de ellas por acusar al presidente del gobierno, el conde de Romanones, entre otras cosas, de enriquecerse a costa de la nación¹⁰³. Por ello mismo, son frecuentes sus crónicas acerca de la vida carcelaria,

101. Sobre la configuración del grupo véase el capítulo II de este libro «Huesca (1914-1915): *Talión* ¡Ojo por ojo, diente por diente!», donde también se insertan nuestras razones para no incluir en el grupo de *Talión* a Ramón J. Sender.

102. A. Samblancat, «Desde la cárcel. Reincindiendo en el crimen», *España Nueva*, Madrid, 12 de marzo de 1919, p. 1; «Desde la cárcel. En el vientre de la ballena», 11 de abril de 1919, p. 1; «Viacrucis», 29 de mayo de 1919, p. 1.

103. El 3 de marzo de 1919, *España Nueva* informaba, por ejemplo, de que Samblancat había sido detenido por su artículo, «Presidente presidiable», alusivo al Conde de Romanones y publicado en *El Parlamentario*. El escrito adquirió entonces considerable nombradía y fue reproducido en *Ideal de Aragón*.

a menudo con la intención de solicitar mejoras para los presos o de denunciar la injusticia última que suponía, a su juicio, la aplicación, frecuentemente viciada, del código penal¹⁰⁴. Tras la revolución rusa, y salvadas algunas reticencias iniciales, Samblancat ahondaba en la percepción de la sociedad como lucha de clases, lo que le condujo a airear los sacrificios que el capitalismo impone al proletariado y ya no tanto a denunciar situaciones o personas concretas. Así, el escritor se identificaba más con los republicanos italianos que con los españoles porque de acuerdo con los primeros podía ser republicano a la vez que «comunista y bolchevique», o a la vez que aceptar «la expropiación capitalista, los Soviets, la dictadura del proletariado, la revolución rusa, todo el programa en suma de la Tercera Internacional», que era entonces su credo¹⁰⁵. En otro

104. A. Samblancat, «Cosas de micos», *España Nueva*, Madrid, 4 de abril de 1919, p. 1 (artículo recogido luego en su novela breve *Los micos*, 1927); «Desde la cárcel. Delincuentes honrados», 20 de abril de 1919, p. 1; «Un suicidio en la cárcel. Régimen disciplinario», 11 de mayo de 1919, p. 1; «Prisiones infernales», 23 de diciembre de 1919, p. 1; «Nuestro hermano el delincuente», 5 de junio de 1920, p. 1; «¡Viva el robo!», 7 de julio de 1920, p. 1; «Hermano guardia», 6 de septiembre de 1920, p. 1.

105. A. Samblancat, «Republicanos de Italia», *España Nueva*, Madrid, 3 de noviembre de 1920, p. 1. Juan Avilés Farré, ob. cit., p. 56, resume un artículo de Samblancat, reproducido en *El Maximalista* el 2 de noviembre de 1918 —publicado antes en *El Diluvio*, «Armas de mala ley», Barcelona, 11 de septiembre de 1918, pp. 11-12— donde el periodista reconocía que en un principio había entendido que la revolución rusa favorecía a Alemania por cuanto que iba a añadir retraso e incertidumbre en el desenlace de la guerra, pero que una vez repuesto el frente aliado de la defección rusa no había razones para no defender a los bolcheviques. Según Avilés Farré, *El Maximalista* adjuntaba al artículo una nota donde reprochaba a Samblancat sus anteriores ataques a la revolución bolchevique. Por mi parte, he de decir que no he localizado ningún escrito de Samblancat de estos años en contra del bolchevismo; sus reticencias debieron de ser, pues, muy efímeras y

momento, advertía que el capitalismo quitaba ya «tierra del hoyo que le va a servir de sepultura». O apostillaba: «Sin duda, no será reducida a polvo toda nuestra civilización; pero es seguro que el día de las grandes remociones y de la inevitable voltería se acerca»¹⁰⁶.

Señalaba Susanna Tavera que hacia 1917, seguramente después de la huelga general del verano, Ángel Samblancat había ingresado, al parecer, en la CNT, por la misma época —añadía la estudiosa— en que comenzaron sus colaboraciones en *Solidaridad Obrera*¹⁰⁷. De cualquier modo, en *España Nueva* se mostraba el escritor plenamente acorde con las posiciones sindicalistas y, de hecho, no sólo asistió al Congreso de la Comedia sino que se convirtió en uno de sus cronistas más autorizados. Como ya sabemos, Manuel Buencasa, al historiar el Congreso, no dudó en reproducir un artículo de Samblancat, «Congreso rojo»; y ello, argumentaba, «por lo bien que está escrito y por lo bien que refleja el ambiente de la gran asamblea el notable escritor»¹⁰⁸. Aparte

nacidas, tal vez, al conocer las primeras e imprecisas noticias. Por el contrario, en seguida asumió la defensa de la revolución, a veces exacerbando los argumentos y tratando de alimentar el miedo que provocaba la guerra de los soviets en la burguesía española, véase sus artículos «Las derechas farrucas», *Ideal de Aragón*, 145 (5 de diciembre de 1918), p. 1; «El bolcheviki (sic) errante», *Ideal de Aragón*, 147 (5 de enero de 1919), p. 1.

106. A. Samblancat, «Baltasar en el Ritz», *España Nueva*, Madrid, 21 de febrero de 1921, p. 1.

107. S. Tavera, *Solidaridad Obrera...*, ob. cit. p. 59. Por mi parte, no he localizado ningún artículo de Samblancat en *Soli*, bien es cierto que la conservación del periódico es muy escasa por lo que concierne a 1917; tal vez por ello la propia S. Tavera tampoco da referencias concretas de ningún escrito del autor en el emblemático rotativo de la CNT.

108. M. Buenacasa, ob. cit., p. 60; el artículo, en pp. 60-61; apareció en su momento en *El Comunista*, 12 (2 de enero de 1920), p. 1. Añadía Buenacasa, ibídem, con evidente exageración, que con motivo del Con-

de éste, Samblancat dedicó al acontecimiento varias crónicas más, aparecidas en *España Nueva*, generalmente bajo el epígrafe de «Figuras del Congreso Rojo» o «Figuras del sindicalismo», donde trazaba el perfil moral o la trayectoria de lucha de lo más granado del sindicalismo, con frecuencia amigos personales del autor: Pestaña, Buenacasa, Seguí, Quemades, Ramón Acín, Galo Díez, etc.¹⁰⁹

Aun sin ahondar en los asuntos debatidos en el teatro de la Comedia, Samblancat se ocupó en aquellos meses de las más acuciantes preocupaciones que asaltaban por entonces a los confederales. Así, defendió los logros de la nueva Rusia¹¹⁰, sobre la que publicó un folleto de divulgación¹¹¹; se

greso «se unieron a nosotros nutridos grupos de intelectuales estimulándonos a nuestra labor. Muchos de ellos nos ayudaron con un desinterés digno de loa, Alberto Ghirardo hizo una edición extraordinaria de la antigua y popular revista argentina *Ideas y Figuras*, que ilustró el gran artista Barradas. Valentín de Pedro compuso la versión de las sesiones».

109. A. Samblancat, «Imágenes del Congreso Rojo. Pestaña», *España Nueva*, Madrid, 27 de diciembre de 1919, p. 1; «Figuras del Congreso Rojo. Buenacasa», 23 de enero de 1920, p. 1; «Figuras del Congreso Rojo. 'David Rey'», 28 de enero de 1920, p. 1; «Figuras del Congreso Rojo. Seguí», 3 de febrero de 1920, p. 1; «Figuras del Congreso Rojo. José María Martínez», 5 de febrero de 1920, p. 1; «Figuras del Congreso Rojo. Ramón Acín», 11 de febrero de 1920, p. 1; «Figuras del Congreso Rojo. Cordón», 14 de febrero de 1920, p. 1; «Figuras del Congreso Rojo. Galo Díez», 18 de febrero de 1920, p. 1; «Las grandes figuras del sindicalismo. Quemades», 21 de febrero de 1920, p. 1; «Las grandes figuras del sindicalismo. Arín», 20 de marzo de 1920, p. 1; «Figuras del Congreso Rojo. Coteló», 26 de marzo de 1920, p. 1; «Figuras del sindicalismo. Paronas y Fontfría», 30 de julio de 1920, p. 1; «Figuras del sindicalismo: Antonio Amador», 4 de agosto de 1920, p. 1.

110. A. Samblancat, «Exportación de alicánicanos», *España Nueva*, Madrid, 15 de marzo de 1920; «Ignorancia y mala leche», 2 de febrero de 1921, p. 1; «¡Vaya frío!», 4 de marzo de 1921, p. 1.

111. A. Samblancat, *La Revolución rusa*, Monclús, Tortosa, 1920.

quejó de forma pertinaz y valiente de la represión contra el sindicalismo¹¹², al tiempo que dejaba sentado que la acción directa «[n]o es terrorismo, no es salvajismo, no es imperio de la porra y del mamporro» sino «la gestión por cuenta propia de los propios negocios [que] supone conciencia, responsabilidad, capacidad»¹¹³; o que aludía a los atentados como «eternos incidentes de la lucha social, agravados y engrandecidos por la crudeza de los tiempos que atravesamos», y de cuya responsabilidad exoneraba a los sindicatos¹¹⁴.

Poco después, nada más concluir el periodo de represión comandada por Miguel Arlegui y Martínez Anido y recién asesinado Salvador Seguí, Samblancat afrontaba con incuestionable tino la plaga que atenazaba todavía a la sociedad española, y particularmente a la barcelonesa, la violencia. En mayo de 1923, en efecto, en una conferencia de título homónimo recogida en folleto¹¹⁵, el escritor no renunciaba a una percepción radical de las relaciones sociales, con óptica puramente anarquista (citaba a Malatesta y a Proudhon, por ejemplo), pero a la vez que apelaba al buen sentido de los interlocutores, con un discurso de poso evidentemente religioso:

No matéis nadie, nadie (sic), que sólo así, considerando santa, sagrada, inviolable e intangible la vida del prójimo,

112. A. Samblancat, «Gobierno sin freno», *España Nueva*, Madrid, 19 de febrero de 1919, p. 1; «Don Manuel [Bravo Portillo]», 14 de agosto de 1919, p. 1; «El gobernador de Valencia», 14 de octubre de 1929, p. 1; «Zaragoza en el potro», 3 de abril de 1920, p. 1; etc.

113. A. Samblancat, «La acción directa», *España Nueva*, Madrid, 10 de marzo de 1920, p. 1.

114. A. Samblancat, «La epidemia de los atentados», *España Nueva*, Madrid, 11 de agosto de 1920, p. 1.

115. A. Samblancat, *La violencia*, Herrera (Sevilla), Renovación Proletaria, 1923. Debo su lectura, como la de buena parte de la obra de Samblancat, a la amabilidad de mi buen amigo José Luis Melero Rivas.

conseguiréis que la vuestra sea santa, sagrada, inviolable e intangible para él¹¹⁶.

No sorprendemos, pues, contra la fama que acarreó en ocasiones el autor, afán incendiario ni revanchista sino la reflexión de un humanista, imbuido de comunismo libertario, que enaltece la vida humana como valor supremo al tiempo que denigra el capital, la autoridad o el Estado en cuanto verdaderos «atentados» contra el individuo:

El capital es un atentado contra las cosas, una apropiación ilegítima por parte del individuo de elementos comunes como la tierra y demás útiles de producción (...).

La autoridad es un atentado contra las personas (...) el Estado es una organización de fuerza para la sojuzgación y el sometimiento del hombre¹¹⁷.

Y aunque se declaraba «partidario de la revolución, como sea», no defendía la violencia individual porque la revolución habría de ser tarea de la «totalidad o la gran mayoría de la clase explotada»¹¹⁸.

Como es de suponer, por tanto, en los medios libertarios Samblancat era leído y celebrado. Federica Montseny recordaba que el escritor «havia representat una força moral molt important a l'època: era molt llegit, molt escoltat i les seves idees eran molt a prop de les nostres, de idees llibertaries. Ell va ser defensor de molts companys, com en Layret, i sobretot va defensar-los a les campanyes de premsa amb els seus articles»¹¹⁹. García Oliver, a su vez, recordaba a Samblancat sobre todo como el constructor de expresiones felices en las que lograba cristalizar sentimientos colectivos¹²⁰.

116. *Ibidem*, p. 20.

117. *Ibidem*, pp. 5-6.

118. *Ibidem*, pp. 16-18.

119. Entrevista de Neus Samblancat con F. Montseny en febrero de 1988, N. Samblancat, *Ideario y ficción...* I, ob. cit., p. 28.

Y poco antes de estallar la guerra, Alaiz, por su parte, invitaba a su viejo amigo a frecuentar «las publicaciones obreras», donde –pensaba– «hallaría más hospitalidad y comprensión»¹²¹.

Aunque publicó en la prensa burguesa –*La Voz*, *Heraldo de Madrid*, etc.– lo cierto es que el autor de Graus encontró su público más propicio donde, por otra parte, lo buscaba, entre la pequeña burguesía radicalizada y el proletariado. De hecho, si bien durante su estancia en Madrid visitó la tertulia de Pombo, donde fue cariñosamente acogido por Ramón¹²², o la Residencia de Estudiantes en compañía de Gil Bel¹²³, en seguida expresó sus diferencias con la intelectualidad burguesa. Ya a mediados de 1919 apreciaba que *El Sol*, el diario de Urgoiti y Ortega, había modificado ostensiblemente su orientación inicial (su primer número iba fechado el 1 de diciembre de 1917); y le reprochaba ahora Samblancat su posición antibolchevique, anticatalanista, antiirlandesa, antirrusa, antisindicalista¹²⁴. En otro momento insistía en que «[e]l pueblo no puede hacer suya la causa de *El Sol* porque *El Sol* no ha hecho suya la causa del pueblo»; objeción que extendía a la «canallería de los intelectuales»: Ortega, Unamuno, Baroja¹²⁵; y mayor

120. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., pp. 257, 625 y 628. Así, recordaba García Oliver que Samblancat hablaba de «arlequines azules» para referirse a los miembros de la CNT que, enfundados en su mono azul, se ocupaban de «devolver golpe a golpe».

121. F. Alaiz, «Ángel Samblancat, el evadido de Jericó», *Tipos españoles*, II, ob. cit., p. 164.

122. A. Samblancat, «Pombo», *España Nueva*, Madrid, 8 de febrero de 1919, p. 1.

123. G. Bel, «En la Residencia de Estudiantes», *España Nueva*, Madrid, 10 de junio de 1919, p. 1.

124. A. Samblancat, «*El Sol* 'apagao'», *España Nueva*, Madrid, 20 de junio de 1919, p. 1.

125. A. Samblancat, «La canallería de los intelectuales», *España Nueva*, Madrid, 23 de agosto de 1920, p. 1.

calibre guardaba aún para las andanadas dirigidas contra *Azorín*¹²⁶.

Por otra parte, confesaba que leía poca literatura de creación a la vez que reseñaba con agrado un libro de *El Caballero Audaz*, un conjunto de relatos, algunos de corte erótico, titulado *En carne viva*, donde encontraba Samblancat «verismo zolesco»¹²⁷. Pero a pesar de la orientación popular de sus gustos, el autor era consciente de la distancia cultural que le separaba de su público. Por ejemplo, al hacerse eco de la muerte del libelista francés Laurent Tailhade, uno de sus principales «educadores» –según decía– junto con otros panfletistas de los que destacada antes que nada un talante moral insobornable (Octavio Mirbeau, Severine, Urbain Gohier, etc.), Samblancat se lamentaba: «Hablar a nuestro público de Laurent Tailhade es como hablarle de la burra de Balaán»¹²⁸.

En esta tesitura, es fácil explicar el componente didáctico que imprimía a su labor. Y para ello ponía en juego, como ya vimos, una retórica que apelaba sobre todo a los resortes emocionales del lector, a menudo mediante una constante *amplificatio* (plasmada, en su caso, a través de la insistencia en un mismo concepto sucesivamente matizado o completado) o por medio de la selección de un léxico enervante. Y en ese cometido no transigía, por ejemplo, como tampoco su admirado Eugenio Noel, con el flamenquismo. Por ello, sin duda la campaña de mayor resonancia del autor en *España Nueva* fue la que desencadenó tras la cogida y muerte del torero José Gómez Ortega, *Joselito*. «Nos alegra-

126. A. Samblancat, «Gorilas intelectuales», *España Nueva*, Madrid, 23 de noviembre de 1920, pag. 1.

127. A. Samblancat, «Del día. En carne viva, por *El Caballero Audaz*», *España Nueva*, Madrid, 30 de octubre de 1920, p. 1.

128. A. Samblancat, «Laurent Tailhade», *España Nueva*, Madrid, 14 de noviembre de 1919, p. 1.

mos», escribía Samblancat: «Chusmas encanalladas –continuaba–, degeneradas, cabritas y abyectas se prosternan ante las tripas sueltas del gladiador y las adoran»¹²⁹. No extrañará, por lo tanto, que el periodista recibiera amenazas e insultos: «Los flamencos –decía– me andan buscando para banderillearme y estoquearme como a una res»¹³⁰.

Hay finalmente otro asunto sobre el que vuelve de forma recurrente Samblancat en *España Nueva*: su nueva visión de Francia, el arrepentimiento incluso de su antigua aliadofilia por la convicción cada vez más firme de que Francia había virado hacia el conservadurismo tras la victoria¹³¹. No obstante, el escritor vislumbraba en el país de Clemenceau la guerra «verdaderamente grande (...) la guerra de clases, cuyas primeras escaramuzas serias estamos presenciando»¹³². Y en ello coincidía plenamente con otro asiduo firmante del diario, Gil Bel, que ejerció incluso de enviado especial de *España Nueva* en París.

El periodista de Utebo lamentaba, en efecto, en varias ocasiones su antigua e ingenua aliadofilia ya que –aseveraba con más contundencia incluso que Samblancat–, «[e]l triunfo de esta guerra, conquistado por el proletariado, se lo lleva la

129. A. Samblancat, «¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza!», *España Nueva*, Madrid, 20 de mayo de 1920, p. 1.

130. A. Samblancat, «¡Que rectifique el nuncio!», *España Nueva*, Madrid, 26 de mayo de 1920, p. 1. Todavía dedicó al mismo asunto tres nuevos artículos en *España Nueva*: «Contra el flamenquismo. Ofensiva de la vergüenza», Madrid, 1 de junio de 1920, p. 1; «Su majestad Gómez III», 17 de junio de 1920, p. 1 y «Banderillero banderilleado», 26 de junio de 1920, p. 1.

131. A. Samblancat, «¡Cochina Francia!», *España Nueva*, Madrid, 10 de agosto de 1919, p. 1; «El Busilis», 9 de junio de 1920, p. 1; «República de tango y de fandango», 23 de julio de 1920, p. 1; «Zar de todas las Francias», 29 de septiembre de 1920, p. 1; «Caso patológico», 14 de febrero de 1921, p. 1.

132. A. Samblancat, «La otra guerra de Francia», 17 de mayo de 1920, p. 1.

burguesía»¹³³. Bel, diez años más joven que su amigo –con quien en Madrid compartió ideas y momentos¹³⁴– ya había manifestado sobradamente, como vimos, su admiración hacia el «Hijo del León» en *Ideal de Aragón*; ahora en *España Nueva* dejaba además constancia del «cariño» de Alaiz hacia el de Graus¹³⁵ o de la veneración que profesaba a Samblancat otro joven aragonés instalado entonces en la Residencia de Estudiantes, Juan Vicens¹³⁶. No cabe duda de que Samblancat –como ya apreciamos– ejerció de guía de la promoción más joven y es evidente que se convirtió, en virtud su condición de heredero de Costa y de fustigador del caciquismo aragonés, en importante referencia ideológica,

133. G. Bel, «Bajo la zarpa burguesa», *España Nueva*, Madrid, 23 de mayo de 1919, p. 1. Volvía sobre el asunto en parecidos términos en «Bilis», 29 de abril de 1919, p. 1; «El tiro por la culata», 14 de agosto de 1919, p. 1; «El trabajo punto de partida», 14 de septiembre de 1919, p. 1; «La reaccionaria Francia», 26 de septiembre de 1919, p. 1.

134. G. Bel, «Al preso», *España Nueva*, Madrid, 22 de abril de 1919, p. 1; evocaba una visita a Samblancat en la cárcel en «Mártires del arte», 27 de abril de 1919, p. 1.

135. G. Bel, «Letras. Felipe Alaiz», *España Nueva*, Madrid, 21 de abril de 1919, p. 1.

136. G. Bel, «En la Residencia de Estudiantes», *España Nueva*, Madrid, 10 de junio de 1919, p. 1. Luis Buñuel, *Mi último suspiro (Memorias)*, Plaza-Janés, Barcelona, 1987, pp. 100-102, menciona al zaragozano Vicens como uno de sus amigos de juventud. Véase también sobre el personaje Juan Manuel Bonet, ob. cit. p. 623, y sobre todo el reciente número que dedica *Trébede*, 43 (octubre de 2000) a reivindicar las figuras olvidadas de Juan Vicens, Ignacio Mantecón y Rafael Sánchez Ventura. El propio Buñuel, ibídem, pp. 70-71, al aludir a la importancia de las «peñas» o tertulias en la vida madrileña, donde «[t]odo el mundo se conocía y cualquier encuentro era posible», recordaba: «En el ‘Café Platerías’, donde se reunía una peña política, solía encontrarse a Samblancat, un aragonés anarquizante que escribía en varias revistas, *España Nueva* entre otras. Su extremismo era tan notorio, que la policía lo detenía automáticamente al día siguiente de cualquier atentando. Así ocurrió cuando mataron a Dato».

periodística y literaria de los aragoneses más inquietos nacidos en los años de entresiglos. Pero al mismo tiempo, tal vez por el momento de su nacimiento, se mantuvo un tanto anclado en sus referencias primeras mientras que los discípulos, poco más jóvenes, ahondaron más en su percepción de los hechos sociales; este es el caso de Alaiz (dos años menor), Bel (diez más joven) o Maurín (nacido once años después que su coterráneo). Este último ya percibió entonces esta circunstancia que acompañaba al grausino, según transcribía Alaiz:

*Me decía un día Maurín que Samblancat nació en un entreacto. De nacer diez años antes sería un líder republicano, y si hubiera nacido diez años después sería un líder obrero*¹³⁷.

Gil Bel firmó en *España Nueva*, entre marzo de 1919 y enero de 1921, algo más de ciento treinta artículos, la mayoría insertados en su columna «Pim pam pum», y en ellos reflejaba, en efecto, la entusiasta y esperanzadora acogida del bolchevismo¹³⁸, su plena identificación con

137. F. Alaiz, «Ángel Samblancat, el evadido de Jericó», *Tipos españoles II*, ob. cit., p. 159. No compartía Alaiz la visión de su antiguo amigo, ya que apreciaba entonces a Samblancat (1935) en trance de abandonar Jericó, esto es, la política de partido y parlamento, y de incorporarse plenamente a la lucha sindical. Pero recordemos que esta misma posición poco definida había sido la ubicación más propia de Samblancat desde hacía veinte años.

138. G. Bel, «Se acabaron los neutrales», *España Nueva*, Madrid, 26 de marzo de 1919, p. 1; «La derrota de los triunfantes», 1 de abril de 1919, p. 1; «La muerte de una modistilla», 4 de abril de 1919, p. 1; «El reparto de tierras», 11 de abril de 1919, p. 1; «Expulsión de fieles», 12 de abril de 1919, p. 1; «Aspectos. Primero de Mayo», 1 de mayo de 1919, p. 2; «El problema agrario español», 21 de mayo de 1919, p. 1; «¡Esos curas!», 12 de agosto de 1919, p. 1; «Los bolcheviquius (sic) primeros y los bolcheviquius segundos», 29 de agosto de 1919, p. 1; «La socialización de los niños», 28 de septiembre de 1919, p. 1; «La lucha contra el bolcheviquismo», 24 de octubre de 1919, p. 1; «No hay tal derrota», 29 de octubre de 1919, p. 1.

el sindicalismo¹³⁹, entendía sin subterfugios que el momento se definía por la lucha sin cuartel entre burguesía y proletariado¹⁴⁰ o aspiraba a una sociedad sin clases¹⁴¹.

Si en *Ideal de Aragón* percibíamos a Bel plenamente adscrito al republicanismo de raigambre costista y pimargalliana, ya al incorporarse a *España Nueva*, a primeros de marzo de 1919 –aproximadamente un mes después de haber dejado *Ideal de Aragón*–, un anónimo y antiguo compañero de redacción pensaba que en la nueva publicación tendría justa acogida «su amplio criterio de la política». A lo largo de 1919 apreciamos, en efecto, a través de las páginas de *España Nueva* la progresiva y rápida aproximación de Bel al sindicalismo, cuyas filas engrosaría en seguida y ya hasta el final de la guerra.

Las primeras muestras inequívocas de sus simpatías sindicalistas datan de finales del verano de 1919. Entonces hacía

139. G. Bel, «Luchadores de ideal», *España Nueva*, Madrid, 24 de agosto de 1919, p. 1; «El estado de guerra y las garantías constitucionales», 4 de septiembre de 1919, p. 1; «Mi saludo a los sindicalistas», 16 de septiembre de 1919, p. 1; «No hay tal error sindicalista», 17 de septiembre de 1919, p. 1; «Artistas en acción», 6 de octubre de 1919, p. 1; «Seguí y Pestaña», 7 de octubre de 1919, p. 1; «Margarita roja», 9 de octubre de 1919, p. 1; «Puntos de vista», 10 de octubre de 1919, p. 1; «El reto patronal», 20 de octubre de 1919, p. 1; «De otra sociedad y de otro siglo», 26 de octubre de 1919, p. 1; «Ante el *lock-out* patronal», 28 de octubre de 1919, p. 1; «Un aspecto de la acción directa», 1 de noviembre de 1919, p. 1; «La lucha de nuestros días», 21 de abril de 1920, p. 1; «Optimismos», 12 de mayo de 1920, p. 1; «Abusos de autoridad», 21 de abril de 1920, p. 1.

140. G. Bel, «La amargura de vivir», *España Nueva*, Madrid, 8 de abril de 1919, p. 1; «La huelga internacional», 18 de junio de 1919, p. 1; «La burguesía y los trabajadores», 10 de agosto de 1919, p. 1; «Lo intolerable», 18 de agosto de 1919, p. 1; «Problemas e ideas», 19 de agosto de 1919, p. 1.

141. G. Bel, «La eterna cuestión», *España Nueva*, Madrid, 3 de abril de 1919, p. 1.

constar, por ejemplo, su admiración incondicional hacia un «luchador» que había llegado de «una ciudad más admirable que lejana», –Barcelona, probablemente– y que portaba ciertos «rollos de papel» cuyo contenido «vale más que lo escrito por Moisés»¹⁴², lo que parece alusión a los primeros preparativos del Congreso de diciembre. Por entonces también mostraba el periodista enorme satisfacción por la excarcelación de algunos líderes del sindicalismo –Pestaña, *David Rey*, Buenacasa, etc.–, en un escrito que cabría calificar como la primera declaración expresa de su nueva militancia: «Para ellos y para todos los compañeros alargo mis manos para estrechar las tuyas fuertes y revolucionarias, cuanto más revolucionarias y más rojas y más llenas de sangre, mejor que mejor»¹⁴³.

Poco más tarde, fueron varios los artículos que de forma consecutiva dedicó a los confederales que visitaban Madrid –Seguí y Pestaña, entre otros– como preparación para el Congreso de la Comedia: «Todavía queda en la villa y corte el rescoldo de la hoguera que estos sindicalistas provocaron», escribía. Y propugnaba «un sindicalismo rojo para el cual entregaremos todas nuestras energías y por el cual sacrificaremos todo»¹⁴⁴. Un mes más tarde, a mediados de noviembre, Antonio de la Villa, redactor-jefe del diario y sustituto de Gil Bel en la columna «Pim pam pum», informaba de que el joven periodista se había marchado a Barcelona «requerido por *Solidaridad Obrera*», y recordaba que

142. G. Bel, «Luchadores del ideal», *España Nueva*, Madrid, 24 de agosto de 1919, p. 1.

143. G. Bel, «Mi saludo a los sindicalistas», *España Nueva*, Madrid, 16 de septiembre de 1919, p. 1.

144. G. Bel, «Seguí y Pestaña», *España Nueva*, Madrid, 7 de octubre de 1919, p. 1. Véase además «Artistas en acción», 6 de octubre de 1919, p. 1, «Margarita roja», 9 de octubre de 1919, p. 1, y «Puntos de vista», 10 de octubre de 1919, p. 1.

había llegado a *España Nueva* «sin otra recomendación que sus veinte años y unas ansias locas de hacer una revolución todos los días». Destacaba además que era introvertido y poco hablador: «Gil Bel en Madrid vivía para él. De tal modo vivía que los compañeros de ESPAÑA NUEVA no sabíamos nada de su persona»¹⁴⁵:

Últimamente –continuaba– cuando estuvieron en Madrid y en ESPAÑA NUEVA, el Noy y Pestaña, me pareció que Gil Bel había perdido un poco su serenidad. Le vi entonces frecuentar la Casa del Pueblo, le vi en una tertulia evolucionista del antiguo Fornos, le vi en un mitin que se celebró en la Comedia, y hasta creo que en un teatrillo de la calle de Carretas (...).

Gil Bel tenía veinte años y esta es la mejor razón de su anarquismo. En Barcelona seguramente verá cosas extraordinarias, acaso las viva, y acaso también sienta las primeras desilusiones en su empresa.

Desde entonces, Gil Bel se convirtió en un hombre de la organización, trabajó en su seno y cambió de lugar según las necesidades de aquélla. Cinco meses después de la despedida de De la Villa, el 21 de abril de 1920, Bel volvía a firmar en *España Nueva*, aunque ahora desde Barcelona; fue sin duda la época en que, como recordaba Samblancat en 1923, Gil Bel era redactor de *España Nueva* y de *Solidaridad Obrera* y, poco después, «amarrado al remo, al banco galeote del periodismo» había vivido en Barcelona, Bilbao y Valencia¹⁴⁶; lugares donde se editó *Solidaridad Obrera* en los

145. A. De la Villa, «Adiós a Gil Bel», *España Nueva*, Madrid, 19 de noviembre de 1919, p. 1. Añadía De la Villa: «Pero siempre lo veo con cariño, tan puntual, tan tímido, tan laborioso, tan abstraído de todo y de todos».

146. A. Samblancat, «Forjador de belleza y de gracia», *La Democracia*, 44 (14 de abril de 1923), p. 1.

años del «terror blanco». Añadía Samblancat que Bel había residido en Barcelona «en horas muy críticas, en momentos apocalípticos de la represión»; recordaba también que luego, en el periodo álgido del terror, lo había perdido de vista durante unos meses y que más tarde había colaborado unas semanas en *Nueva Senda* o que había pasado por «La Novela Roja» como «un cometa llameante»¹⁴⁷.

A *España Nueva* remitía Gil Bel, en efecto, al menos un artículo desde Valencia, en agosto de 1920¹⁴⁸; aunque no es probable que acudiera a la ciudad levantina como redactor de *Soli*, ya que la etapa valenciana del periódico confederal fue algo posterior, en 1922. También encontrábamos a Bel en Tarragona, en mayo y junio de 1920, adonde debió de acudir con el objeto de potenciar la organización, bastante maltrecha entonces, víctima de numerosas detenciones, según las frecuentes quejas de su órgano, *Fructidor*. El periodista aragonés insertó aquí tres artículos, cuando menos, todos destinados a analizar aspectos relacionados con la lucha sindical y a reavivar el ánimo de los trabajadores organizados de la zona¹⁴⁹.

Posiblemente, intereses de otro orden fueron los que le condujeron a París, todavía la ciudad mítica del arte y las letras. Desde allí remitió sus artículos a *España Nueva*, en

147. Ibídem. *Nueva Senda*, Madrid, 1921-1922, con el subtítulo de «[p]eriódico semanal Comunista Libertario», es una publicación muy escasamente conservada. Sólo he localizado un número, el 42, en la Biblioteca Arús, de Barcelona, y varios en mal estado en la Hemeroteca Municipal de Barcelona, Casa de la Ardiaca, que no pude consultar. Tampoco he dado con ningún escrito de Bel en los escasos ejemplares que he localizado de *Solidaridad Obrera* de los años 1919 a 1922.

148. G. Bel, «Abusos de autoridad», *España Nueva*, Madrid, 6 de agosto de 1920, p. 1.

149. G. Bel, «Aspectos. Burlas sangrientas», *Fructidor*, 17 (22 de mayo de 1920), p. 4; «También nosotros», 19 (5 de junio de 1920), p. 1; «Importancia de los Sindicatos Únicos», 21 (19 de junio de 1920), p. 3.

calidad de enviado especial, entre principios de noviembre de 1920 y enero de 1921. En París, Bel se mostraba, como ya apuntamos, poco indulgente con la nueva Francia y arrepentido de su antigua aliadofilia: «El 'carro' burgués marcha. Las 'jacas' sindicalistas tiran de buena gana»¹⁵⁰, escribía en su primer artículo. Poco después, constataba que Francia «ha cambiado por completo los papeles (...) antes luchaba por las libertades, ahora lucha por el franco»¹⁵¹; o concluía, en suma, que el triunfo había sido para los burgueses y capitalistas¹⁵², mientras que bastaba tener un carnet sindical para recalar unos meses en la cárcel¹⁵³.

El 9 de diciembre de 1920 *España Nueva* no salió a la calle dado que los responsables del periódico decidieron suspenderlo temporalmente, en vista de las dificultades añadidas que suponían la previa censura, limitada ahora a determinadas cabeceras, o las multas. El 7 de enero reapareció de nuevo, y con un artículo de Bel firmado en París, posiblemente enviado bastante antes, donde el aragonés entendía como indirecto «crimen» de la burguesía el naufragio y muerte de los tres obreros franceses que acudían a Rusia con el objeto de recabar mayor información para el sindicato, del mismo modo que la CNT había enviado a Pestaña al Congreso de la Comedia¹⁵⁴. Al día siguiente, el diario informaba

150. G. Bel, «Francia no quiere saber nada», *España Nueva*, Madrid, 11 de noviembre de 1920, p. 1.

151. G. Bel, «Liberté, Egalité, Fraternité», *España Nueva*, Madrid, 19 de noviembre de 1920, p. 1.

152. G. Bel, «¿Qué dirán los aliados?», *España Nueva*, Madrid, 7 de diciembre de 1920, p. 1.

153. G. Bel, «Inquietud burguesa», *España Nueva*, Madrid, 8 de diciembre de 1920, p. 1.

154. G. Bel, «Pecados políticos», *España Nueva*, Madrid, 7 de enero de 1921, p. 1. En principio, la CNT encomendó el viaje de observación a la nueva Rusia a Carbó, Quemades y Pestaña, aunque finalmente sólo este último logró cumplir el cometido.

de que su número anterior había sido denunciado por el fiscal precisamente por el escrito de Gil Bel¹⁵⁵, el último, por otra parte, que hemos localizado en el periódico de Rodrigo Soriano. Aquí perdemos el rastro del periodista, aunque el artículo de Samblancat citado arriba, nos hace pensar que Bel no tardaría en instalarse de nuevo en Barcelona y en atender en diversos lugares el trabajo de difusión de la CNT¹⁵⁶. En los primeros meses de 1923, tenemos constancia de que el de Utebo pasaba entonces una larga temporada en su casa familiar¹⁵⁷, algo que debió de ser también frecuente durante la Dictadura de Primo.

Por otra parte, durante el periodo madrileño que hemos glosado el escritor no descuidó los asuntos aragoneses y, en particular, los empeños de sus antiguos amigos, lo que viene a ratificar esa cierta conciencia de grupo o de promoción mencionada más arriba. De Aragón, Bel siguió insistiendo sobre todo, a revueltas con cierta nostalgia hacia la patria chica, en la necesidad de acabar con el caciquismo¹⁵⁸. Y acerca de sus amigos, destacaba algunos esfuerzos editoriales con los que comulgaba plenamente; así, saludaba con grandes elogios la aparición de *Revista de Aragón*, dirigida por Alaiz y en la que colaboraban Acín o García Condoy¹⁵⁹; como también mostraba no poco entusiasmo ante *El Comunista*¹⁶⁰. De Alaiz, en particular, elogiaba su inteligencia, no

155. S. f., «Se va la censura; pero queda el fiscal», *España Nueva*, Madrid, 8 de enero de 1919, p. 1.

156. A. Samblancat, «Forjador de belleza y de gracia», art. cit.

157. S. f., «Samblancat y Gil Bel», *La Democracia*, 44 (14 de abril de 1923), p. 1.

158. G. Bel, «Aspectos aragoneses. Derrota de los caciques», *España Nueva*, Madrid, 28 de mayo de 1919, p. 1; «Renacimiento aragonés», 11 de agosto de 1919, p. 1; «La patria chica», 14 de octubre de 1919, p. 1.

159. G. Bel, «Renacimiento aragonés», art. cit.

160. G. Bel, «*El Comunista*», *España Nueva*, Madrid, 17 de octubre de 1919, p. 1.

sin cierta ironía ante la solemnidad de su discurso¹⁶¹, lo que debió de molestar un tanto al aludido –«Debes conocer mi incompatibilidad con el exhibicionismo», le había dicho– por lo que Bel esbozaba después su disculpa¹⁶². En otro momento, añoraba una tertulia «que al abandonarla parece que te arrancan el corazón»: Delmás, Merino, Abella, Alaiz, Porta, Ventura (posiblemente Rafael Sánchez Ventura), Sauras, Huarte, Aznar y Ramón (Ramón Acín, sin duda) eran los más asiduos componentes de la misma¹⁶³; todos ellos jóvenes residentes, según parece, en Huesca y Zaragoza.

Y no cabe duda de que los vínculos que entrelazaban estos nombres, al margen de los afectivos, eran antes que nada de carácter político, ideológico, porque lo literario o artístico quedaba supeditado a las ideas. A pesar de que en estos años confeccionó sus primeros libros, poco decía Bel de sus afinidades literarias. No obstante, aludía en dos ocasiones a Vidal y Planas, por quien profesaba enorme admiración y a quien calificaba de «apóstol de hoy»¹⁶⁴ por su condición de predicador incansable de «la rebelión». No obstante, también mencionaba a D'Annunzio y recalcaba la inutilidad de su labor, dada su orientación política¹⁶⁵; en cambio, elogiaba a Tagore por sus escritos –era, decía, su poeta preferido– y por su compromiso con los oprimidos, ya que acababa de renunciar al título de Sir concedido por

161. G. Bel, «Felipe Alaiz», art. cit.

162. G. Bel, «No hay que ser modestos», *España Nueva*, Madrid, 10 de mayo de 1919, p. 1.

163. G. Bel, «Viajeros», *España Nueva*, Madrid, 22 de abril de 1919, p. 1.

164. G. Bel, «Los apóstoles de hoy», *España Nueva*, Madrid, 17 de junio de 1919, p. 1.

165. G. Bel, «La toma de Fiume», *España Nueva*, Madrid, 20 de septiembre de 1919, p. 1. Escribía aquí Bel: «Los poetas suelen cantar a la aristocracia, no sirven para otra cosa, por eso cuando triunfen los obreros serán considerados –tal vez– como parásitos».

Inglaterra: «El más bello de todos los artes, será el arte de romper cadenas», sentenciaba Bel¹⁶⁶. También dedicaba dos artículos al georgista Julio Senador –en cuya admiración coincidía con Alaiz, como vimos–, al que tildaba de «segundo Costa»¹⁶⁷.

En definitiva, sorprendemos a Gil Bel –como ya observamos en Samblancat– un tanto escindido entre la orientación popular de sus escritos y su condición de intelectual, tesitura que le llevaba a compartir lecturas con el gran público pero también a detenerse en referencias minoritarias. Buena prueba de esto último son dos artículos que dedicó a reseñar, con todo lujo de detalles y un considerable bagaje de conocimientos y de criterios, las exposiciones de pintura y escultura albergadas en el Salón de Otoño de París. Se quejaba el comentarista de que la guerra no hubiera servido para barrer «el snobismo estético anterior a 1914», ni para dar lugar, por tanto, a «una concepción más honda, más humana del arte», que siguiera «el impulso de la nueva vida». «Cubismo y neocubismo», era lo que encontraba Bel todavía; de modo que las telas de Matisse, Vlaminck, O. Friesz, Vallontón, entre otros, no le satisfacían plenamente¹⁶⁸.

También Alaiz y Maurín se asomaron –como decíamos–, aunque muy ocasionalmente, a las páginas de *España Nueva*. Alaiz firmó aquí cuatro artículos; el primero, con el seudónimo de *Rodela*, resumía las ideas revolucionarias del

166. G. Bel, «Los poetas en acción», *España Nueva*, Madrid, 16 de septiembre de 1919, p. 1.

167. G. Bel, «Julio Senador Gómez», *España Nueva*, Madrid, 15 de mayo de 1919, p. 1; «El Ayuntamiento de Zaragoza y Julio Senador Gómez», 15 de agosto de 1919, p. 1.

168. G. Bel, «El Salón de Otoño», *España Nueva*, Madrid, 27 de noviembre de 1920, p. 1; «El Salón de Otoño. Impresiones de un profano», 29 de noviembre de 1920, p. 1. Las citas pertenecen a la primera crónica.

sindicalista Evelio López, expuestas en Albalate de Cinca, donde el propio Alaiz había presentado al orador¹⁶⁹; los tres restantes se titulaban «Alto Aragón. Problema de la tierra» y apostaba –en la línea de Costa aunque superando claramente al maestro– por la expropiación como mejor solución para «acabar con todas las injusticias»¹⁷⁰. Maurín únicamente publicó en una ocasión, según nuestros datos, en *España Nueva*, y redundaba en la línea soreliana iniciada poco antes en *Lucha Social*; se mostraba aquí básicamente preocupado por definir estrategias e instrumentos para la revolución y en este sentido apostaba decididamente por la huelga como «gimnasia revolucionaria», que «[f]ortalece la unión, despierta el heroísmo, aviva el odio de clases»¹⁷¹.

Finalmente, Sender coincidió por vez primera –como decíamos– en las páginas de *España Nueva* con varios de los autores que nos ocupan; luego, en el inicio de los treinta, compartiría con la mayoría de ellos el credo anarcosindicalista y con Bel y Alaiz, además, las planas de *Solidaridad Obrera*. Sender había esgrimido sus primeras armas literarias en Zaragoza, ya en 1916, con quince años, en las páginas de *La Crónica de Aragón*, diario de tendencia regionalista conservadora, fundado por José García Mecadal¹⁷². Tres años

169. Rodela, «Albalate de Cinca», *España Nueva*, Madrid, 29 de abril de 1920, p. 4.

170. F. Alaiz, «Alto Aragón. El problema de la tierra», *España Nueva*, Madrid, 5 de noviembre de 1920, p. 1; 6 de noviembre de 1920, p. 1 y 8 de noviembre de 1920, p. 1.

171. J. Maurín, «El espíritu del sindicalismo. La huelga como arma revolucionaria», *España Nueva*, Madrid, 20 de mayo de 1920, p. 4.

172. Ramón José Sender, «Recuerdos infantiles. Noche de ánimas», *La Crónica de Aragón*, Zaragoza, 31 de agosto de 1916, p. 4; «Domingo de pandereta», 12 de octubre de 1916, p. 3; «Lo puramente castizo», 14 de octubre de 1916, p. 1; «Del natural... no sería España», 7 de noviembre de 1916, p. 1 y «Ocurre a veces», 2 de diciembre de 1916, p. 4. Son escritos, en general, muy sujetos a la estética del momento,

después, en 1919, mientras vivía en Madrid unos meses de precariedad y bohemia, se incorporó de pleno al aguerrido periodismo del momento y, de acuerdo con las indagaciones de Jesús Vived, el escritor publicó entonces bajo el pseudónimo de *Lucas Las Salle* los textos más propiamente periodísticos en *España Nueva*¹⁷³ y en *El País* y *La Tribuna*, los de corte literario¹⁷⁴. Jesús Vived apuntaba la posibilidad de que el entonces jovencísimo escritor se hubiera acercado a *España Nueva* «[t]al vez de la mano del libertario Gil Bel, al

muy modernistas, véase José D. Dueñas, «Ramón J. Sender, periodista: el aprendizaje de la persuasión», J. C. Ara Torralba, F. Gil Encabo (eds.), *Ramón J. Sender. El lugar de Sender*. Actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución 'Fernando el Católico', 1997, pp. 45-64; véase también el minucioso trabajo de Jesús Vived, «El primer Sender», introducción a Ramón J. Sender, *Primeros escritos (1916-1924)*, ob. cit. pp. XXI-XXIV.

173. Ramón J. Sender, «Cuando caían las hojas. Leiba Bronstein», *España Nueva*, Madrid, 25 de mayo de 1919, p. 3; «Los limpiabotas», 1 de junio de 1919, p. 3; «El triunfo de Galileo», 4 de junio de 1919, p. 3; «Absurdos de la vida social I. Un soberano cacique», 11 de junio de 1919, p. 3; «Absurdos de la vida social II», 14 de junio de 1919, p. 2 (censurado, en blanco); «Las fantasías de D. Angel y el problema de Andalucía», 16 de junio de 1919, p. 2; «Absurdos de la vida social III: la censura», 23 de junio de 1919, p. 3; «Absurdos de la vida social IV», 26 de junio de 1919, p. 3 (en blanco, por la censura); «Absurdos de la vida social V y último», 27 de junio de 1919, p. 3; «¡Romanones, no!», 7 de julio de 1919, p. 3; «Una bacanal regia», 10 de julio de 1919, p. 4. Jesús Vived incorpora a su antología cinco de los textos citados, véase Ramón J. Sender, *Primeros escritos (1916-1924)*, ob. cit. pp. 25-39.

174. R. J. Sender, «A Rosa Luxemburgo. En el primer aniversario de su inmolación», *El País*, Madrid, 14 de junio de 1919, p. 1 (recogido por Jesús Vived en Ramón J. Sender, *Primeros escritos (1916-1924)*, ob. cit., pp. 40-41) y «Las brujas del compromiso», *La Tribuna*, Madrid, 6 de julio de 1919 (en Jesús Vived, *ibídem* pp. 42-45). Todavía publicó Sender entonces algunos poemas, de marcada tonalidad modernista, en la revista *Béjar en Madrid* (recogidos por Jesús Vived, *ibídem* pp. 23-24).

que quizá conoció en Zaragoza cuando [Sender] se iniciaba en las doctrinas revolucionarias con el cabecilla Chueca y otros anarquistas»¹⁷⁵.

También pudo tratarse de mera atracción adolescente hacia la osadía de *Nueva España*, ya que el joven –y todavía poco definido ideológicamente– Sender, que leía entonces la prensa en el Ateneo madrileño, en seguida adecuó sus textos a las pautas políticas del diario y a los parámetros estilísticos del periodismo de combate del momento –sintaxis poco enrevesada, léxico y tono contundentes, cambio frecuente de perspectiva en busca de la amenidad, etc.–. En sus artículos defendía con vigor al movimiento sindical andaluz o catalán, demostraba con desparpajo escasa consideración hacia el monarca, atacaba a personajes emblemáticos de la política del día, como Ángel Ossorio Gallardo –conocido, además, de su padre– o el Conde de Romanones, etc. Por otra parte, ciertos indicios nos hacen pensar que el entonces escritor y periodista en ciernes buscaba sus modelos y referencias en la atmósfera que ya respiraban a pleno pulmón Samblancat y otros autores de su promoción y talante.

Varias coincidencias parecen confirmar esta hipótesis. Así, si en marzo de 1919 Samblancat afirmaba desde *España Nueva* que el por entonces recién editado en Huesca *Floreal*, de la mano de Ramón Acín, aparecía «bajo la advocación y espiritual patrocinio de Santa Rosa Luxemburgo, madre y mártir alemana»¹⁷⁶; Sender dedicaba a la pensadora, en junio del mismo año, una «prosa rimada» repleta de convicción política. Si ya en septiembre de 1918 Samblancat apuntaba que Costa «no era nadie en su provincia y en su pueblo» y

175. J. Vived, «El primer Sender», introducción a Ramón J. Sender, *Primeros escritos (1916-1924)*, ob. cit. p. XLI.

176. A. Samblancat, «*Floreal*», *España Nueva*, Madrid, 20 de marzo de 1919, p. 1.

que «[e]l órgano estomacal de los caciques [*El Diario de Huesca*] le llamaba ‘el conocido notario de Graus’», con evidente menosprecio¹⁷⁷; Sender en 1925, ya como redactor de *El Sol* en Madrid, recordaba que «los magnates políticos» de Huesca, a Costa «le llamaban en su periódico, cuando no podían silenciarlo en absoluto, el ‘conocido notario’»¹⁷⁸. A su vez, Gil Bel reproducía también, en mayo de 1919, la expresión atribuida a los caciques altoaragoneses¹⁷⁹ y Alaiz insertaba el mismo comentario en *El Sol* por las mismas fechas y años después, en 1934, retomaba de nuevo el argumento, bien inculcado por lo que se ve, en determinados sectores aragoneses¹⁸⁰. Si Alaiz o Maurín gustaban de recrear —como veremos— la ciudad de Fraga y aludir a su amigo el pintor Miguel Viladrich, así como al castillo donde éste pasaba algunas temporadas en Fraga, que conocían como el «castillo de Urganda la Desconocida», Sender recreó en su novela *El fugitivo* (1976) el mismo ambiente, el propio castillo o incluso la figura del pintor catalán —al que alude como «mi amigo»—, conservando incluso, para referirse al castillo, la denominación difundida años antes por Viladrich y sus amigos y convirtiendo a Urganda en personaje de su relato, adornada con la condición de maga con que había aparecido ya en el *Amadís de Gaula*. Y, en fin, se puede decir que Sender siguió en un principio una trayectoria parangonable a las de los autores aquí considerados: desde el costismo —sobra-

177. A. Samblancat, «Sierra Morena en Aragón», *Ideal de Aragón*, 137 (14 de septiembre de 1918), p. 1.

178. [R. J. Sender], «La casa donde murió Costa», *El Sol*, Madrid, 25 de enero de 1925, p. 3.

179. G. Bel, «Julio Senador», *España Nueva*, Madrid, 15 de mayo de 1919, p. 1.

180. F. Alaiz, «Temas aragoneses. Huesca, MCMXIX», *El Sol*, Madrid, 27 de abril de 1919, p. 6, y «Joaquín Costa, Epicteto en la feria», *Tipos españoles*, I, ob. cit., p. 107.

damente demostrado por el autor en su periodo de redactor de *La Tierra* y, sobre todo, de *El Sol*¹⁸¹— hacia elaboraciones teóricas más acabadas y más acordes con los nuevos tiempos, como el anarcosindicalismo o el marxismo.

Por todo ello no parece descabellado pensar que los autores aquí estudiados fueran elegidos por Sender —especialmente, claro está, en un principio—, algo más joven que ellos y crecido entre coordenadas sociopolíticas y culturales muy semejantes, como mojones orientadores para abrirse camino en el terreno de las letras. Si bien, como decíamos más arriba, el escritor de Chalamera no participó de las relaciones juveniles del grupo como tal, ni compareció apenas en los mismos cauces de difusión, ni compartió con ellos su periodo de formación, de modo que cabría considerarlo no como integrante del grupo o de la promoción sino como una suerte de discípulo aventajado aunque de fidelidad efímera, como epígono ilustre de sus paisanos.

181. Véase Roger Duvivier, «Las mocedades de Ramón J. Sender en el periodismo altoaragonés: Índole e hitos de su actuación en *La Tierra*», Mary S. Vásquez (ed.), *Homenaje a Ramón J. Sender*, Newark, Juan de la Cuesta, 1987, págs. 25-46, y José D. Dueñas, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, ob. cit., pp. 68-89.

VI. MADUREZ Y DISPERSIÓN

EN LA PRENSA ARAGONESA: *EL EBRO. REVISTA ARAGONESISTA*

El órgano de expresión de la Unión Regionalista Aragonesa de Barcelona salió a la luz el 15 de diciembre de 1917, dirigido por Isidro Comas Macarulla, *Almogávar*, y dando cabida en sus páginas a una ecléctica nómina del regionalismo aragonés: José García Mercadal, *Silvio Kossti*, Ricardo del Arco, José Llampayas, Juan Moneva, al lado de Gaspar Torrente y Calvo Alfaro –quienes, junto con *Almogávar*, serían los principales sostenedores de la revista en su larga trayectoria–, o al lado, también de un joven Joaquín Maurín, integrador de lecturas y referencias –desde Eliseo Reclus a Ortega y Gasset, pasando por Giner de los Ríos–, como hemos visto, y muy impregnado todavía de costismo. Así lo prueba, en efecto, su temprana contribución a las páginas de *El Ebro* –única que hemos localizado–, donde esbozaba la comparación –cuando menos rebuscada– entre Costa y Viladrich:

Ambos cifran su esperanza en la cólera que inevitablemente tiene que estremecer un día al artista de nuestros campos. Los dos quieren al pueblo que de sol a sol hace germinar el terruño con los golpes del azadón. Igualmente, el uno con su pluma y el otro con su pincel, abren la herida en el corazón de España para colocar en ella la sal que avive el dolor (...) La misma ira es la que arde en el pecho del pintor que aquella que estremecía a Costa. Los dos braman de indignación porque los dos son grandes¹.

1. J. Maurín, «El Aragón fecundo. Viladrich y Fraga», *El Ebro*, 1 (15 de diciembre de 1917), p. 9.

En cualquier caso, el escrito de Maurín redundaba en la disposición inicial del luego afamado polemista y revela una evidente idealización del mundo rural; esto es, una idealización del propio entorno y de la propia clase —el campesinado pequeño o mediano propietario— que cabe relacionar con el ruralismo idílico que apreciábamos en algunos escritos de Alaiz, con la incapacidad que mostraba Sender para hacerse portavoz, como redactor de *El Sol*, de las reivindicaciones de los obreros urbanos², con la preeminencia de lo rural ostensible en el pensamiento de Costa y, por supuesto, con la propia impronta de la sociedad aragonesa del momento.

El Ebro, en concreto, fue, como *La Idea* o *Ideal de Aragón*, un foco poderoso de difusión de la figura y la obra de Costa. Y si en el caso de los dos periódicos estudiados antes eran el republicanismo y el anticaciquismo los principales banderines de enganche con el Grande Hombre; ahora, desde posiciones aragonesistas, se extractaban de las páginas del Maestro las exaltaciones juveniles de la patria chica o el estudio y defensa del Derecho Aragonés³. Un encendido costista, Ángel Samblancat, confesaba haber escrito el primer editorial de *El Ebro*⁴, y se atribuía además una ascendencia sobre las posiciones aragonesistas que no ha sido consignada en los estudios más solventes en este sentido⁵:

2. Véase José D. Dueñas, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, ob. cit., pp. 68-89.

3. Véase Carlos Serrano Lacarra, «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa a través de la prensa aragonesa (1911-1936)», art. cit., especialmente pp. 449-498: «[L]a revista aragonesa de Barcelona —escribe Carlos Serrano, ibídem p. 450—, *El Ebro*, elevará a Joaquín Costa a la categoría de mito aragonesista. No se limitará a elaborar una lectura económica (...) sino que también recogerá los aspectos jurídicos e históricos de la obra de Costa, desde una perspectiva apasionada».

4. A. Samblancat, «Baturros de hierro», *El Ebro*, 101 (julio de 1925), pp. 1-2.

5. Véase Antonio Peiró, *Orígenes del nacionalismo aragonés (1908-1923)*, ob. cit. Aun sin dudar de la enorme influencia del Samblancat periodista

El regionalismo [decía Samblancat en 1919] empezamos a publicarlo en Aragón, hace algunos años, un maurista –el señor Moneva y Puyol–, un demócrata –el señor García Mercajal– y un republicano –que es el que suscribe. Otros ayudaron y corearon (...) Apuntémonos el éxito. No es jactancia. Antes el regionalismo aragonés era un matiz de sarracénismo, era pura jotería; es decir, pijotería pura⁶.

Refería en el mismo lugar su entrevista con unos aragoneses que conocían sus crónicas de memoria y que compartían con él una visión nada entusiasta del aragonesismo «de tribu y de cabila» cultivado en Barcelona, y así pensaban exponerlo pronto, según decían, a través de una revista y mediante la fundación de un centro. Samblancat se mostró, según su versión, de acuerdo en todo menos en la creación del Centro, ya que le parecía más adecuado constituir una Liga y adoptar para ella «el nombre y la bandera de la joven Unión Regionalista Aragonesa que funciona desde no hace mucho en Zaragoza». Añadía además que ahí debían tener

–hemos recabado ya unos cuantos testimonios bien elocuentes en este sentido–, conviene matizar un tanto sus propias declaraciones al respecto. Como sucedió a no pocos escritores que frecuentaron el periodismo en el primer tercio del siglo, cuando se configuró en España la prensa de masas, la conciencia de Samblancat acerca de la propia influencia a través del periódico pudo verse en ocasiones exacerbada. No se olvide que recibió numerosas muestras de admiración en su momento, que bastantes de sus campañas adquirieron singular resonancia o que veía cómo diversas publicaciones –*Ideal de Aragón*, *El Ribagorzano*, entre otras– reproducían sus escritos aparecidos antes en otros lugares.

6. A. Samblancat, «Unión Regionalista Aragonesa», *El Diluvio*, Barcelona, 17 de noviembre de 1919, pp. 10-11. Señalaba seguidamente –sin duda con razón– que el propio Costa fue «espíritu acastellanado por los cuatro costados». Samblancat creía, al modo romántico, en la incidencia directa del individuo en la Historia y por ello no se detuvo demasiado en otras condiciones de orden colectivo que pueden favorecer o impedir el florecimiento y expansión de determinadas ideas.

cabida todos los aragoneses, por lo que proponía, en principio, un programa ecléctico basado en dos puntos: autonomía y anticaciquismo⁷.

De cualquier modo, que la relación de Samblancat con la URA barcelonesa debió de ser estrecha se confirma en el hecho de que en noviembre de 1918 apareciera su nombre en la junta directiva de la Juventud Regionalista Aragonesa, de Barcelona, en calidad de vocal, al lado de Julio Calvo Alfaro (presidente), Gaspar Torrente, Tomás Tussó (vicepresidentes), Manuel Cossials (secretario)⁸, etc. O que más tarde, en octubre de 1921, desde la cárcel de Barcelona, enviara su adhesión al Congreso de la Juventud Aragonesista al que, según decía, había sido invitado para presentar «un tema»⁹.

Sin embargo, Samblancat se prodigó poco en la «revista aragonesista». En abril de 1920 enviaba un artículo titulado

7. Ibídem Sugería, por último, algunos nombres para engrosar las futuras candidaturas: Marraco, Moneva, Giménez Soler (que había sido decidido germanófilo), Domingo Miral, García Mercadal, Juan Pío Membrado (por Zaragoza), *Silvio Kossti* (por Huesca) —germanófilo, como sabemos, con quien, por ello, poco antes había mantenido una encarnizada polémica—, Mariano Molina (por Barbastro) y Llampayas (por Boltaña). De su propuesta cabe deducir que Samblancat —a pesar de su fama de extremista— apostaba todavía por conocidos costistas, personas que habían colaborado incluso con el Maestro —*Kossti*, Mariano Molina— y por talentos personales antes que por confesiones ideológicas. Muchos de estos nombres, por otra parte, ya habían publicado en *El Ebro*. Y como señala A. Peiró, *Los orígenes del nacionalismo aragonés...*, ob. cit., pp. 168-169, el regionalismo fue asumido indistintamente desde la derecha y desde la izquierda, y la «definición regionalista» teóricamente «se identificaba con una política radicalmente diferente de la desarrollada por los partidos turnantes, especialmente en lo referente a la corrupción electoral».

8. A. Peiró, *Orígenes del nacionalismo aragonés...*, ob. cit., pp. 113-114.

9. A. Samblancat, «Camaradas de *El Ebro* y de la Juventud Aragonesista», *El Ebro* 61 (octubre de 1921), p. 4. Aquí se adhería Samblancat «en espíritu» a su «trascendental labor», y deseaba que «las patrias entrañas sean por fin conmovidas».

«Nacionalismo aragonés» y, consciente de que la fórmula podía producir rechazo, aclaraba: «A mí me suena bien y basta. Y no sólo me suena esa frase bien, sino que me arrebatata y me transporta y me eriza y pone de punta los pelos del alma». Las razones que argüía para defender su aserto eran básicamente de orden histórico: «La castellanización nos ha matado», concluía¹⁰. Más adelante apuntaba que el aragonesismo de *El Ebro* no era de «opereta, de pandereta, de baturrada, de charada (...)», sino que veía a Aragón, «al modo de Aranda, de Costa, de Lucas Mallada (...) como un sol espiritual, como una potencia moral»¹¹.

Alejado siempre de definiciones ideológicas estrechas, Samblancat fomentó, como vemos, un regionalismo aragonés de carácter integrador, sustentado en razones históricas y en la propia voluntad, y ello al tiempo que mantenía su confesión republicana y obrerista. En esta tesitura vemos a Samblancat impulsado básicamente —como en el caso de otros aragoneses emigrados— por la impregnación de la vida política y cultural catalana, lo que le condujo no sólo a figurar tempranamente en candidaturas catalanistas, como ya vimos, sino a escribir en catalán en *La Campana de Gracia* o a publicar también en catalán su obra teatral *La revolució al meu barri*¹², (c. 1926), de trasfondo anarquista, desarrollada en Barcelona y donde hace gala de un léxico variado y rebuscado como carta de presentación que era ante los medios literarios catalanes.

10. A. Samblancat, «Nacionalismo aragonés», *El Ebro*, 28 (20 de abril de 1920), p. 3.

11. A. Samblancat, «Baturros de hierro», art. cit., p. 1. Luego, A. Samblancat, «Escultor de la divinidad», *El Ebro*, 107 (febrero y marzo de 1926), p. 2, a propósito de una exposición del escultor aragonés Felipe Coscolla, consignaba: «Hay una categoría del espíritu, hay un modo de sentir la realidad, de tratar la materia, de engendrar y crear espiritualmente, neta, específicamente aragonés».

12. A. Samblancat, *La revolucio al meu barri. Farsa en un acte*, s. l. Edicions de La Rambla, s. a. (h. 1926), 28 pp.

Ya conocemos la etapa aragonesista de Alaiz, así como su particular posición dentro del regionalismo de su tiempo, como él mismo hacía constar¹³; en 1922 (ya plenamente integrado en la CNT) venía a extremar desde las páginas de *El Ebro* la orientación apuntada unos años antes:

Que Aragón debe imponer por todos los medios (incluso el de la insurrección armada) un Estatuto suyo, votado por campesinos, artesanos e industriales que vivan de su trabajo libre, no trabajo de escalafón (...).

Que así como no puede haber hombres libres en una tierra esclava, ni hombres esclavos en una tierra libre, la autonomía territorial, cualquiera que sea, debe hacérsela compatible en primer término con la autonomía personal.

Señalaba, por último, que «la aspiración de autonomía está en las entrañas del pueblo de Aragón», y que éste vivía «engañado por políticos y terratenientes aliados entre sí, cuyas corbatas debíamos hacer que fueran dogales (...)»¹⁴. En febrero de 1920, Alaiz figuraba entre los colaboradores de *El Ebro* en Huesca (sin duda, por su lugar de origen más que porque pudiera residir temporalmente en Albalate), junto con Ricardo del Arco, Llampayas y Samblancat¹⁵. Ya en plena dictadura primorriverista, con la mayoría de los órganos confederales clausurados, Alaiz aparecía entre quienes redactaban *El Ebro* en Barcelona, junto con Gaspar Torrente, Julio Calvo Alfaro, *Almogávar*, M. Sánchez Sarto, Jaime Ubieto¹⁶, etc. En 1928, Calvo Alfaro, impelido proba-

13. F. Alaiz, «La escuela de conspiradores. Carta abierta a don Mariano García-Colás», *El Ebro*, art. cit.

14. F. Alaiz, «El fuero intacto», 69 (junio de 1922), p. 1.

15. *El Ebro*, 5 y 20 de febrero de 1920, cit. por A. Peiró, *Orígenes del nacionalismo aragonés...*, ob. cit., pp. 242.

16. «Los que escriben *El Ebro* en Barcelona», *El Ebro*, 94 (septiembre-octubre de 1924), p. 6.

blemente por las circunstancias, trataba de desvincular la publicación aragonesista con la orientación política del escritor, que acababa de salir de la cárcel, al tiempo que le alentaba a «dar de sí lo que esperamos puede producir» en el campo de las letras¹⁷. Reprimenda que, por lo que parece, Alaiz debió de escuchar no pocas veces.

Otros escritos de muy distinto registro insertó todavía el autor en *El Ebro*: así, una evocación entre lírica y costumbrista de Fraga, con referencias a Viladrich incluidas¹⁸, o las sucesivas entregas dedicadas a describir pormenorizadamente el Monasterio de San Juan de la Peña¹⁹.

PRENSA OBRERA Y REPUBLICANA

Como bien recordaba a mediados de la década de los veinte el caspolino Manuel Buenacasa, en Aragón había prevalecido hasta fechas muy recientes la tradición liberal y republicana sobre la propiamente obrerista, si bien, a

17. J. Calvo Alfaro, «Acotaciones. Felipe Alaiz», *El Ebro*, 135 (agosto de 1928), pp. 1-2. Escribía aquí Calvo Alfaro: «Dejando aparte lo que puede tener de político su figura, cosa que desde el punto de vista aragónés nos interesa poco, quisiéramos verle dedicado de lleno a las letras; hay dentro de él un gran escritor.»

18. F. Alaiz, «La muy azul Fraga», *El Ebro*, 18 (20 de octubre de 1919), pp. 1-2. Y parecidas pautas seguía Alaiz en «Capricho barroco», 15 (5 de septiembre de 1919), p. 3, descripción y clasificación de romances cantados en el Alto Aragón.

19. F. Alaiz, «Lo que actualmente es el Monasterio de San Juan de la Peña I», *El Ebro*, 106 (enero de 1926), pp. 3-4; «Una excursión a San Juan de la Peña», 111 (julio de 1926), pp. 5-6; «Una excursión a San Juan de la Peña», 112 (agosto de 1926), pp. 4-5; «Una excursión a San Juan de la Peña III», 116 (diciembre de 1926-enero de 1927), p. 9; «Una excursión a San Juan de la Peña IV», 117 (febrero de 1927), p. 1. No hay que olvidar que esta última serie apareció en plena Dictadura de Primo de Rivera, cuando con la censura previa tan limitadas estaban las posibilidades expresivas.

juicio del dirigente de la CNT, los republicanos jamás habían entorpecido la «acción anarquista» y últimamente habían desaparecido o poco menos «ante el empuje arrollador del movimiento social», de modo que cabía calificar ya a la capital aragonesa de «baluarte principal del movimiento obrero y libertario»²⁰. En el inicio de este libro, aludimos a las evidentes semejanzas que durante el periodo finisecular ofrecían los idearios republicano y anarquista; parece claro, pues, que el sustrato ideológico predominante en los sectores progresistas y obreros de Aragón allanaba más el camino para el anarcosindicalismo que para el del socialismo de Estado.

No obstante, un tanto exageradas parecen, en este sentido, las afirmaciones de Graham Kelsey cuando señala que ya desde 1904-1905 en Zaragoza fueron los líderes obreros de tendencia anarquista quienes «lograron organizar una red sindical urbana que se haría célebre en toda la península por su fuerza, energía, radicalismo»²¹. Con más cautela, Julián Casanova advertía que entre 1917 y 1923 la CNT había crecido, en efecto, de modo considerable en Aragón²²; y la intensa actividad del sindicalismo zaragozano de estos años aparece reflejada con detalle en el estudio ya citado de Laura Vicente, quien constata la semejanza entre el modelo sindical dominante en la Zaragoza de los años álgidos de lucha social (1917-1922) y el de la CNT —acción directa, apoliticismo, el recurso frecuente de la huelga, etc.—, aunque piensa que el sindicalismo de la capital aragonesa se vio escasamente influido por el anarquismo como tal, y ello incluso hasta tiempo después del ingreso de buena parte de

20. M. Buenacasa, *El movimiento obrero español...*, ob. cit., pp. 112-114.

21. G. Kelsey, ob. cit., pp. 45-46.

22. J. Casanova, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Siglo XXI, Madrid, 1985, pp. 15-17.

los sindicatos de la ciudad en la CNT, en los primeros meses de 1920²³.

No obstante, el predominio del anarcosindicalismo sobre el sindicalismo más moderado de la UGT se manifiesta también con claridad en los periódicos obreros editados por entonces en Aragón²⁴. De las catorce publicaciones anteriores a 1923 catalogables como prensa obrera que localizaron E. Fernández y C. Forcadell, sólo una muestra inspiración socialista, mientras que las restantes son de carácter anarquista o anarcosindicalista²⁵.

A finales de septiembre o primeros de octubre de 1919, apareció en Zaragoza, *El Comunista*²⁶, semanario que se presentaba como «Órgano del Centro de Estudios Sociales, portavoz de los sindicatos obreros de la Región y defensor del proletariado internacional», y que, redactado por Zenón Canudo, Manuel Albar y Moreno Gracia, acogió en sus páginas las firmas de Manuel Buenacasa, Ángel Samblancat, José Chueca, Antonia Maymón o Gil Bel. *El Comunista* se mostró firme partidario de la revolución rusa y defendió sin

23. Laura Vicente, *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1993, pp. 153-191. Véase también E. Fernández, C. Forcadell, «Zaragoza, 1917-1923: conflictividad social y violencia. El asesinato del cardenal Soldevila», *Aragón contemporáneo. Estudios*, ob. cit., pp. 206-220.

24. E. Fernández Clemente, C. Forcadell Álvarez, *Historia de la prensa aragonesa*, ob. cit., pp. 151-164; de los mismos autores véase «La función de la prensa en la organización obrera. Prensa anarquista en Aragón, 1881-1923», *Aragón contemporáneo. Estudios*, ob. cit., pp. 189-206.

25. Antes de la República, la prensa obrera en Aragón conoció dos periodos especialmente fecundos: la etapa de entresiglos y los años inmediatamente anteriores a la dictadura de Primo de Rivera, véase E. Fernández Clemente, C. Forcadell Álvarez, *Historia de la prensa aragonesa*, ob. cit., pp. 152-159.

26. G. Bel, «*El Comunista*», art. cit., aludía desde *España Nueva* a mediados de octubre de 1919 a los dos primeros números del periódico.

cortapisas al hermano de uno de sus asiduos colaboradores, a Ángel Chueca, máximo inductor de la sublevación del Cuartel del Carmen, en la noche del 8 al 9 de enero de 1920, y a quienes habían caído con él o le habían respaldado en su intento. Esto supuso para el periódico, como es obvio, suspensiones y denuncias, encarcelamientos y exilio para sus redactores. Y éstos, antes que someterse a la previa censura y tras ser asaltadas sus instalaciones «por los elementos de 'orden'», prefirieron suspender en agosto de 1920 de manera indefinida el semanario²⁷, tras veintitrés densos números.

En la colección, no muy completa, que se conserva, únicamente hemos localizado un artículo de Samblancat, el ya citado «Congreso Rojo», inserto en el número que el semanario dedicaba monográficamente al Congreso de la Comedia y que fue recogido después, como dijimos, por M. Buenacasa en su libro sobre el movimiento obrero. Samblancat se dedicaba ahí a la exaltación y mitificación de los congregados en el Teatro de la Comedia y, como era habitual en él, suplía la falta de matices y el tratamiento un tanto superficial del asunto con su afán épico.

Menos efectista en su presentación pero más resuelto en el terreno de las ideas es el escrito de Gil Bel —como todos los suyos, en general— incluido en *El Comunista*. Proclamaba aquí el autor el próximo fin del capitalismo, según era ya sentir común en la izquierda radical: «[e]l sindicalismo ha minado todos sus cimientos y en el momento menos pensado le dará una sacudida que le hará caer»²⁸. También aquí hallamos el único escrito rescatado hasta el momento de Acín en *Floreal*: unas breves líneas agrupadas bajo el epígrafe de «Espigas rojas» —claro preludio de las «Florecicas»

27. S. f., «*El Comunista de Zaragoza*», *España Nueva*, Madrid, 2 de septiembre de 1920, p. 4.

28. G. Bel, «La burguesía frente al bolcheviquismo», *El Comunista*, 8 (22 de noviembre de 1919), p. 3.

de *Solidaridad Obrera*— donde el oscense reflexionaba sobre su tiempo, con estilo aforístico y a mitad de camino entre lo político y lo moral: «El triunfo será de los que pensamos a lo Malatesta, porque los generales necesitan a los dinamiteros y los dinamiteros para tres puñetas necesitan a los generales»²⁹.

Entre abril y octubre de 1922, aparecieron diecinueve números del semanario *Voluntad*, subtulado «La libertad por la cultura», de muy distinto corte que *El Comunista*, «de tono y talante cultural, pedagógico, filosófico», como aprecian E. Fernández y C. Forcadell³⁰. Aunque *Voluntad* tendía a ocultar el nombre de los redactores y colaboradores, Buenacasa recordaba que había llevado las riendas de la publicación José Torres Tribó³¹, discípulo de Alaiz y luego gran poeta y escritor anarquista, según García Oliver³². De hecho, el semanario trató de confeccionar una biblioteca, denominada 'Cultura', como complemento de su labor educativa, que llegó a publicar al parecer únicamente dos folletos, el primero de Torres Tribó, titulado *Al pueblo, cultura*, y el segundo, de Alaiz, *El trabajo será un derecho*, prologado por el mismo Torres Tribó³³.

29. R. Acín, «Espigas rojas», *El Comunista*, 20 (3 de abril de 1920), p. 2. Poco después, s. f, «Otra denuncia», *El Comunista*, 23 (31 de agosto de 1920), p. 4, se informa de que el número anterior había sido denunciado por las «Espigas rojas» de «nuestro querido amigo Ramón Acín». El redactor mencionaba la curiosa circunstancia de que el texto, recogido de *Floreal*, no hubiera sido denunciado en Huesca y sí en Zaragoza.

30. E. Fernández Clemente, C. Forcadell Álvarez, *Historia de la prensa aragonesa*, ob. cit., p. 161.

31. M. Buenacasa, *El movimiento obrero español...*, ob. cit., p. 118.

32. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., p. 64.

33. F. Alaiz, *El trabajo será un derecho*, Biblioteca 'Cultura', Zaragoza, 1922, 30 pp. Quienes habían ideado la Biblioteca 'Cultura' se propo-

El trabajo será un derecho constituye las primeras páginas de Alaiz aparecidas de modo independiente, su primer folleto, y una de sus primeras incursiones en un terreno que frecuentaría hasta el final de su vida, el del ensayo de tema socioeconómico. Aquí, muy en la línea de Costa, analizaba especialmente la producción agrícola de un lugar que no menciona, pero todo hace pensar que se trata de la ribera del Cinca, de donde era natural, y pone de manifiesto, dentro de una orientación muy kropotkiniana, su ya conocido compromiso entre la idea de autonomía individual y social, como gran principio ético y político, y la defensa de la clase trabajadora:

*La historia [escribía] es un laberinto de complejidades y todavía no ha podido interpretarse de una manera adecuada y total a cada latitud, porque se han querido reducir hechos distintos a una apresurada universalidad, porque se ha fantaseado en grande y porque no se ha partido del pequeño y vario fenómeno local y de su análisis concienzudo.*³⁴

Y el rechazo de cualquier imposición habría de conducir —y con ello concluía, dentro de la más pura utopía libertaria— a unas relaciones humanas y productivas bien distintas:

Suprímase la explotación del hombre por el hombre; hágase libre la iniciativa y la realización y entonces el trabajo será un derecho, un placer, una alegría sana, delicada y fuerte. No habrá más pugnas que las pugnas nobles de la

nían (ibídem, p. 31) «acabar con los escritorzuolos cardíacos y fantaseadores sin lógica, escritorzuolos de golpes de efecto premeditados, y decidirnos por recoger datos y obras de valor perenne, duradero, eterno, que no tengan que dejarse correr pronto por demasiado estacionistas (sic) o muy limitadas o finidas».

34. Ibídem, pp. 9-10.

emulación, del espíritu de invención y de mejoramiento y de perseverancia.³⁵

En *Voluntad*, los artículos de orden teórico venían compensados con informaciones acerca de la vida sindical del día y con abundante literatura –cuentos, fragmentos de obras– de tendencia libertaria en sentido lato, por ejemplo, textos de Alberto Ghirardo, Pío Baroja (párrafos de *Juventud, egolatría*) o en la mayoría de los casos sin indicación de autoría; también aparecían con firma aportaciones teóricas de Anselmo Lorenzo, Máximo Gorki, Felipe Alaiz, etc. De este último, se insertaba un artículo, «La técnica como valor de integración», en el que el autor apostaba por la socialización y la humanización de la técnica, con ingenua intención moralizante pero también con cierto valor premonitorio: «Cuando el hombre no excluya al técnico –decía Alaiz– ni el técnico al hombre (...); cuando esto ocurra, aunque sólo sea el intento, estaremos más cerca de la humanidad más buena»³⁶.

Por otra parte, buenas muestras del carácter intransigente del semanario en sus pretensiones intelectuales³⁷ son el

35. *Ibidem*, p. 29. En las páginas de *Voluntad*, s. f., «De crítica. *El trabajo será un derecho*, por Felipe Alaiz», 10 (23 de junio de 1922), pp. 2-3, se recibía elogiosamente, como era de esperar, el folleto de Alaiz, por haber sabido ser «un campesino intelectual» al escribirlo, y se apuntaba que el estudio constituía «quizá la palabra más elocuente para demostrar con números, cómo se puede vivir en un régimen sin Estado y sin esa pantera llamada capitalismo».

36. F. Alaiz, «La técnica como valor de integración», *Voluntad*, 1 (21 de abril de 1922), p. 5.

37. «Pensamos además que los trabajadores deben salir de los rutinarios tópicos y entrar de una vez en cuestiones superiores: Arte, Ciencia, Filosofía...», se lee en el artículo de presentación, s. f., «Al cursar...», *Voluntad*, 1 (21 de abril de 1922), p. 1. Y más adelante, al tratar de justificar de nuevo la orientación de la publicación, s. f., «Nuestra obra», 5 (19 de mayo de 1922), p. 1, leemos: «Nosotros sabemos que los obreros eran los primeros en el deber de leer VOLUNTAD, porque los

rigor con que decía seleccionar los originales³⁸ o las críticas demoledoras con que acogía dos tempranas obras de un escritor afín y renombrado, Ángel Samblancat:

*Nosotros [leemos a propósito de *La cuerda de deportados* (1922), primera novela del autor] conocemos a Samblancat, y sabemos que es uno de los periodistas más cultos de España. Pero también sabemos que Samblancat es uno de los que menos nos convence escribiendo. Y es que se ha hecho sistemático de un estilo de escaso gusto y casi siempre de un rutinarismo desaprensivo³⁹.*

Claro está que no le faltaba su parte de razón al anónimo comentarista, a pesar de que, a mi juicio, la narración en cuestión puede ser tildada de farragosa pero no de recargada en su estilo. Y aunque de su expresión habitualmente grandilocuente supiera extraer Samblancat no pocas virtuales persuasivas, es cierto que en ocasiones su prosa actuaba como una coraza verbal entre el escritor y el público, o que sus recursos retóricos, un tanto anquilosados y demasiado manifiestos, podían dar la impresión de un tratamiento poco personal y profundo de los asuntos; esto es, ese «rutinarismo desaprensivo» de que hablaba *Voluntad*. Pero todavía menos transigente se mostraba el periódico con *Iris* (1922), obra teatral que no hemos podido leer⁴⁰ y

obreros son los primeros en el orden de la vida social (...) Pero todos sabemos el estado de atrocidad cerebral en que están sumidos los trabajadores, acostumbrados a los eternos tópicos y a la fraseología huera que les ha estado embotando durante años y siglos de charlatanería».

38. S. f., «Correspondencia», 3 (5 de mayo de 1922) p. 8. Se explicaba aquí sin demasiadas contemplaciones las razones por las que no habían sido publicados varios trabajos remitidos a la redacción: escasa calidad, redundancia en argumentos ya muy sabidos, desenfoque ideológico...

39. S. f., «De crítica», *Voluntad*, 6 (26 de mayo de 1922) p. 2.

40. Puede leerse una breve referencia a la obra en el reciente artículo de Neus Samblancat, «Samblancat Modernista. Erotismo, misticismo y compromiso político. La parodia del mundo burgués», art. cit., p. 235.

que propició tal vez la crítica menos considerada de que fue objeto el autor:

Su manera de escribir es algo circunstancial y pasajero y él la ha hecho un sistema literario. Las épocas cambian y hoy, literariamente, Samblancat es, fuera de sus artículos, seleccionados, no todos, un fracasado, un pasado de moda, un decrepito (...) Además, Samblancat en sociología, es un exaltado, un utópico y un superficial. Es un topista.

(...) Y es que Samblancat, tan rebelde, tan revolucionario en su prosa periodística, y tan utópico y chillón también, padece lo que la mayoría, lo que todos los intelectuales. Dicen amar al pueblo, pretenden amar al pueblo, pero siempre desde su esfera, descuidando por completo el ser del pueblo (...)⁴¹.

Excesiva virulencia, sin duda, para un autor dedicado a la causa del proletariado con evidente sinceridad y no poco talento, aunque también, por supuesto, con sus desaciertos; entre ellos, una percepción un tanto obsoleta, romántica y paternalista, de la relación entre el intelectual y el pueblo. Y si Samblancat literariamente era un «pasado de moda», lo mismo hubiera podido decirse —en pleno ciclo vanguardista— de la mayor parte de la literatura popular del momento, incluida la recogida en el propio semanario. Por otra parte, poco dice el reseñista para justificar opiniones tan descalificadoras, aunque cabe intuir en su queja, por un lado, la demanda de textos que apelaran más a los hechos que a las emociones o la pretensión, por otro, —de acuerdo con una discusión vigente en la época— de que fuera más puramente el proletariado el constructor de sus propias referencias culturales. En cualquier caso, al formular ambas objeciones cabe intuir que el redactor

41. S. f., «Del teatro. *Iris*, de Ángel Samblancat», *Voluntad*, 18 (15 de septiembre de 1922), pp. 3-4.

de *Voluntad* pensaba como modelo en Alaiz, siempre más razonador que emocional en sus escritos, de sobriedad estilística y partidario de sustentar con abundantes datos sus argumentos. Por otra parte, digno de todo elogio es el inusual empeño del periódico anarquista de exigir una producción literaria de calidad y rigor para la causa del pueblo.

Ciertamente, con mayor benevolencia recibía meses después *Cultura y Acción* una nueva obra de Samblancat que ya hemos mencionado, *La violencia* (1923). El que fue el «semanario anarcosindicalista de mayor envergadura» en Aragón, que pretendió aunar ya desde el propio título teoría y práctica, tal vez a modo de síntesis de *El Comunista* y *Voluntad*⁴², transcribía algunos párrafos del folleto citado con la seguridad de que «la exposición atinada del tema será del agrado de cuantos lo lean, y servirá al mismo tiempo de enseñanza»⁴³. Y el mejor Samblancat periodista se revelaba así mismo en un escrito incluido poco después en el periódico, un convencido elogio de la cultura por sus componentes éticos y humanizadores: «El peor tirano es la ignorancia. Con la cabeza débil no se tiene valor, es imposible el heroísmo (...) La ciencia enseña a despreciar los bienes materiales y a estimar los del espíritu»⁴⁴.

42. E. Fernández, C. Forcadell, *Historia de la prensa aragonesa*, ob. cit., p. 161. En esta su segunda etapa *Cultura y Acción* sacaría a la calle más de cincuenta números, entre septiembre de 1922 y el mismo mes del año siguiente, de modo que, sin duda, fue interrumpida su trayectoria por la Dictadura de Primo de Rivera. Antes, según recordaba M. Buenacasa, *El movimiento obrero español...*, ob. cit., p. 118, había aparecido como «pequeña hoja quincenal» en 1910, y durante la República volvería a publicarse. En los años veinte, su primer director fue Buenacasa, luego Eusebio Carbó y más tarde Arturo Parera (ibídem).

43. Á. Samblancat, «*La violencia*», *Cultura y Acción*, 40 (16 de junio de 1923), p. 2.

44. Á. Samblancat, «El obrero y la cultura», *Cultura y Acción*, 42 (29 de junio de 1923), p. 1.

Por las mismas fechas, el semanario republicano editado en Zaragoza, *La Democracia*, también reseñaba sin escatimar elogios un nuevo librito de Samblancat, *Una quincena*⁴⁵, crónica novelada de una estancia en la cárcel:

*He aquí su novela, Una quincena, manchas intensas de la vida carcelaria, pinceladas desgarrantes de la ergástula, animadas por el prodigio de expresión y el vigor plástico de este gran artista. No era preciso ver el nombre del autor para adivinar la mano que trazó estas páginas de aguafuertes, henchidas de dolor y de coraje, de un coraje saturado en el amor a los desgraciados y en la defensa de los perseguidos, y que a veces adquiere la exaltada tonalidad de la blasfemia*⁴⁶.

Con todo, los acres comentarios de *Voluntad* sobre el escritor constituían sin duda una excepción, porque las obras de Samblancat, por lo general, eran recibidas entre la prensa obrera y republicana con entusiasmo, normalmente incidiendo en la vasta cultura y en el ánimo combativo del autor.

La Democracia aglutinó a buena parte de las firmas aragonesas que habían frecuentado antes *Ideal de Aragón*: Mariano Tejero, como director, José Ayala Lorda –autor ahora sobre todo de numerosos poemas políticos–, Pedro Merino, Mariano Joven, y Fernando Tello de Buen integraban la redacción; y entre los colaboradores figuraban Moisés J. Alcrudo, José Chueca, Gil Bel o Ángel Samblancat, todos ellos asiduos antes de *Ideal de Aragón*, junto a conocidos republicanos como Julio Senador, Pedro de Répide, Marcelino Domingo, etc. Los artículos de Samblancat, como ya había sucedido en *Ideal*, procedían, en general, de otras

45. Ángel Samblancat, *Una quincena*, s. l., ‘La Novela del Domingo’, nº 5, 1922.

46. R. Blanco Torres, «Samblancat. La obra y el hombre», *La Democracia*, 32 (20 de enero de 1923), p. 1.

publicaciones, ahora en concreto de *España Nueva*, *El Diluvio* o *La Batalla*⁴⁷.

El semanario zaragozano, editado desde finales de 1922 hasta septiembre de 1923, supuso una tardía manifestación del republicanismo autónomo aragonés, y la cercanía entre sus posiciones y las anarcosindicalistas queda patente de nuevo no sólo por la presencia de bastantes firmas asiduas de la prensa confederal sino también por otras y signifiativas circunstancias: así, que el domicilio del semanario libertario *Cultura y Acción*, Estébanes, 2, no fuera otro que el del Centro donde se reunía el Partido Republicano Autónomo de Zaragoza; que *La Democracia* reprodujera varias de las «Florecicas» que publicaba por entonces Acín en *Solidaridad Obrera*⁴⁸ o también el que Gil Bel, a quien un anónimo redactor del periódico llamaba repetidamente «hermano», firmara aquí varios escritos mientras pasaba un tiempo en su «casa solariega»⁴⁹ –la casa familiar de Utebo, sin duda–.

La primera colaboración de Bel en *La Democracia*, «Alborozo clerical»⁵⁰, firmada como *Fray Luzbel*, arremetía

47. Así, A. Samblancat, «Una quincena», *La Democracia*, 31 (13 de enero de 1923), p. 1, fragmento de la novela del mismo título publicado ya en *La Batalla*; «Folletón literario. Carta de un preso a un arzobispo», 17 (4 de mayo de 1922), p. 4; «La muerte de abuela Rosario», 47 (19 de mayo de 1923), p. 1, y «¡Vaya frío!», 52 (23 de junio de 1923), p. 1, habían aparecido unas semanas antes en *España Nueva*, etc. Además de éstos, de Samblancat hemos localizado en *La Democracia*, «Ku-klux-Kan», 36 (17 de febrero de 1923), p. 1; «El hechizo del hombre», 38 (10 de marzo de 1923), p. 1; «Forjador de belleza y de gracia», 44 (14 de abril de 1923), p. 1 (sobre Gil Bel); «Luis de Tapia», 45 (5 de mayo de 1923), p. 1, y «El basurero y la cocinera», 57 (4 de agosto de 1923), p. 1.

48. Ramón Acín, «Florecicas», *La Democracia*, 43 (7 de abril de 1923), p. 1, y 58 (18 de agosto de 1923), p. 1.

49. S. f., «Samblancat y Gil Bel», *La Democracia*, 44 (14 de abril de 1923), p. 1.

50. *Fray Luzbel*, «Alborozo clerical», *La Democracia*, 44 (14 de abril de 1923), p. 1.

con ironía contra el viejo clericalismo, y en particular, contra el Cardenal Soldevila, de quien destacaba la dimensión política, y conservadora, de su actuación pastoral, a menos de dos meses de que fuera asesinado –el 4 de junio de 1923– por dos pistoleros anarquistas del grupo «Los Solidarios»; al parecer, Francisco Ascaso y Torres Escartín⁵¹. En las restantes comparecencias, Gil Bel hacía incursiones en otras facetas menos conocidas de su producción periodística: la de comentarista y defensor del arte nuevo y la de cultivador de la nueva literatura.

Su importante dimensión de conocedor y propulsor de las vanguardias artísticas, y su relación con numerosos artistas plásticos del momento –Martín Durbán, González Bernal, Alfonso Buñuel, Honorio García Condoy, Ortega Muñoz, *Florián Rey*, Gutiérrez Solana, etc.– fueron puestas de relieve hace unos años por Pérez Lizano⁵² y, gracias sobre todo a esta faceta de su obra, Bel cuenta con una entrada en el documentadísimo *Diccionario de las vanguardias en España*, de Juan Manuel Bonet⁵³. En este sentido, pensaba Pérez Lizano que un artículo de Gil Bel, «Propósitos», fechado por el investigador como de noviembre de 1930 –excelente reflexión sobre el arte nuevo–, constituye «la primera declaración de principios teóricos en el campo plástico, dentro del contexto aragonés y por un escritor»⁵⁴:

La sensibilidad [escribía entonces Bel] no se conforma hoy con el realismo; ni el talento creador con la mecánica. Aun cuando en sus días el realismo fuera creación. Vale más una

51. Véase E. Fernández Clemente, C. Forcadell Álvarez, «Zaragoza, 1917-1923: conflictividad social y violencia. El asesinato del Cardenal Soldevila», en *Aragón contemporáneo. Estudios*, ob. cit., pp. 207-220.

52. M. Pérez Lizano, ob. cit., pp. 62-76.

53. J. M. Bonet, ob. cit., pp. 93-94.

54. M. Pérez Lizano, ob. cit., p. 64.

*mediana sugerencia que una buena repetición. Pintar no es copiar, aunque copiar sea pintar (...) Un segundo Goya no sería Goya*⁵⁵.

Gil Bel defendió además el «arte nuevo» en numerosas ocasiones, incluso desde las páginas de *Solidaridad Obrera*, en los años treinta, de modo que representa una conjunción poco habitual de sindicalista militante y revolucionario, teórico de las nuevas formas artísticas y escritor que pretendía llegar al pueblo sin renunciar por ello a los procedimientos técnicos que traía consigo la modernidad. Ya en junio de 1924 había titulado otro de sus artículos, «Arte nuevo»⁵⁶, dedicado, entre otras cosas, a subrayar la ascendencia cubista de Barradas; años después, a principios de 1929 y bajo el marbete de «vanguardismo literario», mantuvo una breve polémica con *Baratario* a propósito de un manifiesto «semicubista» –según el propio Bel– que había elaborado el escritor de Utebo solicitando libros para constituir una biblioteca popular en su pueblo⁵⁷; en

55. Gil Bel, «Cada día y cada hora. Propósitos», artículo sin fecha incluido entre los papaeles del escritor, fechado por Pérez Lizano, *ibídem*.

56. Gil Bel, «Pareceres. Arte nuevo», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, junio de 1924. «Poco han logrado para sí –escribía aquí Bel– el futurismo, el impresionismo y el cubismo; no obstante, a pesar de ello, ¡qué caminos más amplios, qué horas más largas, qué días más claros nos van a traer!». Conocemos éste y otros escritos de Gil Bel por la amabilidad de Ernesto Tamé Bel, cabal guardián del legado de su tío.

57. *Baratario*, «Cada día y cada hora. Hasta en Utebo», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 5 de enero de 1929, p. 1, furibundo ataque a la literatura de vanguardia, «modo de peste que todo lo invade»; Gil Bel, «Cada día y cada hora. Vanguardismo literario», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 12 de enero de 1929, p. 1, evitaba en la respuesta cualquier estridencia, a la vez que se incluía de lleno en el movimiento renovador: «Nuestro vanguardismo –súper, ultra– no es por cansancio ni por despecho. Bebemos agua en la fuente. Nos enamoramos en los clásicos. Y, únicamente (sic), rompedores de aforismos, dichos o refranes. Y buscadores de sombras (...) Yo no quiero decir que la nueva literatura está hecha. Lo que será República es aún revolución».

noviembre de 1930, denunciaba la indiferencia general con que habían chocado Luis Buñuel, que acaba de pasar por Zaragoza, o el pintor González Bernal, cuyas telas podían verse entonces en la ciudad⁵⁸; y poco antes había defendido incluso el giro vanguardista de *Azorín*⁵⁹.

Dentro de este orden de preocupaciones, hay que mencionar una reseña aparecida en *La Democracia* sobre el libro de Ramón Acín *Las corridas de toros en 1970* (1923), así como el primer artículo –según nuestros datos– de los varios que dedicó a su también amigo Rafael Pérez Barradas. A propósito del libro de Acín, apenas se detenía Bel en la colección de dibujos, a la que calificaba de «álbum grotesco –hermosamente grotesco–», sino en la figura de su autor, en su condición de rebelde, de revolucionario y de «bueno»; artísticamente, lo vinculaba con Goya, insistía en que el trabajo publicado suponía un verdadero triunfo y demostraba, en varios detalles, no sólo que conocía bien a Acín sino además que le unían a él antiguos lazos de amistad: «¿Te acuerdas, Ramón, te acuerdas? ¡Aquel estudio de la calle Velázquez, aquellas horas bohemias!...»⁶⁰.

Con el pintor Barradas, de enorme influencia en la vanguardia artística española, Bel mantuvo una sentida amistad, posiblemente ya desde la primera etapa del artista uruguayo en Aragón, en 1915 y 1916⁶¹, y fruto de esta rela-

58. Gil Bel, «Cada día y cada hora. Luis Buñuel y González Bernal», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 5 de noviembre de 1930, p. 3.

59. Gil Bel, «Cada día y cada hora. Pareceres», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 5 de agosto de 1930, p. 1.

60. Gil Bel, «Las corridas de toros en 1970», *La Democracia*, 48 (2 de junio de 1923), p. 2.

61. Barradas recaló en Aragón a principios de 1915; venía a pie desde Barcelona y pretendía llegar hasta Madrid. A su paso por tierras aragonesas, conoció a la que enseguida fue su mujer, Pilar, natural de Lechago, una de las personas que lo atendieron ante la precaria salud con que llegaba; en Zaragoza fue internado en un hospital y, ya restablecido,

ción es un conocido retrato del escritor fechado en 1924, en Luco de Jiloca (Teruel), aparte de otros trabajos que dedicó Barradas a su amigo⁶². En *La Democracia* Gil Bel se centraba, sobre todo, en el comentario de un cuadro reciente del pintor, retrato de su familia, que venía reproducido encima del texto y a propósito del cual hacía hincapié en la ruptura que significaba Barradas en relación con el arte imperante en España, de modo que –pensaba– al pintor «lo habrían crucificado y desollado» a no ser por algunos firmes defensores como Martínez Sierra. A Gil Bel, que al hablar del uruguayo intuía la inminencia de «una escuela nueva», le llamaba sobre todo la atención la técnica de que se servía su amigo para el retrato, cuyo resultado era que «le quita el alma [a la figura], le vacía lo interno y momifica un muñeco»⁶³. En lo mismo redundaba en el artículo titulado

vivió durante un tiempo en la ciudad y entró en contacto con los inquietos jóvenes de *Paraninfo*, –A. M. Alcrudo, Ángel Abella, etc.–, donde ya en 1915 inició su colaboración. Poco después enviaría también sus dibujos a *Ideal de Aragón*, y ahí debió de conocer a Gil Bel. Sobre las dos estancias de Barradas en Aragón, 1915-1916 y 1923-1924, véase Concha Lomba Serrano, «Barradas en Aragón», AA. VV. *Barradas*, s. l., Comunidad de Madrid-Generalitat de Catalunya-Gobierno de Aragón, s. a.[1992], pp. 65-82, de donde extraemos los datos referidos arriba, o también véase Jesús Rubio, «Rafael Barradas: un pintor vanguardista en Aragón», *El Bosque*, 3 (septiembre-diciembre 1992), pp. 83-98. La relación de Bel y Barradas ha sido considerada por M. Pérez Lizano, *Aragoneses rasgados*, ob. cit., pp. 66-74.

62. En su artículo, «Confesiones», recorte de periódico que se conserva entre los papeles del escritor, y que según Juan Domínguez Lasierra, «Gil Bel Mesonada», art. cit., apareció en mayo de 1924 en *Heraldo de Aragón*. Refería aquí Bel un gozoso reencuentro con sus cosas tras un periodo de ausencia y mencionaba un cuadro de Barradas, «Figura de Catalina», dedicado «al hermano...», así como un aguafuerte «del hermano Acín al hermano...», y también habla de otro lienzo, un retrato, al parecer, de los años de bohemia parisina del que no dice el autor.

63. Gil Bel, «Galería de arte. El pintor Barradas», *La Democracia*, 45 (5 de mayo de 1923), p. 2. De los escritos de Bel referidos a Barradas que conocemos éste es el único que no menciona Pérez Lizano.

«Rafel y yo»⁶⁴, donde evocaba los días veraniegos transcurridos con Barradas en Luco y refutaba a Eugenio D'Ors, por haber calificado a Barradas de «naturalista», para lo que Bel volvía sobre el cuadro comentado antes, «La familia»:

Barradas no fue, no es, no puede ser un naturalista en el sentido real, material de esta palabra. No puede ser porque Barradas no ha descendido a ver las cosas –pintando– según las cosas mismas son. Por eso –porque las ve con el alma y no con los ojos– estas figuras de cartón son «iconos», son muñecos de «pim, pam, pum».

El siguiente escrito de Bel que conocemos sobre el artista relata ya su temprana muerte, en Montevideo, a principios de 1929: «Un cablegrama escueto, afilado con filo de cien cuchillos nos trae el drama»⁶⁵. Años después, en 1935, recordaba de nuevo el de Utebo a su amigo, especialmente en los días pasados en Luco, donde «llegaba a los perros nuestra exaltación de justicias», y es que con el pintor había compartido no sólo afectos sino también ideas⁶⁶.

Decíamos arriba que en *La Democracia* se mostraba además Bel como cultivador de la nueva literatura. En los dos textos literarios que conocemos exhibe, en efecto, un afán de estilo nuevo que no percibíamos en sus narraciones de *Ideal de Aragón*, transidas todavía de simbolismo y modernismo. Continúa el tono quejumbroso ante la sociedad y ante la vida, aflora aún un malestar íntimo muy de

64. Según Domínguez Lasierra, art. cit., publicado en 1924. El recorte que hemos leído sólo incluye la referencia «Utebo-October», al lado de la firma.

65. Gil Bel, «Cada día y cada hora. La muerte de Rafael Barradas en Montevideo», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 20 de febrero de 1929, p. 2.

66. Gil Bel, «Barradas», *Noreste*, 12 (otoño de 1935), p. 3, edición facsimilar, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 1995, edición de Juan Manuel Bonet, Ildefonso Manuel Gil y José Enrique Serrano.

entresiglos, perduran los asuntos de alcance social y cierto gusto simbolista por lo no declarado, por lo oculto, pero se sirve ya el autor de un estilo sincopado, fragmentario, de tendencia aforística que nos recuerda a *Azorín*, pero también a Ramón, y manifiesta un esfuerzo de contención sentimental que lo sitúa en una peculiar intersección entre la nueva literatura y la producción más explícitamente de orientación popular; esto es, entre el romanticismo finisecular y la vanguardia:

Una conciencia húbome dicho muy quedo:

—¡No hay paz; no hay amor!

Y es que el mundo está absorbido y gobernado por una humanidad no humana, una humanidad nervio.

Y el nervio es hoy nuestro Destino.

*Por eso, el porvenir, el arte, la ciencia, la vida, todo cuanto es y será ideal, primoroso, está a merced de neurasténicos, que también son locos*⁶⁷.

PRIMERAS DIVERGENCIAS. LA DISPERSIÓN

Apuntábamos antes que el joven Joaquín Maurín —como Acín o Samblancat—, asistió al Congreso de la Comedia en diciembre de 1919, cuando la CNT conocía un primer periodo de auge desde su fundación en 1910. Por entonces, en noviembre de 1919, echaba a andar, por otra parte, el terrorismo de los Sindicatos Libres, que junto a la represión gubernamental y a la espiral de violencia en que se enredó la CNT hasta los primeros meses de 1923, debilitaron considerablemente a la organización; poco después, sobreviviría a

67. G. Bel, «Suspiros», *La Democracia*, 55 (14 de julio de 1923), p. 1. En «Pequeño poema», 56 (21 de julio de 1923), p. 1, narraba la historia de un pordiosero que acudía a las puertas de una fiesta de sociedad, donde se acentuaba su desesperación.

duras penas bajo la dictadura primorriverista hasta meses antes de la proclamación de la República, etapa de su máximo esplendor.

Pero años atrás, como decíamos, la revolución rusa, el reajuste económico posterior a la guerra, la acumulación de beneficios que la neutralidad había supuesto, la eficacia del sindicalismo renovado en el Congreso Regional de Sants (1918) mediante la creación de los Sindicatos Únicos (que agrupaban a los obreros por ramas industriales y ya no por oficios) habían empujado a más de setecientos mil trabajadores (algunos todavía no federados) a ser representados en la asamblea confederal de Madrid⁶⁸. Como ya sabemos, Maurín presenció el Congreso como mero espectador, cuando sus obligaciones como soldado en el Cuartel de la Montaña se lo permitían⁶⁹, pero al poco de regresar a Lérida fue nombrado secretario provincial de la organización y director de

68. M. Buenacasa, *El movimiento obrero...*, ob. cit., p. 64; los mismos datos aporta José Peirats, *La CNT en la revolución española I*, ob. cit., pp. 27-28, quien, siguiendo también a Buenacasa, señala 1919 como «un punto culminante en el anarcosindicalismo catalán», de manera que sólo en Cataluña la Confederación sumaba medio millón de afiliados.

69. «El sindicalismo se reunía en la capital de la nación con la aureola de su ascenso vertiginoso, de sus grandes batallas sociales y de sus espectaculares victorias», escribía Maurín bastantes años después del Congreso, «Hombres e Historia. El II Congreso de la CNT», *España Libre*, Nueva York, 1 de abril de 1960, reproducido en V. Alba, ob. cit. p. 43. En otro momento, en la época en que combatía fervientemente el anarquismo desde referencias marxistas, había dicho, lógicamente, que el Congreso «fue lamentable», ya que no se había hablado de lo que realmente interesaba: «cómo ir a la toma de poder», J. Maurín, «El fracaso del anarco-sindicalismo en España. La crisis de la CNT», *Documentos Sociales*, 1932, cit. por A. Bonsón, ob. cit., p. 109. Es evidente, en cualquier caso, que los jóvenes que aquí tratamos acusaron entre 1917 y 1919 el auge de la CNT, y que perfilaron su compromiso ideológico, en varios casos con carácter definitivo, animados por esa atmósfera propicia.

Lucha Social, órgano semanal de la Confederación, que había iniciado su andadura poco antes, en septiembre de 1919; al año siguiente –según recordaba el joven sindicalista– «el trabajo de propaganda y organización fue intensísimo»⁷⁰. Era el arranque de un Maurín «bastante insólito», como escribe C. Forcadell⁷¹, un Maurín que en el transcurso de unos 15 años –entre sus 25 y sus 40, aproximadamente–, desempeñó la secretaría del Comité Nacional de la CNT (entre octubre de 1921 y febrero de 1922, en que fue detenido por primera vez); fue secretario del Comité Central del PCE en 1925 (labor pronto interrumpida así mismo por una nueva detención); luego, en el inicio de la década siguiente, fundó y dirigió el Bloc Obrer i Camperol y en las inmediaciones de la guerra, el POUM.

No obstante, a juicio de V. Alba, correligionario y amigo del de Bonansa, los años que aquí consideramos, los de formación, y en particular los que van entre 1917 y 1922, «fueron los decisivos y aquéllos en cuyo recuerdo [Maurín] se complacía más. Fueron los años románticos, exaltantes, con el descubrimiento de una ideología, de una organización, de una meta concreta y de una experiencia deslumbradora»⁷².

Y es que no cabe duda de que el lustro acotado por Alba resultó pletórico en acontecimientos, claro preludio de la singular etapa republicana: en el verano de 1917, primer hito importante en el proceso de organización del proletariado español, factores de diverso orden desembocaron en unas semanas prerrevolucionarias; poco después, el triunfo de la

70. J. Maurín, «Hombres e Historia. La derrota», *España Libre*, Nueva York, 3 de junio de 1960, reproducido en V. Alba, ob. cit., pp. 64-69 (la cita en p. 65).

71. C. Forcadell, «Huesca era Granada», M. García Guatas (ed.), *Ramón Acín, 1888-1936*, ob. cit., p. 48.

72. V. Alba, ob. cit., p. 98.

revolución rusa conmovió a la clase obrera española; casi a la vez, fue recibida la victoria de los aliados en la Gran Guerra, o pudo presenciarse el ascenso meteórico de la CNT entre 1917 y 1919; la fundación de la Tercera Internacional, a principios de este último año, y meses después la adhesión provisional de la CNT; el «terror blanco» de los años 1920 a 1922, sobre todo; el asesinato de Dato en marzo de 1921; la fundación del PCE entre 1920 y 1921; el recrudecimiento de la guerra de Marruecos (el Desastre de Annual tuvo lugar en julio de 1921); la conferencia de la CNT en Zaragoza en junio de 1922 donde se revocó la adhesión a la Internacional Comunista, una vez difundido el informe de Pestaña; o, en fin, el golpe de estado de Primo el 13 de septiembre de 1923, que, entre otras cosas, paralizó la tramitación del expediente Picasso sobre las responsabilidades de la guerra marroquí, que iba a ser discutido en las Cortes pocos días después, etc.

No hay ni que decir que Maurín vivió todo ello con entrega inusual, como bien han consignado sus biógrafos⁷³. En *Lucha Social*, en concreto, logró reunir de nuevo –por última vez, que sepamos– a todos los integrantes de aquella «guerrilla antifascista» de los años 1915 a 1920; esto es, a Samblancat, Alaiz, Acín y Bel; si bien, tanto Acín como Bel firmaron aquí de manera muy esporádica.

Como recordaba tiempo después Maurín, nada más tomar posesión como gobernador de Barcelona, en noviembre de 1920, Martínez Anido envió a la cárcel o al destierro a la mayor parte de los dirigentes sindicalistas, de forma que se hizo precisa la reorganización de los comités con los «supervivientes» –en expresión de Maurín– y así, Andrés Nin sustituyó a Evelio Boal en la Secretaría del Comité Nacional de la

73. V. Alba, ob. cit., pp. 13-117; Antoni Monreal, ob. cit., pp. 13-29; Luis Rourera, *op. cit.*, pp. 15-208; A. Bonsón, ob. cit., pp. 93-148; Y. Riottot, ob. cit., pp. 13-75.

CNT, al que accedieron además Ramón Archs y Joaquín Ferrer, por Barcelona; Francisco Isgleas, por Gerona; Alaiz, por Tarragona, y Maurín, por Lérida⁷⁴. Poco después, como advertía G. Meaker⁷⁵, en la primavera de 1921 fue suspendida *Solidaridad Obrera* por lo que *Lucha Social* se convirtió en el principal órgano de la Confederación en Cataluña y es entonces, en mayo de este año, según Bonsón, cuando el semanario de Maurín habla por vez primera de la necesidad de unas «minorías directoras» en el movimiento obrero, indicio de su decantación hacia la estrategia bolchevique⁷⁶. Poco antes, la CNT había recibido la invitación para asistir al III Congreso de la Internacional Comunista y al constituyente de la Internacional Sindical Roja, previstos para julio en Moscú, con lo que se aceleró el proceso que empujaría a Maurín y a Nin hacia el comunismo y se dio inicio al afán que animó al de Bonansa hasta la guerra civil: conducir a la CNT desde el anarquismo al marxismo⁷⁷.

A finales de abril, en un pleno clandestino pero legítimo, propio del funcionamiento habitual entonces de la organización⁷⁸, se acordó que acudieran a Moscú cinco delegados en representación de la CNT: Nin, Jesús Ibañez, Hilarrio Arlandis, Maurín y un miembro de la Federación de

74. J. Maurín, «Hombres e Historia: La derrota», art. cit., reproducido en V. Alba, ob. cit., pp. 64-69 (la cita en p. 69).

75. G. Meaker, ob. cit., p. 505.

76. A. Bonsón, ob. cit., p. 120. No obstante, el propio Maurín, *El Bloque Obrero y Campesino. Origen. Actividad. Perspectivas*, Barcelona, Centro de Información Bibliográfica, Documentos Sociales, n° 2, 1932, p. 9, recordaba que «el radio de acción [de *Lucha Social*] era limitadísimo».

77. Importantes escritos de las polémicas mantenidas entre Maurín y los anarquistas en los años veinte pueden leerse en Albert Balcells, *El arraigo del anarquismo en Cataluña. Textos de 1926-1934*, Júcar, Madrid, 1979.

78. Así lo creen G. Meaker, ob. cit., p. 508 o Y. Riottot, ob. cit., p. 26.

Grupos Anarquistas, en cuyo nombre fue designado finalmente Gaston Leval⁷⁹. En opinión de A. Bonsón, Maurín llegó a Rusia básicamente como un sindicalista y fue el conocimiento directo de la construcción soviética lo que le deslumbró y le empujó hacia el comunismo⁸⁰, si bien reconoce la autora, siguiendo al propio Maurín, que ya desde 1919 la lectura de las *Réflexions sur la violence* de Georges Sorel, con su síntesis entre sindicalismo y marxismo subyacían en las interpretaciones maurinianas⁸¹. De hecho, aunque en seguida añadía algunos reparos, Maurín había saludado a la revolución rusa como «indiscutiblemente el hecho más trascendental de toda la historia de la Humanidad»⁸² y ya al cruzar la frontera del país de los soviets escribía: «Una emoción vivísima se apodera del alma. Entramos en la *gran fratria*, es decir, la tierra de los hermanos»⁸³.

79. J. Maurín, «Hombres e Historia: La CNT y la Tercera Internacional», *España Libre*, Nueva York, 21 de octubre de 1960, reproducido en V. Alba, ob. cit., pp. 73-81.

80. A. Bonsón, ob. cit., pp. 113-148. A juicio de Meaker, ob. cit., p. 504, antes de visitar Moscú por primera vez, Maurín se acercó «muchísimo a la concepción leninista». No obstante, Meaker cita como prueba un artículo de *Lucha Social* de abril de 1922, posterior, por lo tanto, al viaje a Moscú.

81. En este sentido, escribía el propio Maurín, «En mi orientación me ayudó grandemente la lectura de Sorel. El sindicalismo soreliano asentado sobre lo que hay de sólido en el marxismo pragmático y creador, contestó favorablemente a mis preguntas», cit. por V. Alba, ob. cit., pp. 39-40. Véase Luis Rourera Farré, «El sindicalismo soreliano», en ob. cit., pp. 40-41.

82. J. Maurín, «La revolución rusa ante el sindicalismo», *Lucha Social*, 27 (24 de abril de 1920), p. 2.

83. J. Maurín, «Camino de Moscú», *Lucha Social*, 80 (30 de julio de 1921), p. 1. La cursiva es de Maurín. Curiosamente, emociones muy semejantes transcribía en *La Libertad* Ramón J. Sender en la misma tesitura, cuando trece años después visitó a su vez la República de los Soviets, véase las crónicas de viaje en su *Madrid-Moscú*, Pueyo, Madrid, 1934. Son los dos únicos, de los nombres que aquí seguimos, que visitaron

En seguida, el viaje de los delegados y las crónicas maurinianas remitidas desde Moscú, aparecidas en *Lucha Social*, despertaron reticencias en el seno de la CNT, y *Nueva Senda* (1921-1922), en particular, órgano anarquista madrileño, combatió con denuedo la corriente comunista agrupada en torno a Maurín. En las propias páginas del semanario de Lérida se respondía con crudeza al periódico madrileño, y más tarde Maurín acusaba incluso a Pestaña de haber desvelado su paradero en *Nueva Senda*, lo que había propiciado su detención el 22 de febrero de 1922⁸⁴. Por otra parte, se da

Rusia, de acuerdo con el uso tan extendido entonces entre los intelectuales europeos, y los dos que desde el anarcosindicalismo llegaron al comunismo, aunque ambos también se arrepentirían no mucho después de su ortodoxia. Tal vez por todo ello en su madurez, ya los dos en Estados Unidos, mantuvieron una afectuosa relación, epistolar sobre todo, y laboral, ya que Sender, como sabemos, envió durante más de veinte años sus artículos a A.L.A. (*American Literary Agency*), la agencia de Maurín, que distribuía los textos por la América de habla hispana, véase Francisco Caudet, *Correspondencia Ramón J. Sender-Joaquín Maurín...*, ob. cit., Jesús Vived, «Sender y Maurín. La relación epistolar de dos altoaragoneses», *Heraldo de Aragón. Suplemento de Artes y Letras*, Zaragoza, 16 de enero de 1992, p. 1. Con todo, Sender trató de rendir homenaje a su modo al amigo, al recrear la figura de Maurín bajo el nombre de Julio Bazán en *La vida comienza ahora* (1966), la última de las nueve novelas agrupadas bajo el título de *Crónica del alba*.

Los relatos del viaje de Maurín a Rusia pueden verse en las páginas de *Lucha social* y un apretado resumen, casi cuarenta años después, en su «Apéndice. Sobre el comunismo en España», *Revolución y contrarrevolución en España*, Ruedo Ibérico, París, 1966, pp. 54-58.

84. J. Maurín, «Ellos y nosotros. Para Ángel Pestaña», *La Batalla*, 47 (28 de marzo de 1924), p. 2: «Oye, Pestaña, cuando se asesinaba en plena calle ¿no fue Nin quien se encargó de la Secretaría de la Nacional? ¿Cuando aquí no quería vivir nadie, dónde estaba yo, Pestaña? Tú lo sabes bien. La policía lo supo asimismo cuando tú lo dijiste en *Nueva Senda*». Pasado el tiempo, lo cierto es que Maurín no volvería a mencionar este episodio al hablar de Pestaña y trazaba un retrato favorable del líder anarcosindicalista, véase, V. Alba, ob. cit., pp. 51-52.

la circunstancia de que tanto Gil Bel como Ramón Acín escribieron por entonces en el órgano anarquista madrileño⁸⁵, síntoma, pues, de que los caminos de los antiguos correligionarios comenzaban a no coincidir⁸⁶.

Poco antes, no cabe duda de que Maurín buscó el respaldo de sus amigos de la temprana juventud oscense para llevar adelante la encomienda de *Lucha Social*, especialmente complicada desde el viaje de la segunda delegación cenetista a Moscú (mayo-octubre de 1921). Ya antes de regresar a España los cuatro delegados de la CNT –Nin se quedó en Moscú donde trabajaría poco después en la Internacional Sindical Roja– *Lucha Social* trataba de justificar los acuerdos firmados por los cenetistas y de demostrar que la ISR (Internacional Sindical Roja o Profintern) no se veía en absoluto sometida a la IC (Internacional Comunista o Comintern)⁸⁷.

85. A. Samblancat, «Forjador de belleza y de gracia», art. cit., recordaba que G. Bel «[a]ntes de levantarse la suspensión de garantías [marzo de 1922], relampagueó unas semanas en *Nueva Senda* (...)». Francisco Madrid, ob. cit., vol. II Tomo I, p. 359, en su exhaustiva descripción de las publicaciones anarquistas apuntaba que Ramón Acín había escrito también en *Nueva Senda*.

86. Así, en vísperas de la República, Acín constataba la distancia ideológica que había crecido entre él y Maurín, aunque, por su parte, el sentimiento de amistad que les había unido se mantuviera incólume: «Con Andrés Nin, a quien me une una buena amistad, y Joaquín Maurín, con quien me une una amistad más que buena fraternal, de hermano, hoy por hoy, somos sin paradoja, enemigos irreconciliables», R. Acín, «Recuerdos de diez años atrás», *El Diario de Huesca*, 19 de noviembre de 1930, reproducido por M. Bandrés, «Ramón Acín: 1888-1936», *Caracola*, 1 (marzo de 1987), p. 77.

87. No obstante, la moción aprobada en Moscú en el Congreso de la ISR, y firmada por Nin y Maurín como representantes españoles, indicaba más bien lo contrario, ya que incluía entre sus resoluciones las siguientes: «2º Deben establecerse ligamientos los más estrechos posibles con la Tercera Internacional Comunista, vanguardia del movimiento obrero revolucionario en el mundo entero, basada en la representación recíproca en el seno de los dos organismos ejecutivos./ 3º Esta ligazón

A mediados de octubre de 1921 el Comité Nacional de la CNT, del que ya era secretario Joaquín Maurín, convocó un Pleno Nacional donde fue aprobada la actuación del pleno de abril, cuando habían sido enviados los cinco delegados cenetistas al congreso de la ISR⁸⁸. En febrero del año siguiente, 1922, Maurín fue detenido y sustituido en la secretaría del Comité Nacional por Juan Peiró, de tendencia anarcosindicalista. Poco después, al poco de ser restituidas las garantías constitucionales el 1 de abril de 1922, al formar nuevo gobierno Sánchez Guerra, los dirigentes sindicalistas convocaron una Conferencia Nacional en Zaragoza (11-14 de junio), a la que no pudo asistir Maurín por haber sufrido poco antes un accidente al subir a un tranvía⁸⁹. En Zaragoza se discutió en primer término la posición de la CNT ante la ISR, motivo fundamental de la Conferencia. Pestaña, que en noviembre había publicado finalmente, aunque de forma parcial, su informe sobre Rusia en *Nueva Senda*, expuso las impresiones de su viaje de 1920 con la conclusión de que la Confederación, dado su apoliticismo y su tradicional inspiración anarcosindicalista, debía separarse de la ISR. Por su parte, Hilario Arlandis, el único de los cinco delegados presente en la reunión, defendió la conveniencia de que todas las fuerzas revolucionarias se organizaran en un frente proleta-

debe tener un carácter orgánico y técnico, debe manifestarse en la preparación en conjunto y en la realización de los actos revolucionarios sobre una escala nacional así como internacional», «La Internacional Sindical Roja. Importantes decisiones del Congreso de Moscú», *Lucha Social*, 79 (23 de julio de 1921), p. 1.

88. EL COMITÉ, «Confederación Nacional del Trabajo de España. Reunión del Pleno Nacional», *Lucha Social*, 90 (22 de octubre de 1921), p. 1.

89. «Barcelona. Grave accidente de Maurín», *Lucha Social*, 111 (20 de mayo de 1922), p. 3.

rio único, de modo que la CNT tenía que permanecer vinculada a la ISR⁹⁰.

Finalmente, la Conferencia aprobó por amplia mayoría una proposición de Pestaña en el sentido de separarse de la ISR y habilitar un plazo de un mes para que los sindicatos pudieran manifestarse al respecto mediante referéndum⁹¹. Al mismo tiempo se decidió enviar dos delegados a la conferencia sindicalista de Berlín donde iba a constituirse una nueva internacional⁹², la AIT (Asociación Internacional de los Trabajadores), que retomaba el nombre de la primera y a la que desde entonces estuvo adherida la CNT. Con ello, el predominio anarcosindicalista en la Confederación quedó de nuevo asentado y las pretensiones de la minoría mauriniana poco menos que zanjadas definitivamente.

Ciertamente, Maurín persistió en su empeño pero con resultados muy menguados. Y si Alaiz, Acín, Bel y Samblancat habían firmado en *Lucha Social*⁹³, después de junio de 1922 sólo el nombre de Samblancat perduraba. De los antiguos republicanos de *Talión e Ideal de Aragón*, en efecto, Alaiz y Samblancat frecuentaron con cierta asiduidad las páginas de *Lucha Social*, algo menos Acín y sólo en un ocasión Gil Bel. Así, con motivo del 1º de Mayo de 1921 coin-

90. «La Conferencia Sindicalista de Zaragoza», *Lucha Social*, 114 (24 de junio de 1922), p. 1.

91. Ibídem Únicamente votaron en contra los representantes de Lérida, la Federación Regional asturiana, la local de Gijón y la de La Felguera.

92. Ibídem

93. Además de los citados, comparecieron en *Lucha Social* Andrés Nin, Víctor Colomé, *David Rey* (Daniel Rebull), Pedro Bonet, que en ocasiones firmaba *Liberto Fraternal*, Eugenio d'Ors, etc. El periódico reproducía con frecuencia textos de Sorel, Nietzsche, Malatesta, Anatole France, etc. Sin duda, el autor más prolífico fue Maurín que en ocasiones firmaba *Quinet* (Luis Rourera, ob. cit., p. 49, atribuye sin ninguna duda, el hipocorístico a Maurín).

cidieron en una misma página los escritos de Acín, Bel, Samblancat y Nin⁹⁴.

Acín remitió en varias ocasiones, como decíamos, sus originales a *Lucha Social*, ya fuese con su nombre o ya con el seudónimo de *Espartaco*⁹⁵. El anarquista oscense combinaba en sus comparecencias reflexiones morales, insufladas de bonhomía y vitalismo muy finisecular, con ácidas quejas contra la pasividad de la clase obrera y contra el caciquismo oscense; unidas a advertencias a la organización para que no se sumiera en el pistoleroismo o no fuera conducida desde la cárcel por militantes que podían alegar sobre todo el dudoso mérito de estar encerrados; denigraba también la uniformidad con que «sueñan los socialistas de alma esclava», lo que en vísperas de la conferencia de Zaragoza –9 de junio de 1922–, parece una clara toma de postura por parte del oscense, que contrasta más de un poco con otro escrito de un año antes (18 de febrero de 1921) en que calificaba de «divina» a la revolución rusa⁹⁶. Por otra parte, su último

94. G. Bel, «Suspiros»; R. Acín, «Otra procesión»; A. Nin, «En este 1º de mayo»; A. Samblancat, «Terrorismos», *Lucha Social*, 67 (30 de abril de 1921), p. 2. Bel ironizaba sobre la denominación «humorística» de 'Fiesta al Trabajo'; Acín daba cuenta de la contradictoria impresión –muy propia del anarquismo, por otro lado– que le causaban las celebraciones del 1º de Mayo en Madrid, donde entonces se encontraba: por una parte, el deseo de sumarse a las masas obreras y, por otra, cierta prevención que le hacía resistirse a engrosar el «rebaño»; A. Nin animaba a aprestarse a la lucha definitiva contra la burguesía y Samblancat sostenía que el peor terrorismo era el «moral» y sistemático de la burguesía.

95. Tanto Luis Rourera, ob. cit., p. 49; como la biógrafa del autor, Sonya Torres, ob. cit., p. 58, consideran que bajo el seudónimo de *Espartaco* se escondía, en efecto, Acín.

96. R. Acín, «Otra procesión», art. cit.; «Claveles», *Lucha Social*, 113 (3 de mayo de 1922), p. 1 –artículo reescrito luego como una de sus «Flore-cicas», de *Solidaridad Obrera*; *Espartaco*, «Lenguaje iconoclasta», 74 (18 de junio de 1921), p. 4; «Lenguaje iconoclasta», 114 (24 de junio de 1922), p. 4.

artículo en *Lucha Social* data de fechas muy poco posteriores a la conferencia de Zaragoza (24 de junio de 1922), lo que invita a pensar que fue la resolución adoptada entonces la causa de que Acín interrumpiera su por otra parte ocasional colaboración en el periódico.

Ángel Samblancat se mostraba en el semanario de Maurín como el libelista vehemente y el retórico consumado que ya conocemos, aunque como casi siempre con matices novedosos y de interés: así, la radicalidad con que pintaba situaciones sociales claramente prerrevolucionarias⁹⁷; el lirismo de que hacía gala al mezclar motivos primaverales con la celebración del 1º de Mayo⁹⁸; la queja –muy bien recibida en *Lucha Social*, como es evidente–, si bien bastante contenida, ante el abandono de la ISR por parte de la CNT decidido en Zaragoza⁹⁹, o el elogio del folleto de Maurín, *El sindicalismo a la luz de la revolución rusa* (1922), el primero del autor, donde apostaba ya claramente por la violencia organizada –frente a la espontaneidad defendida desde el anarcosindicalismo– para la consecución del poder por parte de la clase trabajadora, y a propósito del cual Samblancat pensaba que no había un «militante obrero español (...) capaz de escribir un opúsculo de la alta calidad de éste»¹⁰⁰.

Alaiz fue, con Samblancat, el más persistente de los antiguos conocidos a la hora de remitir sus textos a *Lucha Social*. Además, los de Alaiz se han de considerar como bre-

97. A. Samblancat, «La Italia roja. Una visita a las trincheras proletarias», *Lucha Social*, 38 (9 de octubre de 1920), p. 2, donde el periodista transcribía reflexiones recogidas de primera mano a E. Malatesta.

98. A. Samblancat, «Mayo en flor», *Lucha Social*, 109 (6 de mayo de 1921), p. 2.

99. A. Samblancat, «Nuevos y amenos cañazos (Segunda tanda)», *Lucha Social*, 121 (2 de septiembre de 1922), p. 3.

100. A. Samblancat, «El folleto de Maurín», *Lucha Social*, 120 (19 de agosto de 1922), p. 1.

ves ensayos –más que como artículos periodísticos– por su planteamiento, extensión y pretensiones. El autor aparecía, en efecto, como verdadero moralista y así, apelaba tanto a la conciencia de cada lector como a los órganos dirigentes de la CNT cuando intentaba perfilar una estrategia de acción para la CNT¹⁰¹, o, por ejemplo, se mostraba contrario a las cotizaciones de los sindicalistas por ser un ejercicio burocrático y poco efectivo¹⁰². Por ello, no extrañará que poco después, al responder a ciertas acusaciones que le había dirigido *El Comunista*, de Madrid, se incluyera entre los «anarquistas individualistas» al tiempo que esbozaba un autorretrato muy ilustrativo:

*¿Intelectual pretencioso? ¿Aspirante a superhombre? A nada de eso aspira quien siempre ha rechazado cargos y le ha bastado con ganar su vida, que ya es un cargo bastante duro. Los aspirantes a superhombres son los mandones, constituidos por ellos mismos en minoría capacitada*¹⁰³.

De nuevo, pues, el asunto de la estrategia revolucionaria venía a delimitar posturas. Como es bien sabido, el método, el camino, que se habría de seguir hasta el triunfo de la revolución fue, en el primer tercio del siglo, uno de los principales motivos de desacuerdo entre libertarios y comunistas. Si los primeros veían el transcurso revolucionario como un acontecimiento natural, como un proceso de maduración en cuya base se encontraba sobre todo la cultura, la conciencia individual, de modo que la libertad personal no se habría de ver violentada; para los comunistas el acaecer de la

101. Así, para «acabar con la injusticia» exigía «conciencia de la propia estimación y una labor coordinada, inteligente y perseverante», F. Alaiz, «Misticismo», *Lucha Social*, 70 (21 de mayo de 1921), p. 2.

102. F. Alaiz, «Cotizaciones», *Lucha Social*, 71 (25 de mayo de 1921), p. 2.

103. F. Alaiz, «Réplica a *El Comunista*», *Lucha Social*, 77 (9 de julio de 1921), p. 3. La cursiva es de Alaiz.

revolución no tendría lugar si una minoría más consciente y aguerrida, la vanguardia, no adoptara medidas de coacción y violencia hasta imponer y consolidar el triunfo del proletariado.

En esta tesitura, hemos apreciado cómo Maurín, de la mano de Sorel, pero también de Nietzsche, elegía el camino de la violencia, aunque apostaba, en un principio, al menos, por la coacción ejercida por una masa amplia más que por minorías cualificadas; Samblancat, muy partidario en aquellos años de la revolución rusa –aunque más tarde, sobre todo en el exilio, abominaría de los métodos soviéticos, y especialmente de los aplicados en España durante la guerra– se quedó tras la Conferencia de Zaragoza un tanto en tierra de nadie, y aunque no compartió la separación de la ISR por parte de la CNT, su queja fue tímida –sólo conocemos en este sentido, su artículo ya mencionado de *Lucha Social*, «Nuevos y amenos cañazos (segunda tanda)»–. Bel y Acín optaron sin reticencias –que sepamos– por el camino marcado por Pestaña, aunque poco antes se hubieran significado –sobre todo Bel– como firmes defensores de la revolución rusa¹⁰⁴.

Y Alaiz, de posiciones nada convencionales dentro del anarquismo, como sabemos, defensor a ultranza de la libertad personal, no parece que vacilara en ningún momento en

104. En una de sus «Florecicas», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 3 de agosto de 1923, p. 1, Acín escribía al respecto: «Por otro lado, la revolución rusa, que dicho sea también de paso nos entusiasmó demasiado deprisa y quizá demasiado ligeramente, nos ha dejado de entusiasmar (cuando menos por lo que de ella nos pudiéramos servir), iluminó fuertemente a la organización y hasta puso resplandores de heroísmo al sector de las cuatro cincuenta [los sindicalistas de ideología más superficial, de pretensiones más prácticas e inmediatas]. Los patronos también se enlucernaron y atontaron un tanto con la gran llamarada moscovita».

su opción libertaria, pero fue tan poco partidario de banderías intelectuales que no mostró especiales recelos a la hora de colaborar con quienes defendían opciones que no eran la suya, así en *Lucha Social* o luego en *La Batalla y Lucha Obrera*. «El individualismo –escribía– puede ser ante el comunismo una cuestión previa y acorde y no una oposición como lo es en Italia»¹⁰⁵. A principios de febrero de 1922 apareció el último artículo de Alaiz en *Lucha Social*, y es probable que por aquellas fechas se incorporara a la redacción de *Solidaridad Obrera* en Valencia, donde reapareció la emblemática cabecera anarcosindicalista a principios de mayo¹⁰⁶, con la participación de Alaiz, como sabemos.

La minoría sindicalista derrotada en la Conferencia de Zaragoza perseveró en su intento y trató de organizarse para defender sus posiciones. Así, a finales de 1922 fueron constituidos los Comités Sindicalistas Revolucionarios, siguiendo

105. F. Alaiz, «Réplica a *El Comunista*», art. cit. En otro momento, Alaiz, «A la clase media», *Lucha Social*, 79 (23 de julio de 1921), p. 2, reconocía que de la «clase media» procedía la producción cultural más «concienzuda» del momento. Y en «Asamblea de técnicos» 80 (30 de julio de 1921), p. 3, y con el mismo título, 81 (6 de agosto de 1921), p. 2, abogaba por preparar la eventual situación revolucionaria mediante discusiones por sectores de los técnicos o expertos con que contaba la organización. Por último, en «A pesar de todo y de todos», 96 (4 de febrero de 1922), p. 2, recogía el diálogo de tres amigos, el pesimista, el optimista y el determinista sobre el futuro colectivo. El determinista, síntesis de los anteriores y portavoz del propio Alaiz, apuntaba: «La legión de proletarios en pie, la que no cree en el mal como fatalidad sino como imposición digna de ser destruida por todos los medios, esos son los deterministas (...) Los valores superiores no pueden ser destruidos por nada (...) Estamos en la era del determinismo. No hay un valor tan alto en el mundo (...)». Posición ética más que política, como vemos, y sin incursiones en el terreno de la estrategia revolucionaria.

106. S. f., «Reaparición de *Solidaridad Obrera* de Valencia», *Lucha Social*, 108 (29 de abril de 1922), p. 1.

el modelo de los órganos homónimos franceses y, casi a la vez, a partir del 21 de diciembre de 1922 salió a la calle el semanario *La Batalla* que, comandado también por Maurín, se confeccionaba en Barcelona y tiraba en un principio tres mil ejemplares. El nuevo periódico aglutinaba los esfuerzos editoriales de *Lucha Social*, de Lérida, y de *Acción Sindicalista*, de Valencia¹⁰⁷, aunque según los recuerdos de su director era básicamente cosa de tres: Maurín, Pere Bonet, que lo componía, y José María Foix, que hacía las veces de administrador¹⁰⁸. Los numerosos artículos de Maurín y Bonet, iban acompañados de otros de Nin, Juan Andrade, Julián G. Gorkin, Hilario Arlandis, del luego conocido escritor italiano Ignacio Silone o también, aunque de manera escasa, de Alaiz y Samblancat. «El semanario –en palabras de Víctor Alba– sostenía, con discreción y sin mucha retórica, las posiciones de la Comintern y defendía la revolución rusa, pero se ocupaba, sobre todo, de las cuestiones españolas y de la vida interna de la CNT»¹⁰⁹. En este sentido, y aunque se trata de un apunte ocasional, resulta ilustrativo que el semanario tratara de entroncar en un escrito sin firma, posiblemente de Maurín, su confesión política con los orígenes ideológicos y afectivos de su director: «Joaquín Costa fue un economista burgués de un espíritu eminentemente revolucionario. Si Costa hubiese nacido cincuenta años más tarde hubiese sido comunista»¹¹⁰.

La Batalla, de vocación combativa, expresa en el propio título, entró en polémica una y otra vez con el sector mayo-

107. Luis Rourera Farré, ob. cit., p. 172.

108. J. Maurín, *El Bloc Obrer i Camperol...*, ob. cit., pp. 9-10.

109. V. Alba, ob. cit., ob. cit., p. 100.

110. S. f., «Palabras de Costa de aplicación actual», *La Batalla*, 24 (21 de septiembre de 1923), p. 3. Obsérvese que cincuenta años atrás justamente la diferencia de edad entre el polígrafo y Maurín

ritario de la CNT. Su director insistía en la necesidad de que la acción sindical estuviera presidida por el pragmatismo y la eficacia y continuaba en un principio proclamándose sindicalista revolucionario, como síntesis del marxismo y del anarquismo¹¹¹, pero a juicio de V. Alba, ya en 1922 Maurín se sentía comunista¹¹². A lo largo de 1923, *La Batalla* se aproximó de manera progresiva al PCE, en un proceso en el que subyacían diferentes factores, pero en el que el viaje de Maurín a la nueva Rusia o la presencia en Moscú de Andrés Nin resultaron especialmente determinantes¹¹³.

Por otra parte, la relación de Maurín con sus antiguos amigos comenzó a verse afectada por su decantación ideológica. Así, en septiembre de 1923, Maurín y Alaiz se acusaban mutuamente de «idealismo» y de no saber ajustarse a las exigencias de los tiempos. Maurín había publicado en *Correspondance Internationale* de Berlín un artículo —luego reproducido en *Solidaridad Obrera*¹¹⁴— en el que acusaba a los dirigentes confederales de «incomprensión evidente de la lucha de clases», de inspirarse todavía «en el radicalismo republicano de Lerroux», o de no comprender nada de «la cuestión económica», por lo que el sindicalismo estaba «condenado a ser vencido»¹¹⁵. Dos días después, en un texto sin firma, pero acertadamente identificado por Maurín como de Alaiz, *Soli* respondía al director de *La Batalla* achacándole el

111. J. Maurín, «El sindicalismo revolucionario de ayer y de hoy», *La Batalla*, 3 (6 de enero de 1923), p. 1. El sindicalismo, escribía aquí Maurín es «una armonización del marxismo y del anarquismo».

112. V. Alba, ob. cit., p. 99.

113. A. Bonsón, *op cit.*, pp. 154-155.

114. J. Maurín, «La España actual. La CNT y la descomposición del sindicalismo anarquista», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 26 de agosto de 1923, p. 2. En el mismo número se insertaba otro escrito de Maurín, «Por propio decoro», donde se quejaba de las críticas que *Soli* había vertido el día anterior contra él, a propósito de su escrito.

115. *Ibidem*

haber pretendido ridiculizar el anarquismo a partir de estereotipos no anarquistas y afirmando que «la filosofía anarquista es práctica y experimental», superadora de las «nebulosas» y «gaseosas» concepciones hegelianas y kantianas, seguidas por el comunismo y la socialdemocracia¹¹⁶.

Maurín trató en *La Batalla* de definir sus posiciones y las de su contrincante, sin pretensiones de imparcialidad, por supuesto, y a la vez las del marxismo y del anarquismo, en general:

Hay una divergencia total de concepto de las cosas entre nosotros, los que tomamos siempre una fundamentación empirista y los que como Alaiz y los anarquistas se sitúan en el racionalismo, en el idealismo.

Descalificaba Maurín, a continuación, a los principales pensadores anarquistas –Stirner, Proudhon, Tolstoy, Bakunin, Kropotkin...– y recomendaba a sus adversarios lecturas de Rosa Luxemburgo, Hilferding o Kautsky¹¹⁷. Con ello terminó, por lo que conozco, la discusión, pero no la colaboración entre Maurín y Alaiz, ya que contra lo que pueda pensarse tres meses después escribían ambos en el mismo periódico, *Lucha Obrera*, diario barcelonés de corta vida (4 de diciembre de 1923–1 de enero de 1924), donde coincidieron las diversas tendencias de la CNT¹¹⁸. Joaquín Maurín

116. S. f. [F. Alaiz], «Unas acotaciones a lo inactual», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 28 de agosto de 1923, p. 2.

117. J. Maurín, «Marxismo y anarquismo. A propósito de la cultura», *La Batalla*, 23 (7 de septiembre de 1923), p. 2.

118. El texto de presentación, sin firma, parece una síntesis de los planteamientos y de los estilos de Alaiz y Maurín, s. f., «LUCHA OBRERA saluda al lector y dice», *Lucha Obrera*, Barcelona, 4 de diciembre de 1923, p. 1. Se advertía aquí de que el nuevo diario pretendía «dar una nota alta de esfuerzo puro»; expresión esta, «esfuerzo puro», utilizadísima por Alaiz durante todos estos años como sinó-

dirigió la publicación y contó con Alaiz, José Viadiu, Antonio Amador, Ángel Abella o Tirado Benedí como redactores, todos o en su mayoría procedentes de *Solidaridad Obrera*, así como con Hilario Arlandis, redactor de *La Batalla*¹¹⁹.

Tras el golpe de estado de Primo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923, los dirigentes de la CNT optaron por suspender *Solidaridad Obrera* a la espera de mejores condiciones para la libertad de expresión, y sus periodistas contribuyeron, como decíamos, junto con los de *La Batalla*, a la confección de *Lucha Obrera*; sin embargo, la dirección de la CNT ordenó pronto retirarse a quienes procedían de *Soli*¹²⁰. Por otra parte, la polémica dentro de la CNT a propósito del efímero diario continuó durante meses. Así, uno de sus antiguos redactores, Tirado Benedí, respondía con acritud a Pestaña por haber afirmado que quienes constituyeron la redacción de *Lucha Obrera* habían sido «víctimas de una baja maniobra de los comunistas». Tirado Benedí alegaba que ni quienes habían contribuido en la elaboración del diario eran tan «cándidos» ni Maurín y Arlandis «son unos jesuitas desvergonzados», y precisaba:

nimo de trabajo digno y dignificador; al mismo tiempo, algunos párrafos después, se tachaba el sindicalismo practicado por la CNT de «misticismo», de «letanía de fórmulas y de frases hechas», críticas calcadas de las firmadas por Maurín en otros escritos, por ejemplo, aquel con el que contestaba a Alaiz.

119. Tirado Benedí, «¡Eso no!», *La Batalla*, 48 (4 de abril de 1924), p. 3. Curiosamente, la gran mayoría de los redactores del diario eran aragoneses, como observa E. Fernández Clemente, *Gente de orden II...*, ob. cit., p. 224. Alaiz inauguró aquí una sección que consagraría luego en *Soldiарidad Obrera*, «Lo que dice y lo que calla la prensa», lectura sesgada y experta de los periódicos de la semana.

120. Véase V. Alba, ob. cit., pp. 101-102. Según Alba, los dirigentes de la CNT preferían «que los trabajadores no tuvieran diario a que éste no estuviera controlado por ellos».

*Que mis discrepancias ideológicas del comunismo no me privan de honrarme con la amistad de Maurín, que vale personalmente mucho más que todos sus detractores.*¹²¹

Tras la desaparición del diario barcelonés, Alaiz todavía colaboró ocasionalmente en *La Batalla*; en particular como partícipe de la campaña que el semanario, como otros periódicos, mantuvo en defensa de *Shum* (o *Juan Bautista Acher*, pseudónimos de Alfons Vila i Franquesa, 1897-1967), joven caricaturista y anarcosindicalista que publicaba sus dibujos en *La Batalla* y en otros periódicos obreros, y que había sido condenado a muerte por tenencia de explosivos. Alaiz defendía en *La Batalla* la inocencia de *Acher* y denunciaba la injusticia de que era víctima¹²² al tiempo que salía a la luz con parecidas pretensiones su folleto, *El Poeta, condenado a muerte*, dentro de la 'Biblioteca de *La Batalla*'¹²³. A su vez, *Shum*, que años después sería indultado, dibujó por entonces la portada de la novela de Alaiz, *Quinet* (1924), título que parece aludir, por otra parte, a Maurín, quien firmaba con el citado hipocorístico en *Lucha Social*, como ya vimos. La Biblioteca de *La Batalla* publicó además folletos de Lenin, Nin, Maurín, Hilario Arlandis, Víctor Serge, etc.¹²⁴, en los que se ponía de relieve claramente la orientación comunista del semanario.

121. Tirado Benedí, art. cit.

122. F. Alaiz, «Acher, 'El Poeta'», *La Batalla*, 47 (28 de marzo de 1924), p. 1. También R. Acín, en *El Diario de Huesca*, 11 de abril de 1924 escribió en favor de *Shum* su artículo «Por estética y por humanidad», que le ocasionó al oscense un encarcelamiento de más de un mes, véase M. Bandrés, *La obra artigráfica de Ramón Acín...*, ob. cit., p. 95, y Sonya Torres, ob. cit., p. 68.

123. F. Alaiz, 'El Poeta', *condenado a muerte*, 'Biblioteca de *La Batalla*', Barcelona, 1924.

124. Véase Luis Rourera, «La Biblioteca de *La Batalla*», en ob. cit., pp. 177-178.

A finales de marzo de 1924, el periódico daba noticia del encarcelamiento de Alaiz «por hallarse reclamado para cumplir una condena por delito de imprenta», y de hecho, en la cárcel concluyó entonces su único relato largo, *Quinet*: «Nosotros, –se lee en *La Batalla*– aun cuando distanciados en parte del modo de pensar de Alaiz, reconocemos en el camarada todo su valor y sinceridad». Y añadía el anónimo redactor que el nombre de Alaiz «evoca el triste recuerdo de la inteligencia postergada por la imposición de los mediocres», puesto que había sido expulsado de la redacción de *Solidaridad Obrera*, tanto en Valencia (1922) como en Barcelona (octubre de 1923), en esta ocasión junto con Amador y Abella. «Más tarde –observaba *La Batalla*– Alaiz supo unirse al grupo que durante un mes hizo aparecer *Lucha Obrera*, el intento de diario que pasará a la historia como el primer esfuerzo hecho en España para sanear el movimiento obrero». Y concluía el suelto: «Nosotros, desde estas columnas, transmitimos al querido amigo y compañero Alaiz el testimonio de nuestro aprecio y devoción»¹²⁵.

Parece evidente que *La Batalla* exageraba la pretendida postergación de Alaiz entre los medios cenetistas como uno más de sus acerados dardos contra los dirigentes sindicales del momento. Las salidas de Alaiz de la redacción de *Soli*

125. S. f., «Felipe Alaiz», *La Batalla*, 47 (28 de marzo de 1924), p. 1. Por otra parte, también Samblancat colaboró en *La Batalla*, aunque apenas con textos inéditos, y ya no firmaron aquí Acín ni Bel. De Samblancat hemos localizado, «El Terror. Brochazos de la represión en Barcelona», 1 (21 de diciembre de 1922), p. 2; y con el mismo título en nº 2 (30 de diciembre de 1922), p. 2, y 5 (18 de enero de 1923), p. 4, –fragmentos de la obra del mismo título, *El terror* (1923)–; «El conductor», 12 (15 de marzo de 1923), p. 1, sobre el asesinato de Salvador Seguí, «Folletón literario. Carta de un preso a un arzobispo», 17 (4 de mayo de 1922), p. 4, fragmento de su relato *La quincena* (1923), y «La peor calamidad somos indiscutiblemente nosotros», 30 (9 de noviembre de 1923), p. 1.

parecen fruto, antes que nada, de los enfrentamientos internos de la organización y no tanto de persecuciones personales, como sugería el semanario de Maurín¹²⁶. De hecho, tras la Dictadura, Alaiz volvió a desempeñar cargos de responsabilidad en los órganos de prensa de la CNT; así, en 1930 fue director de *Tierra y Libertad* o en 1931 y 1932 de *Solidaridad Obrera*, a cuya redacción perteneció con algunas interrupciones hasta poco antes de la sublevación militar de 1936.

Alaiz, por otra parte, ya en 1923 se había significado sobradamente dentro de la organización, por ejemplo, al encargarse junto con Liberto Callejas de la edición de *Crisol*, periódico financiado por el grupo 'Los Solidarios' –integrado por Durruti, Francisco Ascaso, García Oliver, etc.– con dinero procedente, en consecuencia, de atracos y extorsiones. *Crisol*, como recordaba después García Oliver, se repartía gratuitamente y «[p]or primera vez, un periódico anarquista –según decía el activista libertario– exponía ideas y tácticas revolucionarias sin rendir pleitesía a las concepciones del pasado ni ser tan empalagoso como los periódicos que llenaban sus páginas con biografías y hechos del príncipe Kropotkin o del conde Bakunin. En las columnas de *Crisol* el anarquismo se hacía revolucionario porque vivía con el latido del proletariado»¹²⁷. *Crisol* hablaba sin ambages, en efecto, de

126. En octubre de 1923, la organización decidió, en efecto, el cierre del periódico, en contra incluso de la opinión de Pestaña, su director en aquellas fechas, al no poder mantener la orientación deseada bajo la dictadura. En diciembre reapareció *Soli* y se mantuvo hasta mayo de 1924, en que con motivo del asesinato del verdugo de Barcelona, fue suspendida hasta agosto de 1930; véase S. Tavera, *Solidaridad Obrera...*, ob. cit., p. 42; A. Elorza, «El sindicalismo de Ángel Pestaña», prólogo a A. Pestaña, *Trayectoria sindicalista*, ob. cit., pp. 17-19, y A. Elorza, «El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923-1930). La génesis de la Federación Anarquista Ibérica (I)», *Revista de Trabajo*, 39-40 (1972), pp. 123-477.

127. J. García Oliver, *El eco de los pasos*, ob. cit., p. 121.

la violencia revolucionaria o de la lucha frontal contra la burguesía en artículos siempre sin firma que marcaban desde luego una notoria diferencia con los de otras publicaciones anarcosindicalistas¹²⁸. La contribución de Alaiz en su elaboración añade dosis de complejidad a la figura del escritor anarquista y contribuye a consignar de modo más completo los enrevesados avatares que vivió en las vísperas de la Dictadura.

De los autores que aquí nos ocupan, Alaiz y Maurín resultan, sin duda, los de mayor complejidad ideológica. Bel o Acín no mantuvieron una orientación monolítica, por supuesto, pero sí más sujeta a las directrices de la CNT —de 1923 son, por ejemplo, las renombradas «Floreccicas» de Acín, aparecidas en *Solidaridad Obrera*¹²⁹—. Y Samblancat, con puntos de mayor o menor radicalidad, seguía enarbo-

128. He podido consultar únicamente dos números de *Crisol*, el 3 (25 de agosto de 1923) y el 5 (8 de septiembre de 1923), localizados en la Hemeroteca Municipal de Barcelona (Casa de la Ardiaca). En el primero (p. 8) podemos leer unas reflexiones de Enrique Malatesta sobre la violencia, donde decía: «Queremos el triunfo por la libertad y el amor. Mas no por eso renunciamos al empleo de la violencia. Nuestros medios son los que las circunstancias nos permiten y nos imponen (...)». En el número 5 (p. 3), bajo el título de «¡¡SANGRE!!», se asevera que «[l]os dioses sedientos piden sangre (...)», para vengar algunos atentados contra obreros.

129. Ramón Acín, «Floreccicas», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 23 de marzo de 1923, p. 1; 17 de abril de 1923, p. 1; 20 de abril de 1923, p. 1; 27 de abril de 1923, p. 1; 3 de agosto de 1923, p. 1; 11 de agosto de 1923, p. 1; 19 de agosto de 1923, p. 1; 25 de agosto de 1923, p. 1; 2 de septiembre de 1923, p. 1. Son, en general, reflexiones sobre la actualidad, normalmente en forma aforística, donde el humor, la lección moral y el apunte político se entremezclan en parecidas proporciones. Véase una breve muestra: «El general Arlegui dicen los médicos, se halla gravísimo del corazón. Mira por donde nos enteramos (sic) que Arlegui tiene corazón (17 de abril de 1923, p. 1). «El temor de Dios, dicen los católicos, es el principio de la sabiduría. No el ateísmo y la osadía: 'De los débiles y humildes pueden salir los santos, pocas veces los sabios', dice Ramón y Cajal. Y Cajal tiene razón»

lando sus opciones claramente obreristas aunque sin entrar en fórmulas demasiado precisas.

En definitiva, aquellos jóvenes aragoneses que habían iniciado su trayectoria intelectual a la sombra de Joaquín Costa y del republicanismo pimargalliano, en *Talión* o *Ideal de Aragón*, vivieron entre 1914 y 1923 un periodo prerrevolucionario, verdadero ensayo general de los años republicanos, en que como otros intelectuales de izquierdas fracasaron en su intento de llevar la historia, básicamente mediante la palabra, a terrenos presididos por la justicia, la libertad, la humanización de la técnica y de la producción o por el trabajo entendido como «derecho» y cauce para la dignificación personal y no como esclavitud de los muchos en beneficio de los menos. Su fracaso fue también el fracaso de la intelectualidad de la izquierda y el de las organizaciones obreras, en general, como bien decía G. Meaker:

*(...) la historia de la izquierda revolucionaria de los años 1914-1923 es esencialmente la historia de un fracaso; fracaso de unos hombres ideológicamente apasionados, doctrinarios y decididos a crear un movimiento revolucionario que veían como la única fuerza capaz de destruir un orden social oligárquico, de privilegio, haciendo posible el surgimiento de la Nueva Jerusalem igualitaria que anhelaban. Fueron, como resultó, históricamente prematuros, sectarios y dogmáticos y al fin fracasaron. Pero la historia de sus esfuerzos infructuosos es, según creo, bien digna de contarse (...)*¹³⁰.

(20 de abril de 1923, p. 1). «A la máxima de la vieja escuela clerical de 'la letra con sangre entra', hay que oponer esta otra máxima de nuestra escuela nueva y laica: 'no pegarás al niño ni con una flor'» (20 de abril de 1923, p. 1). También apareció entonces en *Solidaridad Obrera* su artículo «Con azúcar está peor», 26 de agosto de 1923, p. 1, sobre los altercados provocados cuando embarcaba en Málaga un regimiento con destino a África.

130. G. Meaker, ob. cit., p. 11.

La Dictadura de Primo de Rivera interrumpió el proceso que analizamos y, como es evidente, el desenvolvimiento del grupo que aquí hemos seguido; un grupo que, por otra parte, empezaba ya a disgregarse ideológicamente. Durante los seis años siguientes (1924-1930) la CNT se encontró con tantas dificultades para el desarrollo de sus funciones que debió de sobrevivir en la clandestinidad o semiclandestinidad durante la mayor parte del tiempo; sus órganos de expresión fueron clausurados o se vieron denunciados a menudo y muchos de quienes se dedicaban en sus páginas al periodismo obrero se vieron obligados a reorientar sus actividades o a resignarse al silencio. Y en particular, la producción del grupo de *Talión* se vio considerablemente reducida y alterada.

Al mismo tiempo, entre 1922 y 1923, los autores que han sido objeto de mayor atención en estas páginas –Sambancat, Alaiz, Acín, Bel y Maurín– publicaron sus primeros libros o folletos, prueba de que su periodo más propiamente de formación finalizaba. Con la madurez, mantuvieron en conjunto muchas más coincidencias que divergencias, pero puede decirse que cada cual había enfilado ya su propio camino y que la búsqueda de confirmación en el grupo de la personal andadura intelectual ya no era necesaria. Aquí concluye, pues, *stricto sensu* nuestro recorrido. En las páginas que restan trataremos de completar muy a grandes rasgos las trayectorias de los autores en cuestión, de aproximarnos a su producción más puramente literaria y de calibrar, en suma, su aportación a la historia cultural del periodo.

VII. EL CORRER DE LOS AÑOS.

LITERATURA DE EDUCACIÓN Y COMBATE

HACERSE UN NOMBRE

Salvo Ángel Samblancat, el mayor y más madrugador, entre 1913 y 1915 nuestros jóvenes autores comenzaron a publicar en periódicos o revistas —*El Diario de Huesca, La Ira, Talión, Ideal de Aragón*, etc.—, y en las vísperas de la dictadura primorriverista todos ellos vieron sus primeros folletos o libros en la calle; Samblancat, Alaiz, Maurín y Bel, en 1922; Acín, en los primeros meses del año siguiente. Incluso, por entonces, ellos mismos manifestaban entre sí la sensación de «haber triunfado».

Así, anotábamos antes que entre 1916 y 1918 desde las páginas de *Ideal de Aragón* Gil Bel y otros calificaban a Samblancat de «caudillo de los rebeldes», lo reputaban como la pluma más solicitada entre las filas republicanas o aludían a él como «nuestro compañero y nuestro Maestro (sic)»¹. Más tarde, en abril de 1923, el propio Samblancat tildaba a Bel de «[f]orjador de belleza y de gracia» y consignaba que el escritor, tras pasar por 'La Novela Roja' como «un cometa llameante», iba entonces a publicar tres importantes trabajos: «una narración mojada de fuego y de angustia —*Nazarenos de violencia*—», (...) una obra de teatro que Arniches se ha

1. S. f., «Samblancat y los caciques», art. cit.; s. f., «Ángel Samblancat», art. cit.; s. f., «Samblancat, detenido», art. cit.; Gil Bel, «Ángel Samblancat», art. cit., y del mismo autor, «Hombre y diputado», art. cit. y «Siluetas. Hombre y diputado macho», art. cit.

comprometido a hacer estrenar, y (...) un libro saturado de mirra, cicuta y juegos cáusticos, ardientes y amargos», *Delicadeza*. Con todo, Samblancat pensaba que Bel «habría triunfado hace tiempo» si tanto editores como público no adolecieran de intereses mezquinos y de escasa amplitud de miras². De hecho, en el mismo lugar, el semanario zaragozano *La Democracia*, un anónimo redactor apreciaba, por su parte, que Bel «[h]abía triunfado en su primer trabajo ya. Ahora –concluía– se ha impuesto»³.

En el mismo orden de cosas incidía, a su modo, Samblancat cuando, a propósito del primer folleto de Maurín, *El sindicalismo a la luz de la revolución rusa* (1922), aseguraba que ningún otro «militante obrero español» era capaz de componer un ensayo de semejante valía⁴. Gil Bel, a su vez, reseñaba a principios de junio de 1923 el libro de Acín, *Las corridas de toros en 1970*, –el único que publicó el artista– y acuñaba también el éxito de su amigo:

*Tú has desmentido los 'dichos'. 'Nadie es profeta en su tierra' ¿Cómo has triunfado, Ramón, cómo has triunfado? En honor tuyo, diré que no lo esperaba (...) Porque en todas partes, y especialmente aquí, el que viene como tú, el que da lo que tú, sólo encuentra inconvenientes y sólo encuentra estacazos y pistoletazos. En fin; esto ya lo sabes tú*⁵.

En definitiva, hacia 1922 ó 1923, y algo antes en el caso de Samblancat, nuestros autores daban por concluido su noviciado literario o artístico y apreciaban mutuamente que su carrera estaba encauzada.

2. A. Samblancat, «Forjador de belleza y de gracia», art. cit. De los trabajos citados por Samblancat, únicamente conozco *Delicadeza*, de los otros dos no he encontrado ni siquiera una referencia o comentario.

3. S. f., «Samblancat y Gil Bel», art. cit.

4. A. Samblancat, «El folleto de Maurín», art. cit.

5. Gil Bel, «*Las corridas de toros en 1970*», art. cit.

Algo distinto es el caso de Alaiz, valorado desde muy pronto como gran escritor en ciernes, según recordaba años después Maurín⁶, pero cuyo proceso de maduración atravesó mayores recovecos. Su primer folleto, *El trabajo será un derecho* (1922) fue recibido, como vimos, por el semanario que había promovido su publicación, *Voluntad*, como un modelo de investigación basado en el análisis minucioso de la realidad, que venía a desterrar la producción poco rigurosa y repleta de prejuicios o concepciones apriorísticas que menudeaba entre la bibliografía obrera; un estudio, en suma, que suponía «un salto de unas concepciones más ilusas que útiles (...) a una realidad expuesta, estudiada técnicamente»⁷. No obstante, no he localizado otros comentarios sobre este primer ensayo de Alaiz y cabe deducir, por lo tanto, que no alcanzó demasiada resonancia.

Al año siguiente, 1923, Alaiz firmaba en Sevilla, mientras dirigía *Solidaridad Obrera*, su primera novela corta, *Elisabet*, incluida en la colección 'La Novela Roja' de nuestro ya conocido Fernando Pintado, y a la que contribuyeron también, como tendremos ocasión de comprobar, otros escritores aragoneses, como Samblancat, Ángel Abella o Gil Bel. Pero como es fácil de suponer fue *Quinet* (1924), la única novela larga de Alaiz, su gran apuesta literaria⁸. El relato apunta detalles y estilo del primer Alaiz, el de vuelo costumbrista, azoriniano y romántico, y tanto es así que reutiliza fragmentos aparecidos entre 1913 y 1916 en *El Diario de Huesca* o en el *Boletín del Liceo Escolar*, de Lérida, lo que

6. J. Maurín, «Carta» a Ramón J. Sender, de 1 de abril de 1953, en F. Caudet, ob. cit., pp. 91-94.

7. S. f., «De crítica. *El trabajo será un derecho*, por Felipe Alaiz», art. cit.

8. De hecho, años después recordaba el autor la obra como su «primer libro»; escrito, decía, «de los 20 a los 25», esto es, bastante antes de ser publicada la novela (1924), entre 1907 y 1912, en carta a Fontaura (1956), recogido en «Felipe Alaiz...», art. cit., p. 24.

tal vez contribuyera a que el libro, según recordaba García Oliver, fuera poco menos que ignorado por la crítica al uso y escasamente atendido dentro de la organización cenetista, «porque carecía de interés revolucionario y porque eran tiempos de luchas encarnizadas»⁹. Además, a juicio de García Oliver, *Quinet* concentraba «la aspiración de Alaiz a ser admitido como literato» y su fracaso lo convirtió en «un terrible amargado»¹⁰.

Sea como fuere, poco debieron de satisfacer a Alaiz los comentarios que suscitó la novela ya que en seguida se sintió obligado a escribir una «Justificación de *Quinet*», donde intentó encauzar la interpretación del libro y, en especial, defenderse de ciertas críticas o de etiquetas fáciles que, al parecer, le habían asignado a propósito de su obra: «La publicación de *Quinet* –escribía Alaiz– ha producido algunas sugerencias dignas de aclaración y comentario. Imprecisión de elementos expresivos al juzgar la obra, críticas con prisa, confusión, cordialidad... Motivos son estos que circundan el libro y obligan a situar su autenticidad en términos sencillos»¹¹. No obstante, no todo fueron menciones desfavorables; por mi parte, he localizado un comentario en *El Ebro* que agradecería sin duda al novelista, a pesar de su retraso –apareció más de un año después de publicarse la obra– o de su brevedad. El reseñista, tras comentar con cierto detenimiento el volumen de José Llampayas, *Mosén Bruno Fierro*, entonces recién editado, decía a propósito de *Quinet*:

Hay otro valor digno de encomio en la moderna generación literaria de Aragón –la única que merece la pena de comentarse. Se trata de Felipe Alaiz.

9. J. García Oliver, ob. cit., pp. 608-609.

10. Ibídem.

11. F. Alaiz, «Justificación de *Quinet*», *Revista Nueva*, 28 (1924), reproducido en F. Alaiz, *Quinet*, ob. cit., pp. 17-25 (la cita en p. 17).

*En su último libro Quinet, vimos demasiadas cosas bellas para que no esperemos de él cosas definitivas, si encauza su actividad, en todos los sentidos, hacia aquellos planos en que sabe pisar en tierra firme*¹².

No obstante, poco después, hacia 1926, Manuel Buenacasa, en su historia del movimiento libertario, calificaba ya a Alaiz como «el mejor de nuestros escritores»¹³. Meses más tarde, *La Gaceta Literaria* lo incluía en una lista, un tanto arbitraria por otra parte, de autores, apreciados por la publicación como afines a su propio empeño y que agrupaba bajo el marbete de «la falange aragonesa más conocida y distinguida»: Benjamín Jarnés, Luis Buñuel, Juan Vicens, Felipe Alaiz, Galindo, *Kossti*, Acín y García Mercadal¹⁴. Todavía en 1928, Julio Calvo Alfaro reconvenía al autor, recién excarcelado de nuevo, para que tratara de aportar a la literatura lo que cabía esperar de él: «quisiéramos verle dedicado de lleno a las letras; hay dentro de él un gran escritor. Sería lástima que su vida se desorientara y dejara de dar de sí lo que esperamos pueda producir»¹⁵. Y en definitiva, «quien parecía estar destinado –como escribe Francisco Carrasquer– a ser un brillante escritor se nos queda en periodista de la prensa confederal ¿Y qué hay de malo en eso?», se pregunta el estudioso¹⁶.

No es lo de menos en esta singular travesía lo que subyace de propia elección, porque todo parece indicar que Alaiz dejó de firmar en *El Sol* para consagrarse exclusiva-

12. Garci-Jiménez, «Bibliografía», *El Ebro*, 103 (septiembre-octubre de 1925), p. 6.

13. M. Buenacasa, *El movimiento obrero español...*, ob. cit., p. 62.

14. *La Gaceta Literaria*, 4 (15 de febrero de 1927), cit. por A. Sánchez Vidal, «Introducción», Luis Buñuel, *Obra literaria*, Ediciones de *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 1982, p. 67.

15. J. Calvo Alfaro, «Acotaciones» *El Ebro*, art. cit.

16. F. Carrasquer, *Felipe Alaiz. Estudio y antología...*, ob. cit., p. 26.

mente a la prensa obrera y libertaria y a los cauces de difusión próximos —las colecciones ‘La Novela Roja’, de Pintado, o ‘La Novela Ideal’, editada por *La Revista Blanca*, por ejemplo—, como consecuencia de sus opciones ideológicas y de su visión utilitaria y moralizante de la literatura y el periodismo¹⁷. En este orden de cosas, es ilustrativo el hecho de que el propio autor, poco antes de la guerra civil, aconsejara a Samblancat acerca de la adecuada difusión de sus trabajos: «Samblancat tendría que saber dónde escribir. Creo que en las publicaciones obreras hallaría más hospitalidad y comprensión, sobre todo avanzando él por el declive de sus preocupaciones políticas»¹⁸.

Bien es verdad que la opción alaiciana tampoco consiguió satisfacer plenamente a quienes le leyeron desde sus mismas filas. Así, Francisco Carrasquer creía que «toda su vida de escritor» había supuesto un «fallo», dado que «a fin de ser lo más independiente posible procuraba reducir al máximo sus obligaciones», por lo que no consiguió la obra que se podía esperar de él y cuando abandonó los círculos literarios al uso no logró convertirse en «hilo conductor entre el gigantesco movimiento popular aludido [el libertario] y los escritores amigos capaces de ser la conciencia de ese movimiento»¹⁹. Los mismos seguidores y discípulos de Alaiz, en efecto, le exigieron hasta sus últimos años el gran libro que no había logrado y para el que parecía capacitado²⁰. Por su parte, el escritor

17. Así puede apreciarse en su serie de doce ensayos titulada precisamente «Literatura y periodismo», *La Revista Blanca*, 220 (15 de julio de 1932) - 253 (23 de noviembre de 1933). Por entonces, publicó también su folleto *Cómo se hace un diario*, ed. cit.

18. F. Alaiz, «Samblancat, el evadido de Jericó», *Tipos españoles II*, ob. cit., p. 164.

19. F. Carrasquer, *Felipe Alaiz. Estudio y antología...*, ob. cit., pp. 19-27.

20. Véase Fontaura, «Prólogo» a F. Alaiz, *Tipos españoles I*, ob. cit., pp. 7-8; José Peirats, «Prólogo», F. Alaiz, *Quinet*, ob. cit., p. 12.

pensaba que había un error de enfoque en quienes le recriminaban de este modo y, en cierta ocasión, alegaba incluso que la recopilación de su obra dispersa en periódicos y revistas alcanzaría nada menos que sesenta y siete tomos, y añadía:

En primer lugar no soy más que una sola cosa por vocación y oficio: periodista. Esta es mi actividad esencial (...) El periodismo es una cosa suficiente para llenar una vida activa y para colmarla: más de satisfacciones íntimas que de comprensión ajena (...) Sin falsa modestia puedo decir que he logrado aclimatar en un medio distraído, pero no del todo hermético, cierto género nunca visto en la prensa de avanzada social... Y en cuanto a crítica (gran apartado de actividad) creo que no hay (insisto en no ser falsamente modesto) quien me quiebre la pluma. Y todo porque he creído que la anarquía no es un régimen, sino que es una conducta en cualquier régimen²¹.

Alaiz argüía, en suma, que le exigían algo que él mismo no se había propuesto, ser escritor más allá del periodismo; vinculaba además muy significativamente su actividad a un modo de actuar, a una «conducta», y ofrecía como primer argumento de su trabajo una ingente obra, aunque dispersa. Y lo cierto es que al revisar las cuantiosas páginas que en los años republicanos firmó en *Solidaridad Obrera*, *La Revista Blanca*, *El Luchador* o ya en el exilio en *Ruta* o *CNT*, publicaciones editadas en Toulouse, hay que poner en tela de juicio la fama de escritor bohemio y poco dedicado al oficio que arrastró entre sus coetáneos, como habrá que explicar esa cierta falta de ambición, que percibieron sus discípulos, por la propia opción ética e ideológica que le llevó a ser escritor a su manera, ya no al modo 'burgués', y a frecuentar cauces de difusión que no podían favorecer demasiado su prestigio como autor, en sentido convencional.

21. F. Alaiz, carta a José Peirats (1949), cit. por J. Peirats, «Prólogo» a F. Alaiz, *Quinet*, ob. cit., pp. 12-13. La cursiva es de J. Peirats.

Alaiz fue un intelectual de origen pequeño-burgués que eligió publicar en los medios obreros, escritos en buena medida por trabajadores, cuya formación era por lo general diferente en su enfoque y de menos resortes que la de nuestro autor. Y si Alaiz no fue un escritor al uso entre los círculos burgueses tampoco entre los medios libertarios ocupó una posición plenamente integrada. Prueba de ello es que desarrolló buena parte de su obra al amparo de las cabeceras promovidas por la familia Montseny —*La Revista Blanca*, *El Luchador*, la colección *La Novela Ideal*, etc.—, es decir, las empresas editoriales dirigidas y sustentadas por Federico Urales, Soledad Gustavo y la hija de ambos, Federica Montseny, libertarios «individualistas» y teóricos que defendieron la anarquía como opción ideológica y ética y no tanto como forma de lucha sindical. Por otro lado, gracias, en buena parte, a su colaboración con los Montseny, Alaiz pudo vivir durante años de su pluma aunque siempre de manera austera o —como dice Carrasquer— «eutrapélica»²².

EL CORRER DE LOS AÑOS

Como hemos podido constatar, puede decirse que la Dictadura sorprendió a los autores que aquí consideramos cuando comenzaban a forjarse un nombre en el mundo de las letras o del arte en su vertiente más social, ya que fueron años en que las circunstancias políticas arrastraron a no pocos autores hacia un compromiso que alcanzaría su momento álgido en la etapa republicana. Por ello mismo, la Dictadura

22. Esa condición un tanto *descentrada* dentro del movimiento anarcosindicalista que representó Alaiz, con Federica Montseny, Abad de Santillán y otros que García Oliver calificaba con intención peyorativa como «la plana mayor del intelectualismo» dentro del movimiento libertario, puede apreciarse en las memorias del citado anarquista, *El eco de los pasos*, ob. cit., pp. 176, 188, 351, por ejemplo.

primorriverista (1923-1930) afectó particularmente en los procesos de maduración de estos autores.

1923 fue para Acín, por ejemplo, un año importante en su vida, entonces se casó con Concha Monrás, vio en la calle su libro de viñetas *Las corridas de toros en 1970* o inició su colaboración en *Solidaridad Obrera*. Como han advertido sus estudiosos, la Dictadura provocó que la presencia del artista en la prensa disminuyera ostensiblemente, aunque no por ello evitó algunas represalias y así, en abril de 1924, fue encarcelado durante unas semanas por solicitar en un escrito el indulto del dibujante *Shum*, como ya sabemos. Según Sonya Torres, en junio de 1926 estuvo implicado en el fracasado intento de sublevación contra la Dictadura conocido como la *Sanjuanada*, y tras los hechos se instaló en París durante unos meses, entre julio y noviembre de este año²³.

Allí inició un decisivo proceso de renovación artística en contacto, sobre todo, con el pintor granadino Ismael González de la Serna, lo que le condujo a un arte de síntesis de diversas propuestas vanguardistas, que se acercó en ocasiones al surrealismo al tiempo que trató —como escribe M. García Guatas— de simplificar su expresión con objeto de favorecer el acceso al arte de las clases menos ilustradas²⁴. En 1928 participó, en representación de los artistas aragoneses, en la comisión organizadora del centenario de la muerte de Goya; en 1929 expuso en la vanguardista galería Dalmau de Barcelona, al año siguiente en el recién inaugurado Rincón de Goya, de Zaragoza; en diciembre de este mismo año, 1930, contribuyó directamente a la sublevación de Jaca, protagonizada por su buen amigo Fermín Galán, por lo que en

23. S. Torres, ob. cit., pp. 68-69.

24. M. García Guatas, «Ramón Acín en tres tiempos», en M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín (1888-1936)*, ob. cit. pp. 12-14.

enero de 1931 se instaló de nuevo en París, donde residió hasta la proclamación de la República.

Al poco de regresar, acudió a Madrid como delegado al congreso que la CNT celebró en el mes de junio, y a la vez expuso en el Ateneo su obra, con enorme repercusión, como recuerda Miguel Bandrés, en la prensa madrileña y de provincias, gracias en buena parte al halo que le otorgaba su implicación en la sublevación de diciembre²⁵. Poco después, destinó parte del premio ganado en la lotería para la financiación del documental de Buñuel *Las Hurdes* (1932), en cuyos rótulos aparece Acín como ayudante de dirección junto al también anarquista zaragozano Rafael Sánchez Ventura, y tras la guerra el realizador aragonés restituiría el dinero a las hijas de Acín. A mediados de 1932 el artista oscense expone de nuevo sus trabajos, ahora en el Círculo Oscense, en su propia ciudad, donde —como apunta Miguel Bandrés— sus obras ocasionaron notable sorpresa, y en septiembre de 1935 lleva de nuevo sus realizaciones a Barcelona, para ser expuestas en esta ocasión en el Centro Obrero Aragonés²⁶.

El 6 de agosto de 1936 murió fusilado contra las tapias del cementerio de Huesca y días después corrió la misma suerte su mujer. La familia tenía en proyecto trasladarse pronto a Madrid para que Sol y Katia, las hijas del matrimonio, cursaran estudios en el Instituto-Escuela, de la Institución Libre de Enseñanza; allí sin duda Acín, como sugiere García Guatas, hubiera asimilado nuevos estímulos para su obra, ya que entonces «se encontraba en el momento óptimo

25. M. Bandrés, «Datos para una biografía», en M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín (1888-1936)*, ob. cit. pp. 22-23.

26. *Ibidem*. No parecen de demasiado peso recientes argumentos que defienden que Acín, al financiar el filme de Buñuel, actuó como mero cauce de la CNT.

de madurez artística y cabía esperar, al menos, una docena larga de años de actividad creativa y hasta sorpresas»²⁷.

Con respecto a Maurín²⁸, hay que recordar que ya desde 1921 percibíamos su progresiva decantación hacia el comunismo, aun siendo dirigente de la CNT, y desde poco después apreciábamos también la incansable labor política que desplegó con el objeto de acercar al comunismo a la gran masa sindicalista agrupada en la CNT. Durante el mes de diciembre de 1923 dirigió el diario *Lucha Obrera* en cuya redacción consiguió reunir —como ya sabemos— a representantes de su propia tendencia con otros periodistas —Alaiz, por ejemplo— procedentes de *Solidaridad Obrera*, diario suspendido entonces.

En un nuevo intento por arrancar a la CNT de la influencia anarquista, en 1924 publica un implacable análisis de la organización sindical bajo el título de *La crisis de la CNT* (traducido en seguida al francés como *L'anarchosyndicalisme en Espagne*); en junio viaja por segunda vez a Moscú para participar en el III Congreso de la Internacional Sindical Roja en representación de los Comités Sindicales Revo-

27. M. García Guatas, «Ramón Acín en tres tiempos», en M. García Guatas (dir.), *Ramón Acín (1888-1936)*, ob. cit., p. 11.

28. Sobre Joaquín Maurín véase los trabajos ya citados, de los que nos servimos aquí para resumir la trayectoria del escritor y político: Víctor Alba, *Dos revolucionarios...*, ob. cit.; Luis Portela, «Presentación», J. Maurín, *Los hombres de la Dictadura...*, ob. cit., pp. 7-36; Jeanne Maurín, *Cómo se salvó Joaquín Maurín...*, ob. cit., con una muy aprovechable introducción de Luis Portela; Antoni Monreal, *El pensamiento político de Joaquín Maurín*, ob. cit.; Luis Rourera, *Joaquín Maurín y su tiempo*, ob. cit.; Anabel Bonsón, *Joaquín Maurín...*, ob. cit.; Yveline Riottot, *Joaquín Maurín...*, ob. cit. También hay referencias biográficas en J. Maurín, «Apéndice sobre el comunismo en España», *Revolución y contrarrevolución en España*, ob. cit., o en su folleto *El Bloque Obrero y Campesino. Origen. Actividad y perspectivas*, ob. cit.

lucionarios, también asiste a algunas sesiones del V Congreso de la Internacional Comunista, y en esta ocasión la impresión que le produce el país de los soviets es sustancialmente diferente a la de 1921, ahora difícilmente logra identificarse con lo que percibe. No obstante, a su regreso ingresa ya en el PCE y pronto ejerce como secretario de la Federación Catalano-Balear; poco después, en noviembre, asiste a un pleno clandestino en el que dimite la dirección del partido por discrepancias con el grupo de Maurín acerca de la política que se había de seguir ante la Dictadura, de modo que la responsabilidad del PCE fue traspasada a la Federación Catalano-Balear y, por lo tanto, Maurín pasó a ser de hecho el máximo dirigente de la organización. No obstante, esta circunstancia sólo se prolongó durante poco más de un mes porque a principios de enero fue detenido, tras publicarse el periódico ilegal *Vanguardia*, en el que el PCE acrecentaba su oposición a la Dictadura, como proponía Maurín. Y primero en el hospital, ya que había sido herido de bala en la detención, y luego en Montjuich, en la cárcel modelo de Barcelona y en la de Bilbao permaneció durante casi tres años, hasta finales de 1927.

A lo largo de 1926 surgieron sus primeras discrepancias públicas con la dirección del PCE con motivo de algunos de sus artículos aparecidos en *La Antorcha*, a los que respondió el entonces secretario general del partido, José Bullejos. Ya en 1924 el comunista francés, Boris Souvarine, futuro cuñado de Maurín, había sido expulsado del partido, lo que interfirió también en los conflictos del propio Maurín con la dirección comunista en España. Al poco de ser liberado, viajó a París donde se casó con Jeanne Souvarine y donde permaneció hasta 1930. Allí nació a finales de 1928 su único hijo, Mario. Ya en 1927 la dirección del PCE había solicitado su expulsión del partido y más tarde lo había acusado de ser confidente de la policía, de lo cual quedó exculpado meses después, y en 1929 se hizo cargo de las Ediciones Europa-



América, que la Internacional Comunista destinaba para la difusión en América.

En el verano de 1929, el PCE celebra un congreso en París al que la dirección no le permite asistir, a pesar de ser delegado por la Federación Catalano-Balear. En junio de 1930 regresa con su mujer e hijo a Barcelona y asume la dirección de *La Batalla*, que había estrenado su nueva etapa a finales de mayo. En agosto es expulsado del PCE y se solidariza con él la Federación Catalano-Balear, por lo que queda también excluida del partido; por entonces tanto Maurín como la federación que representa son acusados por primera vez de trotskistas; el aragonés niega los cargos ante la IC, de la que requiere mediación en el conflicto. En octubre aparece su lúcido libro, *Los hombres de la Dictadura*, publicado por Cenit, en el que culpaba a los políticos «constitucionales», por su ineficacia y alejamiento de la realidad social, del advenimiento de la Dictadura.

En marzo del año siguiente, 1931, tiene lugar el congreso de unificación de la Federación Comunista Catalano-Balear y el Partit Comunista Catalá, con lo que nace el Bloque Obrero y Campesino (BOC), Maurín es elegido secretario general de la FCCB y presidente del BOC; arropado por estas siglas concurre en junio a las elecciones a las Cortes constituyentes, pero no resulta elegido. En julio es expulsado de la IC.

En los años republicanos continúa con su labor política a través de conferencias, libros, folletos o artículos, en los que ahora ya no sólo combate el anarquismo de la CNT sino también el comunismo de Moscú. A finales de 1933 se constituye, de acuerdo con una propuesta de Maurín, la Alianza Obrera, que reúne a diferentes fuerzas políticas y sindicales —la UGT, por ejemplo, pero no la CNT, evidentemente—. En septiembre de 1935 la fusión del BOC e Izquierda Comunista da origen al POUM (Partido Obrero de Unificación

Marxista), del que es designado secretario general. En febrero, el nuevo partido concurre a las elecciones dentro del denominado Frente Popular (Front d'Esquerres) y Maurín es elegido diputado. En julio le sorprende en Galicia la sublevación militar, consigue llegar hasta Jaca pero allí al intentar pasar a Francia es detenido aun sin haber sido identificado. En agosto de 1937 fue liberado, pero poco después reconocido por un policía con el que había coincidido en Barcelona y apresado de nuevo y ya retenido durante casi diez años en las cárceles de Salamanca, Barcelona, Burgos y Barcelona, de nuevo. La mediación de familiares, especialmente la de Ramón Iglesias Navarri, pariente de Maurín y durante la guerra comandante-jefe de los capellanes castrenses en Toledo, que intercedió incluso ante Serrano Suñer; las gestiones de su mujer Jeanne, de organismo en organismo y, en cierta manera, la propia situación de precariedad que había atravesado el POUM durante la guerra confluyeron para que Maurín no fuese ejecutado.

En octubre de 1947 llegaba a Nueva York para instalarse con su familia. Tras un periodo de incertidumbre, en el verano de 1949 creó la American Literary Agency, empresa periodística dedicada a la difusión de artículos en los rotativos americanos en lengua española, que Maurín dirigió hasta su muerte, en 1973. En su nueva tarea, el de Bonansa consiguió con los años un excelente plantel de escritores: Germán Arciniegas, Luis Araquistain, Ramón Gómez de la Serna, Alejandro Casona, Ramón J. Sender, Salvador de Madariaga, José Vasconcelos, Miguel Ángel Asturias, Alfonso Reyes, Waldo Frank, etc.; fueron algunos de los autores que confiaron sus textos a ALA, que distribuyó también escritos del propio Maurín bajo diferentes pseudónimos.

Menos detalladamente conocemos la trayectoria de madurez del escritor de Utebo, Gil Bel, mucho menos atendido por la posteridad que su paisano y amigo Maurín. Recordemos que Bel aparecía entre 1920 y 1922 dedicado a

las tareas de organización y difusión de la CNT. En abril de 1923, a través de un artículo de Samblancat insertado en *La Democracia*, «Forjador de belleza y de gracia», ya varias veces citado, lo sorprendíamos en un prolífico momento de producción literaria, ya que contaba entonces con tres trabajos a punto de ser publicados: dos narraciones, *Nazarenos de violencia* y *Delicadeza*, y una obra teatral, de la que no mencionaba título Samblancat, y que Arniches se había comprometido a estrenar.

Poco antes, en noviembre de 1922, Bel había publicado su primer relato breve, *El último atentado*, en la colección 'La Novela Roja', dirigida por el zaragozano, Fernando Pintado, «un artista de la pluma, –según Samblancat– llegado a nuestras palestras por la vía del Ramo de la Construcción»²⁹. Pintado había dirigido en su momento el ruidoso semanario *Los Miserables*, como ya sabemos, luego –según ha desvelado recientemente Gonzalo Santonja–, hacia 1921, el diario *La Tarde*, época en que sufrió un atentado que le costó la vida al redactor del periódico Rosendo Jiménez, cuando ambos paseaban por la barcelonesa calle del Conde del Asalto; la dolorosa experiencia provocó, según Santonja, que Pintado trasladara su domicilio a Madrid³⁰. Aquí comandó poco después las Ediciones Prensa Roja, soporte empresarial de la colección 'La Novela Roja' (1922-1923), de la revista de biografías *Siluetas* (1923) y de la Biblioteca Prensa Roja, que puso a la venta más de cincuenta volúmenes³¹. Todo el des-

29. A. Samblancat, «Mancha de carbón», prólogo a F. Pintado, *Perico en Las Ramblas. Casi-Crónica de la Barcelona tenebrosa de 1900...*, ob. cit., p. 4.

30. G. Santonja, *La insurrección literaria. La novela revolucionaria de quiosco*, ob. cit., pp. 89-90.

31. Véase Gonzalo Santonja, Cap. I «Ediciones Prensa Roja de Fernando Pintado: la revista *Siluetas* y la colección *La Novela Roja*; otras iniciativas. Ángel Samblancat y Eduardo Barriobero y Herrán...», en su

pliegue editorial de Prensa Roja manifiesta la tendencia anarcosindicalista como dominante, aunque sin renunciar a ciertas vetas republicano-federales o sin excluir otras opciones políticas de izquierda.

Luego, ya en el exilio de Toulouse, en la década de los cuarenta, Pintado dirigió la editorial 'Páginas libres', donde volvieron a publicar algunos de sus antiguos colaboradores como Samblancat o Alaiz, y donde el propio Pintado firmó dos trabajos menores *Perico en Las Ramblas* y *Zarpazos*, y anunciaba como próximos, *Hombres y lobos* y una biografía de Benjamin Franklin. Como queda de manifiesto en la relación de «Obras en venta» que incluía cada entrega, Pintado no sólo dio cabida a los clásicos del anarquismo o a autores ya de sobras conocidos de los medios anarcosindicalistas —Federica Montseny, Alaiz, Samblancat, Cánovas Cervantes, etc.— sino que animó una colección de 'Novelas españolas', donde apareció por ejemplo, *Rosarito*, de Valle-Inclán, y otra serie de 'Novelas célebres', que acogió *Los espectros*, de Leónidas Andreiev, y que incluiría también, como es de suponer, la anunciada *Los vagabundos*, de Gorki; además, 'Páginas

libro *La novela revolucionaria de quiosco, 1905-1939*, ob. cit., pp. 23-65; trabajo ostensiblemente ampliado en el reciente libro del autor *La insurrección literaria. La novela revolucionaria de quiosco*, ed. cit., pp. 53-116. J. L. Melero Rivas, «Algunas notas sobre 'La Novela Roja' y una novela olvidada de Gil Bel», art. cit. ha puesto de manifiesto que bajo el título de 'La Novela Roja' aparecieron tres colecciones distintas entre 1922 y 1931, aunque G. Santonja, únicamente considera dos, la de Pintado (1922-1923) y la de Ceferino Rodríguez Avecilla (1931). Aparte de ellas, en 1926 Editorial Pegaso de Barcelona apadrinó otra colección con el mismo título que publicó al menos —según J. L. Melero— tres números: *El aprendiz*, de Ángel Samblancat; *Los héroes del siglo XX*, de Mateo Santos (antiguo redactor de *Los Miserables*) y *Amor mío, ven temprano*, de Felipe Alaiz. En esta entrega se anunciaba un cuarto número, *La Colegiata*, de Regina Lamo, de cuya publicación no tiene constancia J. L. Melero.

Libres' recogía en su repertorio obras clásicas como *Don Juan Tenorio* o *El Burlador de Sevilla*. Y poco más sabemos hasta la fecha del emprendedor editor aragonés, que merecería, sin duda, indagaciones más detenidas.

De acuerdo con los rastreos de G. Santonja³², 'La Novela Roja', publicó entre el verano de 1922 y septiembre u octubre de 1923 unos cincuenta volúmenes, de doce o dieciséis páginas. La serie no sólo constaba de relatos –aunque fue el género predominante– sino también de piezas teatrales, colecciones de artículos, breves ensayos, etc. Y entre sus colaboradores hay que contar a Vicente Blasco Ibañez, autor del primer tomo –*La Inquisición de Sevilla*–, Máximo Gorki, Andreiev, Marx, Augusto Stringberg y, por supuesto, publicistas españoles de orientación anarcosindicalista como Federica Montseny, Federico Urales, Eduardo Barriobero, Salvador Seguí, Salvador Quemades, Ángel Marsá o nuestros más conocidos Ángel Abella, antiguo redactor de *Ideal de Aragón* y por entonces de *Solidaridad Obrera* y de *Lucha Obrera*; Antonio Amador, que frecuentó como también sabemos la prensa confederal o Alaiz, Samblancat y Gil Bel.

El último atentado, primera novela corta de Bel de que tenemos noticia, apareció como el número once de 'La Novela Roja', el 10 de noviembre de 1922, con un retrato del autor en portada firmado por Martín Durbán, uno de los jóvenes pintores aragoneses del momento, con cuya amistad se honró Bel. La narración supuso, como decíamos, el primer opúsculo del autor, y en él se decidió ya a abordar –sin demasiada fortuna, ciertamente– el gran tema del momento y, sin duda, el más atendido en 'La Novela roja': la violencia, los atentados con que dirimían sus diferencias obreros y patronos en la Barcelona de los primeros años veinte, bajo la complaciente permisividad, cuando no directa complicidad,

32. G. Santonja, *La insurrección literaria...*, ob. cit., pp. 59-61.

del gobernador civil, Martínez Anido, y del jefe superior de policía, Miguel Arlegui, con las acciones de los Sindicatos Libres, auspiciadas por los intereses patronales.

Tanto Santonja como J. L. Melero juzgan como fallida la novelita de Bel. El primero califica la narración de «disparate», por su dislocada estructura³³; mientras que Melero piensa que «nada funciona en la novela»³⁴. El relato, de mínima trama argumental, aparece salpicado de reflexiones sobre el amor, la vida, el arte —con tempranas alusiones al movimiento Dadá, incluidas—, un poco al modo de las novelas discursivas de los autores finiseculares. En *El último atentado*, tras diversas peripecias poco trabadas, el oportuno encuentro del protagonista, Mateo —claro homenaje a Mateo Morral— con su compañera, Rosa Blanca, cuando aquél estaba dispuesto a cometer el «último», suicida, atentado, lo disuade de sus pretensiones, de modo que finalmente ambos como arrebatados por una hipnosis amorosa se encaminan hacia el mar. A mi juicio, la escasa acción de la narración requiere, sin duda, una lectura simbólica: la liberación, la salvación ha de llegar por el amor y no por la violencia. Y es que Bel arrastraba todavía una evidente dependencia del simbolismo finisecular, como había demostrado poco antes en varios de sus cuentos de *El Ideal de Aragón*. Por otra parte, la interpretación simbólica no salva, evidentemente, la novela, pero sí la sitúa, en mi opinión, en las coordenadas en que ha de ser entendida.

Y lo mismo puede decirse de su relato *Delicadeza*, todavía menos estructurado en su desarrollo que el anterior, como ya observó Ángel Samblancat, cuando el libro estaba a punto de aparecer³⁵. La intención didáctica y moralizante, el

33. *Ibidem* p. 99.

34. J. L. Melero, «Algunas notas sobre 'La Novela Roja' y una novela olvidada de Gil Bel», art. cit., p. 56.

35. A. Samblancat, «Forjador de belleza y de gracia», art. cit. El escrito de Samblancat (abril de 1923) hace que fechemos la obra, sin indicación de año, como de 1923.

predominio de diálogos, por lo general, de sentido un tanto impreciso, la exaltación de la Justicia y la Libertad, las referencias de trasfondo autobiográfico nos llevan a pensar que Bel se sirve de la literatura con afán educador, pero también 'autoeducador'. *Delicadeza* es un breve relato en que el autor trata de consignar su propio proceso intelectual y afectivo, y en que se muestra un tanto escindido entre los hitos simbolistas y finiseculares, en general, y la necesidad de hallar nuevas formas expresivas de acuerdo con el camino emprendido por las vanguardias artísticas que tan bien y tan pronto conoció.

En los escritos que siguieron a los comentados, sorprendemos, en efecto, a Bel en una encrucijada de referencias, entre cierto costumbrismo y apego a lo popular, que percibíamos, por ejemplo, en el primer Alaiz, y la progresiva asimilación de lo que acarreaban las vanguardias: el despojo de la sentimentalidad más fácil, la adopción de diferentes y simultáneas perspectivas al enfrentarse con la realidad, la frase corta, tan periodística, pero trazada también al modo de pinceladas que descomponen la imagen para que el espectador o el lector la configure de nuevo por su cuenta, etc. Escasa fue la obra de Bel y repleta de tanteos y desaciertos, pero también de logros, y llena de sentido de lo moderno y lo nuevo, como fue requisito ineludible del fenómeno de las vanguardias, en las que hay que incluirlo, sin duda³⁶.

Y prueba de esto último, son sus tempranas apariciones en la revista *Alfar*, con poemas y cuentos, adonde llegó seguramente de la mano de Rafael Barradas, ilustrador y anima-

36. Por todo ello, sus páginas merecen mayor consideración de la que han sido objeto hasta el momento. Como ya advertía en la introducción de este trabajo, actualmente preparo con Jesús Gómez Picapeo una edición de buena parte de la obra de Bel, que tal vez contribuya a situar al autor en posiciones más favorables ante los lectores y la crítica.

dor de la publicación junto con el cónsul y poeta uruguayo Julio J. Casal³⁷. Durante la Dictadura firmó cuentos, poemas o breves ensayos en *El Noticiero*, *Heraldo de Aragón*, de los que ya hemos citado varios, o *Pluma aragonesa*³⁸, lo que prueba, junto al hecho de que algunos de estos textos aparezcan fechados en Utebo, que Bel debió de recalar entonces con bastante frecuencia en la casa familiar, suspendida como estaba buena parte de las publicaciones de la CNT y habida cuenta del funcionamiento muy precario de la propia organización.

Al final de la década, momento en que al aparecer vivió de nuevo un tiempo en París, firmó varias crónicas sobre temas artísticos y culturales en *La Gaceta Literaria*, en el apartado dedicado a «Aragón» de la sección «Postales Ibéricas». Sus colaboraciones, todas firmadas en Utebo y consagradas a sus amigos, Acín, Barradas, Honorio García Condoy, González Bernal, etc., demuestran un conocimiento más que notable del arte nuevo y, claro está, verdadera pasión por las nuevas formas artísticas³⁹. Poco después, firmó ocasionalmente en *Cierzo*, la revista zaragozana de

37. Gil Bel, «El Descenso de la Montaña», *Revista de la Casa de América-Galicia*, 29 (mayo de 1923), en *Alfar. Revista de Casa-América-Galicia*, tomo I, edición facsímil, Nos, La Coruña, 1983, p. 272; «Pequeños poemas», *Alfar*, 32 (agosto de 1923), I, p. 399; «Pequeños poemas», 33 (septiembre de 1923), II, p. 29; «Viajes lentos», 42 (agosto de 1924), III, p. 90; «Poema», 55 (diciembre de 1925-enero de 1926), IV, p. 295.

38. Así, Gil Bel, «Azulejos», *El Noticiero*, Zaragoza, 7 de diciembre de 1924, p. 6; «Pequeños poemas», 4 de enero de 1925, p. 6; «Pequeños poemas», 11 de enero de 1925, p. 6; «El maestro», 25 de enero de 1925, p. 7; «El corazón de hierro. A D. José María Sánchez Ventura», *Pluma Aragonesa*, 3 (18 de enero de 1925), s. p.; «A P. F. I.», 6 (1 de marzo de 1925), s. p.

39. Gil Bel, «Postales Ibéricas. Aragón», *La Gaceta Literaria*, 51 (1 de febrero de 1929), p. 2; con el mismo título, 52 (15 de febrero de 1929), p. 8; 54 (15 de marzo de 1929), p. 8; 71 (1 de diciembre de 1929), p. 2; 73 (1 de enero de 1930), p. 8.

simpatías libertarias, que reunió de nuevo a Bel, Acín o Alaiz, entre otros⁴⁰.

Con la caída de la Monarquía, Bel se reincorporó a la lucha sindical en las filas confederales y si la memoria no le fallaba al Juan García Oliver maduro, hemos de pensar que en el inicio de la República desempeñó un papel activísimo como organizador y agitador revolucionario. Decía García Oliver que tras un breve periodo de vacilación en que Durruti y Ascaso se aproximaron a las posiciones treintistas dentro de la CNT, los dos «se recobraron (...) cuando nosotros, con Juanel y otros compañeros (Arturo Parera, Castriello, el llamado Gil Luzbel, Barberillo y varios más) habíamos empezado en grande la acción revolucionaria». Y así, quince días después de ser proclamada la República, con motivo del primero de mayo «la manifestación terminó en un mitin revolucionario que, organizado por nosotros, fue prolongado con el asalto al Palacio de la Generalidad de Cataluña»⁴¹.

También recobró en seguida Bel el pulso de escritor comprometido, en un momento en que reflataba la discusión sobre el compromiso del arte en parecidos términos a los manejados ocho o diez años antes. Y ya en 1932 aparece una nueva novela breve, de título bien significativo, *Abajo lo burgués*⁴², que denota evidente madurez en el oficio. El relato combina todavía reflexión y acción de manera un tanto arbitraria, aunque ahora la trama ofrece más consistencia y el final resulta culminación adecuada de lo sucedido antes. Una pareja se separa porque considera que el amor al modo burgués, como mera forma de maquillar la relación sexual, les ha

40. G. B. «Libros», *Cierzo*, 1 (13 de abril de 1930), p. 7.

41. J. García Oliver, *Colección de Historia Oral: El movimiento libertario en España*, 2. Entrevista de Freddy Gómez, Fundación 'Salvador Seguí', Madrid, s. a., pp. 10-11.

42. Gil Bel, *Abajo lo burgués*, Muniesa, Madrid, 1932, colección 'La Novela Social', nº 1.

impregnado y optan por la vida en libertad, lo más alejada posible de los valores burgueses. La chica, cuyo nombre desconocemos, padece un desmayo mientras trabajaba y al despertarse aparece en los brazos del encargado, como consecuencia de esta relación ocasional queda embarazada, pero decide abortar porque el hijo no era fruto del amor y así concluye la narración.

No cabe duda de que la enseñanza moral sigue muy presente, aunque ya más sometida a la propia acción de la obra, del mismo modo que las digresiones de carácter intelectual o filosófico se acomodan mejor a la conducta de los personajes, aún bastante indefinidos, como era habitual, por otra parte, en este tipo de relatos breves.

Entre 1931 y 1932 colaboró asiduamente en *Solidaridad Obrera*. A finales de septiembre aparece su primer artículo y poco después, el 1 de octubre, sustituye a Ramón J. Sender en la columna «Postal Política», que éste había inaugurado ya a finales de 1930, y que ahora abandonaba para emprender un viaje a París, pero también debido a que a la dirección de *Soli* había llegado Felipe Alaiz, en representación de la vertiente más puramente anarquista de la organización. Bel en cualquier caso despidió con indudable afecto a Sender, a quien dedicó por completo su primera columna: «Te queremos camarada Sender, te queremos; te queremos y te esperamos, que es tanto como esperar. Y esperar de ti, con lo que has dado ya, no es una espera cualquiera».

A finales de enero de 1932, el diario fue suspendido y hasta entonces Bel mantuvo su crónica diaria, titulada «Postal de Madrid» desde el 24 de octubre (antes «Postal política»), en donde hacía llegar hasta Barcelona las impresiones que la política más puramente madrileña le despertaba. El 2 de marzo de 1932 reaparece el periódico, pero con nueva redacción, encabezada por José Robusté, presentado como «director interino», e integrada por Benigno Bejarano, Ramón Segarra, Erófilo Labrador y Manuel Medina Gonzá-

lez; representantes, en suma, del ala moderada o treintista, esto es, la orientación más sindicalista dentro de la CNT, mientras el antiguo director, Alaiz, protestaba desde la cárcel por los cambios acaecidos en el periódico. Al mismo tiempo, Sender recuperaba su columna, de nuevo como «Postal política», pero «sin que esto suponga —leemos en el artículo que servía de presentación de la nueva etapa⁴³— el privarnos de la colaboración del camarada Gil Bel». Y, en efecto, Bel siguió escribiendo en el periódico ahora sobre todo artículos de fondo sobre arte, en los que aludía a Miró, Matisse, Braque, Picasso, etc., o también sobre el sindicalismo en la sociedad capitalista, el próximo congreso de la CNT, la forma de entender la revolución, la función de la literatura, etc. Artículos, en suma, llenos de buen tino, que redundan en la nada despreciable veta ensayística del autor.

A mediados de julio, regresó Alaiz a la dirección del diario, con lo que desapareció definitivamente la colaboración de Sender —ya hablamos de la escasa simpatía que profesaba Alaiz a su paisano—, pero también la de Gil Bel, que en las últimas semanas se había prodigado abundantemente. La continuidad e incluso el incremento de la colaboración de Bel con la nueva dirección del periódico no debió de ser bien entendida por Alaiz, de modo que al poder decidir de nuevo la orientación del diario prescindió también de los escritos de su amigo. Más tarde, en septiembre, Alaiz fue de nuevo encarcelado y retornó la firma de Bel a las páginas de *Soli*. Luego, sus tareas en CNT, el diario madrileño de la Confederación, debieron de ser la causa de la interrupción de su presencia en el periódico barcelonés.

En noviembre de 1932, iniciaba, en efecto, su andadura CNT, y Gil Bel aparece ya como miembro de su primer

43. S. f., «Al reaparecer», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 2 de marzo de 1932, p. 1.

equipo de redacción al lado de Miguel González, Acracio Bartolomé, Ángel Gil Roldán y Díez Caneja⁴⁴. De hecho, en seguida encontramos su firma debajo de artículos referidos a las luchas sociales del momento, a la misión de la CNT, a la situación interna de la organización, etc. En los años siguientes, reanudó su presencia en revistas literarias de vanguardia como *Diablo Mundo*, *Noreste* o *Las 4 Estaciones*⁴⁵, y ya durante la guerra sabemos, por Luis Buñuel, que participó activamente, al menos en tareas de organización, vinculado a la CNT. Recordaba el cineasta que una tarde de agosto de 1936 Bel le había propuesto ocupar una de las casas de Torrelodones que habían quedado vacías, donde la CNT planeaba fundar una colonia para intelectuales: «¡A quince kilómetros del frente! ¿estáis locos? (...), –le respondió Buñuel– ¡Con Franco a quince kilómetros, vete al carajo!»⁴⁶. Y como ya anotamos, Ramón J. Sender le escribía tiempo después a Maurín que había visto a Bel al final de la guerra, en Barcelona, y que desde entonces no había vuelto a saber nada de él, aunque, como apuntaba antes Maurín en su carta, también a él le hubiera gustado tener noticias del escritor de Utebo⁴⁷.

44. Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Crítica Barcelona,, 1997, p. 69.

45. Gil Bel, «Líneas y cuerpos», *Diablo Mundo*, 1 (28 de abril de 1934), p. 11; «Líneas y cuerpos», ibídem, 2, (5 de mayo de 1934), p. 11; «Cinema», *Sexto Cartel de Artes y Letras del Noreste*, (Primavera 1934), p. 2; «Barradas», *Noreste*, 12 (otoño 1935), p. 2; «Primera Estación», *Las 4 Estaciones*, 1 (marzo 1935), s. p.; «Segunda Estación», 2 (junio 1935), s. p.; «Tercera Estación», 3 (septiembre 1935), s. p.; «Cuarta Estación», 4 (diciembre 1935), s. p.

46. Max Aub, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1985, p. 107; también recordaba Buñuel el episodio, con pequeñas variaciones, en sus memorias, *Mi último suspiro*, ob. cit., p. 187.

47. Ramón J. Sender, «Carta» a Joaquín Maurín, de 27 de agosto de 1953, cit. por Jesús Vived Mairal, «El primer Sender», introducción a R. J. Sender, *Primeros escritos*, ob. cit., p. XLIII.

Al acabar la guerra, Gil Bel permaneció en España protegido por el médico aragonés Eusebio Oliver, a cuya familia había ayudado en el transcurso de la guerra. Al parecer, Bel había salvado de morir represaliadas en la contienda a no pocas personas, entre las que había repartido carnets de la FAI. Por ello, pudo, tras la guerra establecerse de nuevo en Madrid y sobrevivir en los duros años de la primera posguerra. Trabajó en la gerencia de la productora y distribuidora cinematográfica UFILMS, propiedad, de Saturnino Ulargui⁴⁸; también desempeñó determinadas labores en la editorial 'Fermina Bonilla', destacada por su ostentosa defensa del nuevo orden surgido de la guerra y por la incondicional exaltación del triunfo. También entonces Bel publicó con pseudónimo relatos acordes con las nuevas circunstancias así, con el nombre de Vicente Gil, la novela breve *Fuego en el mar* (1942). Al final de su vida, recobró al parecer la fe y vivió intensamente su nueva religiosidad⁴⁹. Murió en Madrid en 1949, a la edad de 53 años.

También Felipe Alaiz, como decíamos, contribuyó con su firma a las empresas editoriales de Pintado. Entregó a 'La Novela Roja' su relato *Elisabet*, firmado en Sevilla, en abril de 1923, y a la revista *Siluetas*, la biografía, *El Cardenal Soldevila* (nº 4, julio de 1923), sobre el personaje asesinado unas semanas antes en Zaragoza. En 1923 vivió en Sevilla, al frente de *Solidaridad Obrera* y allí publicó además otra novela breve, *Oro Molido*, número 7 (julio de 1923) de 'La Novela de Actualidad', colección dirigida por A. Rodríguez León.

Los dos breves relatos citados ofrecen ciertas similitudes y, sobre todo, apuntan rasgos que hacen pensar en un escritor de enormes posibilidades. En uno y otro, la acción se mueve en torno a un personaje trasunto del autor, que disecciona con pulso certero e implacable a los tipificados personajes

48. Véase José Luis Borau (dir.), *Diccionario del cine español*, Alianza, Madrid, 1998, pp. 871-873.

49. Conversación con Ernesto Tamé Bel (1 de julio de 1999).

que pululan alrededor, que opina sobre arte, política, costumbres, etc., y que además vive el amor de manera nada convencional, instalado en el camino –cabría pensar– del amor verdadero. Por otra parte, la contención y buen tino con que el autor describe lo mismo un huerto primaveral que los personajes congregados en una pensión, las variadísimas referencias culturales y literarias que trae a colación o la prosa ajustada y de fácil fluir justifican sobradamente esa fama de «promesa literaria» que atisbaba Maurín en su joven amigo, o la insistencia de determinados discípulos en la capacidad del escritor para rubricar grandes obras.

Ya tempranamente –en los dos relatos citados, por ejemplo– se vislumbra en Alaiz cierta tendencia a la dispersión, a la divagación, llevado de sus variados intereses y de su vastísima gama de lecturas y conocimientos, o también no pocas dificultades para organizar sus argumentos cohesionadamente, fruto tal vez de la precipitación o de la propia facilidad con que escribía. Sin duda, todo esto dificultó su trayectoria literaria, aunque tampoco son de despreciar los logros conseguidos en la multitud de campos en que indagó el autor.

La Dictadura interrumpió, como es obvio, la ya entonces abundante presencia de Alaiz en la prensa anarcosindicalista. Incluso, como ya sabemos, a principios de 1924 fue encarcelado –tal vez por su defensa de *Shum*, motivo por el que también acabó por entonces en la cárcel Acín– y en la prisión barcelonesa concluyó –como ya vimos– su única narración larga, *Quinet* (1924). Se trata de una ‘novela de aprendizaje’ o *bildungsroman*, modalidad narrativa muy frecuente en los años finiseculares, piénsese en *La voluntad* (1901), de Azorín, o en la barojiana *Camino de perfección* (1902), con las que la obra de Alaiz muestra evidente parentesco. El «aprendiz de mirar», *Quinet*, según lo calificaba el propio autor, atraviesa diversas experiencias que configuran su personalidad y, sobre todo, reflexiona a propósito de las mismas. Las novelas de aprendizaje son frecuentes en los periodos de formación del propio escritor, en épocas de ace-

lerados cambios ideológicos, o resultan también especialmente adecuadas para transmitir una determinada visión del mundo, cuando se entiende la literatura en cierto modo como *ancilla philosophiae*. Todos estos argumentos resultan pertinentes, a mi juicio, para explicar la forma narrativa elegida por Alaiz en *Quinet*.

Por otra parte, el relato atesora numerosos méritos, aunque adolece también, como los anteriores, de escasa organización y de planificación del material narrativo.

Por las mismas fechas en que aparecía *Quinet*, 'La Novela Ideal' publicaba un nuevo relato breve del autor, *Fulano de tal*⁵⁰; en aquella época escribía también en la *Revista Nueva* (19254-1925), de Barcelona, publicación que dirigió con Antonio García Birlán, *Dionysos*. En 1926 una nueva colección de novela breve, denominada de nuevo 'La Novela Roja', incluye en su catálogo otro relato de Alaiz, *Amor mío, ven temprano*⁵¹. Por entonces, remite, como ya sabemos, a *El Ebro* su serie de crónicas sobre el Monasterio viejo de San Juan de la Peña. En 1928 y 1929 aparece su firma, aunque de forma ocasional, en *El Día Gráfico*, de Barcelona, donde además de artículos insertó tres cuentos en los números dominicales⁵². En 1930 publica en la revista zara-

50. Obra de la que no tengo más referencias que un comentario, a modo de acuse de recibo, de Ramón Acín, «Los amigos», *El Diario de Huesca*, Huesca, 6 de julio de 1924, p. 1.

51. J. L. Melero, «Algunas notas sobre 'La Novela Roja' y una novela olvidada de Gil Bel», art. cit., p. 54.

52. F. Alaiz, «Un concierto de Carmen Barradas», *El Día Gráfico*, Barcelona, 10 de febrero de 1928, p. 3; «Unas horas en el museo románico de la ciudadela», 21 de marzo de 1928, p. 3; «La obra de Rafael Barradas», 9 de septiembre de 1928, p. 3, y los cuentos, «Galarreta, ciudadano sintético», *El Día Gráfico*, Barcelona, 2 de septiembre de 1928, «Páginas extraordinarias», pp. 1-3; «El club de mujeres fatales», 26 de febrero de 1928, «Páginas extraordinarias», pp. 1-2, luego ampliado y publicado como *Un club de mujeres fatales* (1931), en la colección 'La Novela Ideal'; «El peligro rojo», 1 de septiembre de 1929, «Páginas extraordinarias», pp. 1-3.

gozana *Cierzo*⁵³; en el verano del mismo año aparece en Barcelona el «semanario anarquista», *Tierra y Libertad*, dirigido por Alaiz y donde firmó abundantemente entre septiembre de 1930 y abril de 1931. En este último año la editorial Vértice de Barcelona publicaba en un volumen sus narraciones *El voluntario superviviente* y *Sociología del Lobo*, y por entonces entregó dos nuevos títulos a 'La Novela Ideal', *Un club de mujeres fatales* (1931), que da muestras notables de una redacción precipitada, y la mucho más elaborada, *María se me fuga de la novela* (1932).

A principios de enero de 1931, la familia Montseny ponía en la calle el primer número del semanario *El Luchador*, «[p]eriódico de sátira, crítica, doctrina y combate», según su subtítulo, y desde del número 2 (16 de enero de 1931) compareció Alaiz en sus páginas y mantendría ya su sección hasta el final del periódico, en 1933. El aragonés suscribía aquí semanalmente una extensa crónica, «Barcelona a la vista», donde la actualidad se veía filtrada por el exigente tamiz anarquista del escritor. En octubre de 1931, el Pleno de sindicatos de la Regional Catalana lo nombra director de *Solidaridad Obrera*, aunque quien realmente adopta la decisión –según Julián Casanova– fue el Sindicato de Industria de los Obreros del Arte Fabril y Textil de Barcelona, a cuyas reuniones acudían Durruti, Francisco Ascaso o García Oliver⁵⁴.

En *Solidaridad Obrera* vertió Alaiz buena parte de su producción de los años republicanos, ya fuese con nombre y apellido o con sus pseudónimos *Rodela* o *Javierre* (que, sin

53. F. Alaiz, «La gran mentira del arte. Hoy y mañana», *Cierzo*, 1 (13 de abril de 1930), p. 3; *Rodela*, «La inteligencia y las manos», ibídem, p. 6; F. Alaiz, «El dominio alterno.», 2 (5 de mayo de 1930), p. 2; «La actualidad en Cataluña. Colaborar y elaborar», 3 (20 de mayo de 1930), p. 1; «La riqueza y la ética», 4 (5 de junio de 1930), p. 1; *Rodela*, «Apuntes de Barcelona», ibídem, p. 5.

54. Julián Casanova, *De la calle al frente...*, ob. cit., p. 64.

duda, también corresponde al autor). Durante meses, a lo largo de la primera etapa republicana, redactó una columna diaria titulada «Hoy», dedicada al comentario de la actualidad; suscribió además numerosos reportajes acerca de la explotación de la tierra y sus implicaciones sociales, sobre transportes, el alquiler de la vivienda, asuntos económicos, sociales, pedagógicos, etc. Más adelante, a él se debe sin duda la sección no firmada «Lo que dice y lo que calla la prensa», que había inaugurado en *Lucha Obrera* (1923). En 1935, bajo el pseudónimo de *Javierre* escribe la sección «Un reportaje diario» y los domingos, con sus iniciales o sin firma «Una narración cada domingo»⁵⁵, etc. Alaiz abandonó la redacción de *Solidaridad Obrera* —según recordaba Peirats— a finales de 1935 o principios del año siguiente⁵⁶. Hasta entonces, especialmente en determinadas épocas, su presencia en el diario fue muy variada en sus registros y, en determinadas épocas, extraordinariamente abundante.

Durante el periodo republicano, entregó, además, dos largas series de textos a *La Revista Blanca*, la denominada «Literatura y periodismo», compuesta por doce artículos publicados entre julio de 1932 y noviembre de 1933 y la intitulada «Tipos españoles» (1934-1935), luego recogida en dos volúmenes (1962). De 1933 son también el folleto, *Cómo se hace un diario*⁵⁷, o su opúsculo *La expropiación invisible*; más adelante, confecciona una nueva narración para 'La Novela Ideal', *Los aparecidos* (1935), reeditada en el exilio de

55. Siete de estas «narraciones» le atribuye al menos, Francisco Carrasquer, *Felipe Alaiz...*, ob. cit., véase «Bibliografía de Felipe Alaiz», pp. 277-278, todas ellas publicadas entre febrero y abril de 1935.

56. J. Peirats, «Memorias», *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura. Suplemento 18* (enero 1990), pp. 26-27.

57. Publicado en Barcelona por Editorial Horizontes, y de muy difícil localización, puede leerse un amplio resumen en S. Tavera, *Solidaridad Obrera...*, ob. cit., pp. 69-73.

Toulouse con breves modificaciones bajo el título de *El aparecido* (s. a.); en 1935 dio a la imprenta también *El problema de la tierra. Reforma agraria y expropiación social*; en 1936 escribe ocasionalmente en el efímero periódico zaragozano *Diario de Aragón*⁵⁸, donde también firmaban antiguos colaboradores de *Ideal de Aragón*, como Augusto M. Alcrudo, o incluso de *Talión*, como Salvador Goñi.

Durante la guerra, Alaiz se mostró contrario a la participación de la CNT en el gobierno de la República y —según Julián Casanova— fue «sustituido» en la dirección de *Tierra y Libertad*, de modo que se instaló en Lérida, donde dirigió *Acracia*⁵⁹. De los años de guerra, posiblemente de 1937, es su tantas veces citado *Vida y muerte de Ramón Acín*, también *Durruti. Biografía del héroe de la revolución de julio* (1937), *La Universidad Popular* (1938), V. Blasco Ibañez (1938) o *Para que la propaganda sea eficaz* (s. a.).

En el exilio, continuó escribiendo con parecida intensidad en revistas como *Ruta*, de Toulouse, que había iniciado su trayectoria en 1945, y se declaraba «[b]oletín interior de la F. I. J. L. [Federación Internacional de Juventudes Libertarias] en Francia», y donde Alaiz publicó numerosas narraciones, artículos, ensayos, etc. Más adelante escribió en *Cenit* (donde colaboró también Samblancat) o dirigió *CNT* (ambas de Toulouse)⁶⁰, y por entonces ideó, además, algu-

58. F. Alaiz, «Eusebio Blasco, robinsón sin isla», *Diario de Aragón*, Zaragoza, 17 de junio de 1936, p. 8.

59. J. Casanova, *De la calle al frente...*, ob. cit., p. 188.

60. *Cenit* llevaba por subtítulo «[s]ociología, ciencia, literatura», apareció en enero de 1951 y se prolongó durante los primeros años de la década de los cincuenta. De Alaiz hemos localizado los artículos, «Colectivizaciones industriales en la Revolución», 2 (febrero de 1951), pp. 46-52, y «Luz y sombra de Levante», 18 (junio de 1952), pp. 546-550. Antonio Téllez, «Recuerdos. Peirats, Lérida y las Juventudes Libertarias», *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, 102 (noviembre de 1989), p. 63, recordaba que Alaiz como director de *CNT* le había solicitado y pagado ciertos dibujos para su publicación.

nos de sus más conocidos folletos: *Azaña. combatiente en la paz, pacifista en la guerra* (s. a.), *Indalecio Prieto, padrino de Negrín y campeón anticomunista* (s. a.), *La zarpa de Stalin sobre Europa* (s. a.), los tres editados por Fernando Pintado en sus 'Páginas Libres'. De 1947 son sus *Páginas selectas de Multatuli*, con un «[a]punte biográfico» de R. Rocker, teórico anarquista, del que poco antes había glosado Alaiz su volumen, *La maldición del practicismo*, como *Nueva maldición del practicismo*, s. a. [1945]; frutos del mismo periodo son el opúsculo *Arte de escribir sin arte* (1946) o los veinte folletos intitulados *Hacia una federación de autonomías ibéricas*, donde Alaiz sigue la estela de uno de sus grandes maestros, Eliseo Reclús, y que han sido agrupados no hace mucho en libro por primera vez⁶¹; sin duda, constituyen una de las aportaciones culminantes del autor.

Con respecto a las influencias recibidas, hay que decir que el propio Alaiz publicó en *CNT* (1956) una serie de trabajos bajo el rótulo de «Mis maestros», y consideraba como tales a Baltasar Gracián, Francisco de Goya, Joaquín Costa, Eliseo Reclús, Luis Vives, Ortega y Gasset⁶², etc. Por último, haciendo nuestra la reflexión de uno de los seguidores que mejor le conocieron, Vicente Galindo (*Fontaura*), creemos que puede servir de epítome del pensamiento alaiciano un apunte que el escritor, ya de edad avanzada, transmitió en carta a su discípulo: «Hay que disolver concienzudamente la Anarquía en la cultura. Atenerse a hechos: conciencias ganadas, cooperativas de instrucción; aprovechamiento racional de los mejores materiales en mejorarse moralmente, etc. Es el programa juicioso»⁶³.

61. F. Alaiz, *Hacia una federación de autonomías ibéricas*, Madre Tierra/Fundación Anselmo Lorenzo de Alicante, Madrid, 1993.

62. Cit. por *Fontaura*, «Felipe Alaiz, anarquista heterodoxo», art. cit., p. 12.

63. *Ibidem*, p. 22. Además, Alaiz fue traductor de Upton Sinclair, André Dhal, Clemente Vantel, Juan Puig i Ferrater, Pierre Besnard, etc.

De los escritores aquí considerados, Samblancat, en su vertiente literaria, ha sido obviamente el más atendido por los estudiosos y a pesar de que su obra parece todavía tarea de un reducido grupo de 'iniciados,' no cabe duda de que ya cuenta con un cierto lugar en la historia de la literatura reciente, algo que no se puede aún afirmar de Bel o de Alaiz, y que nos eximirá aquí de extendernos en exceso.

Samblancat entregó dos títulos a 'La Novela Roja' de Fernando Pintado, *El terror* (1922) y *En la roca de La Mola* (1923). El primero es un alegato frontal contra el terrorismo de los Sindicatos Libres que Samblancat sustenta en su peculiar locuacidad, en un desbordamiento verbal que singularizó casi toda la obra del autor, y que, como bien sugiere G. Santonja, hay que interpretar «como una opción ideológica», como un deseo de enfrentarse a la burguesía también «a partir de una práctica radical de la escritura, afirmando una prosa absolutamente irrecuperable desde las sacrosantísimas normas del comedimiento y el buen gusto»⁶⁴. En *La roca de La Mola* refería Samblancat la deportación real, y entonces muy reciente, de treinta y seis sindicalistas a Mahón, en noviembre de 1920, al poco de tomar posesión de sus cargos Martínez Anido y Arlegui, y casi en coincidencia con el asesinato de Layret, momento inicial de la brutal represión que se cebó durante más de dos años con los obreros barceloneses, en especial. Samblancat, como Antonio Amador en su 'novela roja', *Los proscritos*, que aborda el mismo asunto, aunque en este caso a modo de crónica, ya que el autor vivió en propia carne la deportación, trata de recuperar y vivificar la historia como argumento contra las clases burguesas y dirigentes.

Ya antes había desarrollado una trama parecida en su primer relato, *La cuerda de deportados* (1922), relación de los padecimientos de un preso social; al tiempo que en otra novela del momento, *El establo de Augias* (1922), subrayaba de manera inmisericorde la degradación moral de una familia de

64. G. Santonja, *La insurrección literaria...*, ob. cit., pp. 67-68.

la alta burguesía catalana, muy de acuerdo con el planteamiento maniqueo y la tajante división entre 'buenos' y 'malos' tan asentada en este tipo de narraciones. La lucha frontal, sin cuartel, entre unos tipos y otros aparece resuelta en *El vengador* (1923) –relato incluido, como el anterior, en la colección 'La Novela Gráfica'–, mediante la muerte de quien induce la represión, pero también de quienes perpetran la venganza. Se trata, por otra parte, de un relato ubicado también en el periodo de máxima violencia social y resuelto con precipitación y confusión. Por aquellos meses, contribuyó, además, Samblancat a la revista *Siluetas* con las biografías de *Costa* (1923), que inauguró la colección, y la de *Layret* (1923), ambas de corte hagiográfico y mitificador. Fruto también de este momento especialmente prolífico, recién regresado el autor a Barcelona de su destierro madrileño, es la compilación de artículos, *Testas y tiestos coronados* (1923).

Más adelante, publicaría nuevas narraciones breves en varias de las numerosas colecciones que se prodigaron entonces: así, *El aprendiz* (1926), que inauguró «La Novela Roja», relato del aprendizaje de un pícaro impelido por las circunstancias; *La sangre en llamas* (1926), primera entrega de 'La Novela Nueva', dirigida por el propio Samblancat; *La bestia de la dulce sonrisa* (1926), número 9 de 'La Novela Decenal'; *Mi dama y mi star* (1932), incluida en 'La Novela Proletaria', etc. Y aunque no formaron parte de ninguna colección de novelas cortas, hay que citar aquí los también relatos breves, *Los micos* (1927) o *Bueyes al yugo. Solfa antimatrimonial* (s.a), que incluía la narración que da título al libro y *El mal ladrón*. Con Neus Samblancat, podemos caracterizar, de manera general, las novelas breves del autor como de «temática denunciatoria», sustentada «en trama de corte folletinesco y melodramático» y a menudo con «ingredientes erótico-emocionales, capaces de suscitar la compasión o el rechazo del lector a fin de captar mejor su atención»⁶⁵.

65. N. Samblancat, *Ideario y ficción en la obra novelística de Ángel Samblancat*, I, ob. cit., p. 95.

Mayor enjundia y sosiego demuestran las novelas mayores del escritor: así, *La casa pálida* (1926), basada en una de sus frecuentes estancias en la cárcel; *La ascensión de María Magdalena* (1926), sobre la degradación que padece la mujer en la sociedad burguesa; *Barro en las alas* (1927), donde redunda en parecido asunto, aunque ahora, la protagonista, Azucena, es capaz de emprender el camino de la liberación; *El hijo del señor Esteve* (1929), evidente referencia a la famosa obra de Santiago Rusiñol, *L'auca del senyor Esteve*, y en la que Samblancat viene a sostener que la anquilosada y mezquina visión burguesa de la vida —representada en su libro por Esteban el padre— aborta cualquier intento de búsqueda de nuevos caminos; *El aire podrido* (1930), subtitulada «el ambiente social de España durante la Dictadura», es un alegato sobre lo que el propio subtítulo indica. Y a los volúmenes mencionados hay que sumar dos colecciones de cuentos de muy variados registros, *Jesús atado a la Columna* (1925) y *Con el corazón extasiado* (1926).

Y en suma, como ha resumido Fulgencio Castañar de manera clarificadora, las novelas largas de Samblancat rezuman «la pasión antiburguesa de su autor» a revueltas de unos nada despreciables resultados narrativos:

*Todas ellas están enfocadas (...) desde la pasión antiburguesa de su autor y en todas resalta el verbo flagelador de un novelista que arremete con violencia y humor, con ternura e ironía, con sarcasmo y poesía, con cultismos y palabras vulgares, con bellas imágenes llenas de originalidad en unos casos y sumamente prosaicas en otros —todo hay que decirlo— contra los vicios y las debilidades humanas de los miembros de la burguesía, así como contra las ideas en que fundamentan su concepción de la sociedad*⁶⁶.

66. F. Castañar, *El compromiso en la novela de la II República*, ob. cit., p. 135.

Caravana Nazarena, «crónica novelada», y un tanto críptica, de la guerra y exilio español⁶⁷, y *Chamaca* (todavía inédita)⁶⁸, las dos novelas que escribió Samblancat en el exilio, completan el panorama esbozado⁶⁹.

Aparte de todo ello, Samblancat, como es bien sabido, continuó compareciendo asiduamente en la prensa, así durante los años veinte y treinta especialmente en *La Campana de Gracia*, semanario en catalán, y en *El Diluvio*.

En la etapa final de la Dictadura primorriverista, el escritor atraviesa un periodo de «relativa calma», según Neus Samblancat, acude a su tertulia del Café Oriente, con Alaiz, Ángel Pestaña, Emilio Junoy, Ángel Marsá, Vidal y Planas, etc., nace su segunda hija⁷⁰, y parece definitivamente concluida la época de mayor agitación vital y política, los años de denuncias continuas y de visitas frecuentes a la cárcel⁷¹. En 1931 fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes por la candidatura de L'Esquerra Republicana y Unió Socialista de

67. A. Samblancat, *Caravana nazarena*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1989, edición facísmil, con prólogo y notas de Neus Samblancat.

68. Paco Tovar, «*Chamaca*, una novela inédita de Ángel Samblancat en México», art. cit.

69. En las solapas de su obra teatral, *La revolucio al meu barri*, s. a. [c. 1926 ó 1927], se citan sin indicación de fecha otras obras del autor, que aquí no hemos mencionado y de las que en algunos casos no tenemos más referencia: *Prometeo encarcelado*, *Andalucía trágica*, *Bocanadas de fuego*, *Mi novia ramera*, relato aparecido en 'La Novela del Domingo', *Ascuas*, *Iris*, «drama social en tres actes estrenat al Teatre Victoria de Barcelona», *El bramido de la fiera*, narración de 'La Novela Castiza', *Estampas del music-hall*, y la traducción de *La batalla del Marne*, de Jaume Brossa.

70. N. Samblancat, *Ideario y ficción ... I*, ob. cit., p. 32.

71. A. Samblancat, en su artículo «Buena hoja de servicios», *El Diluvio*, Barcelona, 4 de noviembre de 1931, p. 5, contaba que había padecido nada menos que veintitrés causas judiciales entre noviembre de 1915 y septiembre de 1925.

Catalunya⁷², y poco después causó alta en el Colegio de Abogados de Barcelona y ejerció básicamente como defensor de los obreros⁷³. Por entonces publicó una serie de opúsculos y panfletos en contra de la monarquía, el clericalismo o el capital, así, *El republicano demasiado conocido*, *XIII veces canalla*, *Fuego en la casa de Dios*, etc⁷⁴.

Al poco de estallar la guerra, en agosto de 1936, se encarga en Barcelona de la nueva administración de la justicia, en colaboración con Eduardo Barriobero; preside la Oficina Jurídica, es primer Adjunto del Tribunal Popular de Barcelona y Presidente del Tribunal Popular Especial que celebraba sus sesiones en el buque *Uruguay*⁷⁵, y cuya actuación resultó ciertamente infausta. Durante el exilio, instalado desde 1942 en México, publicó en la prensa libertaria, así, en *Ruta* o *Cenit*, de Toulouse, colaboró con empresas afines como 'Páginas Libres', de Fernando Pintado, donde apareció *A caballo del Ande*, s. a. una personal «crónica del universo occidental», según el subtítulo; escribió en los diarios mejicanos *España Libre* y *El Nacional*; tradujo, para el editor Bartomeu Costa-Amic y para la editorial Pax, a Heine, Gide, Maupassant, Stendhal, Prat de la Riba, Juvenal, Marcial, etc., o también –necesidad obliga– escribió para otros autores. Murió en México D. F., en febrero de 1963, a los 78 años⁷⁶.

72. N. Samblancat, *Ideario y ficción...*, ob. cit., p. 38.

73. A. Samblancat, «Buena hoja de servicios», art. cit.

74. N. Samblancat, *Ideario y ficción...*, ob. cit. pp. 40-42.

75. N. Samblancat, *Luz, fuego y utopía revolucionaria...*, ob. cit., p. 31.

76. Ibídem, pp. 32-33. N. Samblancat, ibídem, p. 37, sin duda la mejor conocedora del autor –apodado significativamente en su tiempo «el Gorki español» o tildado de «hijo del León de Graus»–, percibió en la aportación global del escritor las huellas de Costa y Pi y Margall al lado del «anarquismo neocristiano de Tolstoi, la conmiseración hacia los ex hombres gorkianos y el virulento anticlericalismo de José Nakens». Acertada síntesis, sin duda, que no empaña lo que hay de original y de personalísima contribución en los textos del autor: sobre

Como es bien sabido, tras la guerra de España y la segunda mundial, no pocos de los intelectuales que en los años treinta habían impregnado su obra de compromiso social, según era el signo de los tiempos, de afán político normalmente con ribetes comunistas, experimentaron un periodo de retraimiento ante las nuevas circunstancias —el pacto germano-soviético, las primicias de las purgas stalinianas, etc.— y reemprendieron la búsqueda de un nuevo humanismo de corte existencialista, que pudiera sustentarse en referencias o valores «permanentes». Este puede decirse que fue el proceso seguido por Sender, Malraux, Orwell, Arthur Koestler, o tempranamente, André Gide, entre otros.

También Samblancat modificó un tanto su cosmovisión tras la guerra española. Así, quien había sido acérrimo defensor de la revolución rusa abominaría después del comunismo soviético⁷⁷, aunque se mantuvo, por lo que parece, básicamente fiel a esa percepción romántica del ser humano que le había conducido desde muy temprano a exaltar al individuo y, en particular, a las grandes individualidades como principal fuerza motriz de la historia; también, en consecuencia, guardó fidelidad a sus orígenes costistas y a la interpretación mesiánica de su vecino de Graus. Así, si en 1923 en su «Semblanza» de Costa⁷⁸ hablaba a propósito de su paisano «de

todo, un estilo inconfundible basado en un lenguaje rebuscado, variadísimo y a menudo usado con intención lúdica, lo que le ha valido en ocasiones la consideración de aventajado discípulo de Valle-Inclán. Con frecuencia, los textos de Samblancat dan la impresión de resolverse más en función de hallazgos lingüísticos, de expresiones felices, que de un sustento ideológico sólido o de una trama preconcebida.

77. *Ibídem*, p. 32. Mucho antes, en julio de 1931 criticaba ya Samblancat el trato dispensado por el Estado Soviético a Trotski, véase la entrevista de Luis Sáinz de Morales, «Los grandes revolucionarios españoles. Ángel Samblancat», *La Calle*, Barcelona, 17 de julio de 1931, pp. 23-24.

78. A. Samblancat, «Joaquín Costa. Semblanza y psicografía», *Siluetas*, ob. cit.

esos espíritus de excepción que la naturaleza forma replegándose en sí misma, juntando toda su sangre y todas sus ganas de triunfar de la muerte y de las fuerzas que trabajan en nuestra aniquilación», en 1946, en su folleto *El genio monstruo de Costa, de Aragón y de España* acentuaba todavía si cabe los mismos planteamientos⁷⁹.

Alaiz, por su parte, continuó sin grandes sobresaltos la trayectoria ideológica que había emprendido hacia 1917 y escribió la que es, a mi entender, la crítica más lúcida y completa –por lo que conocemos– de la obra de Costa desde el anarquismo⁸⁰. La defensa a ultranza de la autonomía individual y del federalismo –que significó, en su caso, un punto de encuentro entre anarquismo, autonomía territorial o costismo–, el afán moralizador, una amplia gama de lecturas e intereses, fueron hasta el final de su vida los principales resortes de sus escritos.

Ni Acín, fusilado en 1936, ni Bel, sujeto en la posguerra madrileña a las férreas condiciones que imponían las circunstancias posbélicas, tuvieron ocasión de reacomodarse a los nuevos parámetros intelectuales que regían en el mundo occidental. Pero tampoco otros muchos que a su manera también formaron parte de esa «guerrilla antifascista» de 1915 a 1920 que aquí hemos tratado de rastrear a partir de la acuñación de Alaiz. Es el caso de José Ayala Lorda, Venancio Sarría o Moisés y Miguel Alcrudo, todos ellos fusilados

79. A. Samblancat, *El genio monstruo de Costa, de Aragón y de España* [1946], ob. cit., p. 6. El folleto de Samblancat fue publicado de nuevo hace unos años en *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 77-78 (julio-diciembre de 1996), pp. 72-81.

80. F. Alaiz, «Joaquín Costa, Epicteto en la feria», *Tipos españoles*, I, ob. cit., pp. 107-115. Alaiz veía a Costa, por muchas razones, en las puertas del anarquismo, pero sin llegar a cruzarlas, aunque ello no le impedía proclamar, parafraseando a Unamuno, que «Costa no era león sino hombre: nada menos que todo un hombre».

en 1936. Del mismo modo, quienes se vislumbraban como continuadores de los empeños de los autores aquí reunidos hubieron de enfrentarse a situaciones nada propicias para desarrollar su tarea intelectual, así José Sampériz Janín (1910-1941)⁸¹, muerto en el campo de concentración de Mauthausen, o los hermanos Carrasquer (Félix, 1905-1993, y Francisco, 1915), exiliados tras la guerra civil, etc.

Como decíamos arriba, el elenco de nombres aquí agrupado no es sino una representativa muestra de una promoción mucho más amplia, cuyos hitos ideológicos y estéticos fueron compartidos por pintores y escultores (González Bernal, García Condoy, Martín Durbán, etc.)⁸²; una promoción de la que a su modo participó también el propio Buñuel⁸³ y que a través, por ejemplo, de Viladrich o de Barradas estableció vínculos con importantes núcleos de la actividad intelectual española de aquellos años; así, con el semanario *España*, el diario *El Sol*, la revista *Alfar*, etc.

El de *Talión* fue un grupo, en suma, que fracasó globalmente en su intento educador y transformador, pero que derrochó lucidez y afán humanista por situarse a la altura de las difíciles circunstancias de su tiempo. Nuestros escritores presenciaron y fomentaron el acceso de las masas a la vida

81. Valeriano C. Labara Ballester, *José Sampériz Janín (1910-1941). Un intelectual de Candasnos asesinado por los nazis*, Asociación Cultural Cine Candasnos, Candasnos (Huesca) 1998.

82. Véase M. García Guatas, «Historia de amigos», AA. VV., *Surrealistas: exilio y amistad. Surrealistas aragoneses*. Catálogo de la exposición celebrada en el Palacio de Sástago (Zaragoza), octubre-diciembre de 1999, Diputación Provincial, Zaragoza, 1999, pp. 179-187.

83. Decía Buñuel, en este sentido: «Entre los ultraístas había algunos anarquistas, como Garfias y Ángel Samblancat. Yo sentía simpatía por los anarquistas. Nos reuníamos en los cafés, como el de Platerías (...)», entrevista con José de la Colina y Tomás Pérez Turrent, *Contracampo*, 16 (octubre-noviembre 1980), cit. por Agustín Sánchez Vidal, «Introducción», Luis Buñuel, *Obra literaria*, ob. cit., p., 20.

política y cultural tras la quiebra del liberalismo decimonónico y pertenecieron a una de las primeras generaciones de intelectuales que se afanaron en la educación del ‘pueblo’ a través de sus escritos. Sin duda, pecaron de ingenuidad, confiaron en exceso en la capacidad transformadora de la letra impresa⁸⁴, idealizaron tanto su propia labor como al público que buscaban o menospreciaron las posibilidades de reacción de las clases dirigentes.

En definitiva, pues, perdieron la ‘guerra’, pero ganaron importantes batallas, y su rastro de generosidad y de talento, su afán moralizador merecen todavía, cuando menos, perduración y reflexiones.

84. Buena muestra de ello es lo que argumentaba Samblancat, «Rearguyendo», *El Diluvio*, Barcelona, 12 de septiembre de 1918, pp. 12-13: «El instrumento y la herramienta de la enseñanza –escribía Samblancat– es la palabra, y la política y el heroísmo son una pedagogía. A los pueblos se les muestra sus deberes y se les orienta sus destinos y se les hace marchar hacia él por medio de la palabra (...) Hablar es gobernar, es el más alto modo de gobernar, es el único modo de gobernar cuando no se dispone de *La Gaceta*». Cabe apreciar, pues, en nuestro autor lo que observaba Lily Litvak, «Estudio preliminar», AA. VV., *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*, ob. cit., p. 48, en los escritores anarquistas en general, una suerte de identificación de la idea con la palabra, lo que otorga al lenguaje «un valor absoluto»: «Las palabras –escribía Litvak– no son ya experiencias vivas, sino modelos mediante los cuales se provoca en el lector determinado tipo de emociones».

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV., *Culturas populares. Diferencias, divergencias, conflictos*, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, Madrid, 1986.
- AA. VV., *Formas breves del relato*, Casa de Velázquez-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1986.
- AA. VV., *Les productions populaires en Espagne (1850-1920)*, Centre Nationale de la Recherche Scientifique, Paris, 1986.
- AA. VV., *Joaquín Maurín*, Barcelona, Laertes, 1999.
- AA. VV., *Surrealistas: exilio y amistad. Surrealistas aragoneses*, Diputación Provincial, Zaragoza, 1999.
- ACÍN, Ramón; *Las corridas de toros en 1970 (caricaturas). Estudios para una película cómica*, edición facsímil, Diputación Provincial, Huesca, 1988 (1ª edic. 1923).
- «Los amigos» [sobre R. Gómez de la Serna, Felipe Alaiz y Luis Mur Ventura], *El Diario de Huesca*, Huesca, 6 de julio de 1924, p. 1.
- AISA, Manel; *L'efervescencia social dels anys 20. Barcelona, 1917-1923*, Ateneu Enciclopèdic Popular, Barcelona, 1999.
- ALAIZ DE PABLO, Felipe, «La desdentegada» (cuento), *La Crónica de Aragón*. Suplemento 'Aragón literario y artístico', nº 31, Zaragoza, 24 de agosto de 1916, p. 4.
- *El trabajo será un derecho*, Biblioteca 'Cultura', Zaragoza, 1922.
- *Elisabet*, 'La Novela Roja', nº 32, Madrid, 1923.
- «El Cardenal Soldevila», *Siluetas*, nº 4 (julio 1923).
- *Oro Molido*, 'La Novela de Actualidad', nº 7, Sevilla, 1923.
- *'El Poeta', condenado a muerte*, 'Biblioteca de La Batalla', Barcelona, 1924.
- *Quinet*, Ediciones 'Solidaridad Obrera', París, 1961 (1ª edición 1924).
- *Fulano de tal*, Publicaciones de *La Revista Blanca*, Barcelona, 1924.

- *Amor mío, ven temprano*, 'La Novela Roja' n° 3, Barcelona, 1926.
- «Galarreta, ciudadano sintético» (cuento), *El Día Gráfico*, Barcelona, 2 de septiembre de 1928, «Páginas extraordinarias», pp. 1-3.
- «El club de mujeres fatales» (cuento), *El Día Gráfico*, Barcelona, 26 de febrero de 1928, «Páginas extraordinarias», pp. 1-2.
- «El peligro rojo» (cuento), *El Día Gráfico*, Barcelona, 1 de septiembre de 1929, «Páginas extraordinarias», pp. 1-3.
- «Literatura y periodismo», *La Revista Blanca* (12 entregas) 220, 225, 228, 231, 233, 235, 237, 239, 242, 245, 248 y 253 (1932-1933).
- *El voluntario superviviente. Sociología del lobo* (novelas), Vértice, s. a., Barcelona.
- *Un club de mujeres fatales*, Publicaciones de *La Revista Blanca*, 'La Novela Ideal', n° 241, Barcelona, 1931.
- *María se me fuga de la novela*, Publicaciones de *La Revista Blanca*, 'La Novela Ideal' n° 303, Barcelona, 1932.
- *Cómo se hace un diario*, Horizontes, Barcelona, 1933.
- *La expropiación invisible*, Cuadernos 'Rojo y Negro', Barcelona, 1933.
- *Los aparecidos*, Publicaciones de *La Revista Blanca*, 'La Novela Ideal', n° 381, Barcelona, 1935.
- *El problema de la tierra. Reforma agraria y expropiación social*, Ediciones *La Revista Blanca*, Barcelona, 1935.
- *Vida y muerte de Ramón Acín*, Umbral, s. a., París, (1ª edic. 1937).
- *Durruti. Biografía del héroe de la revolución de julio*, Maucci, s. a., Barcelona, [1937].
- *La Universidad Popular*, Nosotros, Valencia, 1938.
- *V. Blasco Ibañez*, Mundo, Barcelona, 1938.
- *Para que la propaganda sea eficaz*, s. l., Comité Regional de Juventudes Libertarias de Cataluña, s. a.
- *El aparecido*, Ediciones 'Universo', s. a., Toulouse.
- *Azaña. Combatiente en la paz, pacifista en la guerra*, 'Páginas Libres', s. a., Toulouse.

- *Indalecio Prieto. Padrino de Negrín y campeón anticomunista*, 'Páginas Libres', s. a., Toulouse
- *La zarpa de Stalin sobre Europa*, 'Páginas Libres', s. a., Toulouse.
- *Nueva maldición del practicismo*, en R. Rocker, *La Maldición del Practicismo*, Societé Générale d'Impression, s. a., Toulouse, [1945].
- *Arte de escribir sin arte*, Ediciones FIJL, Toulouse, 1946.
- *Sugestión de España en el mundo*, CNT, s. a., Toulouse, [1948].
- «Ángel Samblancat, el evadido de Jericó», *Tipos españoles (Segunda parte)*, Umbral, París, 1965, pp. 159-165.
- *Tipos españoles* (2 tomos), Umbral, París, 1965.
- *Hacia una federación de autonomías ibéricas*, Madre Tierra-Fundación 'Anselmo Lorenzo' de Alicante, Móstoles, 1993.
- ALAIZ DE PABLO, Felipe y ROCKER, Rudolf, *Páginas selectas de Multatuli*, s. l. Ediciones 'Tierra y Libertad', 1947.
- [ALAIZ, Felipe], «Una narración cada domingo. El aprendiz», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 10 de febrero de 1935, p. 3.
- «Una narración cada domingo. Prometeo sin encadenar», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 3 de marzo de 1935, p. 3.
- «Una narración cada domingo. Un Robinson de doce años», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 10 de marzo de 1935, p. 3.
- «Una narración cada domingo. Un Robinson de doce años», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 24 de marzo de 1935, p. 3.
- «Una narración cada domingo. Un Robinson de doce años», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 27 de marzo de 1935, p. 3.
- «Una narración cada domingo. Un Robinson de doce años», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 31 de marzo de 1935, p. 3.
- «Una narración cada domingo. Aventuras de Tormento», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 7 de abril de 1935, p. 3.
- «Una narración cada domingo. Despedida del río», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 14 de abril de 1935, p. 3.
- «Una narración cada domingo. El carpintero monegrino», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 21 de abril de 1935, p. 3.

- ALBA, Víctor, *Dos revolucionarios: Joaquín Maurín, Andreu Nin*, Seminarios y Ediciones, Madrid, 1975.
- ALEMANY, Josep, «Entrevista con José Peirats», *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*, 102 (noviembre de 1989), pp. 37-44.
- [ALMOGÁVAR, CALVO ALFARO, J.], «Recordando a Costa», *El Ebro*, 130 (marzo de 1928), pp. 5-6.
- ALTAMIRA, Rafael, *Cuestiones modernas de Historia*, Daniel Jorro, Madrid, 1904.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid, 1991 (2ª edic.).
- (comp.), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1987.
- ARA TORRALBA, Juan Carlos, «El regeneracionismo: Costa, Ganivet, Maeztu», en José-Carlos Mainer, *Modernismo y 98. Primer suplemento*, Crítica, Barcelona, 1994, pp. 109-122.
- «*La ley del embudo*, minuta de la vida nacional de la Restauración», introducción a Pascual Queral Formigales, *La ley del embudo*. Edición, introducción y notas de Juan Carlos Ara Torralba, Instituto de Estudios Altoaragoneses ('Larumbe' 7), Huesca, 1994, pp. IX-LXXVI.
- «Del folkllore a la acción política. Tres calas en el pensamiento nacional de Joaquín Costa a través de sus corresponsales (A. Machado, R. Salillas, P. Dorado)», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 13 (1996), pp. 7-208.
- ARA TORRALBA, Juan Carlos y GIL ENCABO, Fermín (eds.), *Ramón J. Sender. El Lugar de Sender. Actas del I Congreso sobre Ramón J. Sender*, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución 'Fernando el Católico', Huesca, 1997.
- ARAQUISTAIN, Luis, *El ocaso de un régimen*, Editorial España, Madrid, 1930.
- AUB, Max, *Conversaciones con Buñuel*, Aguilar, Madrid, 1985.
- AUBERT, Paul, «Los intelectuales y la cuestión marroquí (1914-1918)», *Bulletin du Département de Recherches Hispaniques*, (diciembre 1984), pp. 19-32.

- AVILÉS FARRÉ, Juan, *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Biblioteca Nueva-UNED, Madrid, 1999.
- AZORÍN, *Lecturas españolas*, Agrupación Nacional del Comercio del Libro, Madrid, 1974 (1ª edic. 1913).
- BALCELLS, Albert, *El arraigo del anarquismo en Cataluña. Textos de 1926-1934*, Júcar, Madrid, 1979.
- BANDRÉS NIVELA, Miguel, «Ramón Acín: 1888-1936», *Caracola*, 1 (marzo de 1987), pp. 62-77.
- *La obra artigráfica de Ramón Acín: 1911-1936*, Diputación Provincial, Huesca, 1987.
- BARATARIO, «Cada día y cada hora. Hasta en Utebo», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 5 de enero de 1929, p. 1.
- BAROJA, Pío, *Las horas solitarias. Notas de un aprendiz de psicólogo*, Caro Raggio, Madrid, 1920 (2ª edic.).
- BARRIOBERO Y HERRÁN, E., «¡Habéis impuesto a Costa!», *La Idea*, 22 (6 de febrero de 1915), p. 1.
- *Memorias de un tribunal revolucionario durante la República*, edición facsímil, Hacer, Barcelona, 1986.
- BEL, Gil, «Al León», *Ideal de Aragón*, 18 (15 de febrero de 1916), p. 2.
- «Ángel Samblancat», *Ideal de Aragón*, 56 (7 de octubre de 1916), p. 2.
- «Cuento de la semana. La fiesta de los muertos», *Ideal de Aragón*, 50 (19 de agosto de 1916), p. 2.
- «Hombre y diputado» [sobre A. Samblancat], *Ideal de Aragón*, 102 (29 de diciembre de 1917), p. 2.
- «Siluetas. Hombre serio y diputado macho» [sobre A. Samblancat], *Ideal de Aragón*, 139 (5 de diciembre de 1918), p. 1.
- «Letras. Felipe Alaiz», *España Nueva*, Madrid, 21 de abril de 1919, p. 1.
- *El último atentado*, 'La Novela Roja', nº 11, Madrid, 1922.
- *Delicadeza*, Biblioteca Aurora, s. a., Buenos Aires, [c.1923].

- «El Descenso de la Montaña», *Revista de la Casa de América-Galicia*, 29 (mayo de 1923), en *Alfar. Revista de la Casa de América-Galicia*, edición facsímil, Nos, La Coruña, 1983, tomo I, p. 272.
- «[Ramón Acín] *Las corridas de toros en 1970*», *La Democracia*, 48 (2 de junio de 1923), p. 2.
- «Suspiros», *La Democracia*, 55 (14 de julio de 1923), p. 1.
- «Pequeño poema», *La Democracia*, 56 (21 de julio de 1923), p. 1.
- «Pequeños poemas», *Alfar*, 32 (agosto de 1923), edición facsímil, Nos, La Coruña, 1983, tomo I, p. 399.
- «Pequeños poemas», *Alfar*, 33, (septiembre de 1923), edición facsímil, Nos, La Coruña, 1983, tomo II, p. 29.
- «Viajes lentos», *Alfar*, 42 (agosto de 1924), edición facsímil, Nos, La Coruña, 1983, tomo III, p. 90.
- «Azulejos», *El Noticiero*, Zaragoza, 7 de diciembre de 1924, p. 6.
- «Pequeños poemas», *El Noticiero*, Zaragoza, 4 de enero de 1925, p. 6.
- «Pequeños poemas», *El Noticiero*, Zaragoza, 11 de enero de 1925, p. 6.
- «El corazón de hierro. A D. José María Sánchez Ventura», *Pluma Aragonesa*, 3 (18 de enero de 1925), s. p.
- «El maestro», *El Noticiero*, Zaragoza, 25 de enero de 1925, p. 6.
- «A P.F.I.», *Pluma Aragonesa*, 6 (1 de marzo de 1925), s. p.
- «Poema», *Alfar*, 55 (diciembre de 1925-enero de 1926), edición facsímil, Nos, La Coruña, 1983, tomo IV, p. 295.
- «Postales Ibéricas. Aragón», *La Gaceta Literaria*, 51 (1 de febrero de 1929), p. 2.
- «Postales Ibéricas. Aragón», *La Gaceta Literaria*, 52 (15 de febrero de 1929), p. 2.
- «Postales Ibéricas. Aragón», *La Gaceta Literaria*, 54 (15 de marzo de 1929), p. 8.
- «Postales Ibéricas. Aragón», *La Gaceta Literaria*, 71 (1 de diciembre de 1929), p. 2.
- «Postales Ibéricas. Aragón», *La Gaceta Literaria*, 73 (1 de enero de 1930), p. 8.

- *Abajo lo burgués*, colección 'La Novela Social' nº 1, Madrid, Muniesa, 1932.
- «Lirios», *Mediterráneo*, (18 de febrero de 1928).
- «Líneas y cuerpos», *Diablo Mundo*, 1 (28 de abril de 1934), p. 11.
- «Líneas y cuerpos», *Diablo Mundo*, 2 (5 de mayo de 1934), p. 11.
- «Cinema», *Sexto cartel de Artes y Letras del Noreste*, (Primavera 1934), p. 2.
- «Barradas», *Noreste*, 12 (otoño 1935), p. 2.
- «Primera Estación», *Las 4 Estaciones*, 1 (marzo 1935), s. p.
- «Segunda Estación», *Las 4 Estaciones*, 2 (junio 1935), s. p.
- «Tercera Estación», *Las 4 Estaciones*, 3 (septiembre 1935), s. p.
- «Cuarta Estación», *Las 4 Estaciones*, 4 (diciembre 1935), s. p.
- BENITO, Ángel, *Fundamentos de teoría general de la información*, Pirámide, Madrid, 1982.
- BLANCO TORRES, R., «Samblancat. La obra y el hombre», *La Democracia*, 32 (20 de enero de 1923), p. 1.
- BLASCO IJAZO, José, *Historia de la prensa zaragozana (1863-1947)*, Talleres de *El Noticiero*, Zaragoza, 1947.
- BONELLS, Jordi, «'Peuple' et 'Nation' dans l'oeuvre du jeune Joaquín Costa (1874-1884)», *Les Langues Néo-Latines*, 232 (1980), pp. 24-63.
- BONET, Juan Manuel, *Diccionario de las vanguardias en España*, Alianza, Madrid, 1995.
- BONSÓN AVENTÍN, Anabel, «La política puede esperar. Lectura de una obra inédita de Joaquín Maurín», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 61-62 (julio-octubre 1992), pp. 44-58.
- *Joaquín Maurín (1896-1973). El impulso moral de hacer política*, Diputación Provincial, Huesca, 1994.
- BRENAN, Gerard, *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Plaza-Janés, Barcelona, 1996 (1ª edic. 1943).
- BUENACASA, Manuel, *El movimiento obrero español, 1886-1926. Historia y crítica*, Júcar, Madrid, 1977 (1ª edic. 1928).
- BUÑUEL, Luis, *Mi último suspiro (Memorias)*, Plaza-Janés, Barcelona, 1987.

- [CNT], *Congresos anarcosindicalistas en España, 1870-1936*, Ediciones 'CNT', Toulouse, París, 1977.
- CALVO ALFARO, Julio, «Acotaciones. Felipe Alaiz», *El Ebro*, 135 (agosto de 1928), pp. 1-2.
- CALVO CARILLA, José Luis, *El modernismo literario en Aragón*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1989.
- CANSINOS-ASSENS, Rafael, *La novela de un literato* (3 tomos); Alianza, Madrid, 1985-1996.
- CAPDEVILLA, Lluís, *La nostra gent. Àngel Samblancat*, Llibreria Catalonia, Quaderns Blaus, núm. 8, Barcelona, [1927].
- CARANTOÑA, A. y PUENTE, G. (eds.), *La Revolución rusa 70 años después*, Universidad de León, León, 1988.
- CARLYLE, Thomas, *Los héroes*, Sarpe, Madrid, 1985 (1ª edic. 1841).
- CARRASQUER, Francisco, 'Imán' y la novela histórica de Sender, Tamesis Book, London, 1970 (1ª edic. 1968).
- «Breve recuerdo de Àngel Samblancat», *Andalán*, 14-15 (1 de abril de 1973). Suplemento «Literatura aragonesa del siglo XX. Una aproximación», pp. 28-30.
- «Tres ríos, una sola fuente: Sender, Alaiz y Samblancat», *Andalán*, 53 (15 de noviembre de 1974), p. 16.
- «Samblancat, Alaiz y Sender: tres compromisos en uno», *Papeles de Son Armadans*, 228 (marzo de 1975), pp. 211-246.
- «Alaiz de Pablo, Felipe», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Unali, Zaragoza, 1980, p. 85.
- *Felipe Alaiz. Estudio y antología del primer escritor anarquista español*, Júcar, Madrid, 1981.
- *La verdad de Sender*. Con bibliografía de Elisabeth Espadas, Cinca, Leiden, 1982.
- «Samblancat y Salanova, Àngel», *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Unali, Zaragoza, 1982, pp. 2966-2967.
- «La eutrapelia de un aragonés irreductible: Felipe Alaiz», *Andalán*, 360 (30 de junio-15 de julio de 1982), pp. I-VIII.
- «Felipe Alaiz: la heterodoxia radical», en Javier Barreiro (ed.), *La Línea y el tránsito*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1990, pp. 287-291.

- «Cinco oscenses: Samblancat, Alaiz, Acín, Maurín y Sender, en la punta de lanza de la prerrevolución española», *Alazet. Revista de Filología*, 5 (1993), pp. 9-69.
- «Sender en la cruz del 27», *Letras Peninsulares*, v. 6. I (Spring, 1993), pp. 197-207.
- *La integral de ambos mundos: Sender*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 1994.
- CASANOVA, Julián, *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Siglo XXI, Madrid, 1985.
- *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Crítica, Barcelona, 1997.
- CASTÁN PALOMAR, Fernando, *Aragoneses contemporáneos. Diccionario biográfico*, Herrein, Zaragoza, 1934.
- CASTAÑAR, Fulgencio, *El compromiso en la novela de la II República*, Siglo XXI, Madrid, 1992.
- CAUDET, Francisco, *Correspondencia Ramón J. Sender-Joaquín Maurín (1952-1973)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1995.
- CELMA VALERO, M^a Pilar, *La pluma ante el espejo. Visión autocrítica del 'Fin de Siglo', 1888-1907*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1989.
- CHEYNE, George J. G., *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Ariel, Barcelona, 1972.
- *Confidencias políticas y personales: Epistolario Joaquín Costa-Manuel Bescós 1899-1910*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1979.
- *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, Guara, Zaragoza, 1981.
- *El don del consejo: Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, Guara, Zaragoza, 1985.
- *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Alicante, Instituto de Cultura 'Juan Gil-Albert', 1992.
- *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*, Fundación 'Joaquín Costa', Huesca, 1992. Edición e introducción de Alberto Gil Novales.

- (ed.), *El legado de Costa*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1984.
- Y OTROS, *¿Por qué fue importante Costa?*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1987.
- COSTA MARTÍNEZ, Joaquín, *El problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el status individual, el referéndum y la costumbre*, Imprenta de San Francisco de Sales, Madrid, 1901.
- *La tierra y la cuestión social*, 'Biblioteca Costa', Madrid, 1912.
- *La fórmula de la agricultura española*, 'Biblioteca Costa', Madrid, 1912.
- *Teoría del hecho jurídico individual y social*, 'Biblioteca Costa', Madrid, 1914.
- *Los siete criterios de gobierno*, 'Biblioteca Costa', Madrid, 1915.
- *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, Alianza, Madrid, 1992 (1ª edic. 1967). Edición de Rafael Pérez de la Dehesa.
- *Derecho consuetudinario y economía popular de España*, Guara, Zaragoza, 1981, 2 vols. Introducción de Lorenzo Martín-Retortillo. (11 edic. s. a., 189...)
- *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, Guara, Zaragoza, 1982, 2 vols. Introducción de Alberto Gil Novales. (1ª edic. 1902).
- *Colectivismo agrario en España*, Guara, Zaragoza, 1983, 2 vols. Introducción y edición de Carlos Serrano. (1ª edic. 1898).
- *Historia crítica de la revolución española*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1992. Edición, introducción y notas de Alberto Gil Novales.
- DE CASTRO, Cristóbal, «Costa o los mitos», *El Ebro*, 176 (enero de 1932), pp. 4-5.
- DÍAZ, Elías, «Joaquín Costa: ¿Regeneración sin parlamento?», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II Época, 24-25 (diciembre de 1996), pp. 133-142.
- DÍAZ DEL MORAL, Juan, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza, Madrid, 1967 (1ª edic. 1928).
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo, *Modernismo frente a 98*, Espasa-Calpe, Madrid, 1951.

- DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan, «Gil Bel Mesonada», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 12 de octubre de 1991, p. 32.
- DUEÑAS LORENTE, José Domingo, *Ramón J. Sender (1924-1939). Periodismo y compromiso*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1994.
- «El 'León' y su 'cachorro'. La devoción costista de Ángel Samblancat», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 77-78 (julio-diciembre de 1996), pp. 64-71.
- «Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y la obra de Joaquín Costa», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 14 (1997), pp. 97-121.
- DUEÑAS LABARIAS, Juan Antonio y SERRANO DOLADER, Alberto (eds.), *Historia del periodismo en Aragón*, Diputaciones Provinciales-Asociación de la Prensa, Zaragoza, 1990.
- DUVIVIER, Roger, «Les premises de l'oeuvre autobiographique dans la première époque de l'écrivain Ramón J. Sender», AA. VV., *L'autobiographie en Espagne. Actes du II Colloque International de la Baume-les-Aix-en Provence*, Université de Provence, 1982, pp. 5-14.
- ELORZA, Antonio, «El anarcosindicalismo español bajo la Dictadura (1923-1930). La génesis de la Federación Anarquista Ibérica (I)», *Revista de Trabajo*, 39-40 (1972), pp. 123-477.
- «La CNT bajo la Dictadura (1923-1930)», *Revista de Trabajo*, 44-45 (1973-1974), pp. 311-617.
- *La utopía anarquista bajo la Segunda República. Precedido de otros trabajos*, Ayuso, Madrid, 1973.
- «El sindicalismo de Ángel Pestaña», introducción a Ángel Pestaña, *Trayectoria sindicalista*, Tebas, Madrid, 1974, pp. 5-77.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999.
- ESTEBAN, José y ZAHAREAS, Anthony N. (eds.), *Los proletarios del arte. Introducción a la bohemia (antología)*, Celeste, 'Biblioteca de la Bohemia', Madrid, 1998.

- F[elipe] A[LAIZ], «Una narración cada domingo. Sócrates de siete años», *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 24 de febrero de 1935, p. 3.
- FABRE, Jaume y HUERTAS, Josep M^a, «Conversa amb Hermoso Plaja. El pare de dues acràcies», *L'Avenç*, 28 (juny 1980), pp. 15-22.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, «Breve nota grausina. J. Zuzaya, Costa y Samblancat», *Andalán*, 7-8 (15 de diciembre de 1972), p. 7.
- *Aragón contemporáneo (1833-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1975.
- «El regeneracionismo. Una actitud social y cultural», AA. VV., *Historia de Aragón XI*, Guara, Zaragoza, 1985, pp. 155-183.
- *Estudios sobre Joaquín Costa*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 1989.
- «Los ecos de Joaquín Costa: el costismo aragonés en los últimos quince años (1981-1996)», *Turia*, 37 (junio 1996), pp. 201-215.
- «Hacia una relectura biográfica de Joaquín Costa», *Temas de antropología aragonesa*, 6 (1996), pp. 95-134.
- *Gente de orden. Aragón durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Ibercaja, Zaragoza, 1996, 4 tomos.
- *Lucas Mallada y Joaquín Costa*, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza, 2000.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy y FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos, *Estudios de Historia Contemporánea de Aragón*, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Zaragoza, 1978.
- *Historia de la prensa aragonesa*, Guara, Zaragoza, 1979.
- *Aragón contemporáneo. Estudios*, Guara, Zaragoza, 1986.
- FERRER BENIMELI, José Antonio, *La masonería en Aragón*, Librería General, Zaragoza, 1985, (2^a edic.).
- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Crítica, Madrid, 1978.
- «La crisis agrícola y pecuaria de finales del siglo XIX. La provincia de Huesca en la información escrita de 1887», *Argensola*, 92 (1981), pp. 279-301.
- «Galeradas de altoaragoneses rebeldes y exiliados. Samblancat, Alaiz, Acín, Maurín y Sender», *Andalán*, 449-450 (15 de abril -1 de mayo de 1986), pp. I-VIII.

- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (coord.), *Historia contemporánea de Aragón*, Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1993.
- FRÍAS CORREDOR, Carmen, «Primeras campañas políticas de Costa (1891-1896)», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 5 (1988), pp. 121-136.
- FRÍAS CORREDOR, Carmen y TRISTÁN CASALS, Miriam, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Diputación Provincial, Huesca, 1987.
- FONTAURA (Vicente Galindo), «Felipe Alaiz, anarquista heterodoxo», *Ruta*, II Época, 35 (1 de junio de 1978), pp. 3-23.
- FUENTES, Víctor, *La marcha al pueblo en las letras españolas, 1917-1936*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1980.
- «La novela social española, 1927-1936: panorámica de un diverso perfil temático y formal», *Letras Peninsulares*, v. 6. I (Spring 1993), pp. 9-29.
- GARAYO URRUELA, Jesús María, «Colectivismo agrario y regeneración política y social en la democracia liberal sobre bases campesinas en Joaquín Costa», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 15 (1998), pp. 141-168.
- GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *Los orígenes culturales de la Segunda República*, Siglo XXI, Madrid, 1993.
- GARCÍA GUATAS, Manuel (ed.), *Exposición de Ramón Acín*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1982.
- (dirección), *Ramón Acín, 1888-1936*, Diputaciones Provinciales de Huesca, Teruel y Zaragoza, Zaragoza-Huesca, 1988.
- GARCÍA MERCADAL, José, *Costa. Ideario español*, Biblioteca Nueva, s. a., Madrid, [1919].
- GARCÍA OLIVER, Juan, *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, Barcelona, 1978.
- GARCÍA-ABAD GARCÍA, M^a Teresa, *La Novela Cómica*, CSIC, Madrid, 1997.
- GARCÍA COLAS, Mariano, «Hacia la escuela de conspiradores. El nacionalismo aragonés; Felipe Alaiz y yo», *El Ebro*, 18 (20 de octubre de 1919), p. 4.
- GARRABOU, Ramón (ed.), *La crisis agraria de fines del siglo XIX*, Crítica/Grijalbo, Barcelona, 1988.

- GERMÁN ZUBERO, Luis, «La política económica de Joaquín Costa. Del anticlericalismo a la política hidráulica», *Andalán*, 444 (1 de febrero de 1986), pp. 10-11.
- *Aragón durante el siglo XX. Estudios urgentes*, Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 1998.
- GIL, Ildefonso M., «Noreste y Tomás Seral y Casas», prólogo a *Noreste (1932-1935)*, edición facsímil, Torre Nueva, Zaragoza, 1981, s. p.
- GIL, Vicente [Gil Bel], *Fuego en el mar*, Tauro, Madrid, 1942.
- GIL NOVALES, Alberto, *Derecho y revolución en el pensamiento de Costa*, Península, Madrid, 1965.
- «Singularidad de Costa en la crisis de la Restauración», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 1 (1984), pp. 45-50.
- «Joaquín Costa: De la crisis finisecular al socialismo», *Annales del centro de la UNED de Barbastro*, III (1986), pp. 19-30.
- «Joaquín Costa y su herencia política», *Cuadernos del Centro de Estudios de la Historia de Monzón*, 20 (1993), pp. 195-209.
- GIMÉNEZ ROMERO, Carlos, «El pensamiento agrario de Joaquín Costa a la luz del debate europeo sobre el campesinado», *Agricultura y Sociedad*, 40 (julio-septiembre de 1986), pp. 125-148.
- GINER DE LOS RÍOS, Francisco, «Aspectos del anarquismo», *Obras completas*, XI, Espasa-Calpe, Madrid, 1925, pp. 272-276.
- GÓMEZ APARICIO, Pedro, «La época más brillante del periodismo español», *AEDE*, 1 (junio de 1979), pp. 40-44.
- GÓMEZ BENITO, Cristóbal, «Joaquín Costa resituado: Populismo, tradición campesinista y materialismo hidráulico como definidores de su pensamiento social agrario», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 11 (1994), pp. 7-22.
- «Una aproximación al pensamiento agrario de J. Costa», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 77-78 (julio-diciembre de 1996), pp. 43-49.
- GÓMEZ BENITO, Cristóbal y ORTÍ BENLLOCH, Alfonso, *La fundación de la Cámara Agrícola del Alto Aragón en el proyecto de desarrollo agrario nacional de Joaquín Costa*, Fundación 'Joaquín Costa'-Cámara Agrícola Provincial del Alto Aragón, Huesca, 1992.

- *Estudio crítico, reconstrucción y sistematización del corpus agrario de Joaquín Costa*, Fundación 'Joaquín Costa'-Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1996.
- «Estudio introductorio», Joaquín Costa, *Escritos agrarios I. Escritos de juventud, 1864-1871*, Fundación 'Joaquín Costa', Huesca, 1998.
- GÓMEZ CASAS, Juan, *Historia del anarcosindicalismo español*, ZYX, Madrid, 1973.
- GONZÁLEZ RUANO, César, *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Tebas, Madrid, 1979.
- GOÑI, Salvador, «El Macho de fuego», *Ideal de Aragón*, 64 (2 de diciembre de 1916), p. 2.
- HERNÁNDEZ ARA, Lola, MARCOS OLIVA, M^a Pilar, ORTIGOSA LAHUERTA, Pilar, PÉREZ RABINAL, José María y PONS LEÓN, Ana M^a, *Repertorio de publicaciones periódicas zaragozanas anteriores a 1940*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1998.
- HINTERHÄUSER, Hans, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, Taurus, Madrid, 1980.
- HOFMANN, Bert, JOAN I TOUS, Pere y TIETZ, Manfred (eds.), *El anarquismo español y sus tradiciones culturales*, Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt-Madrid, 1995.
- JACKSON, Gabriel, *Costa, Azaña, el Frente Popular y otros ensayos*, Turner, Madrid, 1976.
- KELSEY, Graham, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón, 1930-1938*, Fundación 'Salvador Seguí', Madrid, 1994.
- KOSSTI, Silvio, «Para Ángel Samblancat», *La Crónica de Aragón*, Zaragoza, 17 de enero de 1916, p. 4 y 18 de enero de 1916, p. 4.
- *Las tardes del sanatorio*, Guara, Zaragoza, 1981. Introducción de José-Carlos Mainer.
- KROPOTKIN, Piotr, *El apoyo mutuo*, Madre Tierra, Cali (Colombia), 1989. Introducción de Ángel J. Cappelletti.
- *El Estado y su papel histórico*, Fundación 'Anselmo Lorenzo', Madrid, 1996.
- *La moral anarquista*, Júcar, Madrid-Gijón, 1977. Prólogo de Carlos Díaz.

- LA IGLESIA, Gustavo, *Caracteres del anarquismo en la actualidad*, Gustavo Gili, Barcelona, 1907.
- LABARA BALLESTER, Valeriano C., *José Sampériz Janín (1910-1941). Un intelectual de Candanos asesinado por los nazis*, Asociación Cultural Cine Candanos, Candanos, 1998.
- LALIENA CORBERÁ, Carlos (ed.), *Huesca. Historia de una ciudad*, Ayuntamiento de Huesca, Huesca, 1990.
- LIARTE, Ramón, «Joaquín Costa, maestro de maestros», prólogo a Joaquín Costa, *Crisis política de España*, Producciones Editoriales, Barcelona, 1980, pp. 5-26.
- LIDA, Clara E., «Literatura anarquista y anarquismo literario», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIX (1970), pp. 360-380.
- LITVAK, Lily, *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español (1880-1913)*, Antoni Boch, Barcelona, 1981.
- «El cuento anarquista. Estudio preliminar», AA. VV., *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*, Taurus, Madrid, 1982, pp. 7-50.
- *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Anthropos, Barcelona, 1990.
- LOMBA SERRANO, Concha, «Barradas en Aragón», AA. VV., *Barradas. Exposición antológica*, s.l., Comunidad de Madrid- Generalitat de Catalunya-Gobierno de Aragón, 1992, pp. 65-82.
- LÓPEZ ALLUÉ, Luis, «Jaimistas y anarquistas», *El Diario de Huesca*, Huesca, 29 de abril de 1913, p. 1.
- LUZBEL (Gil Bel), «Cuento. El señorito héroe», *Ideal de Aragón*, 24 (18 de marzo de 1916), p. 2.
- «Cuento de la semana. La peña nº 13», *Ideal de Aragón*, 44 (24 de junio de 1916), p. 2.
- «Cuento de la semana. De la vida de un bohemio», *Ideal de Aragón*, 103 (5 de enero de 1918), p. 2 y 104 (12 de enero de 1918), p. 2.
- «Cuento de la semana. Un alma», *Ideal de Aragón*, 106 (26 de enero de 1918), p. 3.
- «Cuento de la semana. Salomé», *Ideal de Aragón*, 107 (2 de febrero de 1918), p. 3; 108 (9 de febrero de 1918), p. 3; 109 (16 de febrero de 1918) p. 3 y 112 (2 de marzo de 1918), p. 3.

- «Cuento de la semana. César el Corcovado», *Ideal de Aragón*, 114 (16 de marzo de 1918), p. 3; 115 (23 de marzo de 1918), p. 2, y 117 (6 de abril de 1918), p. 3.
- «Rápida. Fedora», *Ideal de Aragón*, 141 (25 de octubre de 1918), p. 2, y 142 (5 de noviembre de 1918), p. 1.
- M., «Costa y sus doctrinas pedagógicas», *Boletín del Liceo Escolar*, 82 (agosto 1915), p. 6-8.
- MAGNIEN, Brigitte *et al.*, *Ideología y texto en 'El Cuento Semanal' (1907-1912)*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1986.
- MAÑÁ, Gemma, GARCÍA, Rafael; MONFERRER y Luis; ESTEVE, Luis A., *La voz de los naufragos. La narrativa republicana entre 1936 y 1939*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1997.
- MAEZTU, Ramiro de, *Debemos a Costa*, Tip. Emilio Casañal, Zaragoza, 1911.
- MAINER, José-Carlos, *Modernismo y 98. Historia y crítica de la literatura española*, 6, Crítica, Barcelona, 1980.
- *La Edad de Plata (1902-1939)*, Cátedra, Madrid, 1981 (2ª edic.).
- *La doma de la Quimera. (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1988.
- *Regionalismo, burguesía y cultura: Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Guara, Zaragoza, 1982 (2ª edic.).
- *Letras aragonesas*, Oroel, Zaragoza, 1989.
- MAIRAL, Gaspar, «Costa y su figura en Aragón», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 12 (1995), pp. 63-71.
- MARTÍN URIZ, Ana María, «Henry George en la obra de Joaquín Costa y el impacto del georgismo en seguidores de Costa», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 11 (1994), pp. 23-29.
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis, *Curso general de redacción periodística*, Mitre, Barcelona, 1983.
- MARTÍNEZ BASELGA, Pedro, *Quién fue Costa*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1996, edición facsímil (1ª edic. 1918). Introducción de Eloy Fernández Clemente.
- MAURICE, Jacques y SERRANO, Carlos, *J. Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Siglo XXI, Madrid, 1977.

- MAURICE, Jacques, MAGNIEN, Brigitte y BUSSY-GENEVOIS, Danièle, (eds.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporain*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint-Denis, 1990.
- MAURÍN, Jeanne, *Cómo se salvó Joaquín Maurín. Recuerdos y testimonios*, Júcar, Madrid, 1979.
- MAURÍN, Joaquín, *El sindicalismo a la luz de la Revolución rusa*, Ediciones *Lucha Social*, Lérida, 1922.
- *El Bloque Obrero y Campesino. Origen. Actividad. Perspectivas*, Centro de Información Bibliográfica, Documentos Sociales, n° 2, Barcelona, 1932.
- *Los hombres de la Dictadura*, Cenit, Madrid, 1930.
- *La revolución española. De la monarquía absoluta a la revolución socialista*, Cenit, Madrid, 1932.
- *Hacia la Segunda Revolución. El fracaso de la República y la insurrección de Octubre*, Gráficos Alfa, Barcelona, 1935.
- *Revolución y contrarrevolución en España*, Ruedo Ibérico, París, 1966.
- *En las prisiones de Franco*, Costa-Amic, México D. F., 1973.
- *May. Rapsodia infantil. ¡Miau! Historia del gatito misceláneo*, Instituto de Estudios Altoaragoneses ('Larumbe' 13), Huesca, 1999. Prefacio de Mario Maurín.
- MEAKER, Gerald H., *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*, Ariel, Barcelona, 1978.
- MEDRANO, Gloria, *Costa educador. Antología comentada de las ideas educativas de Joaquín Costa*, Pirineo, Huesca, 1998.
- MELERO, José Luis, «En el centenario del nacimiento de Ángel Samblancat», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 33-34 (enero-marzo 1986), pp. 23-25.
- «Algunas notas sobre 'La Novela Roja' y una novela olvidada de Gil Bel: *El último atentado*», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 79-80 (enero-junio 1997), pp. 52-57.
- MELLA, Ricardo, *Ideario*, Ediciones 'CNT', Toulouse, 1975.
- MONREAL, Antoni, *El pensamiento político de Joaquín Maurín*, Península, Barcelona, 1984.

- MONTERO, Fernando, «Orígenes del Partido Republicano Autónomo Aragonés», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, II Época, 9 (junio-julio de 1980), pp. 8-9.
- NAVAL, Mariano y otros, «Un manifiesto germanófilo», *Ideal de Aragón*, 7 (20 de noviembre de 1915) p. 3.
- NÚÑEZ ESTEBAN, C. y SAMBLANCAT MIRANDA, N., «Federica Montseny: una visión ácrata de la literatura», *Scriptura*, 6-7 (1991), pp. 181-187.
- ORTEGA Y GASSET, J., «El recuerdo de Costa», *La Idea*, 22 (6 de febrero de 1915), s. p.
- ORTÍ, Alfonso, «Estudio introductorio» a Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, Ediciones de la Revista de Trabajo, Madrid, 1974, tomo I, pp. XIX-CCLXXVII.
- «Oligarquía y pueblo en la interpretación populista de la Historia: la crítica mitológica del latifundismo en el liberalismo social», en Santiago Castillo (coor.), *Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, I, Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», Madrid, 1981, pp. 315-348.
- «Política hidráulica y cuestión social: orígenes, etapas y significación del regeneracionismo hidráulico de Joaquín Costa», *Agricultura y Sociedad*, 32 (julio-septiembre de 1984), pp. 11-107.
- «Para analizar el populismo: Movimiento, ideología y discurso populistas. (El caso de Joaquín Costa: populismo agrario y populismo españolista imaginario)», *Historia Social*, 2 (otoño de 1988), pp. 75-98.
- «Entre la reforma social y la guerra civil: comprensión crítica de la Historia y prognosis profética en el proyecto regeneracionista de Joaquín Costa», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 77-78 (julio-diciembre de 1996), pp. 9-17.
- PÁRMENO, «Apóstoles rojos. Las andanzas de Samblancat», *Ideal de Aragón*, 146 (25 de diciembre de 1918), pp. 1-2.
- *En la pendiente: los que suben y los que ruedan*, Pueyo, Madrid, 1920.
- PANIAGUA, Javier, *Anarquistas y socialistas*, Historia 16, Madrid, 1999.

- PEIRATS, José, «Para una monografía de escritores anarquistas españoles», *Ruta*, II Época, 7 (1º de enero de 1972), pp. 4-28.
- *La CNT en la revolución española*, Asociación Artística 'La Cuchilla', Cali (Colombia), 1988 (3ª edic.).
- «La terquedad eclesiástica y la tozudez baturra», *Anthropos. Suplemento 18*, (enero 1990), pp. 118-119.
- «Un hombre símbolo» [sobre Joaquín Costa], *Anthropos. Suplemento 18*, (enero 1990), pp. 137-138.
- «Memorias», *Anthropos. Suplemento 18*, (enero 1990), pp. 7-111.
- PEIRÓ, Antonio, *Orígenes del nacionalismo aragonés (1908-1923)*, Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 1996.
- (coord.), *Historia del Aragonésismo*, Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses, Zaragoza, 1999.
- PEIRÓ, Antonio y PINILLA, Bizén, *Nacionalismo y regionalismo en Aragón (1868-1942)*, Unali, Zaragoza, 1982.
- PÉREZ BAZO, Javier (ed.), *La Vanguardia en España. Arte y literatura*, CRIC-OPHRYS, Toulouse, 1998.
- PÉREZ BOWIE, José Antonio, *La Novela Teatral*, CSIC, Madrid, 1996.
- PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1966.
- PÉREZ-LIZANO FORNS, Manuel, *Aragoneses rasgados*, Ibercaja, Zaragoza, 1991.
- «Visillos de pasión en Ángel Samblancat», *El Bosque*, 9 (septiembre-diciembre de 1994), pp. 81-89.
- PINILLA NAVARRO, B., «Hacia el Partido Republicano Autónomo de Aragón (PRA)», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, II Época, 10 (diciembre de 1980-enero de 1981), pp. 8-9.
- «Hacia el Partido Republicano Autónomo de Aragón (PRA). II.- 1919 y 1920: Unión, unión, unión», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, II Época, 11 (marzo-abril de 1981), pp. 8-9.
- PIÑERO, Pedro M. y REYES, Rogelio (eds.), *Bohemia y literatura. De Bécquer al Modernismo*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1993.
- PHILLIPS, Allen W., *En torno a la bohemia madrileña, 1890-1925. Testimonios, personajes y obras*, Celeste, 'Biblioteca de la Bohemia', Madrid, 1999.

- R. A., «La labor de un oscense. Ramón Acín», *El Diario de Huesca*, Huesca, 2 de octubre de 1915, p. 1.
- RIBAS, Pedro, «Análisis de la difusión de Marx en España», AA. VV., «Marx en España, 100 años después», *Anthropos. Boletín de información y documentación*, 33-34 (enero-febrero de 1984), pp. 58-69.
- *Aproximación a la historia del marxismo español (1869-1939)*, Endymión, Madrid, 1990.
- RÍO MARTÍNEZ, Mariano y RÍO MARTÍNEZ, Vicente, *El Diario de Huesca*, Prensa Aragonesa. Colección facsímil, 4 (mayo de 1992).
- RIOTTOT, Yveline, *Joaquín Maurín. De l'anarcho-syndicalisme au comunisme (1919-1936)*, L'Harmattan, París-Montreal, 1997.
- RIVAS PALA, María (dirección), *Archivo de Joaquín Costa. Inventario de los documentos conservados en el Archivo Histórico Provincial de Huesca*, Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1993.
- RIVAS RIVAS, Ana María, «Tradición y modernidad en Joaquín Costa», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 12 (1995), pp. 35-50.
- ROURERA FARRÉ, Luis, *Joaquín Maurín y su tiempo*, Claret, Barcelona, 1992.
- RUBIO JIMÉNEZ, Jesús, «Rafael Barradas: Un pintor vanguardista en Aragón», *El Bosque*, 3 (septiembre-diciembre 1992), pp. 83-98.
- S. F. [sin firma], «El deber de la juventud: Párrafos de la conferencia de D. Joaquín Maurín», *Boletín del Liceo Escolar*, 97 (diciembre 1916), pp. 1-7.
- «De crítica» [sobre *La cuerda de deportados*, de Ángel Samblancat], *Voluntad*, 6 (26 de mayo de 1922), p. 2.
- «De crítica. *El trabajo será un derecho*, por Felipe Alaiz», *Voluntad*, 10 (23 de junio de 1922), pp. 2-3.
- «Del teatro. *Iris*, de Ángel Samblancat», *Voluntad*, 18 (15 de septiembre de 1922), pp. 3-4.
- «Samblancat y Gil Bel», *La Democracia*, 44 (14 de abril de 1923), p. 1.
- «Galería de profesionales. Don Ramón Acín», *La voz de Aragón*, Zaragoza, 27 de junio de 1925, p. 9.

- «Acotaciones. Ramón Acín», *El Ebro*, 134 (julio de 1928), p. 9.
- «Héroes del pueblo. Ramón Acín», *El Sol*, Madrid, 20 de agosto de 1936, p. 1.
- SÁINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *La promoción de 'El Cuento Semanal', 1907-1925*, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.
- SÁINZ DE MORALES, Luis, «Los grandes revolucionarios españoles. Ángel Samblancat», *La Calle*, Barcelona, 17 de julio de 1931, pp. 23-24.
- SALAÜN, Serge, SERRANO, Carlos (eds.), *1900 en España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1991.
- SALVAT, Ricard, «Introducción» a Joan Salvat-Papasseit, *Humo de fábrica*, Galba, Barcelona, 1977, pp. VII-LI.
- SAMBLANCAT MIRANDA, Neus, «Joan Salvat-Papasseit, perfil d'una amistat», *L'Avenç*, 80 (marzo de 1985), pp. 20-25.
- «El arte y el pueblo. (A propósito de la Poética de Ángel Samblancat)», *Scriptura*, 4 (1988), pp. 43-47.
- *Ideario y ficción en la obra novelística de Ángel Samblancat (1922-1945)*, Tesis doctoral. Edición microfotográfica. Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1991.
- *Luz, fuego y utopía revolucionaria. Análisis de la obra literaria de Ángel Samblancat*, La Llar del Llibre, Barcelona, 1993.
- «Ángel Samblancat Salanova. Semblanza», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 77-78 (julio-diciembre de 1996), pp. 60-63.
- «Samblancan Modernista. Erotismo, misticismo y compromiso político. La parodia del mundo burgués», *Turia*, 54 (noviembre de 2000), pp. 233-241.
- SAMBLANCAT SALANOVA, Ángel, «*Floreal*», *España Nueva*, Madrid, 20 de marzo de 1919, p. 1.
- *La cuerda de deportados*, 'El Libro popular' n° 3, 1922.
- *El establo de Augias*, 'La Novela Gráfica', Madrid, 1922.
- *Iris*, Barcelona, 1922.
- *Una quincena*, s. l., 'La Novela del Domingo' n° 5, 1922.
- *Mi novia ramera*, s. l., 'La Novela del Domingo', n° 11, 1922.
- «El folleto de Maurín», *Lucha Social*, 120 (19 de agosto de 1922), p. 1.



- *El terror*, 'La Novela roja' n° 12, Madrid, 1922.
- «Forjador de belleza y de gracia» [sobre Gil Bel], *La Democracia*, 14 de abril de 1923, p. 1.
- «Joaquín Costa. Semblanza y psicografía», *Siluetas. Revista política, literaria y de actualidad*, 1 (15 de mayo de 1923).
- «Francisco Layret», *Siluetas. Revista política, literaria y de actualidad*, 8 (agosto de 1923).
- *Testas y tiestos coronados*, El Sembrador, Madrid, 1923.
- *En la roca de La Mola. (Memorándum de un confinado)*, 'La Novela Roja', n° 46, Madrid, 1923.
- *El vengador*, 'La Novela Gráfica', n° 21, Madrid, 1923.
- *La violencia*, Renovación proletaria, Herrera (Sevilla), 1923.
- *Bueyes al yugo. Solfa antimatrimonial*, 'El Pasquín del Pueblo', s. a., Barcelona.
- *Jesús atado a la columna*, B. Bauzá, Barcelona, 1925.
- *Con el corazón extasiado*, B. Bauzá, Barcelona, 1926.
- *La sangre en llamas*, 'La Novela Nueva', n° 1, Barcelona, 1926.
- *La bestia de la dulce sonrisa*, 'La Novela Decenal', 9, 1926.
- *La casa pálida. (Hojas del diario de un preso)*, José Solá Gardiola, s. a., Barcelona, [1926].
- *La ascensión de María Magdalena*, B. Bauzá, s. a., Barcelona, [1926].
- *El aprendiz*, 'La Novela Roja' n° 1, Pegaso, Barcelona, 1926.
- *La revolucio al meu barri. Farsa en un acte*, s. l., Edicions de La Rambla, s. a. (c. 1926).
- *Barro en las alas*, Bistagne, Barcelona, 1927.
- *Los micos*, Atlántida, Madrid, 1927.
- *El hijo del señor Esteve*, B. Bauzá, Barcelona, 1929.
- *El aire prodrido. (El ambiente social de España durante la dictadura)*, Argis, Madrid, 1930.
- *Mi dama y mi star*, 'La Novela Proletaria', Madrid, 1932.
- *El genio monstruo de Costa, de Aragón y de España*, s. e., s. a., México D.F., [1946].
- *A caballo del Ande. Crónica del Universo Occidental*, 'Páginas Libres', s. a., Toulouse.

- *Caravana nazarena*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1989, edición facsímil con prólogo y notas de Neus Samblancat (1ª edic. 1945).
- SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA, Alberto, *Bibliografía e Historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*, Madrid, 1996.
- y SANTAMARÍA BARCELÓ, M^a Carmen, *La Novela Mundial*, CSIC, Madrid, 1997.
- SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós*, Departamento de Literatura Española-Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1981.
- «Introducción», Luis Buñuel, *Obra Literaria*, Ediciones *Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 1982, pp. 13-79.
- SANTONJA, Gonzalo, *La novela revolucionaria de quiosco*, El Museo Universal, Madrid, 1993.
- *La insurrección literaria. La novela revolucionaria de quiosco*, Sial, Madrid, 2000.
- (ed.), *La Novela Proletaria (1932-1933)*, 2 tomos, Ayuso, Madrid, 1979.
- (ed.), *Las Novelas Rojas*, Ediciones de La Torre, Madrid, 1994.
- SARRIÁ, V., «Germanofilia pseudo-costista», *Ideal de Aragón*, 5 (27 de noviembre de 1915), p. 1.
- SCHNEIDER, Marshall J. y VÁSQUEZ, Mary S. (eds.), *Ramón J. Sender y sus coetáneos. Homenaje a Charles L. King*, Instituto de Estudios Altoaragoneses-Davidson College, Huesca, 1998.
- SENDER, Ramón J., *Siete domingos rojos*, Balagué, Barcelona, 1932.
- *La vida comienza ahora. Crónica del alba 3*, Alianza, Madrid, 1984 (1ª edic. 1966).
- *El fugitivo*, Destino, Barcelona, 1974.
- SEOANE, M^a Cruz, *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Fundación Juan March-Castalia, Madrid, 1977.
- SERRANO, Carlos, *Final del Imperio. España, 1895-1898*, Siglo XXI, Madrid, 1984.
- *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Casa de Velázquez, Madrid, 1987.

- SERRANO LACARRA, Carlos, «Los mitos aragonesistas en el primer tercio del siglo veinte y el caso específico de Joaquín Costa», *Rolde. Revista de cultura aragonesa*, 71-72 (enero-junio de 1995), pp. 64-74.
- «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y la obra de Joaquín Costa», *Anales de la Fundación 'Joaquín Costa'*, 13 (1996), pp. 313-559.
- «Manipulando a Costa. Aliadófilos y germanófilos aragoneses», *Trébede*, 15 (junio de 1998), pp. 45-51.
- SIGUAN BOEHMER, Marisa, *Literatura popular libertaria. Trece años de 'La Novela Ideal'*, Península, Barcelona, 1981.
- SOREL, Georges y otros, *El sindicalismo revolucionario. Antología*, Biblioteca Nueva, s. a., Madrid.
- TAVERA, Susanna, *Solidaridad Obrera. El fer-se i defer-se d'un diari anarcosindicalista (1915-1939)*, Col·legi de Periodistes de Catalunya, Barcelona, 1992.
- TIMOTEO ÁLVAREZ, Jesús y OTROS, *Historia de los medios de comunicación en España*, Ariel, Barcelona, 1989.
- TORRENTE, Gaspar, «Ocho años de lucha», *El Ebro*, 100 (junio de 1925), pp. 6-7.
- TORRES PLANELLS, Sonya, *Ramón Acín (1888-1936). Una estética anarquista y de vanguardia*, Virus, Barcelona, 1998.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974.
- UCELAY DA CAL, Enric, «Acerca del concepto 'populismo'», *Historia Social*, 2 (otoño de 1988), pp. 51-74.
- URALES, Federico, *La evolución de la Filosofía en España*, Tomo II, Parte II, Laia, Barcelona, 1977. Edición de Rafael Pérez de la Dehesa.
- VALENTÍ CAMP, S., *Ideólogos, teorizantes y videntes*, Barcelona, Minerva, s.a [1922].
- VARELA, Javier, «Un profeta bíblico: Joaquín Costa», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, II Época, 24-25 (diciembre de 1996), pp. 79-99.
- *La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Taurus, Madrid, 1999.

- VÁSQUEZ, Mary S. (ed.), *Homenaje a Ramón J. Sender*, Juan de la Cuesta, Newark, 1987, págs. 25-46.
- VELARDE FUENTES, Juan, «La utopía económica en Joaquín Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 3 (1986), pp. 83-93.
- VICENTE VILLANUEVA, Laura, *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Institución 'Fernando el Católico', Zaragoza, 1993.
- VIVED, Jesús, «La vida de Ramón J. Sender al hilo de su obra», *Alazet. Revista de Filología*, 4 (1992), pp. 231-270.
- «El primer Sender», introducción a Ramón J. Sender, *Primeros escritos (1916-1924)*, Instituto de Estudios Altoaragoneses ('Larumbe' 5), Huesca, 1993, pp. XI-CVII.
- «Sender y Maurín. La relación epistolar de dos altoaragoneses», *Heraldo de Aragón. Suplemento de Artes y Letras*, Zaragoza, 22 de octubre de 1922, p. 1.

CUADERNOS DE CULTURA ARAGONESA

- 1.— *Falordias I*. Varios autores.
- 2.— *Falordias II*. (Cuentos en lengua aragonesa). Varios autores.
- 3.— *La crisis del regionalismo en Aragón*. Gaspar Ferrer. Edición facsímil.
- 4.— *Armas*.
- 5.— *Cien años de la República*. Edición de Antonio...
- 6.— *Antropología*. Edición de...
- 7.— *Aragón Estado*.
- 8.— *Discursos Histórico-Políticos*. Diego José de Dalmás. Edición facsímil. Introducción de Encarna Jarque y José Antonio Sals.
- 9.— *Cancionero republicano*. Juan Pedro Barcelona. Edición facsímil. Introducción de Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas.
- 10.— *Información de los sucesos del Reino de Aragón*. Eusebio Leonardo de Argensola. Edición facsímil. Introducción de Xavier Gil Pujol.
- 11.— *Las alteraciones de Zaragoza en 1591*. Encarna Jarque Martínez y José A. Sals Ausens.
- 12.— *Literatura y periodismo en los años veinte (Antología)*. Ramón J. Sender. Edición de José Domingo Duchas Lorente.
- 13.— *Una propuesta para la reforma del Estatuto de Autonomía*. Bolde de Estudios Aragoneses.
- 14.— *Reseña histórico-política del antiguo Reino de Aragón*. Manuel Lasaola. Edición facsímil. Introducción de Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas.
- 15.— *Memorias*. José de Palafox. Edición, introducción y notas de Fermín Lafos Rabaza.
- 16.— *Estudios de Derecho aragoneses*. Varios autores.
- 17.— *Historia de Aragón*. Félix Sarrablo Bagüesta. Edición facsímil.
- 18.— *Armas*. Fernando Ferrer.
- 19.— *Memorias de Zaragoza*. Gaspar Blasco. Edición facsímil. Presentación de José Luis Melero Rivas.
- 20.— *Bilingüismo y enseñanza en Aragón*. Juan Martínez Ferrer.

Este libro acabó de imprimirse el 30 de noviembre de 2000 en los Talleres Gráficos de Sender Ediciones de Zaragoza, coincidiendo con el ochenta aniversario del asesinato de Francesc Layret, abogado republicano y catalanista, defensor de obreros y desposeídos; primera víctima del llamado «Terror Blanco», padecido también por los autores estudiados.

- VÁSQUEZ, Mary S. (ed.), *Movimiento a Ramón J. Sender*, Juan de N. Cuesca, Newark, 1987, págs. 25-46.
- VILARDE FUENTES, Juan, «La utopía económica en Joaquín Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 3 (1986), pp. 83-93.
- VICENTE VILLANUEVA, Laura, *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1993.
- VIVED, Jesús, «La vida de Ramón J. Sender al hilo de su obra», *Algunos estudios sobre Sender (1919-1982)*, pp. 17-23.
- «El programa Sender y sus implicaciones», *Primeros estudios sobre Sender y sus implicaciones en la familia aragonesa (La familia)*, pp. 1-10.
- «Sender y la familia aragonesa», *Primeros estudios sobre Sender y sus implicaciones en la familia aragonesa*, *Heraldo de Aragón*, pp. 1-10.
- «Sender y la familia aragonesa», *Heraldo de Aragón*, pp. 1-10.

EDIZIONS DE L'ASTRAL

(PUBLICACIONES DEL ROLDE DE ESTUDIOS ARAGONESES)

CUADERNOS DE CULTURA ARAGONESA

- 1.— *Falordias I*. Barios autors.
- 2.— *Falordias II*. (Cuentos en lengua aragonesa). Barios autors.
- 3.— *La crisis del regionalismo en Aragón*. Gaspar Torrente. Edición facsímil. Separata del n.º 35 de *ROLDE*, Revista de Cultura Aragonesa.
- 4.— *Armonicos d'aire y augua*. Francho E. Rodés.
- 5.— *Cien años de nacionalismo aragonés*. Gaspar Torrente. Introducción de Antonio Peiró.
- 6.— *Antropónimos aragoneses (nombres aragoneses de persona)*. Edición bilingüe. José I. López, Chusé I. Navarro, Francho E. Rodés.
- 7.— *Aragón Estado*. Julio Calvo Alfaro. Edición facsímil.
- 8.— *Discursos Histórico-Políticos...* Diego Ioseff Dormer. Edición facsímil. Introducción de Encarna Jarque y José Antonio Salas.
- 9.— *Cancionero republicano*. Juan Pedro Barcelona. Edición facsímil. Introducción de Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas.
- 10.— *Información de los sucesos del Reino de Aragón...* Lupercio Leonardo de Argensola. Edición facsímil. Introducción de Xavier Gil Pujol.
- 11.— *Las alteraciones de Zaragoza en 1591*. Encarna Jarque Martínez y José A. Salas Ausens.
- 12.— *Literatura y periodismo en los años veinte. (Antología)*. Ramón J. Sender. Edición de José Domingo Dueñas Lorente.
- 13.— *Una propuesta para la reforma del Estatuto de Autonomía*. Rolde de Estudios Aragoneses.
- 14.— *Reseña histórico-política del antiguo Reino de Aragón*. Manuel Lasala. Edición facsímil. Introducción de Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas.
- 15.— *Memorias*. José de Palafox. Edición, introducción y notas de Herminio Lafoz Rabaza.
- 16.— *Estudios de Derecho aragonés*. Varios autores.
- 17.— *Historia de Aragón*. Félix Sarrablo Bagüeste. Edición facsímil.
- 18.— *Ácromos*. Fernando Ferreró.
- 19.— *Memorias de Zaragoza*. Cosme Blasco. Edición facsímil. Presentación de José Luis Melero Rivas.
- 20.— *Bilingüismo y enseñanza en Aragón*. Juan Martínez Ferrer.

- 21.— *Doctrina regionalista de Aragón*. Julio Calvo Alfaro. Edición facsímil.
- 22/23.— *Orígenes del nacionalismo aragonés (1908-1923)*. Antonio Peiró.
- 24.— *Compendio de la Historia de Aragón y Zaragoza*. Rafael Fuster. Edición facsímil. Introducción de Ignacio Peiró.
- 25.— *El agua a debate. Plan Hidrológico Nacional, Pacto del Agua y Traspases*. Edición al cuidado de Francisco Javier Martínez Gil.
- 26.— *Idea del Gobierno y Fueros de Aragón*. Braulio Foz. Edición facsímil. Introducción de Elisa Martínez Salazar.
- 27.— *Columna de luz, que por el desierto de los Pirineos guía a los Devotos del Santo Anacoreta, Confesor, y Abad, el Señor San Victorián, para saber dónde descansan sus Sagrados Huesos*. Edición facsímil. Introducción de Manuel López Dueso.
- 28.— *Aragón en el siglo XX. Estudios urgentes*. Luis Germán Zubero.
- 29.— *Estado Aragonés. Estatutos*. Edición facsímil. Presentación de Antonio Peiró.
- 30.— *A escala. Letras oscenses (siglos XIX-XX)*. Juan Carlos Ara Torralba.
- 31.— *Identidad y diversidad. Escritos sobre Aragón (1995-1999)*. Carlos Serrano Lacarra.
- 32.— *Constitución o Muerte. El Trienio Liberal y los levantamientos realistas en Aragón (1820-1823)*. Pedro Rújula.
- 33/34.— *Costismo y Anarquismo en las Letras Aragonesas. El grupo de Talión (Samblancat, Alaiz, Acín, Bel, Maurín)*. José Domingo Dueñas Lorente.

BAL DE BERNERA

- 1.— *Música de tradición popular en Aragón. Instrumentos y tañedores*. Ángel Vergara Miravete.
- 2.— *Pueblos abandonados. ¿Un mundo perdido?* José Luis Acín Fanlo y Vicente Pinilla Navarro (coordinadores), (2.^a edición).
- 3.— *Retratos de la memoria. Fotografías de La Almunia de Doña Godina (1850-1997)*. Santiago Cabello Solanas.
- 4.— *La gaita de boto aragonesa*. Martín Blecua Vitales y Pedro Mir Tierz.
- 5.— *Historia del aragonesismo*. Antonio Peiró (coordinador).
- 6.— *Villamayor en blanco y negro*. Manuel Tomeo y José Luis Ona (coordinadores).

COSAS DE ARAGÓN

- 1.— *Plan tal como fue*. José María Fantova y Luis Roger, (2.^a edición).

SALBACHINAS

- 1.— *Artal d'Escuer*. Dibujos de Daniel Viñuales, textos de Carlos M. Polite.
- 2.— *Mai solo bi'n ha que una*. Javier Gurpegui y Fernando Vallés.
- 3.— *La santa infancia de Luis Buñuel*. José Luis Cano.
- 4.— *Toma la voz y la palabra - Prene a boz y a parola*. Vocabulario aragonés de palabras apadrinadas.
- 5.— *Artal d'Escuer. el tesoro de Aquitania*. Dibujos de Daniel Viñuales, textos de Carlos M. Polite.

PETARRUEGO

- 1.— *Diccionario aragonés*. Edición facsímil. Edición, introducción y notas de Chesús Bernal y Francho Nagore.
- 2.— *Gregorio Gota. Apuntes para su historia*. Edición facsímil. Introducción de Alfonso Gota y Margarita Márquez Padorno

DOCUMENTOS DE TRABAJO

- 1.— *Reflexiones sobre la política cultural en Aragón*. Herminio Lafoz.
- 2.— *Plans Reguladors d'Ensenyament de l'Aragonès i el Català a l'Aragó*. Carme Alcover i Artur Quintana.
- 3.— *Cultura aragonesa y Educación Física*. Grupo Edufico.

OTROS

- *Costa y Aragón*. Eloy Fernández Clemente.
- *Renacimiento Aragonés*. Edición facsímil. Introducción de Antonio Peiró.
- *Crónica del Congreso de Caspe*.
- *José Aced: Memorias de un aragonesista*. Edición de José I. López Susín y José Luis Melero Rivas. Introducción de Carlos Serrano Lacarra.

EN PREPARACIÓN

- *Estampas sobre indumentaria aragonesa de los siglos XVIII y XIX*. Fernando Maneros López.

DE PERIODICIDAD TRIMESTRAL

ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa.

DISTRIBUYE

Contratiempo

Polígono Industrial Malpica. C/ Las Sabinas, 63.

Tfno.: 976 107 859, fax: 976 107 934. 50171

LA PUEBLA DE ALFINDÉN (ZARAGOZA).



DE PERIODICIDAD TRIMESTRAL

ROLDE, Revista de Cultura Aragonesa.

DISTRIBUYE

Contratiempo

Polígono Industrial Malpica, C/ Las Sabinas, 63.

Tfnos 976 107 659, fax 976 107 934. 50171

LA PUEBLA DE ALHINDÉN (ZARAGOZA).



José Domingo Dueñas Lorente (Maluenda, 1959) es doctor en Filología Hispánica con una tesis sobre la obra periodística de Ramón J. Sender anterior a la guerra civil –*Ramón J. Sender, 1924-1939. Periodismo y compromiso* (1994)–; antes recopiló y estudió una serie de escritos poco conocidos del autor –*Ramón J. Sender, Literatura y periodismo en los años veinte. Antología*, (1992)–; ha publicado además diversos artículos sobre el escritor de Chalamera. Actualmente coordina el Centro de Estudios Senderianos, adscrito al Instituto de Estudios Altoaragoneses.

También ha investigado y publicado sobre otros autores, Joaquín Costa, Ángel Samblancat o Jaime Gil de Biedma. Con Jesús Gómez Picaqueo ha preparado el libro *Gil Bel (1895-1949). Obra periodística y literaria* (en prensa).

Es Profesor de Enseñanza Secundaria en el I.E.S. “Martínez Vargas”, de Barbastro, y Profesor Asociado de la Universidad de Zaragoza, en la Escuela de Magisterio de Huesca.

33/34

José Domingo Dueñas

ANARQUISMO Y ANARQUISTAS ARAGONESAS



COSTA

B. 19241